POR ENCIMA DE TODO,

te elijo a ti

SARAH RUSELL



POR ENCIMA DE TODO,

te elijo a ti

SARAH RUSELL

Primera edición.

Por encima de todo, te elijo a ti

©Sarah Rusell

©agosto, 2025

©imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo

Capítulo 1



Alexandra

—Veo que os lo estáis pasando de maravilla. —La escena que tenía ante mis ojos era para ponerse a gritar y patalear como poco, pero no les iba a dar esa satisfacción—. No sabía yo que las mejores amigas valían para limpiar el sable a los novios de ellas —dije lo más sarcástica que pude.

—Joder, Alex… —lo interrumpí antes de que prosiguiera.

—No seas tan poco inteligente de decir lo típico «no es lo que parece» porque es lo que estoy viendo. Así que te aconsejo que tengas un poco de amor propio y no caigas en esa frase tan manida. —«*Alex, lo estás haciendo de puta madre, no decaigas ahora*», me animé a mí misma, porque si no lo hacía yo, nadie lo iba a hacer en ese momento.

—Bueno, vale, es lo que parece. —Se levantó de la cama tirando de las sábanas para taparse sus partes pudientes.

—Vaya, y encima se me ha vuelto pudoroso. —Reí de manera amarga—. ¿Y tú? ¿No tienes nada que decir? —Me dirigí a la que hacía escasos diez minutos había sido mi mejor amiga.

—Te he dicho millones de veces que Manu no era trigo limpio, nunca me creíste —contestó sin vergüenza ni remordimientos.

—No sabía que para que tuviera que creerte, me lo tenías que demostrar en directo y con una versión barata de película para mayores de edad, pero no te preocupes, eres perfecta para hacer ese papel. —Apreté los dientes para no derramar ni una sola lágrima, porque ninguno de los dos se la merecía.

—Míralo por el lado bueno, con mi ayuda te lo has quitado del medio. —Se levantó de la cama con calma y empezó a vestirse.

—No te pases, Claudia, sabes que esto lo has provocado tú —le dijo Manu, cabreado mientras se vestía.

—Ja, ja, ja. —Me reí de manera exagerada—. Parece ser que la parejita tiene su primera pelea.

Definitivamente, me tenían que dar un Oscar por el gran papel que estaba haciendo ahora mismo; si hasta me sorprendía de mí misma. Por fuera parecía una tía sin sentimientos que se lo estaba tomando todo demasiado bien, pero por dentro solo tenía ganas de acurrucarme en mi sofá y dejar salir toda la pena que me estaba oprimiendo el pecho.

—Alex, por favor, déjame que te lo explique todo. —Intentó acercarse a mí, pero lo detuve extendiendo una mano para que no se acercara más.

—Creo que todo está más que dicho, no quiero tener que oír palabras sin sentido, no me interesa. —Lo fulminé con la mirada—. Te has acostado con ella porque era lo que te apetecía y oye, chico, si era lo que querías, encantada de que lo hayas hecho. —Creo que nunca había utilizado tanto el sarcasmo—. Eso sígnica que eres una persona que lucha por lo que desea; definitivamente eres digno de admiración.

—¡Alex, para ya! Tú no eres así, joder, enfádate, grita o patalea, pero no actúes como si nada de esto no te importara, porque eso no me lo creo. —No pensaba hacer nada de eso, si tenía que ser durante un rato un témpano de hielo, lo sería.

—Es que con esto me he dado cuenta de que no eres tan importante en mi vida, fíjate, en el fono os estoy agradecida.

—Amiga, cada día me asombras más. —Si se pensaba que iba a poder conmigo, estaba muy equivocada.

—Esa palabra queda muy grande para alguien como tú. —Le guiñé un ojo; ella me conocía, pero que no olvidara que yo también la conocía a ella y sabía qué teclas tocar para provocarla—. Mira, a lo mejor, cuando salgas de mi casa te encuentras a alguien de tu especie. Creo que cerca de las alcantarillas hay varias. —Le estaba dando a entender que para mí no era más que una simple cucaracha.

—Siempre me pareciste una presumida prepotente, viviendo la buena vida gracias a tus padres, pero en el fondo no eres nadie y para que lo sepas —me señaló con el dedo—, todos los que tienes a tu alrededor están contigo porque les interesa algo, pero en el fondo no le importas a nadie, ni siquiera a esos padres que tanto te han dado.

Sus palabras me hicieron mucho daño, más de lo que creí, pero como estaba haciendo hasta ahora, no iba a permitir que ninguno viera mi dolor.

—¿Has tenido que hacer un máster para descubrirlo? Porque todo eso lo sabía desde que tengo uso de razón. —Me encogí de hombros como si pasara del tema—. Y ahora, si no os importa y sois tan amables, me gustaría que salierais de mi casa.

—Yo me voy encantada, pero antes de irme quiero que sepas una cosa. —Si ella creía que me estaba retando, estaba muy equivocada, mucho más de lo que lo había estado yo con su falsa amistad—. Por muy rodeada que estés de personas, estás sola, no hay nadie que te quiera de verdad; solo eres el medio para conseguir sus objetivos y ahora sí que me voy, por lo menos me llevo un orgasmo; por muy capullo que sea, sabe moverse en la cama.

¿Cómo había estado tan ciega con respecto a ella? Nunca había visto esa maldad en ella, esa que acaba de demostrar. Al salir, dio un portazo.

—Corre, que se te está escapando tu chica.

—Mi chica eres tú, ella ha sido un error.

—Pues entonces déjame decirte que te has quedado sin las dos, ahora haz como ella, sal de mi casa y recoge tu dignidad, esa que tienes en los pies.

Mi intención fue salir de esa habitación para ir a la cocina. Necesitaba alejarme del lugar donde estaba el hombre que hasta ese momento había sido mi pareja durante tres años. Desde que lo conocí pensé que estábamos hechos el uno para el otro; ahora me daba cuenta de que todo había sido producto de mi imaginación.

Desde luego, la culpa no había sido de él, yo había sido la que lo había dado todo por esta relación, desde el principio. En eso le tenía que dar la razón a Claudia, Manu nunca mereció la pena. No me quería ni imaginar la de cuernos que llevaba encima, porque si se había atrevido a hacerlo en mi propia cama, es porque había perdido el miedo a que lo pillaran.

—Por lo menos dame algo de tiempo para que pueda recoger mis cosas. —No podía seguir teniéndolo aquí tanto tiempo.

—Mejor coges lo básico y cuando sepas dónde quedarte, me lo dices, que te mando el resto de las cosas.

—¿Dónde mierda quieres que me quede? No tengo a dónde ir.

—Para empezar, no me levantes la voz; lo segundo, que te lo hubieras pensado mejor; y lo tercero, que ese no es mi problema. —Fui levantando los dedos conforme enumeraba—. Vete a casa de tus padres o con algún amigo, esos que seguro se han reído de mí mientras les contaba tus aventuras.

—Alex, sé que podemos arreglar las cosas, ha sido un desliz de un solo día.

—Mira, Manu, ya me estás tocando la moral más de la cuenta, así que no intentes hacerme parecer poco inteligente. De todos modos, me da igual que haya sido una sola vez, como si han sido cincuenta, el resultado es el mismo. —No iba a seguir escuchándolo, no se merecía que perdiera ni un segundo más de mi tiempo.

Llegué a la cocina, cogí una lata de cola de la nevera y, de pie apoyada en la encimera, le di el primer sorbo. No salí de ahí hasta que escuché la puerta de entrada cerrarse. Sin duda, lo primero que iba a hacer sería llamar a un cerrajero y que me cambiara las cerraduras, no pensaba dejar la misma y que él pudiera entrar cada vez que le diera la gana.

Me senté en el sofá e hice lo que llevaba una hora queriendo hacer: acurrucarme y llorar como hacía mucho tiempo que no hacía; con ese llanto que me desgarraba por dentro dejé salir todo el dolor y la impotencia que sentía.

Claudia tenía razón en algunas cosas que dijo. Había tenido la suerte de nacer en una familia acomodada, donde nunca me había faltado nada; en lo que no tenía razón era en lo de que nadie me quería, porque mis padres me amaban, por encima de todo, al igual que amaban a mis hermanos, de eso estaba completamente segura.

Yo era la pequeña de tres hijos y la única mujer, aparte de mi madre, quiero decir, por lo que mis hermanos y padres siempre me habían protegido mucho y si no lo hacían más era porque yo no se lo permitía.

Pero empecemos por el principio y así me vais conociendo un poco mejor.

Gonzalo es mi padre, un hombre atractivo que, aún a su edad, siempre llamaba la atención de cualquier mujer. Siempre ha sabido mirar hacia el futuro y, desde joven, se fijó metas muy altas; no se detuvo en ningún momento hasta que consiguió lo que hoy en día posee: una de las mejores empresas que hay a nivel nacional de tecnología puntera.

Estuvo casado durante muchos años con mi madre, Carmen, una mujer alegre y risueña que siempre intentaba ver el lado bueno de todas las cosas, esa que nos crio a mis hermanos y a mí con mucho cariño, pero a su vez con mano de hierro.

Estuvieron casados veinte años, de los cuales solo tengo buenos recuerdos; se separaron hace ocho años y no porque hubiera terceras personas, sino porque la chispa del amor se les agotó de tanto usarla, o eso decían ellos.

Entre ellos se llevaban bien; vamos, que si teníamos que salir los cinco a cenar o cualquier cosa, lo hacíamos y parecíamos una familia tan normal. Hasta ahora ninguno de los dos había rehecho su vida; uno porque decía que estaba muy cómodo así y la otra porque no quería tener a nadie a quien darle explicaciones. Si eran felices así, yo me alegraba por ellos.

El primer hijo que tuvieron fue mi hermano Ignacio, que a sus treinta y dos años estaba casado y esperando a su primera hija. Trabajaba en la empresa de papá como su mano derecha. Él fue desde pequeño un niño muy avispado y responsable, aunque también tuvo sus años de locura, pero eso es lo normal en alguien joven.

Menos mal que llegó Martina a su vida para ponerle los pies sobre la tierra; desde que la conoció, volvió al redil, como decía mi madre, y ahora estaban esperando a mi primera sobrina; todos estábamos deseando que naciera esa niña.

El segundo en llegar fue Enrique, dos años menor que Ignacio y dos años mayor que yo. Sí, mis padres parecían tener un cronómetro para que sus hijos se llevaran el mismo intervalo entre unos y otros.

Enrique era el soltero de la familia, bueno, ahora también yo. Como iba diciendo, estaba soltero; de hecho, disfrutaba muchísimo de estarlo. Lo entendía: un hombre joven, atractivo, con muy buenos estudios y ganando bastante dinero. ¿Qué necesidad tenía que unirse a alguien?

Él era el abogado de la empresa de papá, se encargaba de los temas mercantiles y laborales. Era muy bueno en su trabajo, no se le escapaba ni una en los contratos, vamos, que mi padre no podía tener un mejor abogado. Claro que al ser una empresa tan grande, mi hermano contaba con la ayuda de dos abogados más, un chico y una chica, los tres hacían un gran equipo.

Y la última en llegar a esa familia había sido yo, Alexandra, así me habían llamado, aunque todo el mundo me decía Alex. Yo había estudiado la carrera de Finanzas y Contabilidad, por lo que llevaba cinco años encargándome de las cuentas de la empresa; lo llevaba todo al dedillo, me gustaba ser muy minuciosa en mi trabajo.

Al igual que hizo con mi hermano Enrique, papá había puesto a un equipo para que trabajara bajo mis órdenes; no tenía quejas de ninguno, todos eran unos buenos trabajadores y muy responsables con lo que hacían.

Era una persona que siempre me dejaba llevar por lo sentimientos y, gracias a ellos, me había llevado el palo de hoy, pero bueno, que de todos los errores se aprende; menos mal que, por una vez en la vida, les hice caso a mis hermanos y no metí a trabajar en la empresa a Manu cuando en su día me lo pidió, porque, si no, ahora sería un auténtico suplicio tener que verlo todos los días.

Capítulo 2



Alexandra

El teléfono no dejaba de sonar; en esos momentos me daba igual quién estuviera al otro lado de la línea, no pensaba levantarme de donde estaba tumbada.

Llevaba una semana sin salir de casa; después de que se fuera Manu, me vine abajo. Llamé a mi padre, le dije que había cogido una gripe y que no sabía cuándo volvería al trabajo. Como había estado llorando, se lo creyó, porque mi voz estaba tomada por el llanto y él pensó que era por la gripe.

Sabía que no debería haber estado así, y menos por un hombre que no merecía la pena, pero no podía evitar que me doliera y que el sentimiento de la traición me estuviera carcomiendo; sabía que solo necesitaba tiempo para que dejara de doler la traición de mi pareja y de quien consideraba mi mejor amiga.

Todavía no estaba preparada para dar explicaciones a mi familia, y sabía que cuando menos me lo esperara, alguno de ellos asomaría por la puerta. Lo bueno era que ya no podían entrar con sus llaves porque había cambiado la cerradura. Lo malo era que no dejarían de golpear la puerta hasta que me levantara y les abriera.

Mi estado de ánimo no era por el gran amor que le tenía a Manu, no podía decir que no lo quería porque me estaría mintiendo a mí misma. ¿Era un amor de esos que hacían historia? Pues tampoco. A ver, era una relación de

tres años, estábamos viviendo juntos, nos llevábamos bien —o eso pensaba yo—, pero de ahí a que fuera el hombre de mis sueños, iba un mundo. De tonta no tenía un pelo y sabía que estaba en una relación que, tarde o temprano, se terminaría por una cosa o por otra.

Lo que a mí me dolía de verdad, era la manera en que habían actuado. En esos días le había estado dando muchas vueltas, intentando recordar si me habían mostrado alguna señal de algo que no supe ver, pero por más vueltas que le daba no veía nada entre ellos.

Supongo que me sentía tan segura de mí misma, o más bien segura de la lealtad de ellos, que nunca sospeché nada.

¿Que eso no iba a poder conmigo? Lo sabía de sobra, pero que necesitaba mis días para lamerme las heridas también, porque en el momento en que saliera por la puerta, en ese preciso instante me iba a olvidar de todo. Haría borrón y cuenta nueva, de eso estaba tan segura como de que me llamaba Alexandra Garrido Duque.

Me levanté de la cama para darme una ducha que buena falta me hacía. Al llegar al baño, los ojos se me fueron hacia la bañera, así que hubo cambio de planes, mejor me daba un baño de esos con espumita y sales. Seguro que me venía mejor.

La música era algo que me daba vida, me subía mucho el ánimo y en mis días de bajón no podía faltarme cierto tipo de canciones, y esas eran las que estaban sonando a través del altavoz que había conectado al móvil.

El baño me vino de maravilla, tanto que al salir me sentía mucho mejor, los ánimos estaban volviendo y las ganas de comerme el mundo también. Porque después de todo, durante ese baño y al escuchar esas canciones, me dije que la vida son dos días y que no merecía la pena perder ni medio por personas que en vez de sumar restan.

Me estaba terminando de secar cuando los golpes empezaron a sonar en la puerta de entrada, y por la fuerza con la que estaban golpeando, sabía que era uno de mis dos hermanos.

—¡Ya voy! —Me puse un simple pijama lo más rápido que pude. Sonó otro golpe—. ¡Que ya voy! —Corrí para abrir porque, como tardara más, la iba a echar abajo.

—¿Por qué coño no contestas a las llamadas? Joder, Alex, nos tenías a todos preocupados. —Ahí estaba mi querido hermano, ese que en el trabajo como buen abogado que era, hablaba superbién, pero cuando se cabreaba, le perdía la boca.

—Enrique, baja un poco el tono, que te van a escuchar los vecinos.

—Como si me escucha hasta el mismísimo Papa. —Entró en casa, cerré la puerta y fui tras él.

—No tenía ganas de hablar con nadie. —Me fui a la cocina para preparar dos cafés.

—Mírala, y lo dice tan tranquila. Vamos a ver, Alex, porque me estás tocando los cojones de una manera que no es normal. —Cogió la taza de café que le ofrecí—. ¿Me estás diciendo que no has contestado ninguna de las llamadas porque no tenías ganas de hablar?

—Básicamente, sí. —¿Para qué negar la realidad?

—Tú no estás muy bien de la cabeza, ¿verdad?

—Pues estoy mejor de lo que crees. —Le di un sorbo al café. «*Mmm, nada mejor que el saber del café»*, pensé—. Lo que pasa es que he pasado unos días algo malos y no tenía el cuerpo para hablar con nadie, por eso le dije a papá que no me encontraba bien.

—Y en vez de contarnos lo que te pasa, te encierras en ti misma.

—La semana pasada pillé a Manu en la cama con Claudia —suspiré.

—No lo estás diciendo en serio, ¿verdad? Porque, como sea así, donde me encuentre al capullo ese, me lo cargo.

—Me ha dolido más no haberme dado cuenta de que ninguno de los dos era de fiar, que lo que son los cuernos.

—Sabes que ninguno de los dos eran santos de mi devoción, pero no me esperaba que entre ellos hubiera algo, siempre se han llevado muy mal. —Se sentó en una silla frente a mí.

—Yo tampoco me lo esperaba, te lo digo de corazón. Creía que Claudia era mi amiga de verdad, ahora me doy cuenta de lo engañada que estaba. —Enrique podía llegar a ser una persona muy efusiva, pero era con el que más me desahogaba—. De Manu… bueno, sabía que no iba a ser mi pareja para siempre; lo quería, no lo voy a negar, pero tampoco era un amor como el que tiene Ignacio con Martina.

—En momentos como este, es cuando más tienes que dejar que estemos a tu lado; no puedes simplemente desaparecer, porque no vamos a permitir que lo hagas. —Le dediqué una sonrisa de agradecimiento—. Recuerda que todos estamos para todos, en las buenas y en las malas, así que, por favor, no lo vuelvas a hacer. —Me guiñó un ojo.

»Papá y mamá estaban a punto de poner tu foto con el famoso «Se busca» en un cartón de leche. —Enrique, era mortal; te hacía enfadar como nadie o te tenías que reír a carcajadas con sus ocurrencias.

—Qué tonto eres —negué riendo—. Te prometo, y no es mentira, que solo necesitaba unos días, pero que ya estoy bien; esto no va a poder conmigo. Eso sí, tienes que hacerme un favor.

—Uff, no sé, si estoy preparado para ese tipo de favores; soy muy joven para pasar el resto de mi vida en una cárcel.

—¡Qué dices de cárcel, loco!

—Ah, ¿que no era matar al capullo de tu ex? —Le tiré un paño de cocina que tenía cerca a la cara.

—No, paso de ese; no se merece ni que lo nombre. Lo que quiero es que vengas conmigo a una tienda de colchones, porque desde que los pillé no he dormido en mi cama y no pienso hacerlo, me da asco.

—Alex, que los muebles de tu casa tienen menos de un año, con cambiar las sábanas es suficiente.

—Me niego.

—Pues verás cuando se entere papá de que has tirado el colchón con lo caro que le costó.

—Pues por eso no le voy a decir nada y este lo voy a pagar con mi dinero.

—Anda, ve a vestirte; cuanto antes nos vayamos, antes terminamos. Eso sí, yo no pienso cargar con ese para tirarlo.

—Tú también estás muy acostumbrado a comprar, eso se lo llevan los mismos que traigan el nuevo.

Pasé por su lado y le di una colleja, pero el capullo fue rápido en reaccionar, porque me cogió por la cintura para sentarme en sus piernas y empezó a hacerme cosquillas.

—¡Para! ¡Para! —No podía dejar de reír, las cosquillas eran mi punto débil.

—Para que veas que tener la mano larga tiene sus consecuencias.

—Enrique, que me meo, te juro que como no pares me meo, ja, ja, ja.

Menos mal que me soltó cuando le dije eso, porque me estaba viendo, dándome una ducha y con el baño que me había dado como que no tenía ganas de meterme bajo el agua otra vez.

Me puse unos pantalones cortos blancos, una camiseta de tirantes amarillo pastel y unas cuñas del mismo tono que la camiseta. Me recogí el pelo en una cola alta, me puse mi perfume favorito y lista para ir a comprar el colchón.

—Desde luego, sabes elegir colores para llamar la atención —dijo—. Morena, con ojos verdes claros, el blanco y el amarillo te quedan perfectos.

—Sabes que no es mi intención —le respondí mientras cogía un bolso bandolera, mucho más cómodo para callejear—. Además, cuando voy contigo, todos piensan que somos pareja.

—Y no sabes cómo me fastidia eso; me espantas a mis posibles ligues. —Le saqué la lengua.

—Si te encanta que te los espante. —Salimos de casa y cerré la puerta con llave—. A ti te gusta cazar, no ser cazado.

—No lo niego; cuando me gusta una mujer, voy a por ella, pero en cuanto veo que no le intereso, me retiro.

Cogimos su coche ya que lo tenía aparcado en la calle, así me ahorraba sacar el mío del aparcamiento. ¿El problema? El coche de mi hermano era muy llamativo para mi gusto. A él le gustaba presumir de poder; yo, en cambio, era más discreta.

—Tengo una sorpresa, bueno, es cosa de Ignacio, Martina y por supuesto mía, pero hasta la noche no te puedo contar nada. —Yo lo mataba, juro que me cargaba a mi hermano.

—Eres un capullo, sabes que no tengo paciencia. —Le di un manotazo en el brazo—. Siempre haces lo mismo. —Me crucé de brazos enfurruñada.

—¿No sabes que la paciencia es una gran virtud? —me preguntó en tono divertido.

—Más paciencia que tengo, no puede tener nadie; fíjate si tengo que todavía sigues respirando.

Llegamos a la tienda de colchones donde un dependiente muy amable me estuvo mostrando algunos con las características que le pedí. Al final me decanté por el que más cómodo vi para mí.

—¿Cuándo me lo llevarían? —Quise saber, porque en mi casa había más habitaciones y además tenía el sofá, pero a mí me gustaba dormir en la mía.

—Mañana mismo lo tiene allí.

—Perfecto, cóbreme el suplemento por retirar el que tengo.

Saqué la tarjeta para pagar, pero antes de darme cuenta ya había sacado mi hermano la suya.

—¿Qué haces?

—Te lo voy a regalar yo. —Me encogí de hombros.

—Si te hace ilusión, no seré yo quien te lo impida —dije riendo.

—Si me invitas a comer, me doy por satisfecho. —Me guiñó el ojo. Por mi encantada, la comida me iba a salir más barata que el colchón.

Como era de esperar, fuimos a uno de los restaurantes más exclusivos de la ciudad. Como ya he comentado, a mi hermano le gustaban las cosas con clase y que costaran bastante dinero.

—Por eso me has dicho que invite yo, ¿verdad? —Lo miré mientras caminábamos unos cuantos pasos por detrás del maître.

—Hermana, lo bueno vale caro, y aquí es donde mejor se come de toda la ciudad.

—También es el más caro.

—Ni que tuvieras problemas de dinero; tienes para vivir siete vidas.

—No, a mí no me importa gastarme el dinero donde sea, sabes que no me miro mucho, pero en la comida lo veo una gilipollez. Bueno, no en la comida en sí, pero estoy segura de que se come mucho mejor en otros restaures. Lo que pasa con este es que estamos pagando el nombre y no lo que sirven.

—Sea como sea, este es el que más me gusta, y gracias a que papá cierra muchos negocios aquí, siempre tenemos mesa.

En eso tenía razón; a mi padre le gustaba cerrar los tratos con sus mejores clientes en lugares bastante exclusivos.

Capítulo 3



Nick

—Joder, menudo bombón, acaba de entrar por la puerta —habló Stuart con la mirada fija en un punto.

—Que te aproveche —le contesté, pasaba de mirar; sus gustos no tenían nada que ver con los míos.

Además, no estaba aquí para mirar a ninguna mujer, me daba igual quién fuera o cómo fuera.

—Qué lástima que venga acompañada por un hombre. —Lo miré empezando a cabrearme.

—Stuart, no estamos aquí para que se te vayan los ojos detrás de cualquier tía.

—Desde ya te digo que esa no es cualquiera, pero tienes razón, no estamos aquí para eso.

—El dueño del complejo pide mucho más de lo que realmente vale. —Iba detrás de un complejo hotelero que estaba a punto de entrar en bancarrota. A mí ese complejo me importaba una mierda, lo que realmente me interesaba era su ubicación, estaba un buen sitio—. Ahí es donde entras tú, enséñale lo que hemos averiguado y hazle ver que a mí no puede tomarme el pelo. —Lo miré con mucha seriedad, con los negocios no me jugaba nada nunca.

Me había costado mucho llegar hasta donde lo había hecho; todo había sido a base de esfuerzo y sacrificio, y no pensaba jugarme todo mi patrimonio por una operación mal llevada. Por eso, de los tratos solo nos encargábamos Stuart y yo.

Tenía una de las mayores cadenas hoteleras del mundo, y por eso quería ese complejo. Me gustaba dónde estaba y, después de que me hiciera con él, lo iba a remodelar por completo hasta dejarlo como el resto de mis hoteles.

—No te preocupes, está todo bajo control.

—No te olvides de dejarle claro que no pienso pagar ni un céntimo más de lo que le he ofrecido, y que si no lo adquiero yo, terminará en una subasta y ahí es cuando lo compraré más barato.

—Tal vez tendríamos que esperar que termine entrando en bancarrota.

—No, lo quiero ya, si esperamos a que entre en las pujas, pueden subir más de la cuenta, pero él no tiene por qué saber eso. Estoy completamente seguro de que con esta contraoferta va a aceptar. —Estaba totalmente convencido.

—Le apretaré las tuercas. —Sabía que lo iba a hacer, pocos desempeñaban el trabajo como lo hacía él, por eso era mi mano derecha.

—Lo dejo en tus manos hasta que regrese. —Tenía que volver a casa por unos asuntos que requerían mi atención. No creía que estuviera fuera más de dos días, pero mientras tanto, Stuart se quedaría a cargo de todo.

—Sabes que puedes irte tranquilo.

Conocía a Stuart desde que íbamos a la universidad, desde el primer año. Éramos de la misma edad y, aunque estudiamos distintas carreras, coincidimos muchas veces en la biblioteca.

A diferencia de mí, Stuart sí había nacido en una familia acomodada. No es que a mí me hubiera faltado lo esencial en la vida, porque no era así. Mis padres eran, como la mayoría de la sociedad: trabajadores que con lo poco que cobraban mantenían a su familia.

Me tuvieron cuando ellos ya eran muy mayores; más bien llegué cuando ya habían perdido toda esperanza de tener a un hijo, por lo que después de mí no tuvieron más.

Según decía mi madre, yo era su pequeño milagro; quizás por ser su único hijo me lo daban todo. Nunca les pedía nada y me esforzaba muchísimo en los estudios. Siempre era el mejor de la clase; mi único objetivo desde que empecé a tener un poco de consciencia era llegar muy lejos y convertirme en un hombre exitoso para que algún día dejaran de trabajar de sol a sol.

Estudié gracias a mis notas, siempre obtenía matrícula y, por ello, me concedían las becas completas. Durante la universidad, además, trabajaba para tener mi propio dinero, porque no quería que ellos siguieran enviándome nada.

Siempre me fascinó todo lo relacionado con la finanza y la dirección de empresas y, mientras estudiaba eso, a la vez iba investigando sobre otro tema que me llamaba mucho: la inversión en bolsa. Tras estudiar mucho sobre ello, un día me arriesgué e invertí todo lo poco que había ahorrado. No lo hice a lo loco ni mucho menos; todo estaba bien calculado.

Tan bien, que de esa inversión gané diez veces más, y ahí fue cuando empecé a ganar dinero. Porque después de esa vinieron más, y ya con dinero suficiente compré mi primer hotel. Ese seguía siendo mío y siempre lo sería, porque fue el primero con el que empecé a hacerme un nombre.

Logré todo ello antes de terminar en la universidad y, como me prometí a mí mismo, saqué a mis padres de donde vivían. Les compré un chalé, normalito; ellos no querían nada ostentoso, y los años que vivieron lo hicieron sin necesidad de pensar si iban a llegar a fin de mes.

Digo los años que vivieron, porque como dije antes, ellos me tuvieron mayores. El primero en dejarme fue mi padre, hacía ya nueve años; mi madre se fue dos años después. Fue duro quedarme sin los dos, pero era lo que tocaba. Aunque cuando se fueron no eran mayores del todo, sabía perfectamente que terminaría pasando, así que tenía el cuerpo hecho a ello.

En todo el proceso estuvo Stuart a mi lado, tanto en el crecimiento de la empresa como en el duelo por mis padres. Creo que, si no hubiera sido por él, la pérdida de mis padres me hubiera costado mucho más superarla.

Como dije al principio, él había crecido en una familia que vivía cómodamente. El problema de ello era que no pensaba igual que sus padres, y aunque ellos nunca le negaron nada, fue él el que tomó la decisión de vivir sin tocar su dinero.

Aunque no éramos socios, porque todo lo monté yo solo, para mí era como si lo fuéramos. En mi negocio él tenía totalmente poder para hacer lo que quisiera. No nos equivoquemos con esto: las decisiones finales tenían que pasar por mis manos, pero en el manejo de las negociaciones se las podía entender él solo; estaba más que capacitado para eso y mucho más.

—Ahora que todo está más que aclarado, ¿puedo seguir admirando las vistas que tengo delante de mí? —me preguntó en un tono burlón— Y con «delante de mí» no me refiero a ti, que te tengo muy visto y además no eres de mi tipo.

—¿Todavía sigue esa mujer aquí? —Stuart era muy mujeriego, siempre iba detrás de una y otra. Al contrario que yo, a mí no solía llamarme la atención cualquiera y, si lo hacía, solo era para pasar un rato y, si te he visto, no me acuerdo.

—Sí, y lo que me llama la atención es que pasa de todo el mundo. Tiene que estar muy enamorada de su pareja. Porque te aseguro que, si echaras un vistazo, te darías cuenta de que casi todos los hombres se la están comiendo con la mirada, incluso los que vienen acompañados por sus parejas la miran disimuladamente. —De que se había dado cuenta, estaba seguro. Stuart podía ser muchas cosas, pero era el mayor observador que había conocido nunca.

Empezó a picarme el gusanillo por descubrir quién era esa mujer, pero de ningún modo me iba a girar para mirarla. Desde luego que mi curiosidad no iba a ser como la de ninguno de los que había aquí.

—Pide la cuenta y vámonos, tengo varias cosas que hacer todavía y no puedo estar perdiendo el tiempo.

—De vez en cuando no viene nada mal que te tomes un descanso.

—Los descansos solo valen para distraernos de nuestros objetivos.

—Muchas veces actúas como un amargado.

—No es ser un amargado, es dar prioridad a lo que de verdad la tiene.

—Tienes treinta y cinco años y no sabes vivir más allá del trabajo.

—Sabes que eso no es así, disfruto cuando lo tengo que hacer y con quien tengo que hacerlo.

—Tío, te hablo como amigo, la vida no se terminó cuando ella se fue. —No pensaba hablar de ese tema, ni con él ni con nadie.

—No, no se terminó y no hay más que hablar. Sabes que no me gusta hacerlo. —Me levanté de la mi asiento—. Voy un momento al baño, mientras nos traen la cuenta.

Tenía que pasar por delante de la mesa en la que se suponía que estaba sentada esa mujer, pero yo no iba a ser como el resto de los hombres que había aquí, no pensaba desviar la mirada para verla.

—Cállate ya, idiota. —Escuché que decía una voz femenina.

De buenas a primeras me vi sosteniendo a alguien por los brazos para evitar que cayera al suelo al haber tropezado conmigo.

—Lo siento, no lo he visto al levantarme. —Cuando escuché cómo se disculpaba, fue cuando miré a quien tenía entre mis brazos.

Era el rostro más bonito que había visto en mi vida; entre mis brazos tenía a una mujer morena y con unos ojos verdes que quitaban el sentido, eso acompañado por unos labios carnosos en forma de corazón.

—No se preocupe, yo tampoco la vi. —La solté porque no me quedaba más remedio que hacerlo.

—Gracias por evitar que cayera al suelo. De haberlo hecho, mi hermano estaría ahora muerto de la risa y yo habría pasado la vergüenza del siglo. —Miró al que se suponía que era su hermano, según lo que ella había dado a entender—. La culpa es tuya. —Lo señaló con el dedo.

«Espabila, Nick, que estás quedando como un memo». No podía permitir que una mujer —por muy bonita que me hubiera parecido— me distrajera.

—Como le he dicho, no hay de qué. Ahora, si me disculpa, sigo mi camino.

La dejé allí de pie, sin prestarle más atención de la que le había dado en un primer momento. Me fui directo al baño, ahora con más necesidad que antes, porque tenía que alejarme de esa mujer; me había llamado más la atención de lo que estaba dispuesto a reconocer.

No, en mi vida no había cabida para esos pensamientos. Ya lo había pasado una vez muy mal y no pensaba dejar que volviera a ocurrir. No, porque permitirme sentir era debilitarme.

Por eso mismo siempre me acostaba con mujeres que sí eran auténticas bellezas, pero detrás de toda esa belleza no había nada que pudiera llamar mi atención.

Cuando salí del baño, vi que la mesa que antes había estado ocupando con su hermano estaba vacía. Mucho mejor así, no tendría la tentación de desviar la mirada para verla ahora que sabía lo bonita que era.

—El único hombre de todo el restaurante que no se molesta en mirar a esa belleza y es el que tiene la suerte de sujetarla entre sus brazos para evitar que cayera al suelo.

—Tampoco es para tanto, una mujer más, a fin de cuentas. —Le quité importancia al asunto.

—Tío, no sabes cómo admiro tu entereza.

—¿Has pagado? —No quise seguir dándole pie. Me dijo que sí con la cabeza—. Pues vamos.

En cuanto salimos, llegó el aparcacoches con el mío. Nos montamos y llevé a Stuart a la reunión que tenía concertada con el dueño del resort, y yo me fui hacia el hotel; quería darme una ducha antes de ponerme a revisar la viabilidad de otro complejo que me interesaba adquirir.

Este necesitaba un poco más de investigación, ya que estaba situado en un lugar paradisiaco que, aunque me dejaría beneficios millonarios, la inversión también sería multimillonaria.

Capítulo 4



Alexandra

Tal y como me dijeron en la tienda, el colchón me lo trajeron al día siguiente y, desde entonces, estaba durmiendo mucho mejor que antes. *«Al final te ha venido bien que Manu te pusiera los cuernos»*, pensé de manera sarcástica.

Dar por culo, lo seguía dando, claro. Como había perdido a la gallina de los huevos de oro, ahora no le quedaba más que arrastrarse para intentar que le perdonara. Lo que no sabía él era que yo no quería que se humillara y que nunca en la vida lo iba a perdonar. Más que nada, porque todo eso me sirvió para darme cuenta de que sí, que lo quería, pero como se puede querer a un amigo, porque amor, lo que se dice amor, no había entre nosotros.

Bueno*, «basta ya de pensar en eso, que el día está empezando y hay que afrontarlo con pensamientos positivos y con una bonita sonrisa»*. Casi todas las mañanas me repetía lo mismo; y digo casi porque solo lo hacía cuando me venía algún pensamiento un poco más deprimente.

En cuanto me duché, me puse la crema hidratante por todo el cuerpo. Cuando se hubo absorbido, me fui al vestidor; ya tenía pensado el conjunto que me iba a poner ese día para ir a la oficina.

Quería ir cómoda, pero a su vez con cierta elegancia, por lo que me decidí por un pantalón de vestir tipo chino de lino, en color blanco. Era de cintura alta, entallada, y el largo quedaba justo por las espinillas.

Para la parte de arriba elegí una blusa de tirantes anchos en rosa pastel; al meterla por dentro del pantalón me hacía una figura muy bonita. El conjunto quedaba perfecto con el tono de mi piel y mi pelo.

Para terminar de combinar todo, me puse unas sandalias de tiras con tacón fino que, aunque a simple vista podían parecer incómodas, no lo eran en absoluto. Eran de lo más confortables; vamos, que montones de días las había llevado durante todo el día sin molestarme lo más mínimo.

En el pelo me hice una trenza sueltecita, de lado, que al terminar caía sobre la parte derecha del cuello y el hombro. Maquillaje en todos suaves y neutros, nada de colores estridentes en la cara. Además, yo era de las que, mientras menos se echara, más a gusto se sentía, por lo que la mayoría de las veces utilizaba solo una *BB Cream*.

Me cogí un café frío de la nevera; con el calor me encantaba tomarlos así. Es verdad que el primero siempre me lo tomaba caliente, pero los demás, bien fresquitos. Llegué al garaje dándole sorbos a esa bebida que era mi vicio, me monté en el coche y lista para afrontar el día.

Lo bueno de esas fechas era que trabajábamos solo hasta las tres; lo malo, que ese era el horario de los trabajadores, porque tanto mi padre como mis hermanos y yo, más de una vez, nos teníamos que quedar.

Los días que sabíamos que tendríamos que hacerlo, solíamos salir los cuatro a comer a algún restaurante y después volvíamos a la empresa. Ese día era uno de esos en los que no me apetecía quedarme más tiempo, pero claro, tendría que hacerlo si no me quedaba más remedio.

Mi casa quedaba más o menos a unos veinte minutos de la empresa, tiempo que, además de dedicar a estar pendiente de la carretera —como es lógico—, aprovechaba para disfrutar. Me encanta conducir, ponerme detrás del volante y coger la carretera sin ningún destino a la vista; para mí, es uno de los mejores placeres de esta vida.

Mínimo una vez a mes solía hacerlo. Muchas veces me llevaba algo de ropa por si encontraba algún pueblecito de esos pintorescos y tranquilos que tanta paz te podían dar. Cuando encontraba alguno así, buscaba un lugar

donde alojarme y entonces me dedicaba a pasar el fin de semana recorriendo sus calles y rincones, conociendo a sus vecinos.

A Manu nunca le gustó hacerlo, por lo que esos fines de semana siempre me iba sola. Alguna vez había venido mi madre conmigo, e incluso Enrique también lo hizo alguna vez.

—Buenos días, Miguel —saludé al portero; llevaba tantos años trabajando con mi padre que no recordaba entrar por la puerta de la empresa y no verlo —. ¿Cómo están los niños y Almudena?

—Buenos días, Alex. —Me dedicó una sonrisa—. Están como siempre, ya te puedes imaginar: en plena adolescencia. Así que, para la niña, todo son dramas y para el niño, intentos de hacer lo que le da la gana.

Miguel tuvo, junto a su mujer, mellizos, que si no me equivocaba, creo que tendrían entre quince o dieciséis años.

—Menos mal que Almudena sabe controlarlos —le dije riendo, y es que su mujer era de carácter fuerte, pero con un corazón de oro.

—Sí, te aseguro que sin ella sería muy complicado manejar a esos dos terremotos.

—Es que eres demasiado blando con ellos. —Miguel era un hombre tan bueno y sentía tanta pasión por su mujer e hijos que muchas veces los niños se aprovechaban de ello.

—Tienes razón, se aprovechan porque saben que son mi punto débil.

—Si necesitas ayuda para meter a los niños en vereda, dímelo. —Se echó a reír cuando me oyó decirle eso—. No te rías, que te lo digo en serio.

—Niña, que tienes el corazón demasiado noble para lidiar con ellos. Si conmigo hacen lo que quieren, contigo ya sería otro mundo. —Negó con la cabeza.

—Eh, que yo también sé ponerme sería. —Me crucé de brazos como si me hubiera ofendido—. Me voy, que se me echa el tiempo encima. Que pases un muy buen día.

—Igualmente, Alex. —Hizo una inclinación de cabeza.

A todos los que me iba encontrando los saludaba; siempre me había gustado ser muy sociable. Que fueran trabajadores y que yo fuera la hija del dueño no me daba derecho a tratarlos de una manera distinta, yo me consideraba una más. Por lo menos era mi manera de pensar y, por lo tanto, de actuar.

Mis hermanos siempre me decían que tendría que guardar un poco más de distancia con los empleados, porque algunos se tomaban demasiadas libertades. Sé que tenían algo de razón, pero yo sabía perfectamente a quién dar esa confianza y a quién no; tonta no era ni lo había sido nunca.

Eso no quiere decir que ellos trataran mal a los empleados ni que fueran con aires de superioridad; al contrario, también los trataban con mucho respeto. Lo que pasa es que ellos sí que solían mantener un poco más las distancias.

—Hola. —Entré en el despacho de mi padre; todas las mañanas me gustaba pasar a saludarlo antes de irme al mío—. ¿Qué tal te fue ayer?

Se lo preguntaba porque la tarde anterior tuvo una reunión con un posible inversor que, por lo visto, quería que todos sus complejos turísticos tuvieran una programación más avanzada en el mercado. Eso le daría mucha ventaja contra sus competidores más directos.

Nosotros, entre otras muchas cosas, nos dedicábamos a personalizar programas específicos para las empresas. Dependiendo de lo que quisieran y de cuánto estuvieran dispuestos a pagar, podían obtener unos más básicos u otros mucho más complejos con tecnología puntera.

—Tenía ciertas dudas, por eso hemos concertado otra cita para hoy, en la que tu hermano Ignacio estará presente. Ya sabes que él suele resolver las dudas como nadie.

—Desde luego que lo que no consiga mi hermano no lo consigue nadie. —Me acerqué a darle un beso—. Bueno, yo me voy a mi puesto de trabajo si no quiero que mi jefe me despida.

—No creo que tu jefe te despida nunca. —Me guiñó un ojo—. Alex, antes de que te vayas, hoy nos tenemos que quedar por la tarde un rato los cuatro, tenemos que poner a punto algunas cosas antes de que empecéis a coger las vacaciones. —Menos mal que ya venía preparada.

—¿Cuándo te las vas a coger tú? —A él no le gustaba dejar la empresa sin supervisión, aunque contábamos con un equipo más que cualificado para hacerse cargo.

—Yo me voy a coger quince días antes de que se vaya Ignacio. Cuando vuelva, se las cogerá él. Sé que Enrique y tú os las vais a coger a la vez. —Mis hermanos y yo solíamos coger un mes entero en verano; papá solo se cogía quince días, aunque durante el resto del verano se tomaba días sueltos, pero se quedaba en la ciudad por si era necesario.

—Pues este año me voy de viaje con Enrique, lo que no sabemos es a dónde. —Los tres años anteriores me iba siempre con Manu, pero este año lo iba a hacer con mi hermano.

—Creo que no sabes el riesgo que corres al irte con tu hermano —dijo riendo.

—No te preocupes, yo lo controlo.

—¿A quién vas a controlar, enana? —preguntó Ignacio, entrando en el despacho.

—A tu hermano, que este año me voy de vacaciones con él. —Me acerqué a darle un beso.

—Qué miedo me dais los dos juntos y solos. —Puso los ojos en blanco, haciéndose el gracioso.

—Anda, calla, que si no llega a ser por Martina, tú hubieras sido peor que él —le contestó mi padre.

—De eso hace tanto, que ya ni me acuerdo de lo que es pegarse una juerga.

—Es lo que tiene estar casado, aunque también te la puedes pegar con ella. —Le di una palmadita en el brazo al pasar por su lado—. Bueno, yo os dejo con vuestras cosas y me pongo con las mías. ¿A las dos nos vemos en el vestíbulo? —Los dos asintieron con la cabeza.

Me fui a mi oficina. De camino, les mandé un mensaje a Gabriela y a Patri para que en cuanto pudieran fueran a mi oficina, quería repartir el trabajo que se quedaría cada una en mi ausencia, teniendo en cuenta que una estaría la primera quincena del mes de vacaciones y la otra la segunda. Todo tenía que quedar bien organizado, porque un solo error podía fastidiarnos más de la cuenta en los números.

Además, había que preparar las nóminas de los empleados, ya que este mes era distinto porque llevaban las pagas dobles.

—Pasad —les dije cuando tocaron a la puerta.

—Buenos días, Alex —la primera en saludarme fue Gabriela.

Ella tenía mi misma edad, era una chica siempre dispuesta a todo. Si se necesitaba ayuda, allí estaba, y además siempre con una sonrisa. Solo la perdía cuando mi hermano Enrique entraba en la habitación donde estuviera ella.

Nunca me había dicho nada sobre ese tema, pero yo no era tonta: sabía que estaba enamorada de él o, como mínimo, que le gustaba mucho. Siempre respeté su silencio en ese asunto; no era nadie para meterme en medio, y mucho menos para dar falsas esperanzas cuando sabía de sobra que mi hermano no se iba a fijar en ella. No porque fuera fea, ni nada por el estilo, todo lo contrario, era guapísima. Lo que pasa es que mi hermano no pensaba en tener una relación, al menos a corto plazo.

Detrás de ella entró Patricia. Era la contratación más reciente de la empresa, pero todo lo que estaba viendo en ella me encantaba. Era muy eficiente, no se le escapaba ni una; vamos, que si algún día yo dejaba la empresa de mi padre, ella podría sustituirme sin problemas. Tenía una cabeza privilegiada para los números.

Lo único no tan positivo era que era muy reservada: nunca hablaba de su vida privada, no se relacionaba con nadie fuera del horario laboral y, si la empresa organizaba alguna fiesta, siempre encontraba una excusa para no asistir. Era hermética a más no poder.

Lo respetaba; suponía que no le gustaba mezclar su vida personal con la profesional y era totalmente lícito.

Estuvimos hablando un rato sobre en qué se enfocaría cada una y cómo lo harían cuando yo me fuera. Después de dejarlo todo listo y organizado, cada una volvió a su mesa y yo me sumergí entre mis números de pagos y cobros, hasta que llegó la hora en la que había quedado con mi padre y mis hermanos para comer.

Capítulo 5



Nick

Al final, Stuart llevó la negociación con el complejo turístico tal y como esperaba que lo hiciera. Hacía dos días que habíamos firmado. Ya que estaba en esa ciudad, aproveché para reunirme con Gonzalo y que me diera un presupuesto acorde a lo que yo necesitaba de su empresa.

Me había decidido por ellos porque estaban muy bien valorados y, como yo, habían empezado de la nada. ¿El único problema? Que Gonzalo era duro de pelar: no se bajaba del precio que me había dado. Sabía que era un buen precio, así que, si lo quería, no me quedaba más remedio que entrar por el aro.

Eso sí, le dije que necesitaba que me explicara mejor sus funciones y hasta dónde podía llegar. Me respondió que pasara hoy por la oficina; su hijo se encargaría de resolver todas las dudas que tuviera. La reunión la puso a última hora de la mañana, según él, para poder hablar con más tranquilidad.

—Es un placer hacer negocios con usted. —Me estrechó la mano el hijo de dueño.

—Por favor, trátame de tú —le dije a Ignacio, para automáticamente girarme y dirigirme a Gonzalo—. Muchas gracias por todo; el placer ha sido mío.

—Hijo, mándale un mensaje a Alex. Dile que ya vamos y que se pase por la oficina de Enrique para que lo avise —le pidió a su hijo. Luego, a mí—: Voy a ir a comer con mis hijos. Si quieres, estás invitado a unirte.

—Muchas gracias, pero no quiero interrumpir una reunión familiar —respondí. Gonzalo siempre me había tratado de forma cercana desde que nos conocimos, aunque eso sí, solo cuando ya habíamos terminado de hablar de negocios.

—Tonterías. —Me dio una palmada en la espalda—. Solo vamos a hablar del tema de las vacaciones.

—A lo mejor, a mis hermanos les viene bien que vengas —añadió mientras entrábamos en el ascensor—. Este año quieren irse de vacaciones juntos y como tú tienes hoteles y resorts repartidos por el mundo, quizás puedas aconsejarles.

Llegamos al vestíbulo, donde un hombre y una mujer estaban de pie cerca de la entrada, conversando entre ellos con mucha tranquilidad. Cuanto más me acercaba, más me iba sonando el hombre; a ella no le veía la cara porque me daba la espalda.

Por mí podía seguir así: las vistas de su trasero eran inmejorables. Imaginaba que tendríamos que esperar a que bajaran los otros dos hijos de Gonzalo, porque no veía a nadie más que a ese hombre y a la mujer que lo acompañaba.

—Alex, Enrique. —Se giraron al mismo tiempo cuando Gonzalo los llamó —. Quiero presentaros a Nick.

Cuando vi la cara de la mujer, me quedé un poco sorprendido: era la misma que había visto hacía poco más de una semana en el restaurante, acompañada por su hermano. Más que verla, lo que hice fue evitar que se cayera de bruces al suelo.

Lo que no imaginaba era que fuera la hija de Gonzalo. Más que nada, porque cuando le escuché pedirle a su hijo que mandara un mensaje a un tal Alex, pensé que se trataba de un hombre. Jamás me hubiera imaginado que

era una mujer… y una de las más bonitas que había visto en mi vida. En eso, le tenía que dar la razón a Stuart.

—Nick, ellos son mis hijos: Enrique, mi hijo mediano y abogado de la empresa —le di la mano como saludo—, y Alexandra, que se encarga de la parte financiera y contable, es la pequeña de los tres. —También le estreché la mano. El contacto con ella me provocó una especie de escalofrío.

—Mucho gusto —le dije con un tono neutro.

—A usted lo conozco, fue quien evitó que cayera en el restaurante —dijo con una sonrisa. Y que sonrisa más bonita tenía—. Le vuelvo a dar las gracias por evitar que mi hermano y el resto de las personas se rieran de mí.

—Es verdad, ya decía que me sonaba su cara —intervino Enrique.

—Nick va a venir a comer con nosotros. Creo que os puede aconsejar algún lugar que os atraiga mucho.

—Uff, no sabes cuánto te lo agradezco, porque aquí el señorito —le dio un golpecito con el dedo índice en el abdomen— y yo no nos ponemos de acuerdo. Supongo que cuando mi padre te ha dicho que nos aconsejes, es porque viajas mucho.

—Hija, se lo he dicho porque es el dueño de una de las mayores cadenas hoteleras a nivel mundial. —Me contuve para no reír al ver su cara de sorpresa.

—Ah… me he quedado sin palabras.

—Pues eso es difícil en ti —bromeó su hermano mayor.

Alex se veía una mujer muy abierta para relacionarse con personas que acababa de conocer. Eso, al menos, era lo que me transmitió en las pocas palabras que habíamos intercambiado.

Fuimos a un restaurante que quedaba cerca de la empresa. La verdad es que estaba bien. No era como aquel al que había ido cuando la vi por primera

vez, pero tenía un ambiente muy familiar y un olor a comida casera que impregnaba todo el local.

No me acordaba el tiempo que hacía que no comía una comida en condiciones. Si no recordaba mal, desde que mi madre murió. Es verdad que la mujer que trabajaba en mi casa me cocinaba de vez en cuando, pero como apenas estaba allí, casi nunca coincidíamos. Normalmente, mis días, semanas o incluso meses transcurrían de hotel en hotel.

Nos acomodamos en una mesa que nos prepararon para los cinco. Alex quedó entre su hermano mediano y su padre, justo delante de mí. Me costaba mucho apartar la mirada de su cara. Tenía unos ojos verdes claros que atrapaban; grandes y enmarcados por largas pestañas negras, del mismo color que su cabello, quizá incluso un tono más oscuro.

Y su boca… tenía unos labios carnosos que incitaban a morderlos y retenerlos entre los dientes. No podía ni imaginar lo que podían llegar a hacer esos labios, porque si lo hacía, no me podría levantar de la mesa, estaría en problemas con mi entrepierna.

—¿Cuándo vais a coger al final las vacaciones tú y tu hermano? —Oí que le preguntó Gonzalo a la causante de que mis pensamientos desvariaran.

—El mes de agosto completo —le contestó—, pero como sigamos por este camino, al final me iré de vacaciones sola; no nos ponemos de acuerdo a dónde ir.

—Es que eres muy complicada. Yo quiero ir a algún lugar para descansar, con piscina y playas de ensueño, y ella quiere ir a recorrer ciudades —dijo el hermano resoplando—. Me niego a pasarme todo el día andando y sudando.

—Tú lo que quieres es ir donde haya chicas casi en pelotas y dejarla sola mientras te dedicas a ligar —lo acusó su otro hermano.

—Joder, es que es verano, y es lo que toca —protestó Enrique.

—Te he dicho que voy a un resort, si me prometes que por lo menos vas a hacer algunas excusiones conmigo. —Lo señaló con el dedo.

—Hijo, creo que tu hermana tiene parte de razón; tampoco te está pidiendo nada del otro mundo.

—Si no os importa que me meta en la conversación, os voy a aconsejar un lugar que estoy seguro de que no conocéis. —Todos me estaban prestando atención—. Acabo de adquirir un resort en las Islas Turcas y Caicos, y os puedo asegurar que hay pocos lugares en el mundo con playas como esas.

—Eso suena bien —dijo Enrique—. Alex, podríamos irnos dos semanas allí.

—Estaríamos en las mismas. Te dedicarías a ligar y a dejarme sola. Creo que lo mejor es que tú hagas tu viaje y yo haga el mío.

—Mira que eres cabezona. Haré excusiones contigo, pero las noches son mías. —Le guiñó el ojo.

Lo entendía a él, pero ella llevaba su parte de razón. Si el propósito de este viaje era pasar tiempo juntos y él se dedicaba a ligar, no tenía mucho sentido.

—Si a ratos te quedas sola, no creo que aburras. El centro histórico de allí tiene mucho que visitar, entre ellas hay un museo que cuenta la historia de la conciliación. También está su faro, puedes perderte por sus calles y disfrutar de numerosos restaurantes y tiendas. —Me di cuenta de que ella me estaba mirando muy atenta a todo lo que les estaba contando—. Sus gentes son muy amables; si te gusta conocer culturas nuevas, te lo recomiendo.

—Tú lo que quieres es venderme el viaje para que me quede en tu hotel. —Se le formó una sonrisa en el rostro.

—Bueno, de todos modos, no os iba a cobrar. —Esa vez fui yo quien sonreí, porque le dejé sin palabras.

—Enana, si encima nos lo ha puesto a huevo, como digas que no, me voy sin ti —dijo Enrique.

—Hija, creo que es muy buena idea. —Apoyó Gonzalo.

—No voy a insistir, pero si en algún momento te lo piensas y quieres ir, dile a tu padre que te dé mi número de teléfono. Solo tienes que llamarme, que yo me encargo de todo los demás.

—Eres muy amable, Nick. —Joder, a cada momento que pasaba, más me atraía.

Cuando terminó la comida y me despedí de ellos, no me pude quedar con mejor sabor de boca. Me parecieron un padre y unos hijos muy unidos.

Al despedirme a ellos, les di un apretón de manos. Con Alex no pude evitar cogerla suavemente por la cintura y atraerla hacia mí para darle dos besos, aunque lo hice de manera sutil para que no fuera demasiado obvio, no puede evitar hacerlo. Al acercar mis labios a su rostro, aspiré su olor: me había cautivado desde que pasó por mi lado al entrar.

Y eso era malo para mí. Porque ella no parecía de las que tienen algo solo por una noche, y yo no buscaba nada más que un revolcón ocasional.

Mi corazón estaba blindado y no pensaba abrirlo ni a ella ni a nadie. No, en mis pensamientos no entraba mantener una relación, ni a corto ni a medio plazo, mucho menos si eso ponía en riesgo mi corazón.

Ya me lo habían roto una vez y no pensaba volver a pasar por lo mismo.

Había tenido una novia en la universidad que estuvo a mi lado sin ser nadie, me acompañó en todo mi crecimiento. Cuando alcancé cierta estabilidad, le pedí que se viniera a vivir conmigo y aceptó. Al año, más o menos, de estar viviendo juntos, le pedí que se casara conmigo y también dijo que sí, y lo hizo con mucha ilusión.

Yo estaba profundamente enamorado de ella, para mí lo era todo y por lo que me demostraba también parecía que ella lo estaba de mí. Faltaban cinco meses para casarnos, cuando una mañana vi que tenías las maletas hechas.

Cuando le pregunté por qué, me dijo simplemente que había dejado de quererme, que ya no podía seguir conmigo. Que estaba muy agradecida por

todo lo que había hecho por ella, pero que no iba a estar ni un día más en esa casa junto a mí.

Al principio me vine abajo. Caí en una depresión, pero con el paso del tiempo me fui recuperando… hasta que lo único que pude sentir por ella fue un odio tan intenso que me cerró por completo a cualquier mujer que pudiera atraerme más de la cuenta.

Capítulo 6



Alexandra

Finalmente, me había dejado convencer por mi hermano y terminé aceptando la oferta de Nick, el hombre con el que me había cruzado dos veces y ambas me había puesto los vellos de punta. Ni soy ingenua ni tengo mal gusto, por lo que no puedo negar que la primera vez que lo vi y tropecé con él me dejo impactada.

Creo que la palabra atractivo se quedaba muy corta para lo que realmente era ese hombre. La segunda vez que lo vi, fue un impacto aún mayor. Estaba en el vestíbulo junto a mi hermano Enrique esperando a mi padre y a mi hermano Ignacio. Cuando mi padre nos llamó y me giré para verlo, no me esperaba para nada que viniera acompañado por otra persona, mucho menos que fuera el mismo con el que me había cruzado una semana antes.

Era tan guapo que quitaba el sentido, alto, el cuerpo se le notaba bien definido debajo de ese traje, con unos ojos marrones, pero de esos que si se te quedan mirando te pueden traspasar hasta el alma. Como iba evaluando a las personas, porque se notaba que no se le escapaba nada, tan controlado y correcto.

Por su forma de comportarse parecía mucho mayor de lo que su físico mostraba, supongo que tuvo que forjar ese carácter por su negocio. No sé, tal vez me estaba equivocando, pero intuía que dentro de ese hombre se escondían muchas cosas.

¿Me podía estar equivocando? De cabo a rabo. Con el paso del tiempo había aprendido que las personas no eran como aparentaban, daba igual que fuera para bien o para mal, pero nunca mostraban lo que realmente eran. Yo la primera, que conste.

Un buen ejemplo que de lo que una persona podía aparentar y después ser, era sin duda Patricia, mi ayudante. Hacía dos días que me la había encontrado en el baño que teníamos al final del pasillo y que nadie utilizaba porque quedaba más lejos, llorando a mares. En cuanto me vio, quiso disimular todo lo que pudo, pero ya era demasiado tarde, no pudo evitar que la viera.

En un principio me quedé cortada sin saber qué hacer o qué decir, quizá tardé más de la cuenta en reaccionar, porque cuando quise hacerlo, ella se cerró en banda. Por más que le pregunté se negó rotundamente a contestar nada, más allá de decirme que estaba bien, que había sido una simple discusión con su pareja.

Sinceramente, no sé hasta qué punto puede estar una persona enamorada de otra para llorar de la manera tan desgarrada en la que lo hacía ella. No podía hacer otra cosa más que decirle que si alguna vez me necesitaba, no dudara en decírmelo. Que se podía quedar tranquila con lo que me contara, de mis labios nunca saldría nada.

Me parecía una persona tan vulnerable y con una autoestima tan baja que me daba muchísima pena, pero cuando ofreces ayuda y la otra persona no te coge la mano y no se deja ayudar, poco más que estar presente puedes hacer por ella.

Patricia escondía bajo esa capa de mujer fría que intentaba aparentar en el trabajo, mucho, de eso estaba segura al cien por cien. Y yo era una mujer muy cabezota y ahora me había propuesto averiguar qué era lo que escondía, no por ser cotilla, porque no lo era, sino porque algo en mi interior, me decía que, sin saberlo, estaba pidiendo ayuda a gritos y yo pensaba dejarme la piel si hacía falta, pero conseguiría ayudarla.

—Buenos días —dije al pasar por delante de Gabriela y Patricia.

—Buenos días, Alex —dijeron al unísono.

Me quedaba una semana para irme de vacaciones y la verdad, no quería hacerlo sin saber qué era lo que le pasaba a Patricia, pero con ella iba tan perdida que no sabía por dónde entrarle.

Por lo pronto, iba a llamarla a mi despacho dentro de un rato con la excusa de darle unas cifras.

Estaba sentándome detrás de mi mesa cuando me llegó un mensaje de WhatsApp de Nick. Desde que le pedí el número de teléfono a mi padre para llamarlo y decirle que aceptaba su oferta, no había vuelto a hablar con él, por eso me sorprendió tanto que me escribiera.

Nick: *Buenos días, Alexandra.* —Era el único que le llamaba por mi nombre completo, aun habiéndole dicho que me llamara por mi diminutivo —. *Te escribo para decirte que ya lo tenéis todo organizado, os he reservado los billetes de avión y el traslado.*

Eso sí que no, me negaba a que también nos pagara los billetes de avión y el traslado, demasiado con que nos invitaba dos semanas en su resort.

Alex: *Buenos días, Nick. Te agradezco mucho que te hayas encargado de todo, pero me niego a que también corras con los gastos de los vuelos y demás. En cuanto me digas cuánto ha costado todo eso te haré una transferencia.*

Nick: *No te lo he dicho para que me lo pagues, de hecho, no pienso aceptarlo. Solo te lo he comunicado para que estés informada.* —Una respuesta contundente, como había demostrado que era él, pero yo era una cabezota.

Alex: *Vale, ya sé lo que tengo que hacer y de nuevo, gracias.* —Para mí era fácil investigar cuánto le habían costado los billetes y estaba segura de que eran en primera clase, ya me encargaría de hacerle la transferencia.

Nick: *Tú, mejor que nadie, sabes que no puede entrar ni salir dinero de las cuentas de una empresa para uso personal, por lo tanto, no tienes manera de devolvérmelo, porque no te pienso dar el número de mi cuenta*

privada. Así que solo te queda aceptarlo y disfrutarlo. —Joder, tenía razón. ¿Cómo no había caído en algo a lo que estaba tan acostumbrada?

Alex: *Tienes razón, de todos modos, no me daré por vencida y te lo devolveré antes de coger el vuelo, te lo aseguro.*

Nick: *Ya lo veremos.*

Y sin más se desconectó del WhatsApp. Este hombre era incluso más testarudo que yo y eso ya era mucho de decir. Sonaron unos golpecitos en la puerta; debía ser Patricia que venía a por los informes.

—Pasa, Patricia. — A ver por dónde abordaba el tema sin ser demasiado brusca.

—Si te viene mal ahora, me puedo pasar dentro de un rato.

—No tranquila, me viene genial ahora, siéntate, por favor. —Al hacerlo vi que hizo una mueca de dolor—. Patricia, ¿estás bien?

—Sí, no te preocupes.

—No me ha dado la sensación de que estés bien, cuando te has sentado parecía que algo te dolía y mucho. Eso es lo que ha reflejado tu cara por la mueca que has puesto.

—Bueno, ayer me di un golpe con la encimera en la cadera y me duele un poco, pero estoy bien.

—Ha tenido que ser un buen golpe para que un día después te siga doliendo. ¿Has ido al médico? Lo digo, por si te golpeaste tan fuerte, te has podido fisurar el hueso de la cadera.

—De verdad, no creo que sea nada de eso, simplemente me di con la esquina. Iba andando distraída y no medí bien la distancia.

—Patricia, quizá no sea más que tu jefa para ti, pero quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que necesites. —Agachó la mirada mientras le

estaba hablando, claro signo de que estaba ocultando algo que no quería que viera—. Te lo dije cuando te encontré en el baño y te lo vuelvo a decir ahora.

Con cada palabra que le fui diciendo, pude notar cómo se iba derrumbando poco a poco, estaba dejando caer sus defensas. Esperaba que lo que le estuviera pasando no fuera lo que me estaba imaginando, porque de ser así no me quería ni imaginar cómo se sentía.

—Sabes que no tienes por qué llevar sola todo el peso de lo que te pasa sobre tus espaldas, me da la sensación de que sea lo que sea, no lo has hablado con nadie y callarse las cosas no es bueno, porque te destruyes a ti misma. —Me levanté de mi sillón, me senté en la silla que había junto a ella y le tomé la mano. Quería que sintiera que no estaba sola, que podía contar conmigo.

»No pienses en mí como tu jefa, por favor, déjame ser alguien más, alguien en quien te puedas apoyar y dejarte caer.

Se derrumbó por completo y empezó a llorar con la misma intensidad con la que lo hacía cuando la vi en el baño. Dejé que sacara todo fuera; llorar es bueno, sana las heridas y ayuda a respirar después de ese llanto. Muchas veces, después de rompernos como lo estaba haciendo ella, nos levantábamos con mucha más fuerza.

La abracé y dejé que siguiera llorando en mi hombro, le iba pasando las manos por la espalda con pequeñas caricias, dándole consuelo. Solo cuando el llanto empezó a remitir, levantó la cabeza y me miró con esos ojos que transmitían un gran dolor.

—No sé cómo salir de esto, tengo tanto miedo que voy dejando pasar los días con la esperanza de que todo mejore, pero nunca lo hace. Cada vez es peor.

—Patricia, ¿tu pareja te maltrata? —asintió, y a mí se me hizo un nudo en la garganta tan grande que me costaba respirar— ¿Desde cuándo?

—Desde hace dos años. Al principio empezó con insultos, un tiempo después fue un empujón, tras eso vino el primer guantazo y viendo que yo

seguía junto a él, se fue envalentonando. Fue ahí cuando empezaron las palizas —me contó todo eso entre hipidos por el llanto.

—¿Por qué no has pedido ayuda?

—Porque al principio estaba tan enamorada que creía que yo era la culpable. Tras cada episodio venía una disculpa acompañada de un detalle: muchas veces eran flores, otra ropa o una cena romántica. —Se tapó la cara con las manos—. Con el paso del tiempo me fue anulando como mujer y como persona.

»Que, si no valía nada, eso era una de las cosas más bonitas que me decía. —Llegados a este punto, no sabía si yo estaba llorando más que ella, me tenía con el corazón encogido. ¿Cómo no me había dado cuenta antes de que le pasaba algo tan grave?

»Por último, llegó el miedo por mi vida, las amenazas de muerte si contaba algo. Este mes se ha vuelto totalmente despiadado. No voy a contarte las cosas que me ha hecho porque son demasiado fuertes.

¡Dios mío! ¿Cuánto había soportado? Era increíble lo que el ser humano podía llegar a aguantar por miedo y cuánta maldad podía llegar a acumular también.

—Patricia, no puedes seguir así, no puedes volver a esa casa. —Le tomé las manos para que me mirara—. ¿Qué te ha hecho esta última vez? Enséñamelo. —Le costó trabajo hacerlo, era como si le diera vergüenza.

Al final, de tanto que le insistí, lo hizo. Se levantó de la silla y poco a poco se fue subiendo la camiseta. Lo que vi sobre su piel me puso los pelos de punta. Tenía un morado que le ocupaba casi toda la parte lateral izquierda, justo donde tenía las costillas. Ahí no se quedó la cosa porque se giró para mostrarme la espalda y ahí se veían varios cruces como si le hubiera pegado con una correa, algunos incluso tenían sangre seca.

—Tenemos que ir a urgencias para que te reconozcan, puedes tener alguna costilla rota o fisurada. —Empezó a negar con la cabeza repetidamente—. Claro que sí, y después iremos a poner una denuncia.

—No puedo, Alex, si lo hago me va a matar.

—No, no lo hará porque no vas a volver a esa casa, yo me voy a encargar de ello. No te voy a dejar sola, confía en mí, por favor. Tú solo confía en mí. —No podía dejar que volviera a esa casa, no después de lo que me había contado y enseñado—. Sabes que en cuanto pongas la denuncia lo van a detener y mínimo va a pasar dos días en los calabozos; ese será el momento que vamos a aprovechar para ir a recoger todas tus cosas.

—No tengo dónde ir, Alex, me voy a quedar en la calle.

—No, no lo vas a hacer, porque te vas a quedar en mi casa todo el tiempo que haga falta. —En cuanto me escuchó ofrecerle mi casa se volvió a derrumbar—. Vamos a llamar a Enrique, aunque él sea el abogado de la empresa, entiende de más cosas y, si no, nos recomendará a alguien.

—No le digas nada a tu hermano, me muero de vergüenza.

—Patricia, no tienes nada de lo que avergonzarte. Al contrario, debes estar orgullosa de lo fuerte que eres; no todo el mundo tiene el valor que has tenido tú. Lo que importa es que has dado el primer paso y te has abierto a alguien, y creo que ese es uno de los más difíciles.

Con mucho esfuerzo logré convencerla de llamar a mi hermano.

Capítulo 7



Alexandra

Estaba con mi hermano en la sala de espera del hospital esperando que terminaran de hacerle el reconocimiento.

—¿Tan grave es? Quiero decir, dentro de toda la gravedad del asunto. —Sabía que estaba preguntando por las contusiones que tenía en el cuerpo.

—Mucho, nunca he visto algo así. Si el golpe que tiene en las costillas pinta mal, no te puedes ni imaginar cómo tiene la espalda. —Se me saltó una lágrima—. No podía dejarla así, no podría vivir con el peso de conciencia de no haberla ayudado.

—Alex, has hecho lo que tenías que hacer. No te preocupes, yo no puedo representarla, pero tengo un buen amigo que estudió derecho penal y sé que, en cuanto le explique el caso, no va a querer cobrarle, pero si lo hace, yo asumiré todos los gastos.

—He pensado que como nos iremos la semana que viene, no quiero que ella se quede sola aquí. ¿Te importa que venga al viaje con nosotros? No sé si aceptará, pero voy a intentar convencerla. Creo que le haría bien salir, despejar la mente, apartarla durante dos semanas del medio.

—No tienes que pedirme permiso, además me parece un gesto muy bonito por tu parte. Otra cosa es que ella quiera. —*«Ya me encargaría yo de convencerla»*.

—De eso me encargo yo —contesté totalmente convencida.

El médico nos hizo pasar a consulta, donde nos encontramos a una Patricia igual de cabizbaja. Me fui a su lado, le di mi mano y mi hermano hizo algo que no me hubiera esperado nunca: se puso al otro lado de ella y la mano que Patricia tenía sobre su regazo se la tomó entrelazando los dedos.

Enrique era muchas cosas, tenía un sinfín de virtudes —ojo, que también tenía sus defectos— pero dentro de ese torbellino de querer vivir la vida al máximo, había un hombre con un corazón enorme, donde las injusticias y maldad no tenían cabida, y mucho menos compresión hacia esos actos.

¿Me sorprendió al principio que le cogiera la mano? Sí, pero solo porque no tenían confianza. Creo que en este caso se dejó llevar por su buen corazón y quiso estar presente para ella, demostrarle que él tampoco la iba a dejar sola.

Al final, gracias a Dios o quien fuera, no tenía ninguna costilla rota ni fisurada, lo que sí presentaba era una contusión muy severa. Para las heridas de la espalda le mandó una crema; eso para las que no habían sangrado. Para las que sí lo hicieron, debía limpiarlas primero con suero, desinfectarlas, evitar mojarlas mucho y, en caso de hacerlo, secarlas muy bien.

—Aquí tienen un informe bien detallado acompañado de las fotografías que le he hecho. Con esto podrán poner la denuncia. Les aseguro que la policía actuará de inmediato.

—Muchas gracias —respondí.

Nos dio varias indicaciones más, como que tenía disponible apoyo psicológico en caso de que ella necesitara ir, y varios pasos a seguir en casos de este tipo.

En cuanto salimos de allí, fuimos a la comisaría. En la puerta ya nos estaba esperando el amigo de mi hermano, el abogado que le llevaría todo el proceso. Era un hombre joven, más o menos de la edad de mi hermano.

—Alex, Patricia, él es Aarón —nos presentó—. Puedes estar tranquila con él, es muy bueno en su trabajo y hará todo lo posible para que le caiga la mayor pena posible.

—Buenas tardes. —Se veía un hombre serio—. Eso dalo por hecho, ese no sale de prisión en una buena temporada. A ver si consigo que se celebre un juicio rápido. ¿Habéis traído todos los informes?

—Sí —contesté yo por Patri, porque ella desde que habíamos salido de urgencias, se había sumido en su mundo y no hablaba nada—. El informe médico, las fotos y el informe psicológico, porque, aunque le han ofrecido ayuda para más adelante, hoy la visto uno en urgencias, lo tengo todo aquí. —Se lo entregué.

—Bien, vamos para dentro y, Patricia, ahí tendrás que contar todo lo que te ha hecho…

—No puedo, hay muchas cosas que no quiero que nadie sepa. —Estaba temblando y, dadas las temperaturas que había, ese temblor se debía a miedo o nervios.

—No te preocupes, en la sala solo estaremos, el policía, tú y yo. Pero si me permites un consejo —hizo una pausa—, lo mejor que puedes hacer es abrirte y contarlo todo. No tiene que ser ahora, pero con el tiempo. Te aseguro que hablar sana el alma.

—No estoy preparada para contar ciertas cosas. —Le pasé la mano por el brazo para reconfortarla.

—Tranquila, cariño —le dije—. Cuando estés preparada, lo harás. Quiero que sepas que estoy aquí para cuando quieras tomar mi mano.

—Lo sé, me lo estás demostrando.

—Nosotros os esperamos en aquella cafetería. —Enrique señaló una justo frente a la comisaría.

—Allí nos vemos dentro de un rato —contestó su amigo.

No me hacía mucha gracia dejarla sola con alguien desconocido, pero en este caso no podía decir nada, así lo había decidido. Por lo tanto, tenía que respetar sus deseos.

—¿Crees que si me pongo en contacto directamente con los del hotel, me podrán ampliar ellos otra habitación?

—¿Por qué lo quieres hacer así?

—Enrique, me daría mucha vergüenza que Nick también se hiciera cargo de los gastos de Patricia. ¿No te parece que ya ha sido suficiente?

—Por muy incómoda que te sientas y aunque nosotros podamos correr con los gastos, Nick ha querido hacerlo así. Además, si a nosotros no nos falta de nada, imagina cómo tiene que estar él.

—Aun así, voy a intentar hacerlo sin que esto tenga que pasar por él. —Sí, era muy cabezota.

—No te voy a decir nada más. Total, vas a terminar haciendo lo que te dé la gana. —Se encogió de hombros como si pasara de mí.

—Ya me conoces. Oye —le señalé con el dedo—, delante de Patricia te comportas.

—Sé lo que debo hacer, no me trates como a un niño pequeño. Te recuerdo que soy dos años mayor que tú.

—Físicamente, porque mentalmente eres como un niño de quince años.

—Ja, ja, ja —rio de manera sarcástica—, no sabía que tenías el sentido del humor tan desarrollado.

—¿No? ¿En serio? Pensé que la que tenía toda la gracia de la familia era yo. De hecho, no lo creo, lo sé.

—¿Sabes? Me gusta ver a mi hermana de vuelta. A pesar de que este momento no sea nada agradable, desde que Manu no está en tu vida, estás

regresando con nosotros.

—Mi forma de ser no cambió en ningún momento mientras estuve con él.

—Eso es lo que tú crees, porque no te dabas cuenta. Créeme, sin haberte dado cuenta, sí cambiaste.

Si lo hice, en ningún momento me di cuenta y mucho menos fue intencionado. Sinceramente, yo me veía igual, pero si mi hermano me lo estaba diciendo, es porque era verdad.

Muchas veces las personas nos dejamos influir o llevar por terceros y la mayoría de las veces no percibimos nuestro cambio porque lo vamos haciendo en nuestro día a día, lo que hace que todo suceda de manera progresiva.

No quiere decir que ese cambio siempre sea para mal, todo depende de quién esté a tu lado en esos momentos. Por suerte, hay personas que te hacen cambiar para que crezcas. En fin, no me había dado cuenta del pequeño cambio que me había dicho mi hermano.

—Cambiando de tema, mamá me ha dicho que el sábado quiere que vayamos a comer a su casa, dice que tiene algo que contarnos.

—Uy, uy, esto me huele a sorpresita de la buena —dijo frotándose las manos y riendo.

—Pienso igual que tú, creo que ha conocido a alguien y quiere contárnoslo.

—O directamente presentárnoslo. —También podía ser, con mi madre nunca se sabía.

—¿Te imaginas que sea eso? Ella decía que no quería a un hombre que le cortara las alas, y eso que papá nunca lo hizo.

—Es distinto. Aunque papá nunca haya sido ese tipo de hombres, tuvo tres hijos muy seguidos, quieras o no eso la limitaba. Ahora es totalmente libre,

vive sola, viaja con sus amigas, entra y sale sin dar explicaciones. Vamos, hace más o menos lo mismo que hago yo —dijo Enrique entre risas.

—Con la diferencia de que a mamá no le vale cualquiera, por lo menos que yo sepa —continué con la broma.

—Me ofendes, por favor —volteó los ojos—, a mí tampoco me vale la cuenta. Por suerte, tengo un gusto muy exquisito.

—Enrique, no me hagas hablar. —Más no me podía estar riendo.

—No sé para qué te conté lo que me pasó aquella vez. Además, no eran feas, eran como dos gotas de agua. ¿Quién me iba a decir que eran hermanas idénticas?

—Claro, y por eso no notaste que iban vestidas de manera distinta.

—Pues no, no me fijé en la ropa, me interesaba mirar otras cosas.

Nos habíamos sentado en la terraza, así que vimos el momento exacto en que Patricia salió de comisaría acompañada por Aarón.

Capítulo 8



Nick

—Señor, han llamado para solicitar una modificación en la reserva que usted mismo nos pidió —me informó el gerente del resort al que iban a ir Alex y su hermano.

—¿Qué clase de modificación?

—En realidad han pedido una habitación adicional, pero la mujer que ha llamado quería abonarla ella, por eso le estoy llamando, porque usted dijo que ella y el hombre que van a venir iban con todo pagado.

—Dale la habitación, pero no quiero que le cobres nada.

—Como usted diga, que pase muy buena tarde.

—Gracias, igualmente.

Colgué la llamada intrigado, porque cuando había hablado con los hermanos, incluso cuando hablé con Alex por mensajes, no me habían comentado nada de que fuera a ir otra persona.

Ya la llamaría para preguntarle; de todos modos, debía hacerlo, puesto que, si iba otra persona, necesitaba los datos para la reserva del avión, a no ser que ella quisiera hacerlo por su cuenta.

Aunque no creía que lo hiciera, ya que todavía desconocía la compañía aérea en la que viajaría. Dejé de darle vueltas cuando Stuart entró en mi despacho.

Seguía en la misma ciudad de origen de Alex; con la compra del nuevo resort me había instalado en una *suite* de este y había asumido la dirección.

Al adquirirlo, lo hice con la condición de que el anterior propietario debía marcharse de inmediato; ya me encargaría yo de los empleados, de las deudas pendientes y de todos los asuntos más relevantes.

Cuando adquiría un hotel o resort, por norma general siempre conservaba al personal, no me gustaba jugar con el sustento de las familias; solo despedía a quienes no desempeñaban bien su labor y eso lo evaluaba con el paso del tiempo.

Así que, por eso, estaba en aquel momento y siendo la hora que era, sentado en ese despacho. Lo que no entendía era cómo había mantenido abiertas las puertas, porque los números que estaba viendo daban miedo.

¿Cómo alguien que creaba un negocio podía permitir llevarlo al punto al que lo había llevado ese hombre? Y sabía muy bien que nunca le habían faltado clientes; es más, casi siempre estaba al completo, pero los últimos meses había decaído mucho por la falta de suministros. Esa era otra de las cosas de las que debía encargarme: darle una buena publicidad con el nuevo nombre; iba a invertir una buena cantidad de dinero.

Si lo hacía era porque sabía de sobra que, en tres años como máximo, habría recuperado casi todo el capital invertido y después vendrían las ganancias.

—Creo que ya es hora de que dejes el trabajo por hoy —dijo entrado en el despacho y sentándose en una de las sillas que había frente a la mesa.

—¿Sabes la que ese hombre tenía liada con los números?

—Sí, lo sé. —Cruzó la pierna poniendo el tobillo encima de la rodilla—. Te recuerdo que me he encargado de revisarlo todo.

—Pues esto es una puta locura. —La sensación de frustración en esos momentos me estaba llevando al límite.

—Te voy a preguntar algo que no tiene nada que ver con el trabajo. —Le hice un gesto con la cabeza para que continuara—. Quería saber si vas a ir al mismo resort que Alex y su hermano en la misma fecha.

Cuando coincidí con ellos, esa misma noche se lo conté todo. Empezó con sus bromas sobre que no entendía cómo me las arreglaba para que la suerte siempre me sonriera.

Al escucharlo, lo encaré, porque hay cosas que por muy amigo mío que sea, no se las iba a pasar, y que me dijera a precisamente que tenía suerte me jodió mucho.

Todo lo que había conseguido en la vida había sido a base de esfuerzo y sacrificio, no solo por mí parte, ya que mis padres me dieron todo cuanto pudieron en su momento. Por desgracia, había perdido a las personas más importantes en el transcurso de estos años.

Así que, que me dijera que había tenido suerte me tocó mucho los cojones.

—No lo sé, quizá decida irme y hacer lo que me has dicho muchas veces. —Dejé caer.

—Si te vas, me voy contigo. —No sería yo quien le dijera que no.

—Solo te voy a decir una cosa, si te dice que no a la primera, no insistas.

—Parece que te ha gustado a ti también.

—Si lo ha hecho, da igual, porque no quiero tener nada con ella. Por lo poco que he hablado, no es una mujer que pase una noche con cualquier tipo.

—¿Y eso lo sabes solo con haber cruzado unas cuantas frases?

—No, eso lo sé porque sé observar, algo que tú no sueles hacer. —Estaba empezando a tocarme los huevos otra vez.

—Vamos a dejar el tema, porque parece que te afecta más de la cuenta.

—Stuart, sinceramente creo que te has obsesionado con Alex y no sé hasta qué punto eso es bueno. —Empecé a coger las llaves del coche y la cartera —. Voy a dar una vuelta por la ciudad.

—No sé qué te está pasando estos últimos días; sea lo que sea, estás muy raro.

Lo que me ocurría era que no podía sacarme a Alex de la cabeza; no sabía qué era lo que tenía esa mujer que me atraía tanto. Fuera lo que fuese, me estaba afectando más de la cuenta.

Sí, hacía años que por mi cabeza no pasaba tener unos días libres, y ahora estaba sopesando la idea de irme los mismos días que ella a mi complejo, no para trabajar, que es lo que haría normalmente, quería irme como un huésped más, olvidarme de todo el trabajo y disfrutar. Y si era con su compañía, mucho mejor.

—No me pasa nada, simplemente creo que puedo cansarme, ¿verdad? Estar tantos años al pie del cañón le puede pasar factura a cualquier persona.

Tampoco quería que notara lo mucho que me estaba jodiendo, que siguiera insistiendo en intentar algo con Alex, porque en el fondo, y muy a mi pesar, sentía celos.

—Tío, es lo que te he repetido infinidad de veces, no puedes cargarlo todo tú; es bueno compartir ese peso de vez en cuando. —Era cierto y creo que, por primera vez en mi vida, con respecto a este tema le iba a hacer caso—. Nos vamos a tomar esas vacaciones y te vas a olvidar de todo; en cuanto lleguemos, apagas el teléfono y listo.

—Tienes razón y vamos a empezar por tomarnos unas copas esta noche, venga, vamos a buscar algún local por aquí que esté de moda.

—Claro, seguro que encontramos un buen local.

Finalmente, fuimos a uno que una recepcionista le recomendó a Stuart; le dijo que estaba de moda y que no entraba cualquiera. La verdad, el lugar se notaba pensado para gente con alto poder adquisitivo.

—Hola, ¿qué os sirvo? —Se acercó una chica a preguntarnos.

—Un *whisky* solo. —No a todo el mundo le gustaba el sabor de esa bebida, personalmente a mí me encantaba, sobre todo cuando me iba quemando al tragarla y ese calor se asentaba en el estómago.

—Yo no soy tan valiente como él —ironizó—. A mí, ponme un *gin-tonic* con dos rodajas de limón.

El local estaba bastante bien, tenía un buen ambiente; las personas que veía no eran niñatos. Menos mal, porque no tenía cuerpo para aguantar tonterías de niños cuyo objetivo a corto plazo era emborracharse y ver lo que podían pillar esa noche. Sé que, por desgracia, hoy en día había muchísimas personas de mi edad que no tenían cabeza, y que se dedicaban a vivir sin responsabilidades y de fiesta en fiesta. Yo nunca fui así; es cierto que salía de vez en cuando, pero mi prioridad siempre fue luchar hasta lograr el imperio que tenía.

Lo que nunca imaginé fue que iba a llegar tan lejos, pero aquí estaba, a mis treinta y cinco años y teniendo lo que muy pocos podrían conseguir a lo largo de su vida. Nada de esto me había salido gratis, sin embargo, era de los que pensaban que todo sacrificio tenía su merecida recompensa.

Aproveché que Stuart estaba echando un vistazo por el local, seguramente buscando un ligue con el que pasar la noche, y le escribí a Alex.

Nick: *Buenas noches, Alexandra. Te escribo para informarte que la habitación extra que has pedido también corre de mi cuenta, así que no intentes que te cobren nada, porque no lo harán.*

Alex: *Buenas noches, Nick. Perdona, ha ocurrido algo con una de mis amigas y quiero llevarla conmigo para alejarla un tiempo de aquí; no quería*

decirte nada, bastante has hecho ya. No creo que sea oportuno que corras también con los gastos de ella.

Nick: *Espero que lo que le haya pasado a tu amiga no sea nada grave y se solucione rápido. De todos modos, solo quería informarte que todos sus gastos corren por mi cuenta.*

Alex: *Le va a costar mucho salir de esta, por eso no quiero dejarla sola; ahora es cuando más me necesita. Muchas gracias por desear su pronta recuperación. En lo referente al viaje, de verdad te lo pido de corazón: deja que yo corra con los gastos de ella, me sentiría muy mal que lo hicieras tú. No tenías por qué pagarnos todo a mi hermano y a mí, mucho menos a Patricia.*

Nick: *No le des más vueltas, por favor, no me cuesta nada, es más, el resort es mío, así que no te preocupes por el dinero que no he tenido que pagar nada.*

Alex: *Has pagado los billetes de avión, y puede que en el hotel no tengas que pagar nada, pero sí estás perdiendo el dinero que podrías estar ganando.*

Esta mujer no se rendía, insistente, era hasta decir basta.

Nick: *No sigas insistiendo más, no voy a cambiar de opinión.* —Me reí porque sabía que no se iba a quedar ahí, ella tenía que seguir insistiendo.

Alex: *Grrr, eres imposible.* —Al final de esa frase puso unos emojis de caras con los ojos mirando hacia arriba.

Me divertía nuestra guerra por ver quién podía más; estaba claro que el vencedor sería yo.

Nick: *¿En serio me has gruñido? Ja, ja, ja.*

Alex: *¿Y tú te estás riendo de mí?*

Nick: *Nunca haría tal cosa, en todo caso, me reiría contigo, no de ti.*

Alex: *No me queda más remedio que rendirme; tu cabezonería es incluso mayor que la mía. Eso sí, algún día tendrás que dejarme invitarte a comer o cenar.*

Nick: *Acepto ambas: comida y cena; otra cosa es quién pague.* —De veras, hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien hablando por mensajes.

Alex: *Pues si no me dejas invitarte, no hay trato.* —Puso una cara de enfado, seguido de una riendo.

Nick: *Estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo que nos guste a los dos. Buenas noches, Alexandra.*

Alex: *Eres el único de mis conocidos que me llama Alexandra. Buenas noches, Nick.*

—Te veo muy entretenido con el móvil. —Me había olvidado de que Stuart estaba a mi lado.

—Estaba hablando con alguien.

—¿Se puede saber con quién?

—Tío, eres mi amigo, no mi mujer. —Negué con la cabeza. Muchas veces, Stuart, parecía mi pareja; si no supiera que le gustaban las mujeres, pensaría que estaba enamorado de mí.

—Precisamente porque soy tu amigo. —Dio a entender que debía contárselo todo. Ni que yo le pidiera explicaciones sobre su vida.

Sé que los amigos están para lo bueno y lo malo, pero eso no significa que tengamos que contarlo todo. ¿Y si hay cosas que solo queremos para nosotros?

Está claro que hay amigos que son más posesivos que otros; también tenía claro que no lo hacía con mala intención, simplemente era su forma de ser. Y, para bien o para mal, lo quiero con todo, porque siempre me había demostrado que podía contar con él.

Me terminé el *whisky* y le dije que me iba; él dijo que se quedaría un rato más y luego pediría un taxi.

Capítulo 9



Alexandra

—No te lo tomes a mal, pero no me apetece de ir. —Ese día tenía la comida con mi madre y mis hermanos y le propuse que viniera con nosotros, pero se negaba rotundamente.

—De verdad, no pasa nada porque vengas; ni a mi madre ni a mis hermanos les importaría.

—Te lo agradezco mucho, no sabes cuánto, pero no estoy preparada para estar en sociedad y mucho menos para participar en charlas.

Comprendía que todavía necesitaba su tiempo para salir al mundo y enfrentarse a él, pero no me quedaba tranquila dejándola sola.

Todo estaba demasiado reciente. En cuanto Patricia, acompañada de Aarón, puso la denuncia, pocas horas después fue detenido el individuo con el que había estado conviviendo. Fue entonces cuando la acompañé a la que hasta ese momento había sido su casa y recogimos todo lo que ella quiso llevarse; a partir de ahí estaba en mi casa.

Desde que había llegado, no paraba de decir que en cuanto se recuperara un poco de los golpes, se pondría de inmediato a buscar un piso para vivir ella. Sabía que lo decía porque pensaba que podría estar causándome algún problema, cosa que no era cierta, ya que a mí no me incomodaba en absoluto;

y si lo mencionaba por temor a que el desgraciado de su ex pudiera hacerme daño, estaba muy equivocada, porque miedo no le tenía, pero ninguno.

—No voy a insistir más, solo quiero que tengas claro que no serías una carga.

A la comida con mi madre no la había podido convencer de que viniera, pero para el viaje no aceptaba un no, a ese iría sí o sí. Eso estaba por descontado.

—Créeme, lo sé; no dejas de demostrarlo. —Seguía muy baja de ánimo todavía, pero iba a conseguir que saliera de ese pozo sin fondo en el que estaba.

—Hoy te perdono que no vengas, pero que sepas que mañana nos vamos las dos de compras para llevar cositas muy bonitas al viaje.

—Alex, que no voy a ir. —*«Ja, no se lo creía ni ella»*, pensé con ironía.

—Como tú digas; de todos modos, vamos a ir, al menos me haces compañía y no voy sola.

Le di la razón como las locas, diciéndole que me parecía perfecto que no viniera. Dimos la conversación por terminada y me fui a prepararme, que se me estaba echando el tiempo encima.

Como íbamos a comer en casa de mi madre, opté por ponerme un vestido por encima de las rodillas, de tirantes finos y escote en pico. Ese vestido me encantaba, tenía un estampado de flores muy pequeñitas en tono celeste sobre fondo blanco, además de que por el pecho era ajustado y desde ahí caía con algo de vuelo.

Lo combiné con unas cuñas blancas y el pelo me lo dejé suelto, aunque lo más seguro que al cabo de un rato terminara haciéndome una coleta. En verano me costaba mucho trabajo dejar el pelo completamente suelto por el calor que me daba.

—¡Que guapas vas! —me dijo Patricia cuando llegué al salón.

—Gracias, tú también te podrías estar viendo así, pero como prefieres quedarte en casa con el pijama, pues no puedes presumir del cuerpazo que tienes.

—Sé que tu intención es subirme la autoestima y te lo agradezco, pero no compares. —Esta mujer necesitaba urgentemente un buen chute de confianza.

—Mira, mejor me voy, porque como me quede, la vamos a tener; necesitas mirarte bien al espejo y verte como eres realmente, porque más bonita y con mejor cuerpo no puedes estar.

Con ella tendría que ir despacio, pero cuando se fuera de mi casa no la iba a reconocer ni su madre; eso lo tenía más que claro.

Con la radio puesta y sin parar de cantar, llegué a casa de mi madre; en la calle vi que mis hermanos ya tenían los coches aparcados, así que era la última en llegar, y mira que no me gustaba la impuntualidad, pero hoy me había entretenido un poco hablando con mi nueva amiga.

—Hombre, pero si se ha dignado a aparecer.

—Enrique, no empieces que te caneo. —Fue lo primero que escuché al entrar al salón.

—Buenas tardes, familia. —Les fui dando un beso a todos—. Hola, recogido. —Con Enrique teníamos esa broma: siempre nos decíamos el uno al otro que nuestros padres nos habían encontrado en un contenedor de basura—. Cuñada, me vas a tener que dar tu receta, cada día estás más guapa. —El embarazo le estaba sentado de maravilla—. Y mi niña, ¿cómo está hoy? —Me encantaba tocarle la barriga y hablarle a mi sobrina.

—La receta es el embarazo, así que ya sabes…

—Uy, no, mejor me quedo como estoy.

—Y en cuanto a tu sobrina, por ahora, tiene el día más tranquilo; en cuanto coma se activará —dijo pasándose la mano por la pancita.

Estaba de siete meses, así que ya estaba en la recta final, y si yo tenía ganas de que naciera, no me quería ni imaginar las ganas que tenían mi hermano y mi cuñada.

—Mamá, nos tienes a todos intrigados, así que ya sabes. Empieza a soltar. —Según el tema, podía ser paciente o no, y en este me estaban comiendo los nervios.

—Hija, por lo menos, comamos antes.

—No —enfaticé también con el dedo—, aquí nadie se está muriendo de hambre. Ven, siéntate a mi lado. —Le di unos golpecitos en el asiento del sofá junto a mí.

—Hermana, habla por ti, que últimamente Martina es capaz de comerse hasta una vaca.

—Vida, tampoco tienes que ser tan exagerado; me conformo con media. —Nos hizo gracia a todos.

—A ver, cuñada, ¿qué te puede más, el hambre o la intriga? —Sabía lo que me iba a contestar.

—La intriga, y con mucha diferencia.

—Hala, pues listo. Te estamos esperando, mamá.

—Pobre del hombre que esté contigo con lo marimandona que eres. —Le tiré un cojín a Enrique y le di de lleno.

—Eso por tonto. —Le saqué la lengua.

—Parecéis dos niños pequeños. —Ignacio nos dio una colleja a cada uno.

—Mira quién fue a hablar.

—Al menos es el único de mis hijos que está con una relación estable. —Ignacio le hizo una peineta a Enrique sin que mi madre lo viera.

—Desde luego que es el más sensato —dije con sarcasmo.

—Bueno, vale ya. ¿Queréis saber qué es lo que os quiero decir? —pensé: *«como se nota que nos morimos por saberlo»*, porque nos quedamos callados de golpe.

—Un último apunte antes de que empieces —avisé—; me huelo lo que puede ser. —Reí.

—Pues ya que mi hija es tan lista, mejor que os lo cuente ella.

—Venga, mamá —protestamos todos.

—El caso es que he conocido a un hombre que me gusta mucho. —Nos fue mirando uno por uno—. ¿No decís nada?

—Si eres feliz y mira por ti, no tenemos nada que decir —el primero en hablar fue Ignacio.

—Eso mismo lo estuvimos hablando Alex y yo el otro día —añadió Enrique.

—Pues sí, es lo que estábamos pensando; y si pretendes justificar algo ante nosotros, no hace falta. —Le cogí de las mejillas y le di un beso en la frente —. Tu felicidad es lo único que nos importa.

—Carmen, si ese hombre te hace feliz, no lo dudes y piensa solo en ti y en lo que quieres. —Martina tenía una unión muy bonita con toda la familia, pero con mi madre siempre había tenido algo especial.

—Si es que tengo los mejores hijos y la mejor nuera que se pueda tener en la vida.

—Mamá, tampoco hace falta que nos hagas la pelota. —bromeó su hijo mediano.

—Niño, no seas descarado; que me da igual los años que tengas, todavía te puedo dar un tirón de orejas.

—Déjate, que todavía tengo una oreja más grande que la otra, que de pequeño siempre me tirabas de la misma. —Se cubrió las orejas con las manos.

—Ja, ja, ja, a ti te tiraba de las orejas; a Ignacio, del pelo del cogote; y a mí, me cogía siempre de la coleta. Más de una vez estuve tentada de raparme.

—Es que los tres erais unos cafres; poco os he dado para todas las cosas que habéis hecho.

—Cuéntanos algo sobre él —propuso Martina.

—Es dos años mayor que yo, me trata muy bien, pero antes de seguir quiero dejar muy claro que por ahora no tenemos nada serio; solo nos estamos conociendo.

—Que sí, pesada, que ya sabemos que solo sois amigos con derecho a roce. —Le pilló la oreja con ganas.

—Te lo advertí: que te iba a tirar de la oreja, y hasta que no lo has conseguido no has parado. —Dios, más no me podía estar riendo. Era para ver la cara que puso mi hermano. Hasta mi cuñada se tapó la boca para intentar disimular la risa.

—Joder mamá, un poco más y te quedas con ella en la mano. Anda que iba a estar muy guapo en las reuniones con una oreja menos. —De verdad que Enrique no tenía solución.

—Como iba diciendo, me trata como a una reina, es muy alegre, le encanta cocinar; si no le gustara, tendría un grave problema —rio—, porque es chef, de hecho, tiene su propio restaurante, y para mí es muy atractivo.

—Ole, ya tenemos cocinero en la familia.

—Sí, y de los buenos; ya me diréis cuando probéis la comida, porque hoy la vais a comer: la preparó antes de que llegarais.

—Se me ha hace la boca agua; vamos a comer ya, que la niña está pidiendo comida.

—Cariño, no le eches la culpa a la niña, que la que tienes hambre eres tú —dijo mi hermano.

Pusimos la mesa entre todos y, cuando mi madre fue sacando las bandejas de la comida que había preparado el hombre —hablando de él, no le habíamos preguntado ni su nombre— pues eso, que esa comida desprendía un aroma que no se le hacía la boca agua solo a mi cuñada, porque tanto mis hermanos como yo estábamos salivando, pero literalmente.

—Por cierto, mamá, no nos has dicho cómo se llama tu pareja. —La palabra «pareja» se la dije haciendo comillas con los dedos.

—Diego, así se llama. —Al decir su nombre, se le iluminó la cara.

—¿Se lo has dicho a papá? —preguntó Ignacio; no porque mi padre tuviera algo que opinar, que no era el caso. Más bien era porque ellos se llevaban muy bien, y seguían teniendo mucha confianza.

—Sí, además, ya ha estado en su restaurante comiendo y se han conocido.

—Mira que calladito se lo tenía —dije, porque mi padre no nos había comentado nada.

—Le dije que no os contara nada y sabéis que siempre ha respetado mis decisiones.

Totalmente cierto; tanto uno como otro siempre se habían respetado en todos los aspectos. Si, bajo mi punto de vista, tuvieron un bonito matrimonio, la separación estaba siendo igual de cordial.

Capítulo 10



Nick

En dos días viajaríamos todos, aunque ellos no sabían que yo iría en el mismo vuelo. Sería toda una sorpresa cuando nos viéramos en la zona vip antes del embarque, pero eso pasaría en dos días. Mientras tanto, me conformaría con la comida con ella, esa de la que me insistió en que debía invitarme; estaba claro que no pensaba permitirlo.

Sé muy bien que ella se lo podía permitir y de sobra, pero mi propia ética me impedía dejar que lo hiciera. La mayoría de las personas pensarán que eso estaba pasado de moda o que era muy antiguo. Me daba completamente igual lo que dijeran o creyeran.

Aquí no me dejaba influir por nadie; mis padres me habían dado una educación valiosa y, además, me parecía un gesto cortés por mi parte. Y gracias a Dios tenía dinero de sobra, más del que nunca iba a gastar. Por lo tanto: mi dinero, mis decisiones; no había más.

Todavía era temprano, así que iba a dedicar la mañana a continuar con los números del hotel. Me había costado la vida, pero ya lo tenía todo más o menos organizado. Quiero decir, en cuanto a cifras cuadradas, porque lo demás iba a tardar un poco más.

A esas alturas, creo que por primera vez me estaba arrepintiendo de esa adquisición. No porque no fuera a generarme beneficios —sabía de sobra que

sí lo haría—, sino porque sería a más largo plazo. Pero bueno, nada que no se pudiera manejar con paciencia y mucha mano dura.

Mano dura porque, en el tiempo que llevaba controlando todo esto, me había dado cuenta de que había algunos trabajadores que intentaban hacer lo mínimo posible. Que el anterior dueño se lo permitiera porque pasaba de su negocio no significaba que yo también fuera a hacerlo.

Esto no era un juego de niños; aquí estábamos hablando de millones de euros. Por lo tanto, lo próximo que haría sería darles un ultimátum y, si con eso no cambiaban, se irían a la calle.

—Veo que estás enfrascado entre números.

—Entre cifras y apuntando en una lista a todos los trabajadores que quiero que pasen por aquí mañana para hablar con ellos.

—Uy, ese tono me suena a posibles despidos.

—Sabes que nunca despido sin dar otra oportunidad; es por eso por lo que quiero hablar con ellos. Si después veo que todo sigue igual, entonces sí se irán a la calle.

—Es muy temprano para tanta seriedad. Al menos para mí; hasta que no me tomo un desayuno en condiciones, ya sabes que no soy persona.

—Vamos a desayunar cuanto antes, que necesito que te pongas al lío lo más pronto posible. —Me levanté para ir con Stuart al salón comedor y desayunar, porque si este hombre no le metía combustible al cuerpo, ese día me serviría de poco.

—Tío, yo no sé tú, pero no traje ropa para todo el tiempo que llevamos aquí. —Al principio, cuando vinimos, pensamos que sería para unos días, los justos para cerrar el trato e irnos, pero la estancia se estaba alargando más de lo previsto.

—A mí me pasa lo mismo; lo mejor es que nos compremos un buen surtido para ir a las Islas Turcas.

—Salimos en dos días. Sería bueno que vaya yo ahora y esta tarde lo hagas tú.

—Es una muy buena idea. —Me venía muy bien hacerlo de esta manera, así le podía decir a Alex que me acompañara cuando termináramos de comer.

Muchas veces me sorprendían los desayunos de Stuart. Era increíble lo que podía comer por las mañanas.

—No me mires así, anoche quemé demasiadas calorías y necesito recuperarlas. —Seguía mirando con una ceja levantada mientras él se iba echando en el plato todo lo que se iba encontrando por el camino.

—Lo tuyo no es normal; un día de estos te va a dar algo al corazón.

Yo me serví un café solo, un zumo de naranja y una tostada con queso de untar, salmón ahumando y aguacate. No es que estuviera mirando siempre lo que comía, porque, de hecho, comía de todo. Lo único es que me gustaba cuidarme y hacer mucho deporte.

—No te preocupes, lo quemo todo.

—Me imagino de qué manera lo sueles hacer.

—Qué puedo decir: a unos les gusta quemarlo saliendo a correr a las cinco de la mañana y otros prefieren hacerlo moviendo las caderas toda la noche.

A veces me costaba entender la mentalidad de mi amigo. Eso de pasar una noche con una y otra con otra y así sucesivamente me costaba. Que quede claro: yo no era ningún santo; también disfrutaba de alguna noche con una mujer, pero ni era a diario ni mi vida dependía de ello.

A decir verdad, hacía mucho tiempo que recurría a ello cuando la necesidad fisiológica apretaba más de la cuenta. Como he dicho varias veces, no soy ningún santo, pero cuando me acostaba con alguien se lo dejaba claro y nunca me aprovechaba de ellas. Esto era cosa de dos: «Yo te digo lo que quiero y tú me dices lo que quieres; si a ambos nos parece bien, seguimos adelante». Jamás prometería algo que no estaba dispuesto a cumplir.

Stuart actuaba según le daba el momento: a veces le decía a una chica que solo era para una noche y, otras, prometía amor eterno.

La mañana se pasó volando con el lío de hablar con los trabajadores, explicarles cómo quería que se hicieran las cosas y las advertencias. Cuando el último trabajador salió por la puerta del despacho y miré la hora que era, me di cuenta de que faltaba media hora para comer con Alex. Salí del hotel rumbo al restaurante; sería muy feo de mi parte llegar tarde.

Metí el coche en el parquin del restaurante y entré a esperarla. Todavía faltaban diez minutos para la hora y, si era de esas personas que siempre llegaban tarde, entonces tendría que esperar un poco más. Por lo que me senté en un taburete frente a la barra y me pedí un agua.

Acababan de servirme el agua cuando ella entró por la puerta. ¿Cómo podía ser que cada vez que la veía me pareciera más bonita? No sabía cómo lo hacía, pero me atraía demasiado, mucho más de lo conveniente.

—Hola —dijo al llegar junto a mí.

Me bajé del asiento para saludarla; fue instintivo, como la otra vez. Puse la mano en su cintura para acercarla a mí y darle dos besos, lo admito: no puede evitar dárselos cerca de la comisura de la boca. Cuando me di cuenta, ya lo había hecho.

—Hola, ¿cómo llevas el día? —Noté que se había ruborizado un poco.

—Bien, con los últimos preparativos antes del viaje.

—¿Quieres tomar algo antes en la barra o pasamos ya a la mesa?

—Prefiero que vayamos a la mesa, si no te importa.

—Para nada. —Dejé la botella de agua en la barra y la guie con la mano en la espalda hacia nuestra mesa—. Entonces, ¿ya lo tienes todo listo?

—Bueno, tenía todas las vacaciones organizadas en el trabajo, pero ahora he tenido que recurrir a Recursos Humanos para que busquen a alguien que

cubra mi segunda quincena.

—¿Y el problema es porque se marchó una empleada? —pregunté.

—No, es Patricia; es complicado por todo lo que está pasando. No voy a decir nada porque es algo personal y debe ser ella quien decida a quién y cuándo contarlo.

—Me parece muy bonito de tu parte que seas tan leal.

—Para eso estamos los amigos, ¿no? —Qué sonrisa más sincera y bonita tenía.

—Supongo que el resto lo tienes listo. Pasado mañana te esperan dos semanas de relax total.

—No sabes las ganas que tengo de estar tumbada en esas playas.

—Te aseguro que no has visto nunca unas playas con el color de las de allí. —El camarero nos tomó nota de la bebida y de la comida—. Has podido ver más azules, verdes o transparentes, pero el turquesa que tienen aquellas, yo no lo he visto en otro lugar.

—Las he buscado por Internet y la verdad es que tienes toda la razón. —Se mordió el labio inferior y a mí me dieron ganas de hacerlo también.

Esa mujer me llamaba mucho la atención; no era solo su atractivo, eso estaba por descontado, sino el conjunto de todo. Se la veía noble, atenta y alegre, y podías hablar con ella de cualquier cosa: siempre contestaba con respeto, y en su mirada había una picardía que me fascinaba.

Y, para bien o para mal, yo sabía que también le atraía.

—Cuéntame un poco más de ti. —Me interesaba mucho saber algo más de ella.

—Pues no hay mucho más que contar aparte de lo que ya sabes.

—Sé que es la típica pregunta, pero ¿no tienes pareja? Porque me resulta raro que quieras pasar tus vacaciones con tu hermano y tu amiga en vez de con tu pareja.

—¿Recuerdas la primera vez que nos vimos? —sonreí al recordar cómo estuvo a punto de caer al suelo.

—Sí. —Reí.

—No te rías de mi torpeza. —Me señaló con el tenedor—. En mi defensa diré que soy nada torpe, es más, creo que la culpa de aquel tropiezo la tuviste tú.

—¿Yo? Si solo iba al baño cuando te levantaste, sin mirar —negué riendo.

—Bueno, da igual como fuera. Lo que te iba a decir, es que ese día salí con mi hermano porque llevaba una semana encerrada en mi casa llorando a lágrima viva, ya que una semana antes había encontrado a mi novio con mi mejor amiga en mi cama.

—No… ¿Quién es el gilipollas que se va con otra y te pierde?

—Pues ese mismo es mi ex. —Se rio—. No creas que lloré por el gran amor perdido; lo quería, pero no lo amaba, sabía que no era para toda la vida. Mi dolor fue la traición, porque a Claudia sí la consideraba mi mejor amiga. Se ve que no era recíproco. —Se encogió de hombros—. Ya lo tengo superado.

—Vaya, me has dejado sin palabras.

—Pues tampoco es para tanto; estoy segura de que a muchas otras personas les han hecho algo peor. Claro que no fue plato de buen gusto ver como mi amiga cabalgaba sobre él. —Terminó de decirlo, y estalló en carcajadas.

Por momentos, me sorprendía cada vez más la positividad de ella. ¿Cómo podía una persona ver siempre el lado bueno de las cosas? A ese tipo de personas se les solía llamar *vitaminas*, y era totalmente cierto: le inyectaban energía a cualquiera que estuviera cerca.

—En mi caso, desde la universidad estuve con una chica que me acompañó desde que empecé de cero. Cuando las cosas comenzaron a irme bien, le pedí que se viniera a vivir conmigo y, al poco tiempo, que se casara conmigo. Me dijo que sí, pero poco antes de la boda me dejó de la noche a la mañana. —Era con la primera persona que hablaba abiertamente de lo que me había pasado, aparte de Stuart, claro.

—Lo siento mucho, debió ser un golpe duro para ti. —Extendió la mano por encima de la mesa y la puso sobre la mía para darme consuelo.

Me quedé observando su mano sobre la mía y, mientras lo hacía, pensé en lo bien que se veían juntas. Sin embargo, había otra parte de mí que me decía que no debía. Así que, con disimulo para que no lo notara, la retiré mientras tomaba la copa de vino.

—Ya hace demasiado de eso. —Le quité importancia, no me apetecía seguir hablando del tema.

—¿Ves? Ahora es cuando me tienes que dar la razón. Mírate: lo tuyo fue peor que lo mío, aunque suene mal decirlo. Siempre hay alguien, en algún lugar, que pasa por algo mucho peor.

Alexandra tenía una forma de mirar a la vida que, si la mayoría de las personas compartiera, el mundo no sería como el que estábamos viviendo ahora.

Capítulo 11



Alexandra

Durante la comida hubo momentos en los que noté a Nick implicado en la conversación y muchas veces parecía incluso que estaba interesado en mí; sin embargo, en el momento en que le puse mi mano encima de la suya para darle mi apoyo, me dio la sensación de que le incomodó mi contacto, aunque intentó disimilarlo lo percibí.

Cuando estábamos en los postres, bueno, mejor dicho, mi postre, porque él no quiso comer ninguno. Pues eso, que mientras degustaba aquella rica tarta de queso, me peguntó si quería acompañarlo a hacer unas compras, ya que por lo visto no se había traído mucha ropa y no le gustaba estar repitiendo.

Claro está que era ropa para cuando no estuviera trabajando; para el trabajo siempre iba en traje, por lo que pude ver en las dos ocasiones anteriores y en esta vez también.

Y como a mí eso de las compras me gustaba más que a un tonto un lápiz, como comprenderéis, no me negué. De más está decir que verlo probándose ropa era un deleite para la vista de cualquiera, porque el hombre estaba como quería de potente.

Le indiqué dónde había una tienda de ropa exclusiva para hombres y, como me daba a mí que a él le gustaban las cosas de calidad, estaba segura de que le iba a gustar mucho ese lugar.

—Buenas tardes, ¿en que los puedo ayudar? —nos preguntó un dependiente nada más entrar a la tienda.

—Buenas tardes, buscaba ropa deportiva, que sea fresca y que tenga clase —le contestó él.

Nos dijo que él se encargaría cuando Nick le dio una breve descripción del tipo de prendas que le gustaban; nos indicó que fuéramos a la zona de probadores y que iría trayendo las prendas allí para que se las fuera probando.

—Nunca me pruebo la ropa cuando me la compro, sé cuál es mi talla, la pido y listo.

—No me puedes privar de un desfile exclusivo. —Negó con la cabeza riendo.

—Desde luego que tienes unas ocurrencias.

—Y lo que te estás riendo hoy conmigo, ¿eh? Eso no tiene precio. —Menos mal que yo me lo decía todo.

—Cierto.

—Anda, entra ya y empieza a menear ese culito delante de mí. —Al escucharme, abrió los ojos de par en par, más no podía estar riéndome.

—¿No me digas que te has fijado en mi culo?

—Más bien en el conjunto al completo, pero tienes un culo de esos que provocan ganas de pellizcar. No me tengas miedo, que no lo haría. —Me senté en un sillón que había justo frente al probador.

—Que me lo toques no me da miedo; a quien debe darle es a ti, si lo hago con el tuyo —¡Ay, madre! No me esperaba esa respuesta, con lo correcto que parecía.

Todos los pantalones que me iba mostrando, absolutamente todos, le quedaban perfectos, y más con ese culo redondo y un poco respingón que tenía. Anda que no matarían muchos y muchas por tener uno igual. Uff, me estaba entrando hasta calor.

Por cómo me estaba poniendo, había sido muy mala idea venir con él o decirle que se probara la ropa. Ni me di cuenta de que me estaba observando por el espejo de lo concentrada que estaba mirando esa parte de su cuerpo que ya he mencionado varias veces.

—Me vas a hacer perder la cabeza como sigas mordiéndote el labio mientras me miras así. —Los colores se me subieron por completo, porque os prometo que no le miraba de manera consciente, los ojos se me iban solos.

—Lo siento, soy humana. No es mi culpa de que tus padres te hicieran tan bien hecho —le contesté así, porque de nada me valía justificarme.

—¿Tú te has mirado? —me preguntó levantando una ceja.

—Claro que sí, sé lo guapa que soy y el cuerpo que tengo; mis padres también me hicieron muy bien. —Le guiñé un ojo en plan cachondeo.

No sabía lo que me pasaba con este hombre. Siempre había tenido la autoestima alta, me había visto bien, guapa y atractiva, pero nunca se lo había dicho tan abiertamente a nadie y menos a un hombre.

—Me encanta que te lo digas a ti misma, pero creo que lo mejor es que te lo demuestren. —Me reí a carcajadas porque sabía que estaba bromeando—. Te lo digo en serio, ven aquí. —La risa se me cortó de golpe.

—Nick, déjate de tonterías, no voy a ir ahí. —Los dos éramos adultos y sabíamos muy bien al juego de seducción que estábamos jugando, pero de ahí a que me pidiera ir hasta el probador, había un mundo.

—Alexandra, ven aquí o voy a por ti. —Uy, lo dominante que era no lo había notado.

No sé qué expresaba mi cara, pero mi mente no era capaz de sumar dos más dos. Tragué como pude y me levanté poco a poco. ¿Si era para ir hacia él o para alejarme? No lo sabía aún.

—Nick, creo que no es lo más correcto.

—Eso lo veremos cuando vengas.

Con pasos lentos y titubeantes llegué hasta él.

—Mira que parezco muy valiente, pero después no soy nada en según qué temas. —Me quedé justo delante de él.

—No estamos hablando de valentía, sino de que llevas un rato comiéndome con la mirada. Y he pensado que tal vez te gustaría tocar un poco lo que tanto has admirado.

Dio un paso acorralándome dentro del probador y cerró la puerta. Mi espalda chocó con una de las paredes. Él se quedó a unos milímetros de mi cuerpo. Llevó una mano a mi rostro y, con el dorso, me acarició; ese simple acto hizo que mi cuerpo entero reaccionara a él.

—No te puedes hacer una idea de la lucha interna que tengo desde que te vi por primera vez. Me encantas y me haces arder por dentro; te juro que he intentado controlarme, pero esta tarde no me lo estás poniendo nada fácil. —Agachó la cabeza para que su rostro quedara más cerca del mío—. Si te toco, no hay vuelta atrás, pero que te quede claro que no busco una relación seria. Así que dime, Alexandra, ¿quieres que te toque sin que después me exijas nada?

¿Sería capaz de estar con alguien sin compromiso? Quiero decir si estaba preparada para tener un encuentro con él y olvidarme del tema. No tenía ni idea, pero lo que sí tenía claro era que si no lo probaba, terminaría arrepintiéndome.

Y en el fondo pensé que después de hoy tampoco teníamos por qué vernos más. Con ese pensamiento terminé de decidirme.

—Sí, quiero que me toques, pero con la condición de que yo también pueda tocarte.

—Nada me gustaría más que tener tus manos sobre mí —susurró sobre mis labios.

Yo no iba a ser menos atrevida. Saqué la lengua y recorrí el contorno de su labio inferior; llevé mis manos a ese culo que tanto me había gustado. Lo tenía duro, se notaba que hacía deporte, e hice lo que tanto había querido hacer, le di un pellizco en él.

—Me moría de ganas de hacer esto desde que te he visto salir con el primer pantalón. —Terminé sonriendo sobre sus labios.

—Es la primera vez en mi vida que una mujer me pellizca la nalga. —Él también llevó las manos a esa parte de mi cuerpo donde termina la espalda y que se podía nombrar de muchas maneras, con la diferencia de que no me pellizcó.

Me lo acariciaba y, de vez en cuando, me daba algún que otro apretón. ¿Cómo unas simples caricias podían hacerme sentir tanto? No creía que tuviera magia en las manos; fuera lo que fuera, que no parara.

—Este no es el mejor momento ni lugar, pero te voy a dar un pequeño adelanto de lo que puedo hacerte sentir. —Todavía no nos habíamos dado un beso en condiciones y ya me estaba desabrochando el botón del pantalón—. Quiero que te lo pienses muy bien antes de dar un paso más; no quiero que te dejes llevar por un simple calentón. —Bajó la cremallera de mi pantalón—. La próxima vez que nos veamos, si sigues pensando igual que ahora, no habrá quien me detenga.

Por fin me besó. Dios cómo movía la lengua dentro de mi boca. Esto no era un beso, era un pecado total.

¿Sabéis la sensación de cuando os besa alguien que no sabe hacerlo, que produce más babas de la cuenta y solo te entran ganas de vomitar? Pues olvidadlo, porque esto era lo opuesto.

Este hombre estaba hecho para besar. No sabía si había hecho un máster en besos, pero, si no era el caso, poco le faltaba. «A ver, que nos quede claro, estaban siendo pensamientos sarcásticos, porque es obvio que no existe tal máster, o al menos yo no tenía constancia de ello».

El caso es que me daba taquicardia. No era la más experimentada, lo sabía, pero tampoco una monja.

Empecé a subir las manos con las palmas abiertas por su espalda, sintiendo cada músculo. Nick no era de esos hombres que parecían un cuatro por cuatro. Él estaba musculado, pero sin pasarse, lo justo para tener cada parte de su cuerpo muy bien definida.

De la espalda pasé a la parte delantera, recorriendo desde los hombros, descendiendo poco a poco por los pectorales y las bajé un poco más hasta colocarlas justo encima de su abdomen. ¿En serio, debajo de esa ropa tenía esos abdominales tan bien definidos? Tal como podía imaginar, la ropa a este hombre no le hacía justicia para todo lo que estaba sintiendo que se ocultaba bajo esas capas de tela.

Introdujo una de sus manos por mi ropa interior, abarcando con ella toda mi zona íntima. La otra la llevó a mi nuca, deteniéndose durante unos segundos para observar la reacción que me estaba provocando al tocarme en esa zona tan sensible.

—No te puedes ni imaginar cómo brillan tus ojos ahora mismo. Me va a costar mucho esfuerzo no ir a más, porque en mi vida he visto una cara más bonita que la tuya en estos momentos. —Me dio otro beso profundo.

Con uno de sus dedos empezó a hacer círculos sobre el clítoris; eran toques suaves y lentos que me ponían los ojos en blanco. Vamos, que no era una metáfora: era literalmente. ¿Dónde había estado este hombre todos estos años? Si me estaba haciendo sentir esto con unos simples toques, el día que diéramos un paso más, creo que me iba a tener que reanimar por todo lo que me iba a provocar.

Esos mismos dedos los llevó a la entrada de la vagina y los fue introduciendo, no sé de qué manera lo hizo, pero logró tocar un punto dentro

de mí que nunca había sido tocado.

Los movía dentro y fuera, acariciando ese punto que tanto placer me estaba dando, estremeciéndome por completo en el proceso.

—Nick, no puedo aguantar más —gemí bajo para que no me escuchara nadie.

—No te contengas y déjate ir. —Me mordió la mandíbula, y ese fue el último empujón que necesité para rendirme a ese mar de placer—. ¡Diosssss!

—Maravillosa. —Sacó los dedos impregnados de mi esencia y se los llevó a la boca—. Deliciosa —dijo relamiéndose los labios.

—Ahora no puedo salir de aquí; me tiemblan las piernas. —Me había dado el mejor orgasmo de mi vida.

Mientras yo me recomponía dentro de ese probador, él se cambió de ropa para ponerse la suya. Al hacerlo y verlo en ropa interior, noté perfectamente lo marcado de sus partes, más que nada porque su pene estaba en pie de guerra.

—No lo mires y olvídate. —Dios, parecía que me leía hasta la mente.

—Tú no eres de este mundo, ¿verdad? —Fue la primera vez desde que lo conocía que lo oí reír a carcajadas y tengo que decir que, hasta su risa, era atractiva.

—Eres única, Alexandra. —Ya había desistido de corregirle cómo decir mi nombre.

Al final terminó comprándose todo lo que se había probado y algunas prendas más. Cuando fue a pagar, me dio mucha vergüenza ver cómo el dependiente nos sonreía. Vaya imagen que se habría llevado de nosotros.

Capítulo 12



Nick

Desde lo que hicimos en el probador, Alexandra y yo no habíamos vuelto a tener contacto, ni ella me había escrito ni yo a ella. Cuando le dije que esto era lo que era, sin una relación ni exigencias, lo había entendido bastante bien.

Sí, fui yo quien le pidió eso, entonces no comprendía por qué me molestaba tanto que no me hubiera escrito. Tenía tal lío en la cabeza que ni yo mismo entendía lo que me pasaba con respecto a ella.

Dentro de mis pensamientos contradictorios, deseaba volver a verla. Porque desde aquel día me moría de ganas de recorrer su cuerpo con calma, pasar mis manos por cada rincón de su piel, deslizar mi lengua entre sus recovecos, saborearla por completo y perderme entre sus piernas.

—Se me van a hacer interminables las horas; no veo el momento de estar allí con el bañador puesto y una cerveza entre las manos —dijo Stuart caminando junto a mí por el aeropuerto.

—Todavía te quedan unas cuantas. —Le di una palmada en el hombro.

Era mi amigo y no se merecía por mi parte que le ocultara que había tenido algo con Alexandra. ¿El qué? Me lo guardaba para mí y para ella; era algo nuestro y no iba a contarlo, eso lo tenía más que claro. Pero Stuart sí se merecía saber que yo estaba interesado en ella de algún modo y ella en mí.

En ese momento creí que no le sentó muy bien y, de verdad, lo sentía por él, pero aquí no había nadie ingenuo y los dos sabíamos que era un encaprichamiento porque no la había tenido. De todos modos, solo la había visto una puta vez.

Si tan interesado hubiera estado en ella, no se habría acostado cada día con una distinta desde que la conoció, y muchas noches estaba seguro de que había sido con más de una a la vez. Conocía muy bien a mi amigo y sus gustos.

Al explicarle que había cierta atracción mutua y que surgió sin haberlo planeado, lo entendió y me dijo que no había nada más que añadir si era así.

Llegamos a la zona vip; recorrí con la mirada todo el entorno por si localizaba a Alexandra, pero por lo que estaba viendo, aún no habían llegado.

—¿Un café? —me preguntó Stuart.

—Ya sabes cómo me gustan, te espero en aquellos sillones. —Le señalé con la cabeza la zona donde me iba a sentar.

Acomodado allí y antes de que viniera mi amigo, aproveché para revisar el correo y ver si había algo urgente que requiriera respuesta.

—No me puedo creer que aproveches cuando me doy la vuelta para ponerte a revisar el teléfono con cosas del trabajo. —Puso los cafés sobre la mesa.

—¿Cómo sabes que estaba mirando cosas del trabajo?

—Es simple, te conozco demasiado bien. —Se sentó en otro sillón junto a mí.

—Solo estaba comprobando si había algo urgente.

—Si lo hay, como dices tú, te llamarán para decírtelo; para eso tienes un buen equipo trabajando para ti. Además, me dijiste que ibas a olvidarte del trabajo.

—Cuando estuviéramos allí, pero todavía estamos aquí —sonreí de medio lado.

—Creo que vas a olvidarte del teléfono en cuanto levantes la vista y veas quién acaba de entrar. —Me costó, pero me hice el duro y no miré enseguida.

—En cuanto termine con esto, iré a saludarlos. —Aunque no había llegado nada importante, no iba a parecer impaciente por mirarla y hablar con ella.

—¡Qué cojones tienes, macho! —Cogió su taza de café—. Te informo que nos acaba de ver, claro está que a mí no conoce, pero a ti no te quita la vista de encima.

Alexandra no lo conocía a él, porque en el restaurante no lo había visto o por lo menos, yo no tenía constancia de ello. Me levanté para guardar el móvil en el bolsillo del pantalón y de camino ir hacia donde estaban ellos para saludarlos.

Estaba preciosa con ese vestido que se había puesto: amarillo claro, ajustado por el pecho hasta la cintura, y desde ahí caía suelto hasta los pies. Con su tono de piel, de pelo y ese color de ojos, le sentaba demasiado bien.

El pelo lo llevaba recogido en una coleta alta, que también le quedaba muy bien, aunque a mí me gustaba más con el cabello suelto, pero no por eso dejaba de estar radiante. Lo sé, me la estaba comiendo con la mirada; no lo podía evitar.

Mis ojos conectaron con los suyos y a ella se le dibujó una sonrisa preciosa. Empecé a caminar hacia su dirección sin mirar a nadie más; mi atención únicamente estaba puesta en ella.

—Buenos días —los dije en general porque no quería ser descortés.

—¿Por qué no me dijiste el otro día que también ibas a venir? —No podía ocultar que le había gustado verme.

—Quería que fuera una sorpresa; espero que haya sido buena —le sonreí.

—Si ha sido buena o mala, supongo que lo descubriré allí. —Con esa respuesta entendí bastante bien que quería seguir adelante con nuestro juego —. A mi hermano ya lo conoces —cambió de tema— y ella es mi amiga Patricia.

Los saludé a ambos dándoles la mano y les presenté a mi amigo.

—Él es Stuart, mi amigo y mano derecha. —Lo miré a él—. Ellos son Enrique, Alexandra y Patricia.

Stuart repasó con la mirada a las dos chicas; lo miré alzando las cejas, como preguntándole qué cojones estaba haciendo. Podía entender que fuera todo lo mujeriego que quisiera, pero, por lo menos, que tuviera un mínimo de reparo.

—Dime que me has puesto en una habitación lejos de la de mi hermana. —Me reí, porque sabía por dónde iba.

—Siento decirte que de eso no me he encargado yo, solo pedí que os reservaran las mejores.

—No penséis que lo dije para que mi hermana no me oiga; más bien no me apetece escucharla a ella.

—Enrique… eres lo que no hay —le riñó su hermana. Estos hermanos eran un caso aparte.

—Es verdad; basta miraros para ver cómo os coméis con la mirada —no creo que fuera tan evidente; supongo que lo decía porque su hermana le contó algo y fue solo una excusa.

Patricia sonrió de manera tímida y, aunque Alexandra no me había contado nada más allá de decirme que lo estaba pasando mal, pude ver cómo en sus ojos escondía una profunda tristeza, aun con esa sonrisa que le salió esporádica al escuchar a Enrique.

—Mejor nos vamos a tomar algo y dejamos este tema por ahora.

—Muy buena idea, vamos, Patri. —Cogió del brazo a su amiga y fueron a una de las mesas.

—Pues su amiga no está nada mal —dijo Stuart en voz baja, pero no lo suficiente porque Enrique lo oyó perfectamente.

—Lo siento mucho, tío, pero ella es intocable; no porque la quiera para mí, pero como consejo te digo que te olvides del tema.

—Como tú digas, gracias por avisar —dijo con la boca pequeña.

De verdad que no entendía lo que le estaba pasando últimamente a mi amigo, pero desde hacía un tiempo hasta entonces había cambiado mucho y aquella nueva versión suya no me estaba gustando nada.

—Tío, que no te van a faltar mujeres y mientras menos las conozcas, mejor —le dije intentando que el ambiente no se cargara demasiado.

—También es verdad, y mientras de más lejos sean, mucho mejor y menos complicaciones. —Menos mal que me dio la razón.

—Claro; si yo también voy con pensamiento de hincarle el diente a todas las que se pongan por delante.

—Por lo que veo, os podéis coger de la mano e iros juntitos; vaya dos estáis hechos.

—Mejor te quedas calladito, que no estás para hablar mucho —contestó Stuart.

Me estaba viendo venir que iban a ser unas vacaciones bastante moviditas. Vamos, que no me iba a aburrir ni mucho menos; para ser las primeras vacaciones que cogía en mucho tiempo, no tenían mala pinta.

Les preguntamos a las chicas qué querían tomar para llevárselo; de camino cogimos algunas cosas para desayunar, ya que teníamos a nuestra disposición un bufé donde había de todo.

—Mira cómo nos cuidan, Patricia. —Le dio con su hombro al hombro de su amiga.

—Demasiado bien. —Era la primera vez que escuchaba a esa mujer hablar.

—Si me dejas, te puedo cuidar mucho mejor. —Stuart no perdía la oportunidad, y mira que había sido advertido por Enrique. De hecho, iba a decir algo, pero se le adelantó la aludida.

—Te lo agradezco, pero prefiero cuidarme yo. —Tuve que morderme el labio para no reírme de mi amigo.

Los tiros fueron volando de una dirección a otra, pero, por ahora, no se veía mala intención por ninguna de las partes. Fui al baño antes de embarcar; estaba terminando de lavarme las manos cuando entró mi amigo. Ya que había venido, lo iba a esperar porque quería decirle algo sin que estuviera nadie presente.

—Escúchame y no te lo tomes a mal. Enrique te ha dicho que te olvides de ella; hasta ella misma te ha dicho que sabe cuidarse sola, y por lo poco que he visto, esa mujer no lo está pasando nada bien. Algo muy fuerte le ha tenido que pasar para que tenga la mirada siempre puesta en el suelo y le cueste mucho mirar a las personas a la cara. Así que, por favor, no insistas más.

—Nick, eres la persona que mejor me conoce y sabes que, aunque no me tome a las tías en serio, sé cuándo tengo que parar; jamás insistiría si viera que a ella le sienta mal. —Era la primera vez que hablaba muy serio en mucho tiempo, quiero decir que no hablara serio de temas que no fueran laborales—. Yo también le he notado algo a esa chica y, en mi defensa, diré que me ha gustado de verdad.

—Claro; como también te gustó Alexandra o como te pudo gustar con la que estuviste anoche. —Metí las manos en los bolsillos delanteros del pantalón, mirando fijamente sus ojos.

—Te estás equivocando; Alex me pareció un bombón de tía y me lo sigue pareciendo. Con las mujeres que me suelo ir, lo hago porque me gusta el sexo y a ellas también. Estoy soltero y no le hago daño a nadie, pero Patricia me

ha gustado de verdad. No de la manera en la que te lo estás imaginando; ella me gusta de una manera distinta.

—Haz lo que quieras, Stuart, pero esa mujer me da a mí que no te va a ser fácil llegar hasta ella y, además, tengo que decirte que últimamente he visto un cambio en ti que no me está gustando.

—Lo sé; todo tiene un porqué. Me conoces de hace muchos años y sabes que nunca he actuado así, pero te juro que todo lo que he hecho ha sido sin hacerle daño a nadie. —Lo conocía mejor que a mí mismo, por eso no me estaba gustando nada cómo estaba actuando; sabía que él no era así.

—Dime a qué se debe ese cambio entonces; sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Te lo contaré todo, pero todavía no estoy preparado; en cuanto lo esté, serás él primero en saberlo.

No quise insistirle más, entendía que cuando una persona no contaba las cosas era por algo y, si mi amigo necesitaba tiempo, se lo iba a dar.

Capítulo 13



Alexandra

—Se me ha hecho el vuelo supercorto. —Escuché que dijo Patricia. ¿A quién se lo dijo? Ni idea, porque yo me desperté al oírla.

—Imagina cómo se me ha hecho a mí, que solo me he despertado para comer —pronuncié.

—No hace falta que lo jures; si el avión se hubiera caído, habrías sido la única en todo el vuelo en tener una muerte feliz, porque ni te habrías enterado —dijo Stuart, causándoles unas risas a todos—. Qué manera de dormir tienes.

—No te creas que soy así siempre, esto ha sido el resultado de llevar dos días sin dormir. —En las noches previas no había podido dormir más de dos horas seguidas.

Entre los nervios por viajar, que, aunque estuviera más que acostumbrada, siempre me ponía nerviosa al hacerlo, y el no parar de pensar en lo que me había dejado hacer en el probador por Nick, el sueño se me fue por completo. Menos mal que pude hacerlo en el vuelo, me sentí como nueva.

—Estoy seguro de que has recuperado el sueño perdido; solo había que escuchar los ronquidos que dabas. —Cómo no, mi hermano no se podía quedar calladito.

—Me siento tan bien que ni me voy a molestar en contestarte. —Le saqué la lengua.

Nick lo tenía todo muy bien organizado, porque en cuanto salimos del aeropuerto teníamos un coche de siete plazas esperándonos.

Desde allí hasta el resort no fue un trayecto muy largo, o es que a mí se me hizo demasiado corto; iba tan absorta en el paisaje que ni noté que habíamos llegado hasta que Nick me hizo una señal.

—Perdón, no me había dado cuenta.

—He sentido celos, por un momento, del paisaje.

—¡Qué dices! —Reí sin comprender por qué me lo decía.

—Por cómo has estado recorriendo todo con la mirada, te has quedado embobada mirándolo todo.

—Es que lo vi tan bonito que no pude evitarlo.

—Como yo no he podido evitar esto. —Me cogió por la cintura, acercó su cara a la mía y, sin esperármelo, me dio un beso rápido en los labios.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba, pero ha sido tan rápido que me has dejado con la miel en los labios.

Le cogí por ambas mejillas y profundicé el beso. Ahora sí era el que llevaba todo el día deseando. Empecé con un simple roce y pasé a morderle en el labio inferior. Nick me agarró por la cintura con más fuerza, acercándome más a él.

Le rodeé el cuello con los brazos e incliné un poco la cabeza; saqué la lengua para profundizar en su boca, empezando un baile con nuestras lenguas que nos iba encendiendo por momentos.

Saboreé todo de él, necesitando cada vez más. En ese instante me sobraba todo lo que no fuéramos nosotros. Me volvía loca, literalmente; quería que

recorriera mi cuerpo entero con sus manos y su boca, lo quería tener para mí sola.

Podía notar su erección a través de nuestras ropas y me rocé más con él hasta que lo escuché gemir dentro de mi boca.

—Venga ya —dijo mi hermano—, os estamos esperando. Ya tendréis tiempo para eso. —Parecía que se nos había olvidado dónde estábamos.

Lo que quise empezar como un juego para tentarlo se había convertido en una necesidad para ambos.

—Creo que lo mejor es que dejemos esto para después —le dije mirándolo a los ojos.

—Sí, eso va a ser lo mejor. —Un mechón de pelo se me había escapado y me lo colocó tras la oreja—. Pero a ver quién es el bonito que se mueve ahora. —Miró hacia sus partes y no pude evitar seguir su mirada.

—Mmm, creo que lo tienes un poco difícil para disimular esa parte de tu anatomía.

—Tío, venga ya. —En ese momento el que salió para buscarnos fue su amigo.

—Ya vamos, danos un segundo —contestó Nick sonriendo.

Tuvo que esperar un minuto para que su «amiguito» empezara a bajar; en cuanto alcanzó un tamaño que pudo disimular, más o menos, entramos.

—Por fin —dijo mi hermano cuando llegamos hasta ellos.

—Tranquilo, que estamos de vacaciones y aquí el tiempo corre de manera distinta.

—Y tan distinta, que para vosotros se ha detenido por completo. —Cuando Patricia dijo eso me la quedé mirando con los ojos de par en par. No es que

me hubiera sentado mal, al contrario, me sentí feliz de que participara en la conversación.

—¿Tú también? —le pregunté en plan broma.

—Lo sien…

—Como termines esa palabra, me enfado. Aquí lo único que hay que sentir, es no disfrutar de las dos semanas que tenemos por delante. —Nick me entregó la llave de mi habitación.

De más está decir que las cinco eran de lujo, como lo era el resort. Al detenerme para mirarlo con más calma, pude apreciar el gusto tan exquisito que había tenido para decorarlo.

Era moderno, pero sin perder la esencia de ese rincón del mundo, por lo que el color blanco era lo que predominaba, con arreglos florales distribuidos de manera estratégica y algunas piezas de decoración en tonos neutros.

Me estaba encantando todo lo que veía. Antes de irnos a dejar las maletas en las habitaciones, llegó una chica con una bandeja de cócteles que tenían una pinta demasiado buena como para no beberlos con ganas.

—Por unas vacaciones inolvidables que espero que siempre recordemos —dijo Stuart levantando su copa. El resto levantamos las nuestras y tras bridar, dimos un sorbo.

—Dios, esto me lo tienen que poner por litros, qué bueno está —comenté tras saborearlo.

—Sí que esta bueno, en mi vida había probado algo con este sabor. ¿Tendrá mucho alcohol?

—Qué más da —le contestó mi hermano—, lo mismo te viene bien que esté cargado, así te olvidas de todo.

—Pues sabes lo que te digo, que el dolor que siento siempre lo voy a tener, pero que esto me hace olvidarlo por unas horas. Que no me falte en estas dos

semanas.

—Ole, esa es mi chica, di que sí. Demuéstrate a ti misma y al resto del mundo lo fuerte que eres. —Le di un beso sonoro en la mejilla.

Me di cuenta de que Stuart le hacía un gesto con la mirada a Nick, como preguntándole si él sabía de lo que estábamos hablando; él negó con la cabeza de manera casa imperceptible.

—Me voy a mi habitación —dijo Enrique—. Vosotros podéis hacer lo que queráis, pero yo necesito cambiarme de ropa y recorrer todo esto hasta terminar en la piscina.

—Vamos, Patri. —Desde que ella me había dicho que podía llamarla así, en ocasiones lo hacía, sobre todo cuando me acordaba, porque tenía la costumbre de llamarla por su nombre completo—. ¿Nos vemos todos aquí dentro de media hora? —pregunté, más que nada para que nos diera tiempo a una ducha rápida y deshacer la maleta.

—Perfecto —contestó el amigo de Nick.

Primero acompañé a Patricia a su habitación, cuando abrió la puerta y entramos, nos quedamos boquiabiertas. Y mira que yo estaba acostumbrada a que no me faltara nada y a cosas de calidad, pero esto era un nivel totalmente distinto.

—¡Madre mía! —exclamó dando una vuelta sobre sí misma, admirando todo lo que la rodeaba—. Alex, mira qué vistas.

Tenía unas vistas a la playa increíbles. Me quedé prendada de ese cuadro que tenía ante mis ojos. Estábamos las dos apoyadas en la barandilla de la terraza, mirando el color del mar.

—Hola, vecina. —Miramos las dos hacia donde habíamos escuchado esa voz, y ahí vimos a Stuart sonriéndonos—. Si os quedáis viendo las vistas, no vais a estar listas a tiempo. —Nos guiñó un ojo y se fue para dentro.

—Ponte el bikini rojo. —Le hice referencia al que habíamos comprado hacía pocos días—. Vamos a empezar las vacaciones con ganas y fuerza.

—No creo que sea buena idea. Todavía tengo algunas marcas en la espalda.

—¿Y qué? Son marcas que demuestran que has sido una superviviente; no tienes nada de lo que avergonzarte. A quien no le parezca bien, que mire hacia otro lado.

—No sé qué estás haciendo conmigo, pero me haces ver todo de un modo muy distinto a como lo veía antes, y me está gustando cómo me estoy sintiendo poco a poco.

—Claro que sí, porque tú te mereces todo lo mejor del mundo, y nunca te conformes con menos.

—Te prometo que no lo haré, jamás volveré a permitir que nadie me haga sentir de menos o que no valgo para nada.

—Así me gusta, cariño. Venga, dúchate y hazme caso con el bikini, yo voy a hacer lo mismo. Luego paso a buscarte.

Antes de ducharme, me propuse deshacer la maleta y colocarlo todo en el armario, porque, como no lo hiciera en caliente, me veía rebuscando la ropa en la maleta todos esos días.

En cuanto todo estuvo como a mí me gustaba, me fui directa a la ducha. Al terminar, me puse un bikini azul turquesa, sin tirantes, y la braga tipo brasileña. Cuando me miré en el espejo, lo primero que pensé fue que Nick iba a babear en cuanto me viera, porque el bikini me sentaba de lujo.

Para pasear por el complejo, me puse un vestidito corto blanco, de esos normalitos, pero preciosos para ir a la playa, unas chanclas y arreando, a beberme todos los cócteles que me pusieran por delante.

Capítulo 14



Nick

—Has hablado mucho con Patricia durante todo el vuelo —le comenté a Stuart de camino a las habitaciones.

—Sí, debajo de toda esa timidez se esconde una mujer que me está llamando mucho la atención.

—¿Qué crees que le ha podido pasar? Alexandra solo me dijo que lo ha pasado muy mal, pero no sé qué es lo que pudo haber ocurrido.

—No tengo ni idea. Lo único que sé es que me encantaría descubrir qué esconde debajo de esa mirada triste que tiene casi siempre.

—Supongo que nos enteraremos cuando ella decida contarlo, mientras tanto, estaremos a ciegas. —Llegamos a la puerta de su habitación, que estaba justo al lado de la de Patricia—. Me da que no es cualquier cosa, por eso te voy a pedir que no juegues con ella. Deja que lo que tenga que ser, sea, pero no fuerces nada.

—Nick, volvemos a lo que ya te he dicho: no soy estúpido y no voy a jugar con ella. Nunca lo he hecho con ninguna mujer y menos lo voy a hacer con una que me gusta de verdad. —Me había tenido tan confundido con su comportamiento últimamente que ya no sabía qué pensar, solo me quedaba verlo con los días.

—Espero que no tardes mucho en contarme lo que te ha pasado. Y ahora me voy a darme una ducha.

Yo no tenía una habitación como la de ellos. Aunque las suyas contaban con todo lujo de detalles, la mía era la *suite* presidencial, demasiado grande para mí solo. Esperaba que, a partir de esa noche, la pudiera compartir con Alexandra.

Preferí que le dieran a ella otra distinta a la mía de primeras, porque en fondo no sabía si ella iba a querer seguir con lo que habíamos empezado.

A la hora en la que habíamos quedado, me fui directamente al vestíbulo. El hermano de Alexandra ya estaba allí y, por lo visto, estaba empezando fuerte, porque ya estaba hablando con una mujer. Tengo que decir que no tenía mal gusto, aunque su hermana era mucho más guapa.

—No vemos después —le dijo a la chica cuando llegué junto a ellos—. Por fin aparece alguien.

—No creo que los demás tarden mucho, por lo que veo, has empezado con fuerza. —Levanté la comisura de la boca en una media sonrisa.

—Más fuerte has empezado tú que le has metido a mi hermana la lengua hasta la campanilla.

—Para ser abogado, eres muy mal hablado. —Supuse que, cuando trabajaba, no era así, pero fuera del trabajo costaba identificarlo.

—Amigo, te diré algo: todo tiene su momento y lugar. Y en este lugar no se habla de trabajo, a lo mejor te viene de puta madre aprender un poco de mí. —Por nuestro lado pasó otra mujer a la que le guiñó el ojo.

—Prefiero seguir siendo un poco más selectivo, pero gracias por el consejo —dije negando.

—Por ahí viene tu selectividad. —Señaló la zona de los ascensores.

Venía tan espectacular como siempre; a ella le sentaba todo bien, se pusiera lo que se pusiese. No tenía duda de que era Alexandra la que hacía lucir la ropa, y no al contrario, porque ese mismo tipo de vestimenta en cualquier otra persona no quedaba igual; de eso estaba seguro.

Stuart llegó un minuto después. En cuanto estuvimos todos, decidimos irnos a unas camas balinesas que había a pie de playa. Nos quitamos la ropa: en nuestro caso, las camisetas; en el de ellas, los vestidos veraniegos que llevaban.

Me di cuenta de que Alexandra se esmeró en aplicarle crema en la espalda a Patricia. No me parecía raro que se la extendieran la una a la otra, pero sí el cuidado con el que lo hacía, como si temiera hacerle daño.

—¡¿Qué cojones es eso?! —dijo Stuart a mi lado cuando vio a las chicas ir hacia el mar una al lado de la otra.

—Eso es el motivo por el que lo está pasando tan mal —comentó en tono enfadado Enrique—. Ya no tiene sentido que no os lo cuente cuando habéis visto parte de ello.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con cierto temor.

—Patricia no era amiga de mi hermana. Llevaba trabajando con nosotros un tiempo y siempre se mantenía alejada de todos: nunca venía a reuniones y jamás se relacionaba con nadie de la empresa fuera del trabajo —nos relató cómo Alexandra se dio cuenta de que algo le pasaba y que, a partir de ahí, ella se dejó ayudar.

Tal como iba hablando, tanto la cara de mi amigo como la mía se nos fue transformando por completo; no podía dar crédito a lo que nos estaba contando.

—Hijo de puta… ¿Dónde está el cabrón ese ahora mismo? —Quiso saber Stuart.

—Como había pruebas de sobra, mi amigo consiguió que se celebrara un juicio rápido y logró que entrara en la cárcel. La justicia, en los casos reales,

nos acompaña muy bien. Ha sido condenado a cinco años y eso porque, además de malos tratos, también hubo otro tipo de agresión.

Me quedé totalmente rígido. ¿Cómo era posible que esa mujer todavía consiguiera sonreír de vez en cuando?

—Por eso me dijiste que me mantuviera alejado de ella. —No era una pregunta.

—Sí. Por fuerte que haya demostrado ser, creo que ya ha sufrido bastante y, sinceramente, me has dado la intuición de que te pareces demasiado a mí con respecto a las mujeres.

—No creo que debas juzgar a las personas tan rápido, y menos si no las conoces —se defendió.

—Ahora no estamos hablando de eso, lo estamos haciendo de ella y de todo lo que ha sufrido —les dije.

—Solo os pido que no digáis nada. Esperad a que sea ella quien lo cuente, si decide hacerlo. Y, por favor, no cambiéis vuestro trato ni la miréis con pena. —En eso estaba de acuerdo con Enrique.

Patricia no se merecía que la miráramos con lástima. Todo lo contrario: esa mujer merecía que la vieran con admiración, porque se notaba que era una gran luchadora y superviviente.

—Por mi parte, puedes estar tranquilo, mi trato con ella va a seguir siendo el mismo que hasta ahora.

—Yo voy a hacer lo mismo, pero antes te voy a decir una cosa. —Stuart se puso demasiado serio—: no interfieras entre nosotros dos, porque Patricia me gusta de verdad y voy a intentar conquistarla. Y si no lo consigo, al menos quiero que me vea como alguien en quien apoyarse.

—Si ella quiere acercarse a ti, no lo voy a impedir, pero como te dije antes, no voy a permitir que nadie le haga daño.

—Las chicas nos están mirando, vamos a dejar el tema aquí. —Miré a Enrique—. Ya nos has contado todo y también has dado tu opinión con respecto a Stuart. Él ha sido sincero y creo que se merece un voto de confianza. No puedes condenar a nadie antes de que cometa un delito. Así que aquí se zanja el tema; ya se irá viendo cómo va todo lo demás.

Los dejé allí, porque ellos seguían hablando, pero yo me moría de ganas de meterme en el agua con Alexandra. Cuanto más me acercaba, más se ensanchaba su sonrisa; me encantaba que reaccionara así por mí.

—Veo que os gusta la temperatura del agua. —Llegué hasta ellas.

—Este mar es impresionante —respondió Patricia.

—Sí que lo es, y por eso mismo os merecéis estrenarlo en condiciones.

—¿Qué quieres decir? —Quiso saber Alexandra. Me reí, pensando en la cara que pondría cuando hiciera lo que tenía en mente.

La primera en caer fue Alexandra, la cogí por cintura, levantándola al vuelo y la lancé por los aires, haciendo que cayera al agua a una gran distancia. Salió del agua riendo a carcajadas.

—Y tú… —Señalé a Patricia con el dedo—. Ni se te ocurra correr, porque te voy a coger igualmente —le advertí al verla con intención de huir en dirección contraria.

—Corre, que no te pille. —Su amiga la animaba desde la lejanía.

En cuatro zancadas la alcancé e hice lo mismo que con Alexandra. Ella también salió del agua sin dejar de reír. Nunca me había sentido tan bien por provocar risas en alguien.

Los otros dos se unieron a nosotros, y cuando las chicas se iban acercando a nosotros, si no las lanzaba uno, lo hacía otro. Ellas intentaban hacernos caer, aunque siempre las dos contra el mismo; de otro modo, no podían con ninguno de los tres.

Después de un rato, Enrique dijo que se iba a tomar algo a la piscina. A los demás nos seguía apeteciendo estar en la playa, por lo que se fue él solo, no sin que antes quedáramos en la puerta del restaurante en dos horas.

Un rato más tarde, nos tumbamos en las camas balinesas. Creo que estábamos todos rendidos: entre el vuelo y el juego en el agua, hasta nos echamos una siesta allí mismo.

Al despertarme, vi que Alexandra había terminado tan pegada a mí que tenía una pierna suya por encima de las mías. Miré a la cama de al lado y los otros dos también dormían. Ellos sí estaban algo separados, pero Stuart tenía una mano en su cintura.

Cuando no se había apartado, era porque se sentía cómoda junto a él; de otro modo, no se habría quedado dormida, de eso estaba seguro.

Capítulo 15



Alexandra

Menudo primer día de vacaciones, mejor no me lo podía estar pasando. Los cinco congeniamos muy bien, menos mal, porque si no esto hubiera sido algo incómodo para todos.

Stuart estaba totalmente encima de Patricia, dejándole su espacio, pero se notaba que quería estar cerca de ella. Sabía que se habían dado cuenta de las marcas en la espalda de Patri, en ningún momento dijeron nada y la actitud de ellos no varió en nada con respecto a ella. Eso era algo que le agradecería siempre.

El tonteo con el que llevábamos todo el día Nick y yo iba más allá de lo normal. Estaba convencida de que en cuanto cruzáramos las puertas de su habitación o la mía, nos íbamos a coger con tantas ganas que un volcán en erupción sería un simple juego a nuestro lado.

En ese momento acabábamos de cenar y todos quisieron ir a tomar algo a una zona exterior que estaba cerca de una de las piscinas. Yo, por mi parte, me hubiera ido a seguir con la fiesta, pero solo con Nick, sin nadie que nos impidiera desatar toda la tensión del día, bueno, más bien la de varios días, porque desde lo del probador me había quedado con ganas de más.

Entre eso y los cocteles que me había tomado en la cena. *«Sí, como habéis leído: en la cena, porque estaba de vacaciones y aquí importaba lo que se bebiera cuando se estaba comiendo»* pues eso, que en aquel momento estaba

que me subía por las paredes, solo de pensar en lo que ese hombre me podría llegar a hacer. Ya me sentía con demasiada humedad en esa zona del cuerpo que está entre las piernas. *«Vosotras me entendéis, ¿verdad?»*

Ya solo quedábamos los cuatro, porque a Enrique le había perdido la pista desde hacía un rato. Los chicos estaban cerca de la barra charlando entre ellos, mientras Patri y yo lo estábamos dando todo en la pista de baile improvisada que habían creado.

Patri estaba irreconocible, se veía totalmente desinhibida por primera vez desde que la conocía y me gustaba mucho esa faceta suya, estaba descubriendo a la que creía que había sido la verdadera Patricia antes de estar con el imbécil que la anuló por completo.

La veía bailar, reír, conversar y desenvolverse con soltura, y no la observaba solo yo, porque la forma que tenía Stuart de mirarla de vez en cuando, también lo estaba notando. Que le atraía mi amiga, estaba claro que me había dado cuenta, y creo que ella también. Lo que no sabía era si iba a tener la paciencia necesaria de aguantar todo el tiempo que ella necesitaba para terminar de curar las heridas, y digo las heridas del alma.

Las físicas se curaban rápidas en comparación con las del interior, esas necesitaban un poco más de tiempo y paciencia, porque por muy bien que la estuviera viendo en ese momento, sabía que iba a seguir teniendo sus inseguridades y miedos. Sus momentos buenos y los malos, por eso si alguna vez necesitaba sentirse arropada por un hombre, el hombre que lo hiciera tendría que demostrarle lo que valía y darle mucha seguridad.

Si Stuart era el indicado, solo lo podríamos saber con el paso del tiempo, solo deseaba que ella fuera feliz, porque en el infierno había estado viviendo unos años.

—¿Otro cóctel? —me preguntó sin dejar de bailar a mi lado.

Sinceramente, creo que ya llevábamos unos cuantos más de la cuenta encima, pero por ella me bebía un bidón si hacía falta.

—Uno y los que hagan falta.

Fuimos hasta donde estaban los chicos, como en ese momento nos daban la espalda, no nos vieron llegar, oportunidad que aproveché para abrazarlo desde atrás y dejar las manos posadas sobre su abdomen.

—Hola. —Giró la cabeza y me miró por encima de su hombro.

Cogió las manos que tenía sobre su vientre, entrelazando sus dedos con los míos.

—¿Ya os habéis cansado de bailar?

—No —contestó Patri por mí—, hemos venido a por otro cóctel. —Levantó una ceja mirándome como diciendo si era en serio, reí al verlo.

—No me vas a valer nada esta noche —dijo girando su cuerpo entre mis brazos para quedar de frente a mí—. Y créeme, te quiero hacer demasiadas cosas. —Me acerqué a él todo lo que pude y alcé la cabeza hasta pegar mis labios a los suyos.

—Aunque llegue arrastrándome a la habitación, te juro por lo más sagrado que esta noche me vas a hacer gritar hasta quedarme afónica. —Uní mi boca a la suya para darle un beso.

—Eres una provocadora. —Atrapó mi labio entre sus dientes,

—Y a ti te encanta —le susurré en cuanto soltó mi labio.

—No sabes cuánto. —Bajó sus manos y me dio un apretón en las nalgas.

—Podéis iros cuando queráis, que Patricia ha dicho que se queda conmigo —dijo Stuart a nuestro lado.

Miré a mi amiga para verificar que lo que decía era cierto, y ella asintió con una gran sonrisa.

Por un lado, me quería ir con Nick, disfrutar de nuestra primera noche juntos, pero por el otro no quería que Patricia sintiera que la estaba

abandonando. Ella creo que se dio cuenta de mis dudas, porque vino hacia mí y me cogió de la mano apartándome de Nick y decirme algo.

—Ni te lo pienses, ve, disfruta y no mires hacia atrás. Sé que no te quieres ir todavía porque no me quieres dejar sola, pero yo estoy bien y no pienses que estoy borracha porque no es así, simplemente estoy viviendo algo increíble gracias a ti.

Me emocionaron sus palabras, todavía me costaba mucho verla así y eso me producía una felicidad increíble.

—Es que has venido por mí y no me parece justo irme con Nick y dejarte aquí.

—Alex, estoy mucho mejor de lo que quizá te pueda parecer, te lo prometo. Además, Stuart me trata muy bien y me hace reír mucho. ¿De verdad crees que si no me sintiera cómoda me iba a quedar con él? —negué sonriendo— Pues eso, vete y disfruta, ya me contarás mañana. —Terminó guiñándome un ojo.

—Te voy a dejar con Stuart porque de verdad creo que no serías capaz de mentirme.

—Claro que no.

Nos pusimos de nuevo al lado de los chicos, Stuart empezó a mirarme entre nervioso o asustado, no sabría decirlo con exactitud y era por la mirada que le estaba echando.

—La dejo es tus manos, más te vale que me la cuides con tu vida si hace falta, pero como mañana me levante y vea que no está igual de feliz que ahora te capo. —Hice un movimiento de dedos simulando unas tijeras.

—Todo menos eso, algún día me gustaría tener mini-Stuart por ahí. —Me siguió la broma, cubriéndose sus partes con las dos manos.

—Advertido, quedas.

De buenas a primeras me vi volando, y fui a parar al hombro de Nick. Empezó a caminar conmigo como si fuera un saco de patatas, yo no podía parar de reír y por lo que iba viendo en mi visión bocabajo, el resto de las personas con las que nos íbamos encontrando por el camino no paraban de reír.

—Nick, bájame. —Le ti una palmada en el trasero.

—En cuanto lleguemos, te suelto, si lo hago antes, eres capaz de ponerte a hablar hasta con las paredes y ya no aguanto más. —Me masajeó de manera sensual una de las nalgas.

Llegamos hasta su *suite* y deslizó la tarjeta en el lector para abrir la puerta. En cuanto lo hizo, me dejó en el suelo con mucho cuidado.

—Alexandra, quítate la ropa que no aguanto más. —Uy, cómo me excitaba ese tono autoritario. Solo en ese momento, si llegara a ser en otro u otra persona, lo hubiera mandado a la mierda.

Me miraba casi sin parpadear, esperando a que empezara a quitarme la ropa.

—No antes de que te la quites tú. —Pasé la punta de la lengua por encima de mi labio superior.

—Tú mandas. —Se empezó a desabrochar los botones de la camisa.

Lo estaba haciendo con tanta lentitud que me estaba matando y, como os he dicho varias veces, tenía paciencia hasta cierto punto, pero aquel día no era uno de esos en los que podía presumir de temerla.

—A la mierda. —Me acerqué en dos pasos, aparté sus manos de allí, introduje las mías entre los huecos que había entre botón y botón. —Te prometo que te compro una igual a esta. —Y tiré con todas mis fuerzas, abriéndola en dos. Los botones saltaron disparados y los pocos que quedaron en su sitio lo hicieron en mal estado.

—Joder. —Pasé las manos por encima de su pecho, recorrí sus hombros, arrastrando a su paso la camisa por sus brazos hasta que cayó a nuestros pies.

Introdujo las manos por debajo del vestido, fue subiéndolas, acariciando los mulos, las caderas, los laterales de mis pechos hasta sacarme el vestido por la cabeza. Fue a parar al mismo lugar donde había acabado su camisa.

Llevó las manos a mi espalda para desabrocharme el sujetador, deslizó los tirantes por mis brazos y con la punta de los dedos fue acariciándomelos a su paso.

—Estamos en desventaja. —Ronroneé.

—Soy todo tuyo. —Levantó las manos en señal de rendición.

Pegué mi pecho al suyo, y la sensación del roce de mis pezones contra su torso desnudo me erizó la piel. Lo besé con ansias sin dejar de tocarlo; de su boca pasé a la mandíbula, dándole pequeños mordiscos. De ahí a su cuello, y fui bajando por su cuerpo hasta ponerme de rodillas para empezar a bajar la cremallera de su pantalón.

Me fascinaba ver cómo su cuerpo iba reaccionando a cada uno de mis toques, besos y mordiscos.

Enganché los pulgares en los laterales de su pantalón y se los fui bajando junto con la ropa interior. Su erección saltó como un resorte —tal y como intuí en la tienda de ropa— estaba muy bien dotado pero que muy muy bien.

Me relamí los labios al imaginarme todo eso dentro de mí. La humedad entre mis piernas era intensa, imposible de ignorar. La tensión sexual que había allí en ese momento no podía ni medirse de lo alta que era.

—Alexandra, me estás matando.

—Pero no te mueras antes de provocarme al menos dos orgasmos —sonreí antes de coger su pene entre mis manos. Lo acaricié unas cuantas veces, subiendo y bajando sobre él, apretando un poco más cuando llegaba al glande.

Tenía el bajo vientre totalmente contraído. Su paciencia llegó al límite, o eso pensaba yo, porque me sujetó el pelo —sin llegar a tirar con fuerza— para acercar mi boca a su miembro.

Sabía que estaba desesperado porque me lo metiera en la boca, pero yo ese día me sentía un poco mala y quería llevarlo todavía más al extremo. Así que empecé a pasar la lengua, primero por una ingle y después por la otra, sin llegar a tocar su erección.

Lo escuchaba resoplar y gruñir, y con cada sonido más crecía mi excitación. Lo tenía totalmente al límite, y cuando me di cuenta de que ya era completamente mío, fue cuando me llevé su erección a la boca.

Primero le pasé la lengua en una larga lamida por toda la vena más marcada. Llegué hasta el glande rodeándolo con ella, y fue en ese instante cuando abrí la boca y fui bajado por toda su longitud hasta que hizo tope.

—Madre mía, qué boca tienes. —Movió sus caderas, empezando un pequeño vaivén que iba en sincronía con mis movimientos.

Apoyé las palmas de las manos sobre sus muslos y dejé que él fuera marcando el ritmo dentro de mi boca. Pasados unos minutos se retiró y con el dedo pulgar acarició mis labios húmedos antes de regalarme una sonrisa.

—Como sigas esto va a terminar donde no quiero que lo haga. —Me cogió por los brazos para ayudarme a levantarme—. Eres demasiado diablilla —dijo sonriendo—, pero ahora me toca a mí.

Al pensar en todo lo que me podía hacer, mi cuerpo tembló de anticipación.

Capítulo 16



Nick

No sabía si era por el tiempo que llevaba sin tener sexo o por qué lo estaba haciendo con ella. Lo cierto es que me tenía tan excitado que iba a ser un puto desafío, no correrme como un adolescente en cuanto la penetrara.

Todavía no habíamos pasado de la entrada, donde nuestra ropa estaba desperdigada por el suelo… salvo sus braguitas de encaje blanco. Esa mujer me estaba volviendo loco, y yo pensaba hacer lo mismo con ella.

La alcé en brazos y se aferró a mí, rodeándome el cuello y la cintura con la misma urgencia con la que yo la deseaba. La llevé hacia la cama; quería que la primera vez que la hiciera mía no fuese contra una pared, ni de cualquier manera, sino que estuviera cómoda, que disfrutara tanto como yo.

El roce de su sexo, todavía cubierto por ese trozo de tela, contra mi erección, me estaba matando. Con cada paso que daba era peor que el anterior, así que aceleré un poco el paso para llegar a la cama cuanto antes.

—Nick, me da igual cómo lo hagas, pero te quiero dentro de mí ya. —Me tiró del pelo de la nuca con fuerza, obligándome a mirarla a los ojos—. Tenemos toda la puta noche para que me hagas lo que quieras, pero lo que quiero yo ahora mismo es lo que te acabo de pedir.

«A la mierda todo», pensé. La apoyé contra la puerta del dormitorio.

—Agárrate fuerte —le susurré antes de empezar a devorarle la boca. Una de mis manos se deslizó bajo su ropa interior, apartándola a un lado para hundir dos dedos en su interior de golpe.

—Dios… —Echó la cabeza hacia atrás y soltó un gemido que me recorrió entero.

Movía las caderas con desesperación, intensificando el roce, y yo no aguantaba más. Sujeté mi erección y la guie hacia su entrada.

—Hazlo ya, por favor.

No la hice esperar. No podía. Fue ella quien me lo pidió, y yo también me moría de ganas de hundirme en su interior, así que no iba a ser tierno.

Quería que me sintiera por completo, que si alguna vez estaba con otro hombre nunca olvidara que donde yo había llegado no lo iba a hacer nadie más.

De una fuerte embestida me introduje hasta que mi pubis chocó con su vagina; no dejé nada fuera. La miré por un instante para comprobar que estaba bien. Yo era grande y, por muchas ganas que tuviera de follarla con fuerza, jamás lo haría si notaba algún signo de dolor. Pero no lo vi; al contrario, estaba demasiado bien, tanto que puso los ojos en blanco tras soltar un grito.

—¿Sigo o es demasiado para ti? —la provoqué un poco para ver qué me respondía.

—Como pares, eres hombre muerto. —Me mordió en la boca con fuerza.

—Tú lo has querido, pequeña bruja —gruñí.

Salí de su interior hasta dejar la cabeza de mi pene en su interior y, sin apartar la mirada de su rostro, volví a penetrarla con fuerza. Desde ese momento no hubo marcha atrás: cada vez aumentaba más la intensidad.

Estar viendo ese rostro, con los ojos brillando como dos estrellas, la boca en forma de corazón abierta en una O perfecta y las mejillas teñidas de rojo, era lo más hermoso que había contemplado en toda mi vida.

—Tú no tendrías que ser empresario, tendrías que dedicarte a dar placer a las mujeres. No sabes de lo que estás privando a esas pobres criaturas. —Me detuve un segundo en su interior porque no daba crédito a lo que acababa de escuchar.

—¿Si quieres, te dejo aquí y busco a otra para hacerla gritar? —Sonreí de medio lado—. Lo digo para no privar a esas pobres criaturas.

—Bueno, ya si eso sigue conmigo. Te aseguro que tengo bastante aguante. —Tuve que soltar una carcajada; Alexandra era única.

—Eres increíble.

—Sí, todo lo increíble que quieras, pero empieza a mover esa cosa que tienes dentro de mí. —Movió las caderas.

—¿No te da nada llamarle «cosa» a mi mini-Nick? —Empecé a moverme de nuevo, pero esta vez iba mucho más lento.

—Eso de… ah… mini-Nick es… discutible… Dios —Jadeó.

—Eres única para subirle la autoestima a un hombre. —Lamí su piel desde el hombro hasta el lóbulo de su oreja.

—No, a uno cualquiera. —Era la primera vez que mantenía tantas palabras durante el sexo. No sé qué tenía ella, pero hacía que todo pareciera natural.

Con los talones empezó a ejercer presión sobre mis nalgas, instándome a que aumentara el ritmo. Como al principio, aumenté el ritmo y la fuerza, sus gritos marcaban el compás de mis embestidas.

No paré ni bajé la intensidad y ritmo hasta que noté y vi cómo ella alcanzaba el orgasmo. Entonces aceleré un poco más hasta llegar yo al mío.

—Joder —solté, intentando recuperar el aire.

—Sí, eso es precisamente lo que me acabas de hacer. —De verdad que esta mujer tenía respuesta para todo.

Iba a salirme, pero me lo impidió clavando sus talones en mi espalda.

—No, no, no, todavía no me he cansado de tenerte en mi interior. —Negó con la cabeza mientras lo decía—. A ver qué haces para que el mini torpedo Nick vuelva a despertar.

—Ja, ja, ja, Alexandra, de verdad, creo que estás medio loca. —Esa mujer era pura energía, contagiaba vida a todo lo que la rodeaba.

—No hijo, loca estaría si no aprovechara esta oportunidad que me estás dando.

Sin soltarla, porque no quería que lo hiciera, en lugar de llevarla a la cama, la conduje a la ducha. Toqué los mandos, y en cuanto el agua empezó a caer, nos metí bajo el chorro.

—¿Me sueltas ya? —Negó con la cabeza—. Te prometo que, en cuanto nos duchemos, volveré a estar dentro de ti. Mientras tanto, puedo hacerte muchas cosas que también te van a gustar mucho.

Sabía que todo eso lo estaba haciendo para reírse un rato.

—Está bien, me has convencido. —Desenroscó sus piernas de mi cintura, salí de su interior y la dejé en el suelo. En cuanto la solté, tuve la sensación de que me faltaba algo.

Nos duchamos mutuamente. Primero lo hizo ella, conmigo, dejé que se recreara en mi cuerpo todo lo que ella quiso. Cuando terminó, llegó mi turno.

Me eché un poco de gel en la palma, froté ambas manos hasta crear espuma y, cuando tuve la suficiente, empecé a masajearle los pechos. Los cubrí por completo, apretándolos suavemente antes de estrujarlos un poco. Con los dedos corazón trazaba círculos sobre sus pezones y, de vez en

cuando, les daba un pellizco juguetón. Después, una de mis manos descendió por el centro de su vientre, deteniéndose justo sobre su pubis; con la yema de los dedos bajé un poco más, recorriendo lentamente los labios externos de su sexo.

Las expresiones de Alexandra eran un espectáculo: cuando le daba lo que quería, ponía una de relajación y satisfacción; pero cuando la hacía esperar, fruncía el ceño y los labios con una mueca de lo más graciosa, como diciendo «eso no es lo que yo quiero».

Como ya la había provocado bastante, le introduje el dedo corazón mientras con el pulgar le acariciaba el clítoris. Estaba completamente entregada a lo que le estaba haciendo, y a mí me encantaba verla así. Aunque cuando sacaba a relucir su lado dominante y juguetón, yo era el que caía rendido a sus pies.

Hice que llegara al clímax con los dedos. En cuanto los saqué, me los llevé a la boca para saborearla.

Quise sacarla de la ducha, pero me detuvo cogiéndome de la muñeca y con el dedo índice hizo movimientos de un lado para otro haciendo el gesto de no. Alcé una ceja, preguntándole qué era lo que le pasaba.

—De rodillas —ordenó, conteniendo la risa—. Me he venido tan arriba que me creo Grey y tú, Anastasia. —Acabó riéndose a carcajadas, arrastrándome con ella.

—Y tan arriba que te has venido —le dije—. Y sin que sirva de precedente, te voy a hacer caso por esta vez.

—Hombre, es que me has dado dos de tus cosas y me falta la tercera. —Me quedé callado esperando a que terminara de hablar—. Me has dado tu mini misil Nick, tus dedos… pero me falta tu legua. Así que ya sabes, de rodillas.

Lo que me hacía de reír Alexandra no me lo había hecho nadie, y mucho menos mientras practicaba sexo. No tenía dudas: esta primera vez con ella jamás la olvidaría.

Me arrodillé ante ella, le levanté una pierna y la puse sobre mi hombro. Con los dedos le separé los labios vaginales y le pasé la lengua por todo el centro de atrás hacia delante. Al llegar al clítoris, lo atrapé entre los dientes, dándole un pequeño tirón.

—Y te querías saltar este paso… —Jadeó. Sonreí sobre su vagina sin dejar de darle pasadas con la lengua.

No utilicé los dedos, solo la lengua, y hasta que no se deshizo en mi boca, no paré. No me costó mucho llevarla hasta ahí, Alexandra era muy receptiva.

—Jesús, María y José… qué cosas más buenas sabes hacer con esa lengua. —Me levanté del suelo de la ducha.

—¿Siempre tienes respuesta para todo? —Salí de allí, me até una toalla a la cintura y envolví su cuerpo con otra.

—Si no las tengo, me las invento. En serio, me gusta reír y mirar a la vida de manera bonita. Sé que no todo el mundo es como yo, pero si con mis tonterías puedo hacer feliz a alguien, aunque sea solo a una persona, me doy por satisfecha.

La cogí en brazos y la llevé a la cama.

—Eres de las personas más maravillosas que he conocido en mi vida. Nunca permitas que nadie te diga lo contrario, y ni mucho menos permitas que te roben esa energía que desprendes.

—Desde luego sabes usar la lengua… y no solo para hacer cunnilingus, sino también para decir cosas bonitas y coherentes. —Negué con la cabeza, riendo. Con ella no había manera de ganar.

—Creo que se te ha olvidado que también sé utilizarla para besar. — No la dejé contestar; la besé con intensidad.

Sin dejar de besarla, me deshice de las toallas, me acomodé entre sus piernas y volví a hundirme en su interior.

Capítulo 17



Alexandra

Ya llevábamos cuatro días allí y, a decir verdad, se me habían pasado sin darme cuenta.

¿Mi hermano? Ese sí que había cogido el ritmo y no lo soltaba ni aunque le pagáramos. Menos mal que Patricia, Stuart y Nick habían venido, porque de no ser así, habría pasado todas las vacaciones sola. Bueno, «sola» tampoco, porque como ya sabéis que hablo hasta con las paredes, seguro que habría terminado haciendo amigos por aquí.

En esos días habíamos salido del resort para recorrer la zona antigua de Isla Turca. Perdernos por sus calles fue una experiencia maravillosa. Todo tenía un aire tan especial que te transportaba a muchos años atrás; sus habitantes eran amables y siempre dispuestos a ofrecer lo mejor de sí, ya fueran sonrisas, indicaciones o simples gestos.

Nick se hacía presente en todo momento: con un simple roce de manos me detenía a mirarlo. Era uno de esos hombres que calan muy dentro de las personas.

No habíamos vuelto a hablar de lo que me dijo aquella primera vez dentro del probador, así que daba por sentado que seguía pensando igual. Esto para él era algo sin compromiso, y que yo empezara a sentir cosas por él… bueno, Nick era el menos culpable. O al menos, “entre comillas”; porque sí tenía

algo de culpa, gracias a su forma de ser, me estaba volviendo adicta a él en todos los sentidos.

Volviendo a ese día, estaba terminado de ponerme un bikini porque íbamos a alquilar un barco para perdernos mar adentro, hacer esnórquel y observar los peces en esas aguas turquesas.

Os aclaro un poco: devolví mi habitación al día siguiente para que la pudieran ocupar. Era una tontería mantener la reserva si no la iba a usar, porque Nick me había dicho que, mientras estuviéramos allí, me quedaría en su *suite*.

Por supuesto que le dije que sí. Estaría loca de haber hecho lo contrario, porque me daba igual las consecuencias de lo que pasara después. La vida estaba para vivirla, y eso era justo lo que pensaba hacer.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —preguntó Nick al entrar en la habitación.

—Sí, creo que no me dejo nada.

—Recuerda que vamos a pasar todo el día fuera

—Sí, lo recuerdo. —Él y Stuart habían alquilado un barco, bueno, en realidad no era un barco grande, más bien un yate pequeño, según nos habían contado a Patricia y a mí.

Se suponía que también le habían encargado al restaurante principal del resort que nos preparara comida para todo el día.

—Llevo una muda de repuesto, protector solar y gafas de sol. Todo en orden.

—Entonces vamos a por Stuart y Patri. Tengo una ganas de coger en timón que me muero.

—Por lo que veo, te gusta navegar. ¿Lo haces muy a menudo?

—No tanto como me gustaría. Me saqué la licencia para poder hacerlo cuando quisiera.

—Hoy vas a poder hacerlo, y mientras tú te dedicas a llevarnos, yo me dedicaré a tomar el sol.

—No me provoques, que le dejo el timón a Stuart mientras tú y yo disfrutamos del camarote. —Me cogió de la cintura, pegándome a su pecho y dándome un mordisco en el cuello.

—Nick, no empieces algo que no puedes terminar ahora. —Puse las manos sobre su pecho para separarme de él.

—No me canso de ti.

Desde la primera noche que nos acostamos, esa había sido la señal de salida. A partir de ahí aprovechábamos cualquier ocasión para estar juntos; si no era Nick el que me buscaba, era yo. En estos cuatro días había practicado más sexo del que había tenido en todos mis años como adulta.

Y con él no era simplemente sexo y listo, no; con él todo era mucho más intenso y extremo. Y no solo lo decía por el placer que me proporcionaba, sino que esto era otra cosa, una que todavía no me quería reconocer a mí misma; porque en el momento en el que lo hiciera, sabía que ya estaría totalmente perdida.

—Algún día lo harás. —No quise que sonara a reproche, pero me salió. Lo mejor era intentar quitarle hierro a lo dicho—. O seré yo la que se canse. —Le guiñé un ojo antes de ir hacia la puerta.

—Pues entonces, antes de que eso pase, vamos a disfrutar de los días que nos quedan —al decir eso lo noté un poco serio, no quise darle mayor importancia, porque no consideraba que hubiera dicho nada malo.

—¿Me vas a enseñar a llevar el timón? —Quería que cambiara un poco la cara que había puesto.

—Solo si prometes no estrellarnos contra unas rocas o cualquier otra cosa.

—No prometo nada, solo que lo intentaré. —Uff, menos mal que le había sacado una sonrisa.

Mientras yo iba a tocar la puerta de la habitación de Patri, Nick fue a la de Stuart.

—¿Lista para vivir una experiencia inolvidable? —le pregunté cuando abrió la puerta.

—Más que lista, deseándolo. —Me gustaría verla siempre como la estaba viendo desde que habíamos llegado—. ¿Tu hermano viene?

—No, anoche me dijo que nos daría el encuentro por la tarde, cuando lleguemos.

—Se nota que ha cogido las vacaciones con ganas. —Rio.

—Ese coge con ganas cualquier cosa que tenga que ver con mujeres. —Era verdad; por mucho que quisiera a mi hermano, era un mujeriego de tomo y lomo, hasta que le llegara la indicada, como había pasado a Ignacio, y lo agarrara bien por los huevos.

Un chófer del hotel nos llevó hasta el puerto, donde la persona encargada del alquiler del barco nos estaba esperando. Nos informó que ya estaba la comida dentro y guardada.

En cuanto estuvimos los cuatro a bordo, el personal desamarró los cabos y Nick se puso detrás del timón, empezando a sacarnos del muelle con lentitud. Hasta que no estuviéramos alejados de la costa no le podía dar mayor velocidad.

La imagen que vi me dejó sin palabras: Nick con el timón entre las manos, vestido con ropa de lino blanca, zapatillas del mismo color y gafas de aviador. Era de postal, de esas que le dan la vuelta al mundo.

—¿Te están gustando las vistas? —El muy capullo se había dado cuenta de que me había quedado embobada mirándolo, porque la pregunta me la hizo con una sonrisa de medio lado.

—Creo que van a ir mejorando, pero por ahora no me puedo quejar, están cumpliendo con lo prometido. —Le guiñé el ojo de forma descarada.

—Ven aquí. —Me acerqué hasta él—. Ya estamos en mar abierto, así que puedes coger el timón.

Estuve haciendo lo que Nick me fue indicando en todo momento. Se sentía superbién el aire dándote en el rostro y aún mejor se sentía tenerlo a él detrás de mí, pegado a mi espalda, ayudándome a llevarlo.

—Creo que este es un buen sitio para que paremos. —Me fui a apartar a un lado para que él hiciera lo que tenía que hacer. Pero me lo impidió, dejándome como hasta ahora, con los brazos a cada lado de mi cuerpo—. Quédate donde estás. —Agachó la cabeza para dejar apoyada la barbilla en mi hombro.

—Esto es pura vida. —Tenía la mirada puesta en ese mar turquesa que estaba tan en calma que parecía un plato.

—Lo mejor de todo es vivirlo junto a ti. —Gire la cabeza para mirarlo por encima de mi hombro—. Cuando antes dijiste que me cansaría de ti, quiero que sepas, que no creo que lo haga nunca.

—Nick, te recuerdo que fuiste tú el que dijo desde el primer momento que no querías nada serio, que esto era solo sexo y que no tendríamos nada más allá de eso.

—Sé lo que dije, y también sé lo que te estoy pidiendo ahora. —Sentí un nudo en el estómago. ¿El acuerdo había cambiado?

Hasta entonces no me había parado a analizar mis sentimientos por él, principalmente porque si lo hacía, iba a acabar reconociendo que me estaba enamorando de él poco a poco.

—¿Y qué es lo que me estás pidiendo exactamente? —le pregunté con un poco de esperanza.

—Que olvides las palabras que te dije en aquel probador. —Me giré entre sus brazos para quedarme frente a él—. Vivamos el día a día y dejemos que lo que estamos sintiendo crezca. ¿Amor eterno? No lo sé, igual que tú tampoco. —Me cogió la barbilla para que no apartara la mirada—. Lo que sí sé es que me siento muy bien contigo y no quiero que esto acabe nunca.

—Con eso me basta por ahora. Es mucho más de lo que me habías dicho. —Me sentía muy feliz, aunque no me hubiera prometido nada—. Quién sabe si te enamoras tanto de mí que terminas pidiendo que sea la mujer de tu vida algún día.

—Por el camino que llevas, no te voy a decir que eso nunca pasará. Solo sé que no te quiero lejos. —No quería que me diera un bajón emocional.

¿Qué hace el ser humano cuando quiere huir de los sentimientos? Para ser sincera, no sabía lo que hacían los demás en momentos como ese, pero sí lo que iba a hacer yo: huir como una rata.

—Pues ahora te vas a tener que fastidiar un poco, porque me voy con Patri a darme un chapuzón. —Le di un beso rápido y me escapé de entre sus brazos para ir a buscar a mi amiga.

Por el camino me fui deshaciendo de la ropa; lo único que quería era saltar por la borda. *«No penséis mal, que os estoy viendo venir»*, solo quería saltar para sumergirme en el mar y poder nadar un rato.

—Me voy al agua —dije sin querer decirle a ninguno que se viniera conmigo. Los vi tan a gusto hablando entre ellos que no quise molestarlos.

Al tirarme, sentí como si cobrara vida; me sentí en paz y totalmente libre. Nadar en un mar así, sin nadie que molestara, no tenía precio. En ese lugar parecía como si la vida fuera más lenta, permitiéndote disfrutar las horas como si te las estuvieras bebiendo sorbo a sorbo.

Si no fuera porque echaría de menos a mi familia, estoy segura de que podría vivir en un lugar como ese. Y no lo digo por la comodidad y los lujos; con una simple casita me daba por satisfecha. Aquel era otro nivel de vida.

Incluso los habitantes parecían felices con poco. Muchas veces nos acostumbramos a vivir con todo tipo de lujos, y lo que no sabemos es que el verdadero lujo es vivir en paz con lo que te rodea.

Estaba bocarriba, relajada y dejándome llevar por los movimientos del agua. Tenía la mente totalmente en blanco, ni pensaba en nada ni quería hacerlo. Tanto fue así que no escuché cuando alguien saltó al agua y nadó hasta llegar a mí.

—¡Ay, Dios! ¡Qué susto me has dado!

—No sé qué estabas pensando, seguro que te ataca un tiburón y ni te enteras.

—Un tiburón, no sé, pero un pulpo me está atacando ahora mismo —le dije con segundas.

—Y yo que pensaba que te encantaban mis tentáculos. —Me agarró por los pies, sumergiéndome por completo.

Estando bajo el agua, aproveché para bucear. Aunque no llevara nada para hacerlo, podía ver perfectamente los peces de colores nadando a nuestro alrededor. Un espectáculo era lo que tenía ante mis ojos.

Capítulo 18



Nick

Ahora que Stuart se había ido con Patricia a hacer esnórquel y nosotros nos habíamos quedado aquí porque Alexandra quería tomar un poco el sol, aproveché que ella estaba en una hamaca bocabajo para colocarme encima de ella.

Estaba deseando poder hacerla mía desde la mañana, antes de salir a navegar. Me daba igual cuántas veces en el día lo hiciéramos, nunca tenía suficiente de ella, todo me sabía a poco.

Con mucha lentitud le desaté los lazos laterales de la parte inferior del bikini y, en cuanto lo hice, llevé una mano a la unión de sus piernas y empecé a tirar para terminar de quitársela.

—Sabía que ibas a hacer eso incluso antes de pensarlo tú mismo —dijo con voz somnolienta.

—No te muevas —susurré en su oído.

—Te aviso de que eso puede ser complicado. —Movió el trasero a propósito, lo que provocó que le diera una palmada en una de sus nalgas—. Mmm… ¿desde cuándo eres tan dominante?

—Desde que he encontrado a alguien a quien también le gusta dominar.

Me tendí sobre ella apoyando mi peso sobre uno de mis brazos para no aplastarla. Con la mano libre le aparté el pelo de la espalda y empecé a desabrocharle la parte superior del bikini.

Deslicé la mano por debajo de su cuerpo y terminé que sacarle esa prenda. Sin quitarme de su espalda, me bajé, como pude, con una sola la mano, el bañador; cuando lo tenía por encima de las rodillas, me lo terminé de quitar moviendo las piernas.

Comencé a restregar mi pene contra su trasero, encendiéndonos aún más, aunque yo ya estaba al máximo, y por el flujo que veía aparecer entre sus muslos supe que ella estaba igual que yo.

Desde el primer contacto que tuve con Alexandra, me fascinaba su manera de responderme. Se entregaba por completo; no solo en el placer, ella de por sí era una mujer entregada en todo lo que hacía.

Empecé a besarla desde la nuca, bajando muy despacio por la columna hasta detenerme justo al final de la espalda. Metí una mano bajo su abdomen para impulsarla y que se pusiera a cuatro patas.

No nos podíamos entretener mucho porque no sabía cuánto tardarían en regresar nuestros amigos. Así que la estimulé lo suficiente para provocarle su primer orgasmo. Todavía no había terminado de tener los últimos espasmos cuando me adentré en su interior, haciéndolo como sabía que a ella le gustaba: con fuerza.

—Dios… me vas a matar… un poco más y llegas a la garganta. —Su nivel de exageración también era alto.

Le di otra palmada, esta vez en la otra nalga. Nunca lo había hecho, pero esto me estaba gustando y, por lo que estaba viendo, a ella mucho más. Lo que no se probaba nunca se sabía si podía gustar.

—Nick, con otra más me voy a correr en un visto y no visto. En esta postura me llegas muy dentro.

La sensación de estar dentro de ella cuando estaba a punto de llegar al clímax era uno de los mayores placeres que había experimentado en mi vida. Como me apretaba con su vagina, casi impidiendo que saliera, era una locura; si no respiraba hondo, me dejaría ir a la vez que ella.

Con una mano la sujeté de la cintura y con la otra del hombro, inclinándola hacia delante y alzando un poco más su culo. Ahora el ángulo era perfecto para rozarle esa zona que la enloquecía.

—Joder, Alexandra —murmuré.

—Eso, sigue jodiendo todo lo que puedas hasta que me hagas poner los ojos en blanco. — Simplemente, me encantaban las salidas que tenía.

La cogí del pelo y tiré para incorporarla. Me senté sobre mis talones, atrayéndola conmigo y haciendo que se apoyara en mi pecho.

Seguí penetrándola en esa postura sin parar.

—Tócate —exigí con la voz ronca.

En este caso no me obedeció, cogió una de mis manos y la llevo hasta su clítoris, dejando ella su mano sobre la mía.

—Prefiero que lo hagas conmigo. —Giró la cabeza hacia atrás y atrapó mis labios.

No dejé de besarla mientras los dos llegábamos juntos al orgasmo. Supongo que sintió lo mismo que yo, porque tuve la certeza de haber tocado el paraíso.

Fuimos al camarote para darnos una ducha y quitarnos los restos de nuestros fluidos. Cuando estuvimos limpios, decidimos que íbamos a sumergirnos un poco, esta vez con las máscaras para poder movernos entre los peces y verlos mejor.

Sin darme cuenta, Alexandra se estaba colando en mi interior, tanto que lo que nunca creí que iba a volver a sucederme estaba pasando. Cuando le dije

que no quería tenerla lejos, era cierto.

En esos momentos no concebía una vida en la que ella no estuviera presente. Lo quería todo, y pensar que, por mis miedos a volver a sufrir y no abrirle mi corazón, podía perderla, me angustiaba.

Nunca se podía saber lo que nos deparaba el futuro, así que solo nos quedaba vivir el día a día de la manera que más felices nos hiciera, junto a quienes nos aportaran más de lo que nos restaban. Y en mi caso, Alexandra me aportaba y mucho.

Íbamos nadando uno junto al otro, de vez en cuando giraba la cabeza para ver si iba bien, y ver esa sonrisa tras la máscara era todo lo que necesitaba.

Llevaba parte del día pensando que, cuando volviéramos, iba a mirar una vivienda para trasladar mi residencia. De todos modos, como en mi casa apenas pasaba tiempo, no la iba a echar de menos y ahora mismo creía que me aportaría mucho más quedarme en la misma ciudad que ella.

Pusimos rumbo al puerto cuando empezó a atardecer. En cuanto llegamos al complejo, le dije a Alexandra que enseguida iría a su encuentro, pero que antes necesitaba hablar con Stuart de algunos asuntos del trabajo.

No era cierto, lo que quería era quedarme a solas con él porque casi durante todo el día lo había notado algo raro, no estaba siendo él, excepto en los momentos que estaba con Patricia.

—Stuart, ¿te puedes quedar un momento? —Me miró extrañado—. Necesito hablar contigo.

Como todo eso era mío, no tenía que dar explicaciones a nadie de las zonas que ocupaba; en ese caso, me fui al despacho. Al entrar estaba allí el director que había puesto al mando.

Le pregunté si le importaría dejarme el despacho por un momento, de más está decir que no era una pregunta como tal, simplemente lo hice por cortesía.

—¿Ha surgido algún problema? —Se sentó en una silla frente a mí.

—Creo que ha llegado el momento de que me cuentes lo que te pasa, y hasta que no lo hagas no salimos de aquí. Así que tú verás. —Lo miraba serio, no estaba bromeando.

—Nick, necesito tiempo. —Nunca lo había visto así.

—No, ya has tenido tu tiempo, y mucho.

—Tengo un tumor en el riñón izquierdo. —No podía ser cierto, ¿y no me había dicho nada?—. Bueno, más bien lo tenía, porque me lo extirparon con cirugía laparoscópica.

—¿Desde cuándo? —Estaba tan enfadado conmigo mismo que no era capaz de hablar mucho.

—Desde hace nueve meses. Cuando te dije que mi padre estaba mal, fue una excusa para que pudieran operarme y que no te dieras cuenta.

—¿Por qué? —Stuart era lo único que me quedaba, además de Alexandra.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué no me dijiste nada? Somos más que amigos, has estado a mi lado en todos los momentos, tanto malos como buenos. ¿No crees que yo también tenía derecho de estar a tu lado?

—Ya sufriste demasiado y no quería que también pasaras por esto.

—¿Pasar por esto? ¿Lo dices en serio? Joder, eres mi amigo, te considero mi hermano, mi única familia. No puedo creer que te callaras algo tan importante. —Sentía que el corazón se me salía del pecho—. ¿Cuál fue el resultado después de la operación?

—Lo pillaron en un estado poco avanzado, por lo que lo pudieron extirpar por completo. No ha hecho falta que me den quimioterapia, pero sí me han dado sesiones de radioterapia. —Nunca lo había visto tan destruido—. Por ahora todas las pruebas están saliendo bien, pero sabes que esto es una cosa de años, pero mientras todo siga bien no hay problema.

—Joder, Stuart, ¿por eso tu comportamiento últimamente?

—Me vine abajo, pensaba que iba a morir joven y lo único que quería era vivir la vida al máximo. Hasta que no he conocido a Patricia, no me he dado cuenta de que eso no era vida. Estaba desperdiciando mis días en vez de vivirlos en condiciones.

—No hables así, ni se te ocurra hablar como si te fueras a morir. Buscaremos a los mejores médicos sin escatimar en los gastos, pero no me vengas con la mierda esa. —Me levanté porque la frustración que sentía no me permitía seguir sentado.

—No se trata de buscar a los mejores médicos, no he podido tener mejor equipo que el que me ha tratado. Se trata de que no quiero irme de este mundo sin haber formado una familia con la mujer indicada. Se trata de que quiero vivir muchos años, y aunque me haya dicho que por ahora todo va bien, siempre tengo miedo a que se reproduzca en cualquier otra parte del cuerpo.

—Eso no va a pasar, todavía nos quedan muchas cosas por vivir.

—Lo sé. Sé que me he portado como un gilipollas contigo, que tenía que haberme apoyado en ti. Me arrepiento de no haberlo hecho, pero ya no puedo arreglar el pasado. Lo que sí puedo hacer es dejar que me consueles en los días en los que caiga porque me carcoman los pensamientos negativos.

Fui hacia él y nos fundimos en un abrazo que ambos necesitábamos. Porque los hombres también necesitamos abrazarnos de vez en cuando para consolarnos. Eso de fingir siempre fortaleza no tenía sentido, ¿por qué hacerlo? Solo por una sociedad acostumbrada a creer que, por ser hombres, no sufrimos ni lloramos.

Para mí, los sentimientos no tenían que ver con el sexo, sino con el corazón y el carácter. Lo consolé porque me necesitaba y él hizo lo mismo conmigo, ya que no podía perderlo.

Tenía claro que, al volver, buscaríamos más opiniones médicas; me daba igual ir al fin del mundo, hasta que no me aseguraran que estaba fuera de

peligro, no iba a parar.

—¿Cómo te va con la conquista de esa chica? —Quise cambiar de tema, más que nada para que no se viniera abajo.

—Si lo mío es complicado, creo que esto es mucho más. Patricia está muy herida y le va a costar confiar en otro hombre.

—Yo os veo bien cuando estáis juntos.

—Sí, y poco a poco se va abriendo a mí, y aunque sé que le gusto algo o por lo menos le llamo la atención, no veo que sea suficiente para que tengamos algo más, al menos a corto plazo.

—Bueno, tú no te rindas y sigue como lo estás haciendo.

—¿Te puedes creer que desde que la conozco, me ha dado fuerzas para afrontar lo que venga?

—Me lo creo, porque hoy, cuando estabas con ella, eras otro. ¿Le has contado algo? —Negó con la cabeza.

—No quiero hacerlo, al menos por ahora. No quiero dar pena.

—No creo que le dieras pena, es tu decisión, ahí no puedo hacer nada. Pero yo que tú se lo contaría y cuanto antes, mejor.

—Me lo pensaré, pero ahora vamos a ducharnos y prepararnos para la cena.

Nos fuimos cada uno a nuestra habitación, y en el camino fui pensando en cómo era la vida. Nunca sabíamos qué era lo que nos podría deparar; hoy estábamos aquí, sanos y pensando que por tener dinero lo teníamos todo solucionado, cuando en realidad no teníamos asegurado nada.

Lo de Stuart me había hecho pensar que ahora que había encontrado a una persona con la que congeniaba tan bien y que me hacía sentir vivo, no iba a dejar que se me escapara de entre los dedos.

Capítulo 19



Alexandra

—Hombre, si ha aparecido el desaparecido.

Estaba esperándolo, sentada sola en una mesa. Era temprano cuando le escribí un mensaje a mi hermano por si quería tomarse un café conmigo. Se agachó para darme un beso en la mejilla.

—No empieces, vengo a tomarme un café bien cargado, en son de paz.

—Enrique, tú, en vez de entrar en crisis a los cuarenta, has entrado diez años antes.

—Alex, estoy soltero, me mato a trabajar, apenas tengo tiempo ni para rascarme los cojones. Lo mínimo que puedo hacer es disfrutar en mis vacaciones.

—Lo sé, tonto, pero hazlo con cabeza y que, por favor, no me vengas con un sobrino de improviso.

—No te preocupes que siempre me encargo de poner medios para que eso no ocurra. Por cierto, ¿dónde te has dejado a tu amigo especial? —Mira que era tonto cuando quería.

—No es solo mi amigo especial, está llegando a ser mucho más, y lo he dejado durmiendo.

—Aunque creas que voy a lo mío, que sepas que me estoy dando cuenta de que te estás ilusionando mucho con Nick —no me lo dijo como reproche.

—No veo que tenga nada de malo, hasta ahora me está tratando muy bien. Siempre está pendiente de mí.

—No he dicho que sea malo, solo digo que andes con cuidado. —Puso una mano sobre mi pierna, dándome un pequeño apretón—. No quiero que sufras, Alex. Eso es lo único que me importa, no me gustaría verte con el corazón roto.

—Eso es algo a lo que nos enfrentamos todos cuando le entregamos nuestro amor a otra persona.

—Por eso mismo hay que saber a quién entregárselo.

—En los sentimientos no se manda, Enrique; o se quiere o no.

—Lo sé, pero por ser cautelosos no se pierde nada. —Se encendió un cigarro y me ofreció otro a mí. No solía fumar, tal vez, un cigarro cada ciertos meses, y él tampoco solía hacerlo. Bueno, él quizás sí fumaba algo más—. Ni cuando estuviste con Manu te vi cómo te estoy viendo ahora.

—Con Manu era todo muy distinto y con él sabía que nunca iba a tener «un para siempre» —dije esas palabras haciendo con los dedos la señal del entrecomillado—. Con Nick sí me gustaría tener ese «para siempre».

—Es muy pronto para querer tanto, además, no lo conoces más allá de los días que llevas aquí y lo que él haya querido contarte. No sabes nada de su vida.

—Eso es lo único que me está dando miedo. Lo rápido que me estoy enamorando de él.

—¿Y él está sintiendo lo mismo que tú?

—A eso no te puedo contestar, solo te puedo decir lo que te he dicho antes: está muy atento a mí, me mima mucho.

—Pero ¿no habéis hablado nada? Digo, para cuando las vacaciones se terminen… ¿qué va a pasar con vosotros?

—Solo sé que Nick me ha dicho que vivamos el día a día y que no quiere que esto termine cuando nos vayamos de aquí. ¿Hasta dónde vamos a llegar? No lo sé. —Ahí estaba totalmente perdida.

—¿Qué te parece si hoy nos tomamos el día para pasarlo los dos solos? Como teníamos pensado hacer desde el principio.

Sabía que me lo estaba proponiendo para que me separara un poco de Nick y así poder aclararme. Y también, aunque mi hermano no dijera nada, sabía que necesitaba estar a solas conmigo unas horas.

—Me parece una idea estupenda. —Me gustó mucho la sonrisa que puso cuando le dije que sí.

—He visto que se pueden alquilar unas motos tipo vespas, podríamos coger una y perdernos por la isla.

—Me encanta esa idea, pero primero desayunamos aquí, me cambio de ropa y nos vamos.

—Sí, yo también me tengo que cambiar, más bien necesito darme una ducha. —Me reí porque sabía que lo decía por haber pasado la noche con una mujer.

—Perfecto, pues ve a ducharte mientras que yo me cambio y nos vemos aquí en media hora —le dije levantándome de la silla.

Llegué a la habitación y Nick ya no estaba en la cama, por el sonido de la ducha, supuse que se estaba dando una. Como yo lo había hecho antes de salir, solo me cambie de ropa.

Cogí el bolso para meter una toalla, por si nos deteníamos en alguna playa para darnos un baño, además del protector solar, las gafas de sol y mi documentación.

—¿Has preparado algo para que hagamos hoy? —dijo saliendo del baño con una toalla en la cintura.

—Hola. —Me acerqué a darle un beso—. Mi hermano me ha propuesto que pasemos el día los dos solos y le he dicho que sí.

—¿Y no has pensado en mí? A ver, que puedes ir a donde quieras, pero al menos me lo podrías haber dicho para hacer yo mis planes. —Por lo que parecía, no le había sentado muy bien.

—No creo que sea algo para que te lo tomes como lo estás haciendo. —Lo miré con el ceño fruncido.

—Se supone que estamos juntos y tú haces planes por tu cuenta. Creo que tengo algo de razón en habérmelo tomado mal.

—Porque estemos juntos no significa que no pueda pasar el día con mi hermano. Es lo mismo que si mañana me dijeras que quieres pasarlo con Stuart, lo entendería perfectamente.

—No digo que no lo hagas, solo digo que me lo podías haber dicho antes.

—Te lo estoy diciendo ahora —ya me estaba tocando los cojones—, te lo estoy diciendo cuando han salido los planes. Esto no es algo que teníamos previsto, simplemente ha surgido así.

—Perfecto, por lo que veo, podemos hacer nuestros propios planes. —Fue al cajón, cogió su ropa interior y empezó a vestirse.

Me estaba dejando totalmente descolocada. Por lo que conocía de él, jamás me hubiera imaginado que tendría esa reacción.

—Tienes que estar gastándome una broma, porque tu comportamiento no me parece ni medio normal.

—No me tomes por quien no soy ni des a entender lo que no es. Solo me ha sentado mal que no me lo dijeras antes.

—Ya te he dicho por qué no te lo he contado antes: ha sido algo improvisado. Y también tengo derecho a pasar un día con mi hermano.

—Por supuesto que tienes derecho y yo no te lo estoy quitando. Jamás se me ocurriría decirte que no puedes hacer algo o ir donde quieras con quien quieras.

—Pues entonces sobra todo lo que estás liando. Mira, solo te pido que pienses en cómo te has puesto y cuando vuelva esta tarde, me dices si has actuado bien.

—Esta tarde, cuando vuelvas, a lo mejor el que tiene planes soy yo. —Este no era el Nick que yo conocía.

—Si es lo que te apetece hacer, lo respeto. Y ahora no es que no quiera seguir hablando contigo, es que mi hermano me está esperando. —No le di tiempo a que me contestara, salí por la puerta de la habitación con el pensamiento de que esta pelea no me iba a fastidiar el día.

—Ya estoy —dije dejando el bolso sobre una silla y sentándome en otra.

—Esta vez has tardado más que yo. —El impuntual era él, siempre, pero no le iba a decir cuál había sido el problema que me había retenido.

—Sí, con tanto jaleo estos días no encontraba el bikini que me quería poner —dije para salir del paso.

—Pues al lío, ahí tienes un surtido de lo que más te gusta. —Conocíamos bastante bien los gustos el uno del otro.

—Qué rico se ve todo —le sonreí—, si es que en el fondo te tengo que querer.

—Qué mínimo que me tengas un poco de cariño después de llevar junto a mí veintiocho años.

—Los primeros años no cuentan; de esos los únicos recuerdos que tengo son lo que me habéis contado o lo que he visto por las fotos que tiene mamá

en casa.

—Hablando de mamá, ¿te ha vuelto a decir algo más de su pareja?

—Ayer hablé con ella un poco por mensaje y me dijo que quiere que, cuando regresemos del viaje, vayamos todos un día a comer al restaurante de él.

—Si a mamá le hace feliz, yo me doy por satisfecho. Otra cosa sería que yo viera algo extraño.

—Opino como tú. Cambiando de tema, ¿qué le vas a regalar tú a nuestra sobrina cuando nazca? —Quería que me diera una pista, porque yo estaba perdida en cosas de niños.

—Tenía pensado regalarle la habitación, pero como papá se me ha adelantado, le voy a regalar el carro y una silla para cada coche.

—Jo, pues yo no tengo ni idea, me gustaría que fuera algo original, pero para una recién nacida es más complicado.

—Lo mejor que puedes hacer, bajo mi punto de vista, es que les preguntes a los padres y que ellos te digan qué es lo que les falta. —Desde luego que era lo más lógico—. Estoy seguro de que en cuanto la niña sea más grande, ella misma se encargará de pedirnos lo que se le antoje.

—Con lo mimada que la vamos a tener, estoy segura de que no se cansará de pedir cosas.

Terminamos de desayunar y fuimos a la recepción, que era donde podíamos alquilar las motos. Estaba claro que yo iría de paquete, porque eso de conducir motos como que no era lo mío.

Capítulo 20



Nick

—Buenos días. ¿Dónde está Alex? —me preguntó Patricia cuando llegué donde estaban ella y mi amigo.

—Hoy ha decidido pasar el día con el hermano.

—Pues me parece muy bien, porque esa era la idea principal de ellos: irse de vacaciones juntos. Lo que pasa es que después nos agregamos los demás.

La verdad es que no me había parado a pensarlo desde ese punto de vista hasta que lo dijo Patri. Su plan inicial era disfrutar las vacaciones con su hermano y, por culpa de que nos unimos nosotros, era con quien menos tiempo estaba compartiendo.

Ahora me sentía mal por haber actuado de manera en la que lo había hecho; no tenía ningún derecho a reclamarle nada, y mucho menos cuando no le había dicho que quería tener una relación estable con ella.

Más gilipollas no podía ser, porque lo único que había tenido cojones de decirle era que viviéramos el día a día y que ya veríamos a dónde nos llevaba todo esto.

—Tienes razón, ellos querían hacer sus vacaciones solos y al final nos hemos unido tres más —admití.

—Pues nos lo podemos tomar los tres aquí en plan relajado —intervino Stuart.

—Mejor disfrutáis vosotros. Como no está Alexandra, puedo aprovechar el día, irme al despacho y adelantar trabajo.

—¿Qué pasa? ¿Que nosotros no somos buena compañía? —dijo bromeando mi amigo.

—Sois una compañía inmejorable, pero prefiero hacer eso. Ya sabes que llevaba años sin cogerme vacaciones y porque hoy me dedique un poco al trabajo, no va a pasar nada. Además, no digo que esté todo el día.

—No voy a insistir, pero a nosotros no nos molestas.

—Amigo, yo nunca molesto —bromeé—. Para comer os busco y lo hacemos los tres.

Terminé de desayunar y me despedí de ellos.

No me apetecía encerrarme en el despacho a revisar correos o números; no tenía la cabeza para eso. En aquel momento lo que más me llamaba era dar un paseo por la orilla del mar, pero no lo iba a hacer, porque entonces mi mente no dejaría de dar vueltas a lo mismo una y otra vez.

Así que lo mejor que podía hacer para dejar de pensar en el comportamiento de mierda que había tenido con Alexandra era sumergirme hasta la cejas en el trabajo.

Nada como tener la cabeza ocupada para que no se te colaran ideas raras.

—Buenos días —le dije al director—, hoy te voy a hacer compañía si no te importa.

—Buenos días, señor. —Se puso de pie para saludarme—. Es su despacho, puede hacer lo que mejor crea. Además, no podría tener mejor compañía que usted. —Eso me sonó a demasiado peloteo, y yo no era un hombre al que le gustara que se lo hicieran.

—Creo que a usted le gustaría tener ahora mismo mejor compañía que la mía. —Le subieron los colores cuando le di esa contestación.

—Si a usted le parece mejor, me puedo ir al despacho que hay detrás de la recepción. Desde allí puedo trabajar sin problema. —Tampoco quería que hiciera eso.

—No hay necesidad de que se vaya, con que me deje la mesa me conformo.

—Por supuesto, yo me puedo poner en la otra mesa con mi portátil.

En el despacho había otra mesa con cuatro sillas; se llevó sus cosas allí y me dejó el escritorio para mí.

Antes de venirme al viaje, estaba revisando un hotel en Tokio que me había llamado la atención. En este caso, los dueños querían venderlo. El motivo de la venta no lo sabía; era un asunto personal, pero lo que sí tenía claro era que la venta no era porque no estuviera dando beneficios. Todo lo contrario.

Ese hotel me iba a costar un poco más adquirirlo; evidentemente habría muchos interesados y terminaría quedándoselo quien mejor oferta hiciera.

Y no es que ya me viera como el futuro dueño, pero yo era un hombre que no se rendía: lo que quería iba a por ello y me esforzaba hasta conseguirlo.

A media mañana me llegó un mensaje. Al principio no iba a mirarlo, pero luego pensé que podía ser Stuart para decirme dónde me estarían esperando para comer con ellos.

Alexandra: *Quiero que sepas que no estoy enfadada contigo. No te voy a negar que me ha sentado un poco mal tu comportamiento.* —Con este mensaje me sentí todavía peor—. *Simplemente, quiero que entiendas que también necesito pasar tiempo con mi hermano, y él también lo necesita. Si hoy me ha pedido que pase el día con él, es porque me necesitaba a su lado. Dicho esto, espero verte esta noche y, si no es así, al menos espero que te lo pases bien. Besos.*

Para quien no conociera a Alexandra, podría parecer que era una mujer que iba a lo suyo, siempre sonriendo y despreocupada. Pero yo, que empezaba a conocerla de verdad, sabía el corazón tan grande que tenía y que su único afán era hacer felices a quienes tenía alrededor.

Ella no lo decía con palabras, lo demostraba con sus actos. ¿Qué persona haría por una trabajadora lo que había hecho ella por Patricia? Lo digo porque ni siquiera tenían una relación de amistad previa. Sabíamos el motivo de ese gesto, sí, pero eso no quitaba que apenas la conocía de pasar unas horas al día juntas.

Y la mayoría de los días ni siquiera eso, porque cada una estaba en su despacho. Aun así, le había tendido la mano sin pensar en las consecuencias que todo eso tendría, porque estaba seguro de que las tendría. La había abierto las puertas de su casa y, aunque Alexandra no me hubiera dicho nada, sabía que toda la ropa que traía Patricia se la había regalado ella.

Ojo, no estoy diciendo que no hubiera que ayudarla; al contrario, me sentía muy orgulloso de ella por ese acto tan generoso. Solo quería resaltar que no todo el mundo habría hecho algo así.

Tardé un rato en contestarle, porque no sabía qué ponerle después de haberle hablado de aquella manera.

Lo intenté varias veces: escribía, borraba. Yo, que siempre era decidido, ¿quién me iba a decir que dudaría tanto en qué decirle a una persona? Pero claro, ella no era cualquiera. Era la mujer que me estaba devolviendo las ganas de sentir.

Nick: *Pedir perdón no vale nada cuando se ha hecho daño a alguien que te importa, pero, aun así, me voy a atrever a pedírtelo. Perdón por cómo actué esta mañana, no tenía ningún derecho a hacerlo. Y en cuanto a lo que dije que no estaría aquí esta tarde, quiero que sepas que no es así, porque estoy deseando verte. No pienses en mí y disfruta del día con tu hermano, tenéis derecho a hacerlo. Solo quiero que sepas que te estoy echando de menos.*

No tardó nada en contestar, como si hubiera estado esperando ansiosa a que le respondiera.

Alexandra: *No hay nada que perdonar, bueno, un poco sí, pero no te preocupes, ya ni me acuerdo lo que me has dicho.* —No dejaba de asombrarme, era una mujer maravillosa—. *Eso sí, nunca te voy a traicionar de ninguna manera, pero no intentes prohibirme cosas, porque entonces lo que sea que tenemos no va a funcionar. O puede que me dé por hacerte la vida un poco más irritante, quedándome a tu lado para siempre.* —Puso unos emojis riendo—. C*réeme, si les preguntas a mis hermanos, te dirán que puedo llegar a ser muy difícil si me lo propongo.*

Nick: *Lo tendré en cuenta, aunque suena bastante bien la idea de tenerte junto a mí para siempre.* —Sabía que ella lo decía en broma, en mi caso, yo lo estaba diciendo en serio.

Alexandra: *Lo que te he dicho pretendía sonar a amenaza, pero si te atrae la idea, podemos llegar a un acuerdo.*

Nick: *Estoy abierto a todo tipo de negociación. Y ahora hazme caso: olvídate de mí y disfruta del día con tu hermano.*

Alexandra: *Por una vez, y sin que sirva de precedente, te voy a hacer caso. Chao, nos vemos esta noche, bombón.*

Nick: *Hasta esta noche, pequeña brujilla.*

Una hora después, Stuart me avisó de que ya estaban en el salón del restaurante. Así que di por terminado el día de trabajo; el resto de la tarde lo iba a disfrutar en la piscina en compañía de mis amigos.

—Por fin —dijo Stuart—. Con lo de hoy ya te puedes olvidar del trabajo para lo que queda de vacaciones —me señaló con el tenedor que tenía en la mano— y te lo digo en serio.

—Está bien —levanté las manos como si me estuviera rindiendo—, no más trabajo. Por cierto, y con esto termino de hablar de ello, lo prometo: el

hotel de Tokio cada vez estoy más seguro de que nos vamos a hacer con él.

—Pues estaría muy bien, porque allí no tenemos ninguno.

Desde que Stuart me contó lo de su tumor, le había estado dando vueltas a la cabeza. Quería pedirle que se hiciera mi socio. Más bien, pensaba cederle un 30% del negocio. Porque no se lo iba a vender: se lo iba a regalar.

Él había trabajado junto a mí desde el principio y se lo merecía. Sabía que en un principio se iba a negar, pero ya me encargaría de que terminara aceptando.

—Antes he hablado con Alex por mensajes y me ha dicho que se lo está pasando muy bien recorriendo la isla en moto —comentó Patricia—. Dice que otro día podríamos alquilar todos una y hacer lo mismo.

—Me gusta la idea —dijo Stuart girándose para mirarla—. ¿Sabes conducir motos? —Ella negó con la cabeza—. Pues entonces no te queda más remedio que ir conmigo. —Le guiñó un ojo, y la pobre le subieron tanto los colores que parecía que se había quemado con el sol.

—Solo si me prometes que no vas a correr.

—Prometido. —Puso una mano encima de la suya y lo que más me gustó cuando lo vi, fue que ella no la apartó.

En esa comida me di cuenta de que Patricia se iba abriendo un poco más a mi amigo. Me gustó mucho verlos de ese modo. Bastaba con fijarse en las miradas que ella le dirigía; con el paso de los días habían pasado de la desconfianza total a ser como las de ahora.

Eran miradas que parecían decir: «gracias, me estás ayudando a sanar». Siempre deja una sensación bonita en el cuerpo, ver cómo alguien que estaba tan dañado empieza a recomponerse poco a poco.

Lo que Patricia no sabía era que no solo Stuart la estaba ayudando a ella: al contrario, también pasaba lo mismo.

—Ahora toca un baño en la piscina, con una copa en la mano mientras escuchamos buena música.

—Estoy contigo. —Le di la razón a Stuart.

Nos levantamos de la mesa y fuimos directos a la piscina. Elegimos unas hamacas cercanas para dejar nuestras cosas y, sin darle más vueltas, pedimos unas copas.

Capítulo 21



Alexandra

Era media tarde cuando dimos la excursión por terminada. Aquel día nos cundió bastante, descubrimos lugares maravillosos que hasta el momento todavía no habíamos visto.

Comimos en locales típicos de la zona, nada de esos que estaban diseñados para los turistas, nosotros buscábamos adentrarnos en la cultura de esa gente. Desde luego que fue la mejor decisión que pudimos tomar, nos transmitieron infinidad de valores y sus comidas tenían un sabor increíble. Tanto Enrique como yo, jamás habíamos probado esa mezcla de sabores.

—Solo por la comida que hemos probado hoy, me quedaría a vivir para siempre aquí —comentó de camino donde habíamos dejado la moto aparcada.

—No dudo que la comida te haya gustado, porque estaba buenísima, pero que por eso solo no te ibas a quedar aquí.

—¿Qué culpa tengo yo de que todas las mujeres sean guapas y se me lancen encima? —me preguntó con la típica sonrisa que solía poner él en plan creído.

—Encima sí que te voy a echar yo, pero la mano para darte una colleja. ¿Nos vamos para el hotel y pasamos el resto de la tarde en la piscina?

—Me parece perfecto. —Cogió su casco y me dio el mío—. Qué pena que los días estén pasando tan rápido.

—Lo bueno siempre se hace corto, pero lo que importa son los recuerdos que siempre llevaremos con nosotros.

—Estás últimamente demasiado sentimental —me dijo en plan broma para pincharme un poco.

—Será que he madurado y tú todavía no lo has hecho. —Le di una palmada en la espalda cuando me subí detrás de él en la moto.

Al llegar a la recepción, entregamos las llaves de la moto y nos dirigimos a la piscina, donde sabía que estaban los demás, ya que Patri me había mandado un mensaje avisándome.

—Parece que a tu chico le han salido admiradoras —me dijo mi hermano cuando estábamos llegando a la piscina y vimos cómo al lado de Nick había una chica intentando llamar su atención.

—No es mi chico o por lo menos, no lo es oficialmente todavía.

—Yo creo que es bastante más de lo que los dos reconocéis, ya os daréis cuenta.

—Es complicado, con Nick estoy perdida, sé lo que siento por él, pero ignoro lo que él siente por mí. Es decir, sé que le atraigo y que le hago sentir algo más, pero no sé si Nick estaría dispuesto a algo serio cuando terminen estas vacaciones.

—Pues ve ahí y demuéstrale por qué tiene que estar contigo y no con otra. —Me dio un empujón que por poco no me tira de cabeza a la piscina.

—Niño, que tengo piernas para andar, no hace falta que me empujes.

—A exagerada, no te gana nadie. Anda, ve, pero hazlo sin que se dé cuenta.

Nick estaba sentado en la barra que había dentro de la piscina, sostenía una copa entre las manos y justo a su lado había una chica con un cuerpazo para morirse. La chica se veía que estaba muy interesada en él, vamos que se veía a leguas que intentaba ligárselo.

Podía percibir también como él respondía a lo que fuera que ella le estuviera diciendo con una sonrisa y en el fondo me dio mucha rabia verlo así. Sé que no debería de molestarme, pero no lo podía evitar. Los celos me estaban devorando.

Y mira que yo jamás había sido celosa, pero con él sí lo estaba siendo, lo quería solo para mí, que sus ojos solo me miraran a mí y que yo fuera todo su mundo, como él lo estaba siendo para mí.

Me metí en el agua lentamente y fui avanzando hasta situarme a su espalda. Al llegar hasta él le di un beso en uno de sus hombros, lo que provocó que Nick se girara para ver quién le había besado y al darse cuenta de que había sido yo, me regaló una sonrisa.

—Hola —le dije cuando me miró—. Veo que no te aburres. —No quise que sonara a reproche, pero no lo pude evitar.

—Hola, ¿qué tal te lo has pasado con tu hermano? —Tiró de mis manos para que me acercara a él y darme un beso en los labios—. Y la verdad es que sí que estaba muy aburrido, lo que pasa es que no quería ser descortés —murmuró sobre mis labios.

—Te entiendo, si un hombre se me pega de esa manera, yo tampoco podría ser descortés. —Me hizo gracia el gesto que hizo con su cara.

—Tú no, pero yo sí que lo podría ser.

—Entonces yo también lo puedo ser con ella, ¿verdad? —No esperé a que me contestara, dirigí mi mirada a la chica que todavía seguía junto a él—. Gracias por cuidar a mi chico mientras yo no estaba, pero ya estoy aquí, así que ya te puedes ir por donde has venido.

Nick se aguantó la risa y la pobre muchacha no sabía dónde meterse, así que hizo lo más lógico, desaparecer sin decir ni una palabra.

—Eres una brujilla, mira que decirle eso a esa pobre chica. —Encima intentaba reírse de mí.

—Da gracias a Dios de que le he dicho eso y no otra cosa peor. Eres mío el tiempo que estemos de vacaciones y no me gusta compartir, aunque si a ti te gusta, podemos buscar un tío que esté bueno y me compartes con él.

Me giré para pedirle al camarero algo de beber, y se ve que este estuvo escuchando toda nuestra conversación, porque el muchacho o no sabía quién era Nick o le importaba muy poco, pues me guiñó un ojo con todo el descaro del mundo.

Nick fue a decirle algo, pero lo corté a tiempo. No quería que el pobre camarero saliera mal parado.

—No ha hecho nada malo, solo me ha guiñado el ojo en plan broma, así que deja al muchacho tranquilo que es uno de los que mejores cócteles prepara de todo el resort.

—Ese quiere lo que es mío y no lo voy a consentir.

—¿Y qué es lo que es tuyo? Según tú.

—Toda tú eres mía. ¿He sido claro? O prefieres que te lo demuestre de otro modo. —Tiró de mí hasta que me tuvo entre sus piernas.

Me cogió de la cintura y de ahí deslizó las manos hasta mis nalgas, aprovechando para de darme un apretón en ambas.

—Estaría muy bien que me lo demostraras de otro modo, uno que sea un poco más placentero.

—No me provoques, pequeña bruja, que a mí me da igual hacer un escándalo público —susurró en mi oído para darme después un lametón en él.

—No estaría muy bien visto, pero no me opongo a que hagas lo que tenías pensado de hacer, en la intimidad de nuestra habitación.

—Ya estás tardando en salir de la piscina, me muero por volver a estar dentro de ti y sentir cómo me aprietas al correrte. —Jesús, me había puesto a cien en cuestión de segundos al escucharlo.

—Suena muy tentador, pero mejor lo dejamos para otro momento y ahora nos dedicamos a disfrutar de la tarde junto a nuestros amigos. —Y hablando de amigos, a lo lejos vi que Patricia y Stuart estaban mucho más cerca de lo normal.

—Ellos están disfrutando muy bien solos y tu hermano ya tiene a una en su punto de mira. —Miré en la dirección en la que él lo estaba haciendo y efectivamente, mi hermano ya estaba desplegando sus dotes de seducción con una chica.

—A Patri cada día se la ve un poco mejor y me temo que todo ello es gracias a Stuart, solo espero que tu amigo no le esté regalando los oídos para apuntarse un tanto más en su lista.

—Te aseguro que Stuart se está comportando de esta manera con ella porque le gusta de verdad, es más, me atrevo a decir que nunca lo había visto así con ninguna mujer. Si sus intenciones no fueran buenas, yo sería el primero que no se lo permitiría.

—Espero que estés en lo cierto, no me gustaría que ella sufriera más de lo que lo ha hecho ya.

—Puedes estar tranquila, estoy en lo cierto y lo sé, sobre todo, porque él mismo me lo ha reconocido, como también me ha dicho que piensa darle todo el tiempo que ella necesite hasta que esté preparada.

—Me encantaría verla feliz con un hombre a su lado que la mimara y cuidara como ella se merece, que le aporte y que no le reste. Que le demuestre todo lo que ella vale.

—Stuart es un buen hombre y ha pasado por momentos muy malos él solo. —Se le entristeció la mirada.

—¿Qué quieres decir?

—No le digas nada a ella, deja que se entere cuando él se lo quiera contar, sé que tarde o temprano lo hará. —Me estaba dejando de lo más intrigada—. Stuart ha tenido un tumor en el riñón izquierdo y lo ha llevado todo en silencio, no me había dicho nada para que yo no sufriera por él y lo ha llevado todo él solo y en el más absoluto de los silencios.

—¿Qué dices? —Me había quedado sin palabras—. ¿Pero está recuperado?

—Por ahora parece que todo va bien, por lo visto lo cogieron a tiempo y no ha necesitado quimio, pero con estas cosas nunca se sabe, no sé lo que haría si la única persona que me queda se marchara. —Lo abracé fuerte para darle mi apoyo.

—No pienses así, estoy segura de que todo irá bien y que tendrás Stuart para rato.

—Eso espero. —No quería que se pusiera triste o cabizbajo, así que intentaría hacer algo para que se divirtiera un poco.

—¿Qué te parece si llamamos a la parejita y nos tomamos algo con ellos?

Me dijo que sí, y los llamé para que se acercaran.

—Vamos a hacer un juego, el que menos chupitos aguante tomar tendrá que hacer algo que los otros le pidan, ¿estamos?

—Uy, esto me suena a que podemos terminar los cuatro como cubas —dijo Stuart.

—Tú calla y aguanta todo lo que puedas. —Le guiñé un ojo sin que me viera mi amiga.

Tenía la esperanza de que fuera ella la que menos aguantara, con esto le quería dar un empujoncito al tonteo que se traía entre manos con este hombre.

—Yo no estoy acostumbrada a beber, me vais a tumbar en un abrir y cerrar de ojos.

—Pues así vas practicando —le contesté con una sonrisa que escondía mucho.

Nos pusieron los cuatro primeros chupitos, los levantamos todos a la vez y tras decir un brindis, nos lo bebimos de un trago. «Madre mía, yo no sé lo que nos pusieron, pero eso quemaba como si fuera el mismo infierno». A este paso, la que no iba a aguantar sería yo.

—No te lo bebas, te lo dejas en la boca y cuando no te vean lo escupes —me dijo Nick en un susurro para que no me escucharan los otros.

—Cariño, tú sí que sabes. —Se me quedó mirando de una manera que me puso nerviosa—. ¿Por qué me miras así?

—Porque me ha encantado que me digas «cariño».

—Pues me ha salido sin darme cuenta. —De verdad que no me había dado cuenta de que le dije ese apelativo cariñoso.

—Pues no dejes de decírmelo. —Lo abracé por los hombros, porque si a él le había gustado que le llamara de esa manera, quería decir que estaba sintiendo algo por mí, por muy poco que fuera.

El truco que me dijo Nick me sirvió para no emborracharme, la sí que estaba casi lista era Patricia, menos mal que tenía un poco de sentido común y se retiró antes de no poder sostenerse por sus propios pies.

—Tenemos una clara perdedora, Patri, al retirarte has perdido, por lo tanto, tienes que hacer lo que yo te diga.

—Un trato es un trato y yo cumplo con mi palabra, pero no te pases con lo que me pidas: que tú eres capaz de mandarme hacer una burrada. —Me señaló con el dedo de manera amenazante—. Eso sí, no me mandes que me desnude porque eso no lo pienso hacer.

—Ni yo lo iba a permitir —saltó Stuart en su defensa.

—Que no, que tienes que hacer otra cosa. ¿Estás preparada? —asintió con la cabeza— Muy bien, lo que quiero que hagas es que le des un beso a Stuart en la boca, pero nada de un pico, tiene que ser un beso largo, vamos, como si la existencia del mundo dependiera de ese beso.

Me miró con los ojos de par en par, como no dando crédito a lo que le había pedido. Mientras tanto, Stuart me miró con una sonrisa, como diciendo «gracias por darle este pequeño empujón». Le devolví la sonrisa con un asentamiento de cabeza.

Cumplió con la apuesta, vaya si lo hizo, porque le plantó un beso que un poco más y hay que catalogarlo para mayores de dieciocho años. Pues hala, por lo menos ya tenían el primer empujoncito.

—Cada vez estoy más convencido de que eres una pequeña bruja —me dijo Nick.

—Solo quería darle un empujoncito, lo que pase a partir de ahora con ellos es cosa suya, espero que tu amigo aproveche la oportunidad que le acabo de brindar.

—Estoy seguro de que la va a aprovechar.

Capítulo 22



Nick

Lo dicho, todo lo que se proponía lo lograba de una manera u otra y esta vez se había propuesto que nuestros amigos se merecían una oportunidad para ser felices.

Todavía no comprendo cómo el imbécil de su ex fue capaz de engañarla y dejarla escapar, cuando jamás he conocido a alguien con un corazón más noble y puro que el de Alexandra.

Siempre procurando que todos los que la rodeaban fueran felices y con una existencia mucho más sencilla de soportar. Ella, con su carisma y su manera de ser, había logrado que poco a poco empezara a sentir algo por ella; sin darme cuenta, se había instalado en mi interior y no podía ni quería soltarlo.

—Estás muy callado —me dijo tumbada a mi lado—. ¿Te preocupa algo?

—No —me giré para ponerme de lado y mirarla—, solo estaba pensando.

—¿Y se puede saber en qué? —Ella también se giró haciendo que quedáramos los dos cara a cara.

—En lo imprescindible que te estás volviendo para mí. —En sus ojos vi emoción al oír mis palabras.

—No me digas esas cosas, si de verdad no las sientes, prefiero que seas sincero, aunque eso signifique que cuando nos vayamos todo esto quede en el pasado.

—Ya te había dicho que eso quedó atrás, que cuando nos vayamos de aquí quiero que sigas junto a mí. —Levanté la mano y le cogí un mechón de pelo para pasárselo detrás de la oreja—. No quiero que lo nuestro termine, quiero que olvides lo que te dije en aquel probador y que a partir de ahora solo pienses en que estamos empezando a construir algo bonito y que será duradero. Solo si tú quieres que sea así, claro está.

Me encantó ver esa sonrisa que se le empezó a formar en sus labios, porque me confirmaba que era señal de que le habían agradado mucho mis palabras.

Se acercó a mí para besarme. Esta vez el gesto fue diferente a otras ocasiones, no sabría describirlo con exactitud. Fue un contacto cargado de sentimientos, un roce lento, aunque lleno de intensidad, que transmitió tanto que no hicieron falta frases para ocupar el vacío del silencio, porque muchas veces los silencios revelan mucho más que expresiones sin sentido o carentes de verdad y desprovistas de auténtica emoción.

Era por la mañana y estábamos los dos desnudos en la cama, porque así solíamos dormir todas las noches.

Pasó una pierna por encima de mi cadera, haciendo que me pusiera bocarriba y que ella terminara sentada a horcajadas sobre mi pene, que estaba empezando a endurecerse a gran velocidad.

—Si vamos a empezar de nuevo y en serio, quiero que me dejes hacerte el amor para que sientas todo lo que provocas en mi corazón.

—Demuéstrame todo lo que sientes por mí.

En el tiempo que llevábamos allí lo habíamos hecho de mil maneras distintas, unas veces más intenso, como con mucha urgencia, otras más despacio, todas y cada una de ellas dejándonos llevar por lo que nos pedía el cuerpo en esos momentos, pero estaba convencido de que la de ahora sería

completamente diferente. En aquel instante sí estaba totalmente preparado para dejarme llevar y abrirle mi corazón.

Iba moviendo sus caderas para crear el roce perfecto entre nuestros sexos, eran movimientos sutiles, aunque a la vez provocadores. No me quedaba duda de que Alexandra sabía muy bien cómo ponerme de cero a cien en apenas unos segundos, porque en aquel momento lo único que deseaba era hundirme en su interior y no salir jamás.

La iba a dejar que fuera a su ritmo, porque así me lo había pedido ella y así quería que ocurriera.

Se inclinó sobre mi pecho para llevar su boca a la mía y así poder besarme. No dejó de moverse sobre mi miembro en ningún momento, por lo que podía sentir, ella estaba igual de excitada que yo o incluso todavía más.

Sus fluidos me iban empapando todo el pene haciendo que se deslizara mejor sobre él, estaba siendo una auténtica tortura para mí.

—Tengo que estar dentro de ti ya si no quieres que me muera de un puto infarto —le dije con la voz entrecortada.

—Nadie te lo está impidiendo, solo debes hacerlo.

Dicho y hecho, la levanté un poco, me cogí el pene con una mano y apunté al interior de su vagina, el resto lo hizo ella, que empezó a descender sobre mi miembro con demasiada lentitud para lo desesperado que estaba.

—Me estás matando —dije apretando el agarre que mantenía en sus caderas.

—Nunca podrías tener una muerte más placentera que esta. —Rotó sus caderas.

—Aunque sea placentera, procura no hacerlo, aún quiero seguir disfrutando de ti unos cuantos años.

—Mientras sigas siendo así, te dejaré disfrutar todo lo que quieras. —Levantó las caderas hasta casi sacarme de su interior por completo para después bajar de golpe.

Los dos soltamos un grito por el placer que nos recorrió. Alexandra dejó caer la cabeza hacia atrás y yo impulsé mis caderas para profundizar en ella.

Me moría de ganas por ser yo quien controlara los movimientos, por ser quien la hiciera gritar, pero sabía que a ella también le gustaba dominar de vez en cuando.

—Has conseguido que me vuelva adicto a ti.

—La adicción no es muy sana.

—Lo es, cuando tiene que ver contigo.

Lo intenté, de verdad que procuré dejar que fuese ella quien estuviera encima de mí, pero no pude aguantarlo más, así que cogiéndola por la cintura la giré sin salirme de su interior y quedé encima de ella.

—No se vale, se suponía que iba a ser yo quien demostrara cuánto te necesito —dijo sonriendo.

—Pues ahora me toca a mí demostrártelo.

Le levanté una pierna y me la llevé al hombro para profundizar más en su interior. Sabía que de esta forma a ella le encantaba y que llegaba a ese punto que la hacía poner los ojos en blanco.

—Eso es —le dije cuando gritó por el placer que le provoqué.

—Dios, Nick, esto es demasiado.

—Nunca será demasiado para ti, para hacerte sentir y vibrar conmigo en tu interior.

Mis movimientos eran lentos. Iba entrando y saliendo de su interior despacio, pero sin detenerme en ningún momento.

Me incorporé para ponerme de rodillas, sujetándole la otra pierna y colocándola también en mi otro hombro para hacer que sintiera más de lo que ya estaba experimentando.

—Tócate, quiero ver cómo te das placer —casi gruñí al decirlo.

Ver cómo mi pene entraba y salía de ella estaba siendo una puta locura, pero todavía más lo era sentir cómo su vagina se contraía y me oprimía con fuerza, absorbiéndome por completo.

Aumenté la velocidad porque notaba que estaba llegando al límite, arrastrándome con ella a su mismo ritmo.

Tenía que cambiar de postura o esto acabaría antes de lo deseado, así que le bajé las piernas, las entrelazó con mis muslos y le sujeté las manos para ponerlas por encima de su cabeza, entrelazando sus dedos con los míos.

—Me encanta cómo me haces sentir —dijo casi sin voz.

—Eres una viciosilla —lo dije en tono de broma.

—No, tonto, lo digo en todos los sentidos y no solo cuando follamos.

—Además de viciosa, eres muy mal hablada. —La seguí pinchando.

—Y tú, un cretino arrogante. —Me mordió en el hombro—. Eso te lo llevas por hacerme rabiar.

La penetré con fuerza, dejándola casi sin respiración. Me encantaba oír los ruidos que hacía con su boca cuando llegaba tan profundo en ella.

—Si lo que buscas es castigarme por hablar mal, déjame decirte que es todo lo contrario a lo que haces.

—Te encanta provocarme —le contesté apretando los dientes.

—Jamás dejaré de hacerlo si con ello obtengo esto que me estás dando.

—Ni yo quiero que dejes de hacerlo, porque me gusta todo lo que haces y me haces sentir.

La besé con un beso lleno de urgencia, volcando en él todo lo que me hacía sentir y demostrándole lo importante que se había convertido para mí.

—Córrete, puedo notar como estás a punto de hacerlo.

Ver cuando alcanzaba esa explosión de placer que nos dábamos mutuamente, se había convertido en una de las imágenes más maravillosas que había visto a lo largo de mi vida.

—Solo lo haré cuando tú lo hagas junto a mí.

Sabía que a ella le gustaba cuando lo hacíamos al mismo tiempo, supongo que le gustaba sentirme del mismo modo en el que me gustaba sentirla a mí.

Empecé a moverme en su interior con mucho más ímpetu y en el momento en el que un escalofrío me recorrió la columna para terminar en mi vientre, ese fue el aviso de que había llegado al límite.

—Hazlo ya, nena, no aguanto más.

Nos dejamos ir los dos, llegando a uno de los mejores orgasmos que había experimentado en mi vida. Sí, sé que siempre se decía cuando llegaba al orgasmo que había sido uno de los mejores, pero que todos y cada uno de ellos lo eran, unos de una forma y otros de otra, pero todos eran únicos e irrepetibles.

Fui a salirme de su interior para que nos pudiéramos limpiar, pero ella me lo impidió entrelazando sus piernas alrededor de mi cintura. Siempre le gustaba que permaneciera en su interior un rato después de haber acabado.

—Todavía no, déjame sentir cómo te haces pequeñito dentro de mí. —La miré con una ceja levantada mientras ella se moría de la risa.

—Eso de pequeño no existe en mí y lo sabes, así que no me provoques que te puedo tener todo el día en la cama hasta que lo admitas.

—Mmm, suena muy tentador, pero me gustaría disfrutar del último día que nos queda aquí.

Estas dos semanas habían pasado casi en un abrir y cerrar de ojos, nos habían dado para mucho, pero a la vez sentía como nos quedaban cosas por ver o mejor dicho por vivir.

Aunque estaba completamente seguro de que esto era el pistoletazo de salida para vivir junto a ella infinidad de días maravillosos, al igual que sabía que junto a ella iba a aprender lo que significaba que te amaran sin tapujos ni máscaras.

—Qué pronto se ha terminado lo bueno.

—Que siga siendo bueno depende de lo que tú quieras hacer cuando regresemos.

—Me refería a las vacaciones, lo nuestro no ha terminado, esto no ha hecho más que empezar.

Al final me permitió salir de su interior, fui al baño donde cogí una toalla, la humedecí y regresé junto a ella para limpiarla, devolví la toalla al baño y terminé por acostarme de nuevo a su lado en la cama.

—Cuando volvamos, tengo que ir a mi casa. Quiero poner algunas cosas en orden antes de buscar una vivienda en tu ciudad para mudarme allí.

Su expresión cambió por completo, quizá porque pensó que era una manera de alejarme de su lado sin dar la cara y solo era una excusa.

—Solo te pido que si no vas a volver, seas sincero conmigo y no me mientas. Prefiero saber la verdad que vivir con una esperanza de que regreses y no lo hagas.

Podía entender que pensara así; más cuando le había dicho al principio que no quería nada serio con ella ni con nadie, pero todo eso había cambiado cuando poco a poco se fue metiendo en mi interior.

—Nunca sería capaz de engañarte, si quieres puedes venir conmigo, todavía te quedan dos semanas de vacaciones.

—No sé, tampoco quiero que te sientas en la obligación de llevarme contigo para que confíe en tu palabra.

—No es una obligación, es más, me gustaría mucho que vinieras conmigo y conocieras esa parte de mi vida.

— Si a ti te apetece de verdad, por mí lo hago encantada.

—Pues no hay más que hablar, cuando regresemos estaremos dos o tres días más aquí para que puedas ver a tu familia y después pasaremos las dos siguientes semanas en mi casa y mientras estés con tu familia yo aprovecharé para buscar una inmobiliaria que me encuentre una vivienda de las características que deseo.

Ver cómo su rostro se iluminaba de aquella manera era algo mágico que me llegaba muy dentro del corazón, un corazón que se había ganado por completo y mira que eso era algo que creía totalmente imposible después de lo que me había hecho Grace.

Capítulo 23



Alexandra

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —me preguntó Martina, sentada a mi lado en el salón de su casa.

—Sí, no tengo ninguna duda al respecto. Quiero vivir junto a Nick todo lo que pueda; me hace sentir cosas que nunca había sentido antes.

—Si con él eres feliz y estás convencida de que es la persona que quieres a tu lado, me alegro mucho por ti. Lo que no quiero es que te hagas ilusiones y después te rompa el corazón, pero supongo que, si no lo intentas, nunca sabrás si es el indicado.

Había llegado de las vacaciones el día anterior por la tarde. Esa mañana, lo primero que hice al levantarme fue ir a casa de mi hermano y Martina, porque tenía muchas ganas de verlos y pasar unas horas con ellos antes de ir a comer con mi madre.

—No sé lo que me deparará el futuro junto a él, igual que tú tampoco lo sabías cuando conociste a mi hermano. Solo sé que quiero vivir junto a él todo lo que pueda.

—No quiero romper tus ilusiones, pero cuando empecé con tu hermano no lo hice con la condición de que lo nuestro sería unos cuantos polvos. —Martina era brutalmente sincera; ese era uno de los motivos por los que la

quería tanto. Decía las cosas tal cual las pensaba, aunque sus palabras dolieran, pero siempre lo hacía por el bien de la persona que tenía enfrente.

—Sé que tienes razón, pero él me ha dicho y demostrado que todo eso quedó atrás.

—Si tú has visto ese cambio y él te ha demostrado que realmente quiere tener contigo una relación estable, solo me queda darle la bienvenida a la familia.

Martina era una mujer especial. Como ya había dicho antes, era brutamente sincera, pero siempre estaba para todo el mundo, intentando poner un poco de cordura en las locuras que muchas veces se nos ocurrían a mis hermanos y a mí.

Con Ignacio lo había conseguido, digo, lo de conseguir que él tuviera un poco de cordura y sentido común; conmigo no hizo mucha falta, yo era la menos alocada de los tres. Pero con Enrique lo dio por un caso perdido, y no creáis que se rindió rápido, porque insistente con mi hermano fue un rato. Aun así, hasta que no llegara a su vida una mujer que le hiciera ver las cosas de otra manera, no lo iba a cambiar ni Dios.

—Ahora, también te digo que, como te la juegue, le corto las pelotas. Y que esté a punto de parir no me lo va a impedir.

Desde luego, ella era capaz de eso y de mucho más. ¡Pobre de la persona que se le cruzara en su camino cuando se cabreaba!

—Le diré que, si alguna vez quiere ser padre, más vale que no me la juegue. O te encargarás tú de cortarle las pelotas, como has dicho. —Nos reímos las dos a la vez.

—¿A qué se debe las risas de mis chicas favoritas? —dijo mi hermano, entrando en ese momento en el salón.

—Uy, le diré a mamá que ella ya no está en tu lista de chicas favoritas.

—Alex, tienes muy mala leche cuando quieres. Encima que te digo un piropo. —Le saqué la lengua.

—Aquí la señorita nos ha venido a contar que se va a ir dos semanas a Londres con Nick, a su casa.

—Eres la número uno resumiendo las cosas. Vamos, que es normal que la gente se asuste cuando dices algo. —Puse los ojos en blanco, porque mi hermano no tenía ni idea de que yo estaba con Nick.

—¿El Nick que os regaló el viaje?

—¿Conoces a otro que no sea ese? —pregunté con ironía— Pues claro que es con él. Me gustaba desde antes de que nos fuéramos de viaje y, estando allí, hemos empezado algo muy bonito. Me ha pedido que vaya con él a su casa mientras pone algunas cosas en orden para poder mudarse aquí definitivamente, y me voy a ir.

—¿No es demasiado precipitado?

—Por Dios, Ignacio, que es ir a su casa durante dos semanas. No me voy a casar ni a ir a vivir con él todavía —dije resoplando, porque cuando mi hermano se ponía en modo protector conmigo, podía llegar a ser desesperante.

Sabía que lo hacía con toda la buena intención del mundo. Su único objetivo era evitar que yo sufriera, pero a veces se pasaba tres pueblos.

—Lo sé, solo que no quiero que este te haga lo mismo que el capullo de tu ex. Porque cuando te entregas a alguien, lo haces con todo tu corazón. Muchas veces me callo porque es tu forma de ser, pero esa misma forma de ser que tienes con todo el mundo es lo que hace que las personas se aprovechen de ti. Y sé que te haces la fuerte cuando alguien te hace daño, pero llegará el momento en el que no puedas soportar algún golpe y terminarás por romperte. Y eso es precisamente lo que no quiero que pase.

Joder, ¿desde cuándo mi hermano se había vuelto tan profundo?

—Sé que tienes razón, pero cada uno tiene que cometer sus propios errores. Por desgracia, el ser humano está diseñado para aprender a base de ellos, y yo no soy distinta al resto. Solo te puedo decir que siento que Nick es la persona indicada para mí.

—Dicho todo lo que teníamos que decir cada uno, ¿qué os parece si preparamos un buen desayuno? Mi hija me está pidiendo que ingiera comida con urgencia.

—Mi sobrina todavía no te pide comida, eso es cuento de viejas. La que quiere comer eres tú.

—Ya me lo dirás el día que tengas un bombo como el que tengo yo.

—Para que eso pase te aseguro que falta mucho tiempo, eso por no decir años. En mis pensamientos no está presente ser madre.

—¿Y cómo piensas evitar quedarte embarazada? Estoy segura de que habéis follado mucho, pero mucho. Y no me vengas con que tomas las pastillas, porque sabes que ningún método es cien por cien seguro. Vamos, que lo más seguro para evitarlo sería que no lo hicierais más.

—Los cojones, no lo voy a hacer más. ¿Tú sabes lo que Nick me hace sentir? En mi vida me habían hecho disfrutar tanto. Que sea buena no significa que sea gilipollas; lo bueno nos gusta a todos.

—Alex, no es agradable escuchar cómo un tío se tira a mi hermana y la hace gritar —dijo mi hermano negando con la cabeza.

—Pues te jodes, porque yo he tenido que escuchar infinidad de veces, por la boca de tu mujer, todo lo que le haces. —Me encogí de hombros.

—Nena, tampoco hace falta que especifiques tanto contando nuestra intimidad.

—No seas tonto, cariño. Tu hermana es mi mejor amiga y mi cuñada, y si no se lo cuento a ella, ¿a quién se lo iba a contar? —dijo quitándole importancia.

—Mejor me voy a preparar el desayuno mientras vosotras seguís hablando de esos temas. —Le faltó tiempo para huir a la cocina y quitarse del medio.

—Eres única para espantar a mi hermano cuando te lo propones.

—Pues anda, que tú, que tampoco te cortas ni un pelo. —Tenía razón; pobre Ignacio, por tener que aguantarnos a las dos—. Anda, vamos a la cocina, porque como lo deje a él con el desayuno, nos va a poner solo fruta, y mi hija dice que la fruta se la meta por el culo, que ella quiere algo que la sacie más.

—La que quieres saciarte eres tú, que últimamente estás muy golosa.

—Nada más que por decir eso, te vas a quedar sin las tortitas que hago con chocolate. —Al pasar por mi lado, me dio un pellizco en el culo—. Ya verás las pintas que tiene, y lo mejor es cómo saben.

—Sé que no serías capaz de dejarme mirando mientras se me hace la boca agua. —Le guiñé un ojo.

—Pues no me provoques, que sabes que soy capaz de eso y de más. —No, no lo era, por mucho que lo dijera. Pero mejor no le llevaba la contraria, no fuera a ser que hoy sí que me dejara mirando con dos palmos de narices.

—Tienes razón, mi sobrina es demasiado golosa. Creo que va a salir a mi hermano. —«Eso, que la ironía nunca dejara de existir». Me dieron ganas de reír por mis pensamientos.

—Si a tu hermano no le gusta el dulce —dijo extrañada.

—Uy, ¿cómo que no? Pues será desde ahora, porque cuando era pequeño le encantaba todo tipo de dulces.

—Al final te vas para casa de tu madre con una colleja bien dada. —Por fin pilló que estaba siendo sarcástica.

—Estaba de broma, puedes quedarte tranquila. Mi sobrina va a salir igual de golosa que su madre. —Puse una mano sobre su barriga y, en ese preciso

momento, mi niña decidió saludarme con una patada—. Guau, ¿te duele cuando te da esas patadas? —Era una sensación increíble ver y sentir cómo un ser tan pequeñito se movía dentro de un espacio tan reducido.

—No duele para nada. Es más una sensación distinta a todo lo que haya sentido nunca. Es como un hormigueo por dentro, no sé cómo explicártelo, pero es lo más bonito que he vivido nunca.

Suponía que tendría que ser algo muy bonito de vivir, y para alguien que quisiera, debía ser una felicidad inmensa.

—¿Queréis dejar la charla y sentaros a desayunar ya? Se van a enfriar las tortitas.

—¿No me digas que hoy has pasado la fruta por alto y me has hecho un desayuno a mi gusto?

—Cariño, no seas mala, que sabes que te mimo mucho. Pero tienes que cuidar tu alimentación; si te dejara comer todo lo que se te antoja, estarías llorando por las esquinas con los kilos de más que hubieras cogido.

—Cuñada, ahí le doy la razón a mi hermano. Si no fuera por él, ahora mismo parecerías una bola.

—Hoy te estás jugando, que te coja manía.

—Sé que lo dices con la boca pequeña. —Me acerqué a ella, porque sabía que estaba un poco sensible con tantas hormonas revoloteando por su cuerpo —. Anda, ven aquí. —La abracé y le di un beso—. Sabes que te quiero como si fueras mi hermana. Mi hermano no ha podido elegir mejor a su mujer.

—Ni yo he podido caer en mejor familia que la vuestra. —Me devolvió el beso.

Desayunamos lo que había preparado mi hermano, y la verdad es que aquel día se esmeró mucho por complacer a su mujer y, por supuesto, también a mí.

Me quedé con mi hermano y con Martina casi toda la mañana. Con ellos siempre me sentía superarropada en todos los aspectos. Recuerdo que, cuando pillé a Manu con Claudia en mi cama y posteriormente me quedé una semana encerrada sin decirle nada a nadie, Martina me la lio bien liada al enterarse. Me reprochó que no hubiera acudido a desahogarme con ella, me dijo que las hermanas están para lo bueno y para lo malo, y me advirtió que, como volviera a hacerlo, me daría hasta en el carnet de identidad.

Supongo que en aquel momento no acudí ni a ella ni a nadie porque me costó más asimilar la traición de mi amiga que la de mi ex. Pero bueno, eso ya era pasado, y si Claudia lo hizo, era porque no era amiga ni nada.

Me despedí de ellos, porque ya nos lo vería hasta que volviera de Londres.

—Cualquier cosa que pase, me avisáis —le advertí con el dedo—. Por mínima que sea, me cojo un vuelo y me planto aquí en pocas horas.

—Todavía queda para que nazca la niña, pero no te preocupes. Si se adelanta, te avisaremos. Tú solo dedícate a pasarlo bien junto a ese hombre que te vuelve tan loca. —Me abrazó con fuerza Martina.

—Enana, pásalo bien, pero con cabeza. Y si por cualquier cosa me necesitas, no dudes ni un segundo en llamarme. —También me abrazó con fuerza—. Sabes que te quiero con locura, ¿verdad? —murmuró cerca de mi oído.

—Yo también te quiero mucho. —Le devolví el beso.

Al final, con tanto sentimentalismo, me iban a hacer llorar. Mejor salía ya por la puerta antes de parecer una presa cuando abrían sus compuertas.

Capítulo 24



Nick

—Jamás creí que volverías a llevar a otra mujer a tu casa. —Estábamos sentados en el despacho del hotel.

—Ni yo tampoco lo creí, pero aquí estoy, deseando que sea mañana para poder mostrarle algo más de mi vida.

—¿Te puedo preguntar algo? —Lo miré alzando una ceja, intrigado.

—Como si no lo hicieras cada vez que quieres. —Lo observé, esperando a ver por dónde saldría.

—¿Sientes por Alexandra lo mismo que alguna vez sentiste por Grace? —Era algo que no me había planteado y, a mi parecer, nada tenía que ver la una con la otra.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Alex, me cae muy bien y no me gustaría que sufriera porque no sepas entregarte a ella igual que lo hiciste en su tiempo con la otra.

—Con Grace, lo que construimos fue poco a poco. Con Alexandra es totalmente distiendo, todo va a una velocidad de vértigo, pero me gusta que sea así. Con ella a mi lado me siento vivo por primera vez después de tanto tiempo.

—Una cosa es sentirte vivo al lado de alguien y otra muy distinta es sentir que esa persona es la indicada para ti.

—No lo sé, Stuart. Hasta ahora solo puedo decirte cómo me siento junto a ella. —No me gustaban las comparaciones, me parecían odiosas. Cada persona era un mundo y no tenía por qué ser igual a otra, ni en lo bueno ni en lo malo—. Todavía es demasiado pronto. Con una me iba a casar y con la otra no sé a dónde me llevará.

—Supongo que solo lo descubrirás con el paso del tiempo.

—¿Y a ti, cómo te va con Patricia? —A mi amigo se le dibujó una sonrisa en la cara que hacía mucho tiempo que no le veía.

—Desde que, gracias a Alex, nos dimos el primer beso, todo ha ido avanzando cada vez un poco más. No hemos pasado más allá de unos cuantos besos, pero entiendo que ella necesita su tiempo y yo estoy dispuesto a esperar todo el que sea necesario. —Era increíble escuchar esas palabras de Stuart. Él, que siempre había estado con las tías por echar unos cuantos polvos, ahora esperaba a que una mujer diera el paso.

—Quién te ha visto y quién te ve.

—Ni yo mismo me reconozco. Supongo que cuando llega la indicada, el corazón la reconoce. —No sabía si esa parte era cierta o no. Imaginaba que no a todo el mundo le llegaba el amor de la misma forma. A algunas personas les llegaba poco a poco, o al menos eso era lo que yo pensaba.

Me hice una pregunta interiormente: ¿me dolería perder a Alexandra tanto como me dolió perder a Grace? No encontré una respuesta concreta. Estaba seguro de que me dolería mucho no volver a ver a Alexandra, pero por ahora no sabía si hasta el mismo punto.

Tampoco era algo que me preocupara mucho, porque sabía que estábamos bien y que cada vez íbamos construyendo algo más bonito, algo que nos iba uniendo por momentos.

—Me gusta que estés así de ilusionado con alguien —lo decía porque así tendría otro aliciente para no venirse abajo cuando le diera por pensar que tal vez el cáncer podría reproducirse o aparecer en cualquier otra parte del cuerpo.

—Es mucho más que ilusión. Desde ya te digo, aunque no suene creíble, que es amor. Es ganas de protegerla de todo mal y de querer tenerla conmigo en todo momento.

Lo que él estaba describiendo era lo mismo que sentía yo por Alexandra. A lo mejor lo que me pasaba es que era un puto cobarde y no quería reconocer lo que de verdad me hacía sentir.

—Me alegro de que por fin hayas encontrado a alguien que te haga sentir así. —De verdad me alegraba, porque, por muy mujeriego que hubiera sido, siempre había tenido un gran corazón.

—Pues ni te imaginas lo que me alegro yo de que tú empieces a abrirte a alguien.

—Mejor empezamos a hablar de otros temas, porque ahora mismo parecemos dos marujas hablando de amoríos. —Le causé una carcajada.

—Dirás lo que quieras y podrás cambiar de tema mil veces, pero eso no hace que lo que estamos viviendo sea menos bonito. Por lo menos para mí. Y, si tengo que ser la maruja número uno, que así sea. —Ese no era Stuart, os juro que lo habían cambiado en apenas dos semanas.

—Como digas, pero ahora mismo me apetece que nos pongamos a trabajar, más que nada para que el negocio no se venga abajo.

—Nick, el negocio no se vendría abajo ni aunque no pegáramos palo al agua en un año. —Lo sabía de sobra, y eso era posible gracias al esfuerzo que había hecho desde que era un simple estudiante.

En realidad, la excusa de ponernos a trabajar no era más que eso: una simple excusa para poder pensar y no tener que hablar ni con Stuart ni con

nadie. Solo quería hablar conmigo mismo, poder escucharme para dar sentido a todo lo que me removía por dentro.

Tenía claras muchas cosas, pero todavía me quedaban por aclarar infinidad de ellas. Una de las principales era que Alexandra me importaba, y lo hacía de verdad.

No voy a ser cínico ni mucho menos. Lo primero que me llamó la atención de ella fue su físico. Pero, cada vez que coincidía con ella en un lugar u otro, me llamaban más cosas: su generosidad con todo el mundo, lo divertida que era. O incluso lo desafiante que podía llegar a ser cuando se lo proponía.

Era todo el conjunto lo que la convertía en lo que Alexandra era: una estrella capaz de iluminar todo el firmamento.

Y eso, en parte, era lo que más me asustaba, porque me hacía replantearme: ¿sería realmente bueno para ella? ¿O se merecía a alguien mejor que yo?

Mi mente en esos momentos era un puto caos. No quería perderla, me aterraba pensar que pudiera estar con otro hombre que no fuera yo, y al mismo tiempo no me consideraba suficiente para ella.

No es que me creyera un mal hombre ni que no tuviera buenas intenciones. Era algo más simple, aunque difícil de aceptar: tenía miedo de darle todo y que después me hiciera lo mismo que Grace, dejándome con un vacío tan grande que me costó años curar.

«Nick, haz de una vez por todas lo que le dijiste a ella. Vive el día a día y lo demás lo dirá el tiempo» —me reñí interiormente. O ponía punto final a esos pensamientos o no iba a poder disfrutar junto a ella como de verdad quería hacer.

—Señor, hay aquí una chica que pregunta por usted —me dijo una recepcionista por el teléfono interno.

—Acompáñala a mi despacho y que entre —le respondí, pensando que sería Alexandra, que habría pasado a saludar después de comer con su madre.

—Parece que tu chica no se ha esperado a mañana para volver a verte —me dijo Stuart con sonrisa.

—Iba a comer con su madre. Supongo que estarían por aquí cerca y habrá querido pasar a saludar. —Me gustó que se acordara de mí y pasara a verme.

Dieron dos golpes en la puerta hasta que le di paso. En cuanto entraron, me quedé blanco y sin palabras, porque nunca me hubiera imaginado ver a la persona que tenía ante mí.

—Joder. —Fue todo lo que logró decir mi amigo.

—Hola, Nick. —Esto era una puta broma macabra de alguien que quería jugar conmigo—. Hola a ti también, Stuart.

—Mi saludo te lo puedes ahorrar —contestó él con frialdad.

—Vaya, tu amabilidad no ha cambiado en todo este tiempo —le reprochó ella.

—En cambio, tu poca vergüenza ha ido a más.

—Stuart, vale. —Quizás soné un poco más tajante de lo que pretendía.

—Te estás quedando conmigo, ¿verdad? —Sonó dolido—. Me mandas callar a mí cuando lo que deberías hacer es decirle a ella que se vaya por donde ha venido. —Tenía más razón que un santo, pero algo dentro de mí me impedía hacerlo.

—Me gustaría hablar contigo a solas —me pidió Grace con la voz que solía poner cuando quería algo.

—No creo que tengamos nada de qué hablar. El tiempo de esa charla pasó hace mucho. —Fue mi respuesta.

—Por favor, Nick, es muy importante para mí que me escuches y entiendas por qué lo hice.

—Nick, no caigas en su juego, no ahora, después de tanto tiempo.

—Déjanos solos. —Mi amigo me miró como si acabara de tirar a la basura toda nuestra amistad.

—Desde luego, nunca se termina de conocer a las personas, por muchos años que lleves a su lado. —En su voz había tristeza e incredulidad, pero no dijo nada más y salió por la puerta del despacho.

—Bien, ya estamos solos. Antes de nada, quiero saber cómo sabías que estaba aquí.

—He tenido que contratar a un detective privado para dar contigo. —Se sentó en una de las sillas como si tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo.

—No hace falta que te acomodes mucho. En cuanto me digas lo que quieres decirme, te vas a marchar. —Sentía la rabia recorrerme las venas, instalarse en mi corazón. Yo, que nunca había sido rencoroso, con ella guardaba un resentimiento tan grande que me asustaba.

—Estoy segura de que cuando te cuente todo, no vas que querer que me vaya de tu vida nunca, porque sé que me has amado con todo tu ser y aún lo sigues haciendo.

—Grace, no juegues conmigo. No soy el mismo hombre que una vez conociste, y todo el mérito es tuyo.

—Me tuve que ir porque me obligaron a hacerlo. Yo te quería por encima de todo, y aún lo hago.

—¿De qué estás hablando?

—Ese amigo tuyo, el mismo que ahora no quería que nos quedáramos a solas, me obligó a dejarte sin darte ninguna explicación. Y ahora vas a comprender por qué no quería que nos quedáramos a solas. Su juego está a punto de terminar. Yo no tengo nada que perder, pero él sí, y mucho, cuando sepas toda la verdad.

—Te agradecería que no dieras tantos rodeos y que fueras más directa, más que nada porque estás intentando manchar el nombre de la persona que para mí es mi hermano.

—Pues tu hermano me tendió una trampa. Poco antes de nuestra boda me hizo firmar un papel con la excusa de que eran separaciones de bienes. Como yo no estaba contigo por dinero, me dio igual firmarlo. Para mí era una manera de demostrarte que te quería por encima de todo. —No podía ser verdad lo que me estaba contando, Stuart no me podía haber hecho esto, no a mí.

»En cuanto lo hube firmado, me dio por leerlo, y en realidad era una declaración de culpabilidad por malversación de fondos. Sabes que, por aquel entonces, me diste un poder para poder manejar ciertas cantidades de dinero —asentí con la cabeza, porque no podía decir nada—. Supongo que cuando me fui y viste que parte de ese dinero se había esfumado, pensaste que me lo había llevado yo.

—Y fuiste tú quien se lo llevó. —Negó con la cabeza.

—Te juro que no, yo nunca toqué ese dinero, no sé lo que pasó con él. Supongo que se lo quedaría Stuart, pero yo no cogí nada.

—Stuart, jamás me haría algo así. —No me lo podía creer.

—He traído esos papeles conmigo y te puedo mostrar todas mis cuentas para que veas que no tengo nada que ocultar. Creo que Stuart lo hizo porque en el fondo me tenía celos: sabía que después de la boda ibas a formar una familia y seguro que pensaba que en cierta medida lo ibas a dejar de lado.

Me lo estuvo explicando y enseñando todo, no dejó nada sin aclararme, no me quedó más remedio que creerla porque las pruebas hablaban por sí solas.

Sentí un vacío enorme dentro de mí por la traición de mi amigo. No sabía qué iba a hacer, cómo lo iba a enfrentar.

Ahora, más que nunca, daba gracias a Dios por no haberlo hecho mi socio nunca, porque lo primero que iba a hacer era echarlo para siempre de mi lado, no quería a alguien como él junto a mí.

Cuando la persona a la que consideras tu hermano es quien arruina tu felicidad, no merece que sientas remordimientos al apartarla.

En cuanto a Alexandra, tampoco podía seguir con ella. No después de la aparición de Grace y su confesión de que seguía enamorada de mí.

Sí, sentía muchas cosas por Alexandra, era una mujer que me iba a costar mucho dejarla marchar, pero más me iba a costar el daño que sabía que le iba a causar después de esto. No podía dejar de intentarlo de nuevo con la mujer que iba a ser mi esposa y que no lo fue, por culpa de otra persona.

Alexandra se merecía que hablara con ella cara a cara y no oculto tras un teléfono. Ella se merecía a alguien que supiera quererla bonito y por lo visto, yo no era esa persona, porque si hubiera sido así, por mucho que hubiera aparecido Grace, no la dejaría escapar como estaba a punto de hacer.

Sentía miedo, un miedo atroz a perder a Alexandra, tanto que me costaba respirar. Pero también me aterraba dejar escapar la oportunidad de reconstruir la vida que siempre quise.

Capítulo 25



Alexandra

Todavía hoy, después de un mes entero encerrada y atrincherada en mi casa, recuerdo cuando Nick me llamó por teléfono para quedar conmigo esa noche en mi casa.

Al principio pensé que quería pasar la noche conmigo, que no podía esperar para verme al día siguiente. Pero cuando le abrí la puerta y entró sin saludarme con un beso, ni mucho menos con una sonrisa, mi mundo empezó a desmoronarse bajo mis pies.

Porque en mi interior sabía que venía a algo que me iba a romper por completo. Yo, que me había llenado la boca diciendo que lo que tenía con Nick no era nada serio y le había seguido el juego con lo de vivir el día a día, me había enamorado de él como nunca lo había hecho de nadie.

Por eso, cuando se sentó en el sofá con esa seriedad y empezó a contarme todo lo que le había ocurrido esa tarde, no me lo podía creer. No lo interrumpí en ningún momento, lo escuché en silencio, aunque con cada palabra que iba diciendo, mi corazón se iba resquebrajando un poco más, hasta que con las últimas palabras logró hacer que saltara en mil pedazos.

Estaba segura de que por la forma en la que me dolió, sabía que nunca iba a poder recuperarme. Quizás con el paso del tiempo lograra aparentar delante de las personas que lo había olvidado, pero sabía que Nick estaba grabado

para toda la vida en todos y cada uno de esos pedazos que él mismo se había encargado de romper.

Solo fui capaz de desearle que fuera feliz en su vida junto a la mujer que había elegido. No me sentí con fuerzas de hablar nada más. Después de eso, solo le pedí de manera educada que me dejara sola y así lo hizo, sin un adiós, porque tampoco había necesidad de decirlo cuando los dos sabíamos que era uno para siempre.

Por otro lado, mi instinto me gritaba que Stuart no era capaz de hacer algo así. No sé si era porque yo jamás traicionaría a nadie y pensaba que los demás actuaban igual, o porque había visto en sus ojos la certeza de que nunca le haría eso a su mejor amigo. Se consideraban hermanos, y los hermanos no se traicionan.

Esos fueron mis primeros pensamientos sobre Stuart, pocos días después de que Nick me dejara para volver con su ex, Stuart apareció por casa con Patricia, ya que ella seguía viviendo conmigo.

Fue ahí cuando vi a un hombre roto de verdad por su amigo, roto por no haberle dado la oportunidad de defenderse de unas acusaciones que no tenían lógica. Le costó hablar y contármelo todo, porque la voz estrangulada que tenía a consecuencia del llanto no le dejaban pasar esas palabras.

Le di su tiempo, porque todo el mundo merece ser escuchado. Después cada uno decide si creer o no, pero no sería yo la que le impidiera sacar todos esos sentimientos que lo estaban consumiendo por dentro.

En el momento en el que empezó a hablar todo fue tomando más sentido y ahí es cuando me di cuenta de que mi instinto no me había fallado. Lo creí porque lo que vi en sus ojos me demostró que cada palabra que decía era una verdad cada vez más grande.

No me hicieron falta pruebas que demostraran su inocencia. Bastaba con escuchar un poco para saber que ese hombre era inocente de todo lo que aquella mujer le había acusado.

—Aunque me cueste la misma vida, pienso mover cielo y tierra si es necesario. Voy a demostrarle que soy inocente y que ella es la que le ha mentido siempre.

—No tienes por qué hacer eso, tienes tu conciencia limpia. Si él no ha querido escucharte, no es tu problema, es el suyo.

—Nuestra amistad está rota para siempre, pero quiero que vea a la persona que tiene a su lado, que descubra a la mujer que ha perdido por ella. Y, de paso, que sepa que también me ha perdido a mí. Yo estuve a su lado en todos los momentos.

—No soy nadie para decirte lo que tienes que hacer. Si con eso te quedas más tranquilo, adelante, Hazlo. Pero lo que sí te voy a pedir, por favor, es que no lo hagas en mi nombre ni me menciones en ningún momento. El día que Nick me dejó por volver con su ex perdió todo derecho a saber de mi vida.

»No le deseo ningún mal porque esa no es mi forma de ser, pero tampoco quiero volver saber de él en mi vida. —Me rompí en llantos delante de él y de Patricia—. Aunque siempre lo lleve grabado en mi corazón, lo que una vez se rompe ya no tiene solución.

Volviendo al presente, creo que había guardado duelo suficiente por el hombre que se marchó sin mirar atrás. Ya era hora de salir y enfrentarme al mundo, aunque el dolor siguiera latiendo como el primer día.

Me duché y me preparé para ir a mi puesto de trabajo que, aunque fuera hija del dueño, tampoco me daba derecho de abusar de él.

—Buenos días, papá. —Me acerqué para darle un beso porque, a mis veintiocho años, todavía seguía necesitando mimos de mi padre, aunque fuera de vez en cuando.

—Hija, no te esperaba por aquí. Sabes que tienes todo el tiempo que necesites.

—Lo sé, pero necesitaba salir, que me diera el aire y también distraerme… y sé que estando aquí lo voy a lograr.

—Pues hija, no podías haberte incorporado en peor momento, porque ahora mismo iba a llamarte para decirte que Martina se ha puesto de parto.

—¡¿En serio?! —casi grité de alegría.

—Muy en serio. Así que no sueltes ni el bolso, que nos vamos. Ya están allí Enrique, tu madre y Diego.

—Vamos, que seremos los últimos en llegar.

—Sí, pero no te preocupes. Acabo de hablar con Ignacio y me ha dicho que va para largo.

—Estoy loca por ver la carita de mi niña. —Sabía que esa pequeña iba a ayudarme a sanar un poco.

Salimos rápido de la empresa y llegamos todavía más rápido al hospital, donde todos sonreían felices. No era para menos: estaba a punto de llegar a nuestras vidas una niña que iba a ser pura alegría para todos y cada uno de nosotros.

—Por fin está mi enana con nosotros. Que sepas que me ha costado un mundo dejarte a tu aire y que si lo he hecho es porque papá y mamá me tenían amenazado. Pero no cuentes con algo así nunca más, porque ni con una pistola apuntándome a la cabeza lo vuelvo a hacer. —Así era mi hermano: parecía ir siempre a lo suyo, pero nunca dejaba de cuidar de nosotros.

—Yo también te quiero. —Me abracé a él, y por un momento no quise que nunca me soltara.

—Hola, mamá. —Me acerqué a ella, al principio con un poco de cautela, porque sabía que me iba a reñir a su forma.

—Hija, más te vale que empieces a comer si no quieres parecer un esqueleto andante.

—No exageres, tampoco he perdido tanto peso y que sepas que, sí he estado comiendo, más que nada porque Patricia me ha obligado.

—Y no sabes lo agradecida que le estoy a esa mujer. —Después de esa pequeña riña, me abrazó y me comió a besos—. No has llegado a conocer a Diego, porque cuando fuimos todos a su restaurante no estabas en tu mejor momento, pero te lo presento ahora.

La primera impresión que me llevé de él no pudo ser mejor, desde luego que mi madre había tardado años en rehacer su vida, pero nunca podría haber elegido mejor a la persona para hacerlo.

—Alex, no sabes cuánto se va a alegrar Martina cuando le diga que estás aquí —me dijo Ignacio cuando salió un momento de la sala de partos.

—¿Cómo están?

—Bien, aunque la matrona dice que todavía puede tardar unas horas en nacer la niña, pero Martina está muy bien, dice que los dolores por ahora son soportables.

—¿Tú crees que me dejarán pasar un momento para verla? —Tenía muchas ganas de ver a mi cuñada y, sobre todo, tenía que pedirle perdón por no haber estado presente en ese último mes.

—No creo que haya problema, siempre y cuando solo pase una persona.
—Perfecto, pues dime dónde me tengo que poner esa bata tan hortera, que voy a entrar.

Me llevó hasta la sala donde me podía poner esa cosa con patucos incluidos. Nada más estar lista, entré.

—Alex. —En cuanto nos vimos, nos emocionamos las dos la vez—. No sabes lo que significa para mí que estés aquí, pero todavía significa mucho más que hayas salido de esas cuatro paredes que te tenían alejada de todas las personas que te queremos.

—¿Cómo no iba a estar presente en el día más especial de mi vida? —No podía evitar que las lágrimas se deslizaran por mis mejillas, porque Martina era una de las personas que mejor comprendió que me encerrara y, aunque todos me dieron mi espacio, ella supo estar presente sin necesidad de estarlo.

Tal vez resultara complicado de comprender, pero para mí tenía mucho sentido.

—Sé que intentas dar a entender que es un tema cerrado, pero ¿cómo estás de verdad? —Con ella no podía fingir ni tampoco quería hacerlo.

—Por ahora estoy… que ya es mucho decir. ¿Sabes esa sensación de que por mucho que respires sientes que no te llega el suficiente aire a los pulmones y que poco a poco te vas asfixiando? Pues así es como me siento desde que él se marchó.

—Tienes que dejar pasar el tiempo, ya verás como con él sanará tu corazón.

—No digo que con el paso de los días duela un poco menos, pero sé que nunca sanará por completo después de esto. Aunque no me queda de otra que asumirlo. Si mañana mismo volviera pidiendo perdón, no lo perdonaría.

—Sabes que eso no es cierto, tu corazón no sabe guardar rencor.

—Bueno, está bien, lo perdonaría, pero jamás volvería a estar con él. Si no me quiso de primeras, no lo va a hacer de segundas. Y si alguna vez supo quererme, ahora me toca quererme a mí, aunque signifique no volver a sentir lo que sentí con Nick.

—No digas eso. Estoy segura de que algún día llegará alguien que te hará olvidar todo lo que sentiste en el pasado por Nick. Ese hombre no merece la pena si dejó pasar por su vida y no supo conservar a la mejor mujer del mundo.

—Supongo que ya da igual todo, mejor dejamos de hablar de él y hablamos de lo que realmente importa. Todavía no me has dicho cómo se va

a llamar mi sobrina, y mira que has tenido tiempo de sobra. —Me reí, porque habían guardado bien el secreto mi hermano y ella.

—Pero no le digas a tu hermano que te lo he dicho.

—Te lo prometo. En cuanto lo digáis al resto de la familia, me haré la sorprendida.

—Se va a llamar Alaia.

—Me encanta, es un nombre muy bonito.

—Y lo más bonito es su significado. —Me la quedé mirando a la espera que me dijera lo que significaba porque no tenía ni idea—. Significa alegría y felicidad, porque eso es lo que nos va a traer mi niña.

—No podíais haber elegido mejor.

—No. Ahora si no te importa, llama a alguien, porque la matrona dijo que esto iba para largo, pero tengo unas ganas locas de empujar.

—Ay, por favor, cruza las piernas y no empujes hasta que esté mi hermano aquí contigo, que como se pierda este momento me mata fijo —dije de lo más emocionada.

—Pues date prisa en llamarlo o mi hija se va a quedar sin conocer a la única tía que tiene.

Salí corriendo todo lo que me daban las piernas, llamando a gritos al equipo médico y a mi hermano. El pobre en cuanto me escuchó llamarlo, regresó a toda prisa junto a su mujer.

El resto de la familia nos quedamos en la sala de espera esperando que nos llegaran noticias de cómo había ido todo. Media hora después, mi hermano salió con un bulto envuelto en una mantita rosa y los ojos llenos de lágrimas, aunque con la sonrisa más bonita que le había visto.

Mi pequeña alegría y felicidad fue pasando de brazos en brazos hasta que por fin terminó en los míos. En el momento en que la sostuve por primera vez, supe lo que era el amor en toda su extensión.

En mi pecho se instaló una felicidad tan pura que era muy complicado de describir. Solo sabía que por ella sería capaz de dar mi vida sin ni siquiera dudar lo más mínimo.

Por mi pequeña sería capaz de todo.

Capítulo 26



Nick

Tres meses habían pasado desde que Grace reapareció en mi vida poniéndolo todo patas arriba. ¿Cómo en apenas unos minutos pudo cambiarlo todo? Me costó un mundo asimilar que mi mejor amigo, ese que yo consideraba que era como mi hermano, me traicionara de la peor manera.

Por supuesto que creí a Grace, y todavía la sigo creyendo. ¿Qué necesidad tenía ella de mentirme y falsificar documentos cuando no me había pedido nada a cambio?

Desde aquel día dejé esa ciudad y no la había vuelto a pisar, pero algo mi interior me decía que había dejado allí mi verdadera felicidad. Ese algo tenía nombre de mujer, una mujer con la que había sentido una conexión tan especial que no la supe reconocer hasta que fue demasiado tarde.

Ahora no había marcha atrás. No pensaba dejar tirada a Grace, aunque con ella ya no pudiera a ser feliz. Sí, sé que sonaba a ser el tío más cabrón de la historia, no lo niego. Me consideraba así después de haber actuado de la manera en la que lo había hecho.

Pero eso no significaba que de verdad no me arrepintiera de haber dejado escapar, algo que sabía que nunca iba a volver a tener.

Lo que en un principio creí que era recuperar al amor de tu vida, con el paso de los días descubrí que nunca lo fue. Sí, la amé en su momento y

mucho, pero después de haber conocido a Alexandra me di cuenta de que lo que una vez sentí por Grace no era amor verdadero.

Tal vez la había idealizado más de cuenta. Me había aferrado a ella como si fuera una tabla de salvación, y ahora esa tabla era la que me estaba empujando a hundirme en medio de un océano que, por más que mirara, no encontraba horizonte a la vista.

Dicen que de los errores se aprende. Pues bien, yo había aprendido a base de golpes, pero como dije antes, ya no había solución.

Mis días al lado de Grace se convirtieron en rutina. Todo era siempre igual: besos fingidos y nada más. Y no creo que fuera solo por mi parte, porque ella tampoco era la misma. Sí, nos habíamos acostado y no lo niego: la primera vez tras volver me resultó placentero. Quizá porque la tenía tan idealizada que en ese momento pensé que era la indicada.

Pero cada vez que compartíamos cama, algo dentro de mí gritaba que no lo estaba haciendo con la persona correcta. Con aquella capaz de convertir el sexo en algo mucho más grande y verdadero.

No había vuelto a saber nada de Alexandra, tampoco tenía por qué. Imaginaba que estaría bien, que lo habría pasado mal al principio, pero que luego habría seguido siendo la misma mujer que conocí.

Esa que llenaba todo con su alegría y bondad. La que siempre tenía respuesta para todo y, sin darse cuenta, se ganaba a todos, porque cuando una persona es auténtica no tiene que esforzarse por llamar la atención ni tampoco quiere hacerlo. Simplemente, lo consigue siendo ella misma.

Por otro lado, estaba Stuart. Todavía no entendía cómo pudo hacerme lo que hizo. ¿Con qué fin? Era algo que, por mucha lógica que buscara, no la encontraba.

Lo teníamos todo. Él a mi lado y yo al suyo. Y aunque hubiera sido un hijo de puta, no podía olvidar todos los años que pasamos juntos.

Lo éramos todo el uno para el otro, su traición me había dolido mucho más que el abandono de Grace. A Stuart no le hacía falta el dinero, junto a mí había ganado mucho más del que jamás podría gastar. No tenía motivos, y por eso me chocaba tanto lo que nos hizo a Grace y a mí.

¿Por celos? Tampoco tenía sentido. Que yo me casara no significaba que lo dejara de lado. Entonces, ¿por qué lo hizo? Esa era la pregunta que no dejaba de atormentarme.

Tal vez, si hubiera hablado con él, me lo habría explicado. Pero con la rabia y la traición recorriéndome las venas, no se lo permití. No volví a saber nada de él, ni quería hacerlo. Para mí estaba muerto.

Me negaba a pensar en alguien al que le había dado todo y que no supo valorarlo. Y no hablo de lo económico, porque cuando nos conocimos él era el que tenía poder. Hablo de lo que implica una amistad verdadera.

Confesiones en medio de borracheras, risas, estar juntos en los buenos y malos momentos. Cuando entregas esa parte de ti a alguien, le estás entregando quién eres en realidad. Te abres a ella para dejarlo entrar en tu corazón, y esas traiciones son las que más duelen. Da igual si vienen de un amigo, de una pareja o de la familia: todas destrozan porque no supieron apreciar lo que les diste sin pedir nada a cambio.

Mejor me ponía a trabajar de verdad y dejaba de darle vueltas a la cabeza. Por mucho que pensara en una cosa u otra, nada volvería a ser lo de antes. Mi vida había cambiado, no en su totalidad, pero sí en muchos aspectos. Y Grace no se merecía que siguiera pensando en otra mujer, ni en la persona que en su día nos separó.

Había salido temprano de casa, tenía algo nuevo dándome vueltas por la cabeza. Necesitaba llegar a la oficina y ponerme a trabajar en ello cuanto antes.

—Buenos días, Oliver —saludé al camarero cuando entré en la cafetería.

—Buenos días, Nick —contestó. Hacía años que iba allí, aunque no con mucha frecuencia por mis viajes, pero nos conocíamos bien.

—¿Qué tal tu mujer? —pregunté. Sabía que estaban esperando a su segundo hijo. Oliver era unos cuantos años mayor que yo, y ya iba por su segundo hijo.

—Este embarazo lo lleva un poco mejor que el primero, aunque el problema es que mi hijo le da poca tregua. Imagínate, con dos años, no para quieto ni un minuto. —Sonreí al imaginármelo.

—Sí, tiene que ser un poco agotador, sobre todo para ella.

—Para ella y para mí. Cuando salgo de aquí intento distraerlo lo máximo posible, pero ese niño tiene mecha para rato — dijo, negando con la cabeza sin perder la sonrisa.

Tenía que ser bonito formar tu familia junto a la persona que amas. Recuerdo que cuando estaba prometido con Grace, muchas veces me dio por pensar que me gustaría ser padre junto a ella.

Supongo que esas ilusiones murieron cuando se marchó. Nunca volví a tener esos pensamientos… hasta ahora. Aunque los de ahora eran más anhelo que convicción. Y, por más que lo deseara, sabía que no era el momento indicado ni me sentía preparado para vivirlo junto a Grace.

—¿Lo de siempre? — me preguntó Oliver. Normalmente, desayunaba una tostada, pero aquel día no tenía hambre.

—No, solo un café. Quizás más tarde coma algo, ahora mismo no me apetece nada.

—Marchando el mejor café del mundo. No sé por qué, pero hoy tengo la sensación de que lo necesitas bien cargado —dijo, adivinando mi falta de sueño con solo mirarme.

Me tomé ese café cargado sentado en la barra del bar mientras charlábamos de distintos temas sin importancia, solo para distraernos un rato.

Al entrar en mi despacho, me encontré con una carpeta negra sobre la mesa. Nunca la había visto, ni la esperaba. No le había pedido nada nuevo a

mi secretaria.

Me acerqué, movido por la intriga, para ver de qué se trataba. Encima tenía un *post-it* con una letra que reconocí al instante.

Me tensé en el acto. ¿Cómo había llegado esa carpeta hasta allí? No creía que él hubiera sido capaz de venir. Por otro lado, a él lo conocían todos mis empleados y alguno de ellos podría haber sido el que la dejara sin saber que ya no teníamos ningún tipo de relación. No sabía lo que contenía, pero lo que sí tenía claro era que lo iba a descubrir en ese mismo momento.

«Solo tienes que leerla con detenimiento. Dentro te he puesto el número de teléfono de alguien que puede resolver todas las dudas que te puedan quedar después de leerla. Stuart».

Me senté en la silla con un nudo en la garganta y la abrí. Sabía que dentro podía haber algo capaz de darme un choque de realidad. Llámalo intuición, o quizá el hecho de conocer demasiado bien a una persona, pero si Stuart había decidido actuar de ese modo era porque tenía algo que añadir a todo lo ocurrido, y si no lo había hecho antes, era porque tenía motivos de sobra.

«A ver qué quieres contarme que no sepa ya», pensé con ironía.

Dentro había informes de cuentas bancarias, con fechas y países, además del nombre de un hombre junto al de una mujer que creía conocer demasiado bien… al menos hasta que vi lo que tenía entre mis manos. Y, por último, unas fotos: algunas antiguas, de cuando era mi prometida; otras, supuse, de la época en que me dejó, y las más recientes, de cuando volvió a presentarse ante mí.

Se me fue todo el color de cara cuando terminé de leer párrafo por párrafo ese informe. Con las manos temblando, saqué mi teléfono del bolsillo del pantalón y marqué el único número que podía marcar en ese momento.

Un tono, dos… y al tercero la llamada fue rechazada. No esperaba menos. Era lo más normal del mundo que no quisiera hablar conmigo, si yo fuera él, tampoco querría hacerlo.

Stuart: *No tenemos nada de qué hablar. Ahí lo tienes todo. Me ha costado tres meses descubrirlo, no he parado hasta lograrlo. Solo quería limpiar mi nombre. A partir de ahora puedes hacer con tu vida lo que quieras, pero conociendo la verdad.*

¿La verdad? La verdad era que Grace me había engañado desde antes de dejarme. Llevaba años con otro hombre, alguien que en su día había tenido mucho dinero, pero que, según lo que había leído, lo había perdido todo hacía apenas cinco meses. Por eso ella había decidido regresar.

Todo había sido mentira. Mi amigo nunca la chantajeó para que desapareciera, lo hizo porque estaba con otro. Me dejé engañar por una mujer sin escrúpulos. No le había dado a Stuart el derecho a defenderse, lo había juzgado y sentenciado por unas palabras que parecían reales y por un puto papel que podía falsificar cualquiera.

Desde luego que más gilipollas no había podido ser. Tras leerlo, muchas cosas empezaron a encajar: el comportamiento tan extraño de Grace, su insistencia en hacerlo sin preservativo, asegurando que tomaba la píldora.

Solo daba gracias a Dios de que por una vez en mi vida mi instinto me decía que después de Alexandra no lo podía hacer con ella de la misma manera. Por eso todas las veces que nos habíamos acostado, me lo había puesto. Algo dentro de mí me decía que lo hiciera.

Por eso muchas veces se ofendía al verme sacar el preservativo. Ahora lo entendía: quería quedar embarazada para garantizarse un futuro conmigo… y con él.

Era increíble cómo me había dejado engañar. Por culpa de eso había perdido a mi hermano y a una mujer que sí que merecía la pena. Todo sea dicho, la culpa no la había tenido esa mentira, la culpa era exclusivamente mía.

Lo tenía claro: no iba a quedarme de brazos cruzados. Me costara lo que me costase, iba a resarcir mis culpas con las personas que tenía que hacerlo. Y el primero de mi lista era mi amigo.

Me levanté de la silla, cogí la carpeta, me la puse bajo el brazo y salí de la oficina con la clara intención de que para arreglar las cosas primero tenía que enfrentar a una mentirosa y ponerla en su lugar. Y ese lugar estaba bien lejos de mí.

Capítulo 27



Alexandra

Había quedado para comer con Patricia y Stuart en un restaurante. Ella llevaba un mes viviendo con él, Stuart supo cómo ganarse su amor y confianza, eso sí, con mucha paciencia, pero lo logró; ahora formaban una pareja que se veía muy consolidada y unida.

Cuando Nick se marchó, dejó tras él dos corazones rotos: el de Stuart, porque lo quería como a un hermano, y, por supuesto, el mío, porque para mí era o, mejor dicho, fue el hombre que se había ganado mi corazón, un corazón que sabía de sobra que le iba a pertenecer para siempre.

Pero una cosa era que lo llevara conmigo y otra muy distinta que yo le perteneciera. No, definitivamente ya no. Por mucho que no le guardara rencor, tampoco podría volver con alguien que no supo valorar lo que le había entregado de corazón.

No había vuelto a saber nada de él, ni tampoco lo deseaba, porque si lo hacía, esa herida volvería a abrirse, y me estaba costando mucho que cicatrizara. Nick dolía, después de tres meses seguía doliendo. Había aprendido a guardar ese dolor solo para mí y dejarlo salir en la soledad de mi casa, y evitar cualquier tema relacionado con él era la mejor manera de sobrellevarlo.

Al entrar en el restaurante, ellos dos ya estaban sentados en una mesa. Patricia alzó la mano para saludarme en cuanto me vio entrar. Me encantaba

ver la sonrisa desde que lo había conocido; al menos algo bueno había salido de aquel viaje.

—Hola —dije con una sonrisa, al llegar a su lado. Se levantaron para saludarme con un beso él y con un abrazo ella.

—Hola, hoy te ves mucho mejor —me comentó ella. No era cierto, porque todavía no había recuperado el peso que había perdido tras la marcha de Nick.

—No te voy a tomar en cuenta esa pequeña mentira porque sé que la has dicho con buena intención —respondí sin perder la sonrisa—. En cambio, a ti, sí que de verdad se te ve muy bien.

—Gracias a él. —Le dirigió una mirada cargada de muchas cosas a Stuart.

—A ti no hace falta preguntarte nada, basta con verte para saber cómo estás —le solté en tono bromista. Con él había forjado una amistad sincera y ambos sabían que mis comentarios nunca eran malintencionados.

—Uno hace lo que puede para que este bombón no me deje por otro — respondió, cogiéndole la mano sobre la mesa.

—Qué bonito se ve el amor. —Nos echamos a reír los tres.

—¿Qué vais a beber? — preguntó Stuart al ver acercarse al camarero.

—Agua para mí —contesté.

—Lo mismo que ella.

—¿Cómo os va? —Quise escuchar la respuesta de sus labios, aunque la felicidad en sus rostros lo decía todo.

—Ya nos estás viendo, y todo gracias a ti.

—Gracias, pero yo no he tenido nada que ver, esto ha sido cosa vuestra.

— Si tú no me hubieras ayudado a salir del infierno en el que vivía, jamás habría podido conocerte como lo hice, ni mucho menos encontrar a un hombre que me quiere y me respeta por encima de todo.

—Patri, no te pongas tan profunda que al final me vas a hacer llorar — dije con voz temblorosa. Últimamente, estaba demasiado sensible y por cualquier cosa se me escapaba una lágrima.

—Vale, no me pongo profunda, aunque sea cierto lo que he dicho.

Cuando el camarero nos trajo los platos que habíamos pedido al tomar nota, me di cuenta de que Stuart estaba algo inquieto; era como si estuviera un poco nervioso. No quise preguntarle, tampoco quería parecer una cotilla. Sabía que, si era algo que quisiera contar, lo haría. Así que saqué un tema de conversación que a mí sí me inquietaba, no por nada malo, sino por todo lo que implicaba.

—Os tengo que decir algo que todavía no sabe nadie. Solo espero que sepáis guardarme el secreto, por ahora.

—Sabes que Patricia no diría nada ni bajo tortura, y yo menos aún.

—No sé ni cómo decirlo, porque ni yo misma todavía lo he asimilado.

—Alex, con nosotros no tienes que medir las palabras. Simplemente, dilo, tal cual eres.

—Estoy embarazada, así sin cajas destempladas, como me has pedido. — Mis ojos iban de uno a otro esperando ver una mínima reacción, pero los dos parecía que se habían quedado congelados en el tiempo—. ¿No vais a decir nada?

—Hostia —fue todo lo logró decir Stuart.

—Madre mía —es lo que dijo ella.

—Sí, definitivamente el mundo se está perdiendo unos buenos oradores con vosotros. —Se notó mi ironía, ¿verdad?

—Joder, es que eres única para hacer que las personas pierdan el habla al escucharte. —Quizás sí que tenía razón Patricia en eso. De todos modos, no sabía de qué otra forma decirlo sin dar rodeos.

—Me habéis pedido que sea yo misma, y así soy: sin tapujos ni medias tintas.

—No hace falta que lo jures. No te voy a preguntar quién es el padre, porque sería un insulto hacia ti, y además está de más esa pregunta: todos lo sabemos de sobra.

—Si no es de él, os juro por la gloria de mi madre, que sería la segunda virgen María de la historia. —Porque los consoladores no te pueden dejar preñada, ¿verdad? Que no cunda el pánico, ya sé que eso no es posible.

¿Os imagináis que fuera posible? La de niños que habría repartidos por todo el mundo. Solo de pensarlo me meaba de la risa. Corramos un tupido velo sobre esta locura que se me pasó por la cabeza, tenéis que entender que mi mente desvariaba mucho últimamente con todo lo que se me había venido encima.

—No creo que te a ti te beatifiquen porque hayas obrado un milagro. —Rio Stuart.

—Pues eso, que no puede ser de otro, que no sea Nick.

—Aquí va otra pregunta gilipollas, pero debo hacerla. —Stuart me miró como esperando que le diera mi consentimiento para que efectuara la pregunta—. ¿Qué vas a hacer? Quiero decir, dando por hecho que lo tendrás, ¿vas a buscarlo para decírselo?

—Que lo voy a tener está más que claro. En cuanto a que si lo voy a buscar para decírselo, la respuesta es no.

—Aunque ya no seamos amigos, creo que deberías decírselo.

—En eso discrepo contigo. Nick perdió ese derecho el mismo día que se marchó. Y no por el hecho de irse, sino porque estuvo presente cada una de

las veces que compartimos la cama. Si no se preocupó entonces por las posibles consecuencias, es porque nunca le importó.

—Alex tiene razón —apoyó Patricia—. Puedo entender que quisiera volver con su ex y que la mentira de ella lo confundiera, pero Alex no le hizo nada. Lo mínimo habría sido preocuparse un poco.

—Si es tu decisión, la respeto. Como te dije antes, puedes estar tranquila conmigo que no voy a decir nada. Por otro lado, os quería comentar a las dos, que ayer le hice llegar una carpeta con todas la pruebas que he logrado reunir para que sepa la verdad. —Ahora entendía a qué venía ese nerviosismo.

—¿Qué verdad? Aparte de que eres inocente. —Quise saber.

—La verdad es simple y solo admite una salida. Grace lo ha estado engañando desde antes de dejarlo, con otro hombre. Ahora él se ha quedado sin fondos y, por lo que imagino, entre los dos han decidido engañar a Nick y sacarle todo lo que puedan, porque ella sigue con ese hombre. —Me tapé la boca con las manos, incapaz de asimilar que pudiera haber personas tan manipuladoras y con un corazón tan negro.

—¿Crees que le ha llegado esa carpeta? —preguntó Patricia.

—La mandé ayer, así que le ha tenido que llegar esta mañana a primera hora.

—Sabes que cuando la abra, y lo vea todo, se va a querer poner en contacto contigo.

—Lo sé, pero ya es tarde. No quiso escucharme entonces ni darme oportunidad de defenderme. Prefirió creer unas pruebas falsas y a esa mujer que lo dejó de un día para otro. Esto solo lo he hecho para que quede limpio mi nombre ante él y que vea por quien rompió nuestra amistad.

—Solo te pido una cosa: si algún día te busca y hablas con él, no le digas nada sobre mí. Ni bueno ni malo, nada. Hazle creer que ya no sabes de mí. Y, por favor —mi voz se quebró mientras lo miraba suplicante—, si llegas a

saber que regresa, avísame para no encontrarme con él. No estoy preparada… no podría resistirlo.

—Te lo prometo, por mi parte no va a saber nada de ti. Eso sí, si alguna vez llegara a pedirme hablar con él, no sé si podría negarme.

Algo dentro de mí me decía que Nick no era de los que se escudaban tras un teléfono para tratar un asunto tan delicado. No… él era de los que se presentaban cara a cara.

El estómago se me cerró de golpe y el apetito desapareció. Los nervios me invadieron porque sabía, con absoluta certeza, que si él volvía haría lo imposible por verme. Y yo no podía con ello, no ahora, cuando ni siquiera había reunido el valor de contarle a mi familia que estaba esperando un hijo suyo.

—Chicos, no quiero ser grosera ni nada por el estilo, pero creo que me voy a ir, no me encuentro muy bien.

—Alex, no tienes que irte, él no va a aparecer por aquí —me dijo Patri con cara de pena.

—Lo sé. Pero de verdad me siento mal.

—No quiero que esto te haga retroceder ahora que estabas remontando —dijo Stuart.

—Puedes quedarte tranquilo, Stuart, no tiene nada que ver con lo que me has dicho. —Me levanté de la mesa—. Comed tranquilos y disfrutad, que esta comida hoy corre por mi cuenta.

—Ni se te ocurra, Alex. —Me señaló Stuart con el dedo—. Como pagues, me voy a enfadar, que ahora tienes que ahorrar para los gastos que se te van a presentar con mi sobrino.

—Ni que me fuera a arruinar por pagar una comida, sabes que no me hace falta el dinero, gracias a Dios tengo.

—Y yo también, así que, si te quieres ir, hazlo, pero nada de pagar. —Si yo era cabezota, Stuart no se quedaba nada atrás.

Me despedí con una sonrisa forzada y caminé de vuelta a casa. En cuanto cerré la puerta detrás de mí, la máscara cayó y la angustia que llevaba conteniendo me arrasó entera. El dolor era insoportable, y el miedo de encontrarme de nuevo con él me pesaba tanto que apenas podía respirar.

Yo, que siempre me había repetido que era fuerte, ahora descubría lo contrario. Había vivido engañada, convenciéndome a mí misma y a los demás de que podía con todo. Pero mi fortaleza no era más que una fachada, y ahora sentía cómo se resquebrajaba hasta el punto de desmoronarse.

Necesita estar sola, pensar en muchas cosas: unas que requerían solución inmediata y otras que tardarían un poco más.

No podía permitir que el dolor se hiciera tan intenso como cuando él se marchó. No, esta vez no me iba a caer en ese mar de autodestrucción. Ahora había una personita creciendo dentro de mí que necesitaba que la cuidara, que necesitaba tener una madre fuerte. Y eso era exactamente lo que iba a ser. Una promesa que me hice a mí misma, y una promesa que pensaba cumplir por completo.

Capítulo 28



Nick

Regresé a mi casa tan pronto, que Grace no se lo esperaba para nada. No, no imaginéis que la encontré con ese hombre allí dentro; no creo que fuera tan estúpida como para hacer algo así.

—Cariño, ¿se te ha olvidado algo? —Me la quedé mirando con ojos clínicos.

—Por lo visto se me han olvidado muchas cosas. —La seriedad en mi rostro lo decía todo.

—No te entiendo.

—Yo sí, ahora lo entiendo todo. ¿Por qué no echas un vistazo a esa carpeta y descubres por ti misma lo que hay ahí dentro? —Solté la carpeta con un golpe seco encima de la mesa de la cocina, justo el lugar donde la había encontrado.

Me quedé de pie, ante ella, esperando que mirara todo lo que había ahí dentro. En cuanto empezó a leer, la cara se le fue transformando. Mira que yo estaba cabreado y dolido, pero en el fondo resultaba casi cómico ver cómo intentaba ocultar sus expresiones. Sin embargo, fueron intentos fallidos.

—¿No tienes nada que decir? —No fue capaz de mirarme a la cara. Las manos le temblaban sin control—. ¿Qué necesidad tenías de esto? ¿Alguna

vez te he hecho algo malo para que me lo pagues así? —No contestó a ninguna de mis preguntas, tampoco había mucho que pudiera decir, todo estaba bastante claro—. ¡Contesta! —Perdí la paciencia, y mira que yo no era de los que la perdía fácilmente.

—Tú siempre estabas ocupado, casi nunca tenías tiempo para mí. Tu única meta era triunfar, cada vez querías llegar más lejos.

No podía estar hablando en serio.

—Me sacrifiqué para darles a mis padres la vida que se merecían. Lo hice por ti, para que nunca tuvieras problemas, porque quería que vivieras como una reina. Y me lo pagas así. —Cerré las manos en puños—. El que perdí fui yo: no tuve juventud, no supe lo que era estudiar sin tener que pensar en otra cosa que no fuera eso.

»Llevaba adelante los estudios, los trabajos que tenía que hacer para poder pagar todo, y el resto de las horas que me quedaban —que no eran muchas— las dedicaba a forjar el imperio que he levantado. ¡Lo tenías todo!

—Me faltabas tú.

—¡Los cojones, Grace! Te estás engañando a ti misma, porque a mí no. Yo he estado todos esos años a tu lado. Sé lo que te daba y nunca, jamás, ni un solo día te faltó mi atención. Había días que no tenía ni tiempo para mear, pero para ti siempre lo sacaba de donde fuera. —Sentía un dolor tan profundo dentro de mí que no sabía ni cómo intentar manejarlo.

Le había fallado a mi amigo, al único que siempre había estado a mi lado. Y, conociéndolo tan bien como lo conocía, sabía de sobra que no iba a ser fácil que me escuchara.

Me lo merecía, era consciente de ello, pero eso no hacía que doliera menos. Intentaba ponerme en su lugar, y comprendía que, si yo estuviera en su piel, también me destrozaría que la persona a la que consideraba un hermano ni siquiera se molestara en oírme.

—Nick, lo siento, pero te juro que yo te quiero mucho. —Negué con la cabeza.

—¿Y cómo se supone que va tu amor hacía mí? —Levanté una ceja, con ironía—. ¿Lunes, miércoles, viernes y domingos es cuando me toca a mí? —Era increíble lo manipuladora que podían llegar a ser las personas.

—Ya sé que en las fotos de ahí parece que todavía seguimos juntos, pero ya no lo estamos.

—No tengo todo esto por un golpe de suerte, así que no intentes reírte de mí, porque sabes que inteligencia me sobra.

—¿Qué quieres que te diga? —suspiró, como quien ya no tiene nada que perder—. Me enamoré de otro, y lo sigo amando. Todo lo que he hecho ha sido porque él me lo pidió.

—¿Tan bajo has caído que eres capaz de vender tu cuerpo por unos billetes? —Mi voz temblaba de rabia—. ¿De verdad piensas que ese hombre te quiere? Porque yo nunca le hubiera pedido a mi mujer que se acostara con otro por dinero o por lo que fuera. Antes de que ella venda su cuerpo de esa manera, si hace falta, soy capaz de vender mi alma al diablo.

Si ese era el tipo de amor que ella quería, por mí que lo disfrutara. Allá ellos.

—Él me ama, no te voy a permitir poner en duda eso.

—Sí, tiene una bonita forma de amar. Y ahora dime, ¿mientras tú te dedicabas a abrirte de piernas para mí, él se las abría a otra? —La rabia me recorría entero, pero también quise que lo hiciera en ella. Grace siempre había sido muy posesiva, y algo me decía que con ese hombre lo era todavía más.

—Jamás me engañaría con otra —respondió, ilusa, porque se había dejado manipular por un hombre.

—Sigue viviendo en tu mundo de fantasía si eso te hace sentir mejor. A mí me importa poco si ese tío te engaña o no. Lo único que quiero es que desaparezcas de mi vida para siempre. —Di un paso hacia ella y bajé la voz, helada—. Escúchame bien, porque solo te lo voy a decir una vez y sabes que

no estoy jugando: nunca te vuelvas a cruzar en mi camino, ya que si lo haces, os voy a hundir sin que me tiemble el pulso.

—Solo queríamos dinero. Él lo ha perdido todo, estábamos desesperados…

—¡¿Solo queríais dinero?! —rugí, incrédulo—. ¿Y eso te da derecho a jugársela a Stuart? No te ha importado romper nuestra amistad con tal de salirte con la tuya. Por tu culpa he perdido a mi hermano y lo que estaba construyendo con una mujer que sí valía la pena.

—No te equivoques, Nick. Has perdido a tu amigo porque así lo decidiste tú. Y a esa mujer la perdiste porque no la amabas lo suficiente como para quedarte a su lado. Si no, no hubieras vuelto conmigo.

Sus palabras me atravesaron como un rayo. Tenía razón. Amaba a Alexandra más que a nada, por ella habría sido capaz de todo. El problema era que me di cuenta demasiado tarde. Y ahora no me quedaba más remedio que asumir las consecuencias de mis actos.

Aunque sabía que no me lo merecía, no significaba que no fuera a luchar por recuperarla, aunque me costara la vida entera arrastrándome bajo sus pies. La necesitaba, más que al aire que respiraba. Y sí, era consciente de que era egoísmo puro, pero el ser humano lo es por naturaleza, y yo no iba a ser la excepción.

Por primera vez en mucho tiempo lo tenía claro: si alguna vez podía ser verdaderamente feliz, sería a su lado. Y yo quería esa felicidad, quería que ella también la tuviera… conmigo.

—Recoge tus cosas y vete. En cuanto salga del despacho, espero que no sigas aquí. Porque si lo haces, vas a salir muy mal parada, sobre todo, porque puedo denunciarte por falsificación de documentos.

No dijo nada más. Ya había comprendido que no importaba qué excusas pusiera: ninguna iba a creerla. Lo único que me importaba ahora era hablar con Stuart, aunque sabía que no sería fácil.

Desde que me fui de allí, no había vuelto a saber nada de él. Ni siquiera sabía dónde vivía. Eso me impedía presentarme delante de él de manera inmediata, pero como con dinero se compran muchas cosas y, gracias a Dios, de eso a mí me sobraba. De camino a casa contacté con un investigador privado, que ya se había puesto en marcha para localizarlo.

Tampoco creía que le costara más de un día dar con él, suponiendo que siguiera por allí y que mantuviera el contacto con Patricia y Alexandra. Si tiraba de ese hilo, descubriría muy pronto dónde se estaba quedando o viviendo.

Cuando me encerré en el despacho de mi casa y me quedé solo con mis pensamientos, fue cuando el mundo se me terminó de venir abajo. Escuché mi propia conciencia más fuerte que nunca, y no me estaba diciendo nada bueno, os lo puedo asegurar.

No necesitaba que nadie me recordara lo mal que me había comportado; lo sabía de sobra. Solo me quedaba implorar y tener la esperanza de que, gracias a sus buenos corazones, me escucharan y me perdonaran. No me lo merecía, pero lo necesitaba.

Y aunque el investigador buscara su paradero, yo, por mi parte, iba a intentar llamarlo. Tal vez se apiadara un poco de mí y contestara. Lo dudaba, pero por intentarlo no perdía nada. Lo que sí perdería sería quedándome de brazos cruzados, y eso nunca lo había hecho, mucho menos ahora, cuando se trataba de alguien tan importante para mí.

Capítulo 29



Alexandra

Estaba en mi casa terminando de preparar la mesa en el salón, había invitado a toda mi familia para cenar, incluidos Stuart y Patricia, aunque estos últimos ya sabían lo que les iba a decir, quería que estuvieran presentes, porque aparte de mi embarazo también iba a anunciarles otra cosa.

Así que aquí estaba, ultimando los últimos detalles. La comida estaba lista, solo la mantenía caliente en el horno, la ensalada estaba preparada —solo le faltaba el aliño— y los nervios comiéndome por dentro, así que sí, estaba todo más que listo.

Lo que había planeado fue porque Stuart me informó ayer por la tarde que Nick le había estado llamando por teléfono en repetidas ocasiones, a ninguna de ellas contestó, pero me dijo que eso no lo iba a detener para averiguar dónde vivía él o que apareciera en la puerta de mi casa en cualquier momento. Y por ahí sí que no pensaba pasar.

—Me tienes que decir a que viene esta cena improvisada. —Me dio un susto de muerte.

—Me has asustado, gilipollas —le solté a Enrique que había entrado en mi casa con sus propias llaves.

—Es que resulta demasiado sencillo asustarte, siempre has tenido el corazón muy pequeño para eso, aunque muy grande para otras cosas.

—Esa parte también la debería de haber tenido diminuta, me hubiera ahorrado mucho sufrimiento, te lo aseguro.

—Eres como eres y todos estamos muy orgullosos de ti, así que no digas tonterías.

—Anda, deja de echarme la bronca y como has sido el primero en llegar, ayúdame a terminar de llevar las copas. —Le di unas cuantas y las otras las cogí yo.

—Menos mal que se te ocurrió poner una mesa bien grande o si no algunos íbamos a comer en el suelo.

—Todavía hubiera cabido uno más. —Me encogí de hombros, porque en su día cuando la compré lo hice pensando en cuando todos tuviéramos pareja.

—Alex, no me la vas a colar para que hayas querido que vengamos todos. —Enrique me conocía demasiado bien y no es porque no hubiera organizado anteriormente comidas en mi casa, pues lo había hecho muchas veces, pero él sabía que por mi cabeza rondaba algo.

—Tengo algo importante que deciros. —Se quedó parado un momento sin apartar la mirada de mis ojos—. No, no me mires así, te vas a enterar cuando se lo diga a los demás.

—Soy tu hermano favorito, tendrías que darme el privilegio de enterarme antes que los demás.

—Sabes que eso es mentira, a Ignacio lo quiero igual que a ti.

—Eso lo dices para quedar bien, ahora no hace falta que finjas, estamos los dos solos.

—No estoy fingiendo, imbécil, es la verdad.

—Ya, ya, lo que tú digas. —Resoplé, no tenía remedio, ya lo daba por un caso perdido.

—Pues para demostrarte que no tienes razón, te vas a enterar con el resto de la familia. —Le saqué la lengua.

—Pues tú sí que eres mi hermana favorita. —Me reí, sabía que todo lo estaba diciendo para lo mismo, para hacerme reír.

—No tienes más hermanas.

—Se siente, privilegios de no tener que elegir entre dos. —Se encogió de hombros.

—¿Quién no tiene que elegir entre dos? —dijo entrando mi cuñada en mi casa.

—¿Desde cuándo tenéis todos llaves de la casa? —Puse los ojos en blanco.

—Desde que cambiaste las cerraduras, todos hicimos copias de las que le diste al loco que tienes a tu lado —dijo indiferente.

—Voy a volver a cambiar las cerraduras y os vais a quedar sin llaves, ¿y si hubiera estado con un hombre?

—Pues te estarías dando una alegría para el cuerpo y de paso también nos la hubiéramos llevado nosotros. —A Martina le importaba todo un pito.

—Déjate de rollos y mejor dime dónde has dejado a mi niña.

—Tu niña la trae tu hermano, yo he subido rápido porque me estaba meando. —Ahora que la miraba, la estaba viendo, moviendo los pies de un lado a otro en una especie de baile raro.

—¿Te estás meando y sigues aquí? —le preguntó mi hermano con una sonrisa de esas que él ponía en plan chulesco—. Cuñada, déjame decirte que puede más tu vena cotilla que tu vejiga, por lo que veo.

—Calla, descarado. Es que me ha llamado la atención lo que estabais hablando. —Ahora sí que salió disparada para el baño que había en el pasillo.

—Hola, hola —dijo mi madre entrando con mi sobrina en brazos—. Mirad qué cosita más bonita me he encontrado en la entrada.

—Madre, que supongo que la niña no te las has encontrado al lado de un contenedor, estoy seguro de que más bien se la has arrancado de los brazos del padre.

—Y si no la hubiera soltado, ahora mismo estaría sin brazos —dijo el padre.

—Ven con la tita, princesa. —Se la quité a mi madre de sus brazos y empecé a repartirle besos por sus mofletitos.

Me encaba coger a mi sobrina entre mis brazos. Era la única que lograba calmar mi angustia de verdad, con los demás tenía que fingir, pero con ella en brazos, no.

—Por las noches cuando se pone en plan llorona os voy a llamar a todos para que también os la vayáis pasando de brazos en brazos —dijo mi cuñada cuando salió del baño.

—Uy, hija, las noches las tengo muy ocupadas. —Esa fue la descarada de mi madre.

—Madre, que soy muy pequeño para oír esas cosas salir de tu boca —le replicó mi hermano mediano.

En ese momento entraron por la puerta mi padre hablando tranquilamente con Diego y cuando estaban a punto de cerrar la puerta de casa, se escuchó la voz de fondo de mi amiga pidiendo que no cerraran la puerta. Con la llegada de estos últimos, ya estábamos todos.

Como era normal, la atención se la llevó en todo momento mi sobrina. No era para menos, si es que la puñetera estaba para comérsela. Cuando nos juntábamos a comer en la casa de quien fuera, todos colaborábamos sin preguntar.

Estaba viendo a mi familia por mi casa: unos llevando cosas para la mesa y otros regresando una vez que las bandejas quedaban vacías. Todos riendo y hablando unos con otros y de pronto me emocioné. Al levantar la vista me di cuenta de que Patricia se había dado cuenta del estado en el que estaba ahora mismo. Le sonreí para quitarle importancia, pero sabía que eso no iba a valer de mucho.

—Bien, ahora que estamos todos aquí os quiero dar dos noticias, no sé cuál de ellas os va a impactar más, pero antes que nada, quiero deciros que espero que respetéis mi decisión como habéis hecho siempre. —Dejaron de hablar en el acto al oírme—. Una de ellas ha sido una sorpresa para mí, no me lo esperaba, pero no me arrepiento y la otra es una decisión que lleva varios días rondándome por la cabeza y necesito hacerlo.

—Hija, sea lo que sea, siempre nos vas a tener a todos los estamos aquí.

—Lo sé, papá.

—Alex, suéltalo ya que me estás matando con la intriga.

—Cariño, si la cortamos continuamente no va a poder decirlo —le contestó mi madre con su gran paciencia.

—Voy en plan kamikaze —advertí—. Estoy embarazada de tres meses y antes de que empecéis a decirme por qué he tardado tanto en decirlo, es porque me he enterado hace poco, con lo mal que lo he pasado no me he dado cuenta de la falta del periodo.

Ninguno dijo nada, porque parecía que se les había comido la lengua el gato. Los fui mirando de uno en uno. Enrique, tenía la cara entre cabreo y asombro; mi padre y mi madre tenían en las suyas una pequeña sonrisa, siempre habían dicho que querían un montón de nietos; a Martina le llegaba la mandíbula hasta el pecho y ni pestañeaba, y mi hermano Ignacio fue el único que reaccionó un poco y lo hizo guiñándome un ojo.

—Estoy esperando vuestras palabras —les dije.

—Felicidades, ya estoy deseando conocer a mi sobrinito —habló Stuart.

—Gracias, estoy segura de que lo vas a querer como si fuera tuyo.

—Sé que a lo mejor no es el mejor momento, pero muchas felicidades, vas a ser una madre maravillosa. —Patricia se levantó de la silla para abrazarme, ellos dos lo sabían, pero como les dije que no dijeran nada, no les tocaba de otra que hacer el paripé.

A partir de ahí, empezó a felicitarme el resto de mi familia. El que estaba un poco más reacio fue mi hermano Enrique, sabía que a él le costaba un poco más aceptarlo, no porque no fuera a querer a mi hijo, todo lo contrario, sabía que por él sería capaz de dar su vida. Su problema era que todavía estaba muy cabreado con Nick por cómo me terminó tratando. Vamos, suponía que era por eso, de todos modos, él no era de los que solían callarse las cosas, así que en cuanto nos quedáramos a solas me diría todo lo que se le estaba pasando por la mente.

—Todavía queda lo otro que os quiero decir, y algo me dice que con esto no vais a estar tan felices.

—Como digas que vas a volver con él, salgo por la puerta ahora mismo. —¿Veis? Enrique no quería ni oír hablar de él.

—No es eso, te lo garantizo, aunque si fuera el caso tampoco sería asunto tuyo. —Me puse a la defensiva; al decir esas palabras me sonó a que tendría que elegir entre él o Nick, y aunque por mi cabeza no pasaba la idea de ese acto, no podía permitir que se creyera con derecho a ponerme ante semejante tesitura.

—Te equivocas, es mi problema y el de todos los que estamos aquí. Porque somos nosotros los que te hemos visto destrozada mientras ese cabrón se quitaba del medio y se iba con su ex.

—No se quitó del medio, vino a dar la cara y explicármelo todo. —Me miró con los ojos entrecerrados—. No me mires así, no lo estoy defendiendo. Soy la primera que no quiere saber nada él. En el corazón no se manda y no se puede obligar a quién amar.

—Enana, te juro que soy muy feliz con la llegada de mi sobrino, pero no quiero que el padre te vuelva a hacer sufrir.

—Vamos a dejar ese tema a un lado, ahora lo que importa es que tu hermana y el bebé estén bien —dijo mi padre con tono conciliador—. ¿Te has hecho alguna revisión? —asentí sonriendo.

—Todavía es muy pequeño y no se ve si es niño o niña, por lo demás está todo muy bien. Tiene un latido muy fuerte y el médico dice que va acorde a sus medidas para el tiempo del que estoy.

—Eso es lo que de verdad importa, y ahora que ya hemos hablado de esto, ¿qué es lo otro que nos tenías que decir? —dijo Ignacio con Alaia en brazos.

—Bueno, no sé a dónde exactamente, todavía no lo he pensado, pero me voy de aquí.

—Cuándo dices de aquí, ¿quieres decir de esta casa? ¿La vas a vender? —preguntó mi madre.

—No, esta casa la voy a seguir manteniendo, cuando he dicho que me voy de aquí, lo que quiero decir es que me voy a ir de la ciudad y del país.

—¿Pero por qué? —preguntó Martina.

—Necesito salir de aquí porque sé que va a aparecer en cualquier instante y no tengo fuerzas para verlo, mucho menos para enfrentarme a él.

—¿Por qué piensas que va a venir? Fue él el que decidió dejarlo todo e irse.

—Esa parte mejor que os la explique Stuart.

Dejé a Stuart contándole todo para ir al baño, me sentía un poco abrumada con tantas preguntas y todas a la vez.

Me tomé un poco de tiempo en el baño mirando la imagen que me devolvía el espejo. ¿Cómo puede cambiar la vida tanto en tan poco tiempo? La mía lo

había hecho por completo, y más que lo iba a hacer.

Todavía no había pensado a dónde me iba a ir, ni por cuánto tiempo. Solo sabía que necesitaba salir de aquí. Estaba segura de que si no lo hacía, iba a volver a caer en sus manos y antes de que eso pasara, lo iba a evitar como diera lugar. Me daba igual si para lograrlo tenía que dejar todo atrás.

Por primera vez en mi vida iba a poner lo que yo quería y mis sentimientos por encima de los demás. Yo también necesitaba quererme a mí misma.

Capítulo 30



Nick

Una semana había transcurrido desde que cayó en mis manos toda esa información. Desde el tercer día sabía dónde vivía mi amigo. Lo que sí me sorprendió fue cuando el investigador me comentó que estaba viviendo con Patricia. El muy hijo de puta, lo había conseguido.

Me sentí feliz por él y por ella, se merecían encontrarse el uno al otro. Estaba convencido de que él le estaba curando las heridas que le habían causado y ella, ella le iba a aportar una estabilidad emocional que a Stuart siempre le había faltado por parte de su familia.

Y allí me hallaba, frente a su casa, reuniendo valor para enfrentarlo cara a cara, ya que todas las veces que lo había llamado por teléfono me las rechazó.

«Nick, es hora de que le demuestres lo arrepentido que te sientes y si es necesario implorar su perdón».

No me daba vergüenza tener que pedir disculpas, no cuando el culpable era yo, y en este caso lo era. Llegué hasta el timbre y tal como me imaginé, era de esos que tenían cámara incorporada, así que me iba a ver por ella antes de abrir y si lo hacía era porque estaba dispuesto a escucharme, eso era un punto a mi favor.

—¿Qué haces aquí? —Su voz era cortante.

—Necesito hablar contigo.

—Sin embargo, yo no tengo nada que decirte ni tampoco que escucharte, llegas tres meses tarde para eso. Nick, lo mejor es que te marches.

—Stuart, por favor, sé que no merezco que me escuches, pero necesito pedirte perdón.

—Ya lo has hecho, te perdono, pero no quiero saber nada de ti.

—Sé que tú no eres igual que yo, tú eres mucho mejor persona, por eso te suplico que me atiendas, aunque sean unos minutos, pero cara a cara. —Oí cómo suspiró a través del telefonillo, hasta que finalmente abrió la puerta.

—Pasa. —En cuanto me dio paso, no lo dudé ni un segundo, no fuera a ser que se arrepintiera de dejarme pasar.

Llegué hasta la puerta de entrada y allí estaba él, con los brazos cruzados sobre su pecho y una mirada penetrante. Sabía que ahora mismo estaba a la defensiva, lo conocía demasiado bien como para no verlo.

El inconveniente era que él me conocía a mí igual de bien, por lo tanto, en ese momento el poder lo tenía él. Me jodía en cierto modo, porque siempre me había gustado tener el control yo, pero en esta ocasión no me quedaba más remedio que cederlo si quería recuperar su amistad.

—Te escucho.

—¿En serio? ¿Me vas a dejar aquí en la puerta como si fuera un perro listo para ser apaleado?

—¿Qué esperabas, Nick? No me dejaste defenderme, la creíste a ella sin cuestionarla. Me merecía que me hubieras preguntado, siempre he estado a tu lado en todo momento, nunca te he dado la espalda, al contrario, siempre he sido yo el que te las ha cubierto.

—Por eso mismo sé que no tengo perdón que solucione esto, pero no por ello no creas que voy a dejar de luchar por nuestra amistad. Todo el mundo se

merece una segunda oportunidad. ¿Por qué yo no? —le hablaba con el corazón al descubierto y él lo sabía— Solo te he fallado una vez y lo hice llevado por la creencia de que la que fue mi pareja toda la vida no iba a ser capaz de mentirme.

—Cariño, creo que deberíais hablar dentro y que sería bueno para los dos que os escucharais. —De pronto apareció Patricia pronunciando esas palabras, se lo agradecí con la mirada—. No tienes buen aspecto, Nick —me dijo, no me lo tomé a burla. Era cierto que mi apariencia dejaba mucho que desear— pasa, por favor. —Le dio a su pareja un golpecito en el brazo para apartarlo de la puerta.

—Muchas gracias, Patricia. —Me conmovió que fuera tan amable conmigo después de cómo me había portado con su pareja y su amiga.

—Creo que todo el mundo merece ser escuchado, después está en cada uno de nosotros si queremos perdonar o no. —Tuve que apretar la mandíbula con fuerza y no venirme abajo en ese momento.

Los seguí hasta el salón pensando que quería decirles tanto que no sabía por dónde empezar ni como abrirme a ellos.

—¿Quieres beber algo? —Desde que conocí a Patricia, intuí el gran corazón que tenía, pero esto que estaba demostrándome ahora, sobrepasaba todo lo que había imaginado.

—Gracias, pero ahora mismo no me apetece nada.

—¿Cómo estás, Nick? —Era la primera persona que de verdad me preguntaba cómo me sentía.

—Lo que ves es poco para cómo me siento, pero no quiero caer en decirlo en voz alta, porque cualquiera que me escuchara pensaría que estoy así por descubrir la verdad y, en parte, sí, pero estoy mal desde antes.

—¿Por qué? Te fuiste por voluntad propia, nadie te obligó. —Atacó Stuart.

—Ese es uno de los motivos y el otro es haberte perdido a ti y a Alexandra. —Se miraron los dos de manera extraña.

—Pero ese no fue únicamente el motivo. ¿Qué te llevó a creerla a ella por encima de todo?

—Grace, nunca se había comportado mal conmigo, tú sabes cómo me trató siempre, como nos cuidó a los dos. ¿Por qué iba a dudar de su palabra?

—Porque te dejó de la noche a la mañana, ¿no te parece suficiente?

—Por eso mismo no dudé de ella. Ponte en mi lugar, si una de las personas que siempre estuvo junto a ti se fuera sin dar explicaciones cuando todo había ido siempre tan bien ¿no hubieras pensado que había algo raro detrás de todo? —Lo miré directamente a los ojos, quería que viera en los míos todo lo que estaba sintiendo en esos momentos—. Tú mismo me dijiste millones de veces que todo había sido demasiado extraño.

—Pero jamás creí que dudarías de mí a la primera de cambio, y mucho menos de que ella fuera capaz de inventarse algo así.

—Lo acabas de reconocer, nunca hubieras pensado que ella iba a hacer algo por ese estilo. Creo que el hombre del que está enamorada es el que la ha empujado a hacerlo.

—Nick, te entiendo, pero que lo haga no deja de doler menos que mi hermano no creyera en mí.

—Lo sé, ¿piensas que no me arrepiento de esa decisión? Lo hago incluso desde antes que me llegara esa carpeta, lo hago desde el principio. Y si no vine antes a esta ciudad, fue por miedo a encontrarme con Alexandra y cometer la locura de hacerle daño a Grace.

—Sin embargo, le has hecho daño a una mujer que de verdad sí estaba dispuesta a darlo todo por ti sin pedir nada a cambio.

—Joder, no me digas algo que ya sé. No tenía que haberla dejado nunca, sí, me habría enfadado contigo y el resultado entre los dos hubiera sido el

mismo que ahora, pero a ella no tenía que haberla dejado, debía haberla priorizado por encima de Grace. No lo hice y es algo de lo que me voy a arrepentir el resto de mi vida.

—Supongo que con el castigo que tienes de haber perdido a Alexandra no necesitas ninguno más.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir, es que te entiendo y te perdono, hemos estado toda la vida uno al lado del otro y sé cómo eres en realidad, por eso digo que con lo de Alexandra tienes bastante castigo encima como para aumentarlo con el mío.

—Gracias, cuando me vaya de aquí lo primero que voy a hacer es ir a verla y pedirle perdón. Sé que por su corazón me va a perdonar, aunque no vuelva conmigo, pero tengo la pequeña esperanza de reconquistarla con el paso del tiempo.

—No creo que eso pueda ser posible ahora mismo —dijo Patricia, sentándose al lado de Stuart y cogiendo su mano.

—¿Por qué? ¿Está de viaje con su hermano o algo por el estilo?

—Está de viaje, pero uno bastante largo del que estamos seguros de que tardará mucho en regresar.

—No te entiendo, habla claro, Patricia.

—Alexandra ya no vive aquí, se marchó hace dos días porque sabía que ibas a regresar y no quería verte, —*«Calma, Nick, en algún momento tiene que regresar, tiene aquí a toda su familia y a su trabajo»,* pensé mientras daba vueltas por el salón.

—Esperaré a que regrese, no creo que se tire mucho tiempo fuera o mejor voy a buscarla.

—No lo has entendido, Nick. Alexandra no va a volver, por lo menos no a corto plazo, se ha ido.

—No importa, iré a buscarla.

—¡Nick! —Stuart me detuvo con su grito—. No sabemos dónde está, nos dijo a todos que no lo iba a decir para evitar que alguno te lo contara. Dijo que se iría poniendo en contacto de vez en cuando. No es tonta y sabes lo terca que es, si lo que no quiere es verte, créeme, va a hacer todo lo posible para que no des con ella. —Me llevé las manos a la cabeza y empecé a pasarlas por el pelo una y otra vez por la frustración que sentía.

—Eso no puede ser, ella no iba a dejar todo lo que quiere de lado por no verme.

—Sí que lo ha hecho, porque lo ha pasado demasiado mal como para volver a pasar por lo mismo. Sabía de sobra que ibas a buscarla cuando volvieras.

—Cuando hablé con ella antes de irme, la vi afectada, pero tanto como para irse no.

—No puedo decir cómo se comportó delante de ti, solo puedo decirte que el mes que le siguió no salió de su casa para nada, yo estaba viviendo todavía con ella y la vi romperse mil veces, todos los días se levantaba con la firme convicción que ese día iba a ser más fuerte y todos los días cuando llegaba la noche parecía un alma en pena.

Y todo aquello había sido por mi culpa, por no darme cuenta antes de la falta que me hacía. Había destruido lo bonito que nació entre nosotros por dudar sobre mis sentimientos. No me la merecía, Alexandra valía mucho más que yo.

Aun así, no me iba a rendir y la iba a buscar, aunque fuera debajo de las piedras. Me daba igual si me recibía con desprecio, me daba igual todo. Lo único que me importaba era hablar con ella, pedirle perdón por lo imbécil que había sido y suplicarle que me perdonara.

—Antes de irse, nos dijo que te dijéramos que no te guardaba rencor, que te perdonaba, pero que no quería saber nada de ti porque si elegiste a Grace en lugar de a ella era porque no sentías lo mismo que ella sí sentía por ti. Que no te lo tomaras como un reproche y que te deseaba toda la felicidad del mundo.

Me dejé caer derrotado sobre un sillón, apoyando los codos sobre mis rodillas y sosteniéndome la cabeza con las manos.

—La entiendo, pero no me voy a dar por vencido —dije apenas en un susurro—. Alexandra tiene que saber que la quiero y que me arrepiento mucho de haberla dejado.

—No es por nada, pero bonita manera de querer tienes —me reprochó Stuart.

—Lo mío con ella era reciente y cuando apareció Grace me sentí confundido por todo lo que la había querido. Sabes que esa herida no había sanado, por eso mismo después de ella no había vuelto a tener una relación hasta que apareció Alexandra.

—Nick, entiendo todo eso que dices, pero también la entiendo a ella, de verdad que te digo que tú no has visto cómo se quedó después de tu partida. ¿Te has planteado cómo se sentirá ella cuando te tenga delante y vea al hombre del que está enamorada? Y lo peor será cuando se pare a pensar en todo el sexo que has tenido con esa mujer. —El mundo se me vino encima al pensar en lo que acababa de plantear Patricia, porque si hubiera sido al contrario, yo me estaría volviendo loco de celos.

—Ya lidiaré con ello cuando llegue el momento, lo que me importa ahora mismo es encontrarla.

—Joder, Nick, lo mejor que puedes hacer es olvidarte de ella y dejarla en paz. Te lo digo de corazón, no la molestes, ahora mismo lo que menos necesita ella es que la pongas de los nervios. —Patricia le dio una patada a mi amigo, fue de manera sutil, pero lo hizo.

—Ay, me ha dado un calambre. —Creo que lo dijo para disimular, pero no podía estar seguro.

—Joder, nena, ten más cuidado la próxima vez —dijo pasándose la mano por la zona afectada.

—¿Por qué no la puedo poner nerviosa? —No iba a dejar pasar lo que había dicho.

—¿Te parecen pocos motivos? Ha dejado todo y está sola donde sea que esté ahora mismo.

—Lo siento, de verdad que sí, pero ahora estoy más convencido que nunca de que la necesito a mi lado y no voy a ceder.

—¿Y ella te necesita?

—No lo sé, pero si no lo hace, haré que me tenga que necesitar de nuevo. —Di un gran suspiro levantándome del sillón—. Muchas gracias por escucharme y sobre todo por perdonarme. —Le puse una mano en el hombro para darle un pequeño apretón.

—Todos cometemos errores.

—Solo te voy a pedir un favor. —Me miró y por la mirada ya sabía lo que le iba a pedir, negó con la cabeza.

—No me pidas eso, quiero mucho a Alexandra, en este tiempo se ha ganado mi amistad y no la puedo traicionar por ti, tienes que entenderlo. A ti tampoco te traicionaría.

—Solo quiero que si te enteras de dónde está, me lo digas, por favor.

—Eso no lo puedo hacer, como mucho te puedo decir si está bien o no. —Stuart siempre había sido un amigo fiel y si de verdad le había entregado su amistad a Alexandra no le iba a fallar.

—Con eso me puede valer por ahora. —No era verdad, pero no lo iba a poner entre la espada y la pared, no se lo merecía.

Me despedí de ellos, quedando en vernos otro día para seguir hablando con calma de todo. En aquel momento lo que corría prisa era ponerme en contacto con el investigador que localizó a Stuart y encargarle que localizara a Alexandra.

Capítulo 31



Alexandra

Un año después…

Llevaba un año viviendo sola en aquel pueblo del norte de Francia; era un pueblecito muy pequeño, con muy pocos habitantes. Me hice enseguida a él y a sus gentes; la mayoría eran personas mayores, pero todos y cada uno de ellos me acogieron con mucha amabilidad.

La casa en la que me estaba quedando la alquilé por tres años. A los dueños les dio mucha tranquilidad que fuera un contrato de largo plazo. Descubrí aquel pueblo por casualidad la noche en que decidí que tenía que marcharme.

No fue fácil tomar aquella decisión; sin embargo, ahora me sentía feliz de haberla tomado. Recuperarme emocionalmente me había costado tiempo, pero poco a poco lo logré, aunque no podía negar que el vacío que sentía en el corazón seguía latente.

No creáis que había pasado todo ese tiempo completamente sola. En ocasiones, mi madre venía a visitarme; en otras, mi padre o alguno de mis hermanos se quedaban varias semanas. Siempre había alguien cercano, lo que hacía más llevadera la distancia con mi familia.

Sí, sé que estáis impacientes porque os hable de mi niño. Debéis tener paciencia, todo a su debido tiempo. Como iba diciendo, casi siempre estaba acompañada por uno de ellos, y a veces incluso por varios a la vez.

Y no me puedo olvidar de Patricia y Stuart; siempre habían estado ahí para mí. Ella solía decir que yo había sido su salvación, pero era todo lo contrario: había sido ella quien me había rescatado infinidad de veces. Se había convertido en uno de mis pilares más fuertes y, lo más importante, nunca me había fallado.

Ellos tardaron más en venir a verme, tanto, que lo hicieron después del nacimiento de mi hijo. El motivo de no hacerlo antes había sido que tenían a Nick encima de ellos.

La mayoría de las noches me acostaba con remordimientos de conciencia. Nick tenía derecho a saber que había sido padre. Daba igual lo que hubiera pasado entre nosotros: nuestro hijo era inocente de todo aquello y no tenía por qué sufrir la ausencia de su padre por mi egoísmo.

De eso también había hablado mucho con mi familia y con mis amigos, y todos pensaban lo mismo. Bueno, todos menos Enrique. Él seguía diciendo que Nick había perdido todo privilegio como padre al marcharse sin pensar en las consecuencias; exactamente lo mismo que yo pensaba al principio de todo.

Seguía deambulando por la casa mientras mi cabeza no dejaba de darle vueltas al asunto de que Nick todavía no supiera de la existencia de mi hijo. Sabía que cuanto más tiempo pasara, más difícil me resultaría decirle la verdad.

Era como una bola que cada vez se hacía más grande, porque las mentiras nunca traían nada bueno. Entre sus consecuencias estaban los remordimientos, y los míos me estaban pesando más de la cuenta últimamente.

Al principio no quise que lo supiera porque estaba dolida, y ahora lo ocultaba por miedo: miedo a que me lo echara en cara, miedo a que me guardara rencor por haberlo callado y, peor aún, miedo a que quisiera pedirme la custodia de nuestro hijo. Si perdía a mi niño, me moriría de pena.

Liam se había convertido en mi mundo entero; todo empezaba y terminaba con él. Con apenas seis meses, era el niño más bonito que había visto nunca.

Y que conste que no lo decía solo yo; sé que cualquiera podía pensar que hablaba con el corazón de madre, y por supuesto era cierto, pero también lo aseguraban todos los vecinos que lo conocían.

Y la verdad es que no era para menos, porque era un calco exacto de su padre. Tenía su boca, su nariz, el color y la forma de sus ojos. Yo sabía que era mío porque me había costado tenerlo; pero para alguien que no me conociera, si veía al niño en brazos de su padre, podría pensar perfectamente que su madre era cualquier otra mujer. Lo dicho: era una gota de agua de su padre.

Cada vez que miraba a mi hijo, se me caía el alma a los pies. No podía seguir permitiendo que se criara sin conocer a su padre; me sentía una mala persona al privarlos de encontrarse. Supuse que, si hablábamos y los dos éramos razonables, podríamos llegar a un buen entendimiento, y que Liam creciera feliz con ambos, aunque cada uno lleváramos nuestras vidas por separado.

Mis padres estaban separados y se llevaban superbién; eran hasta amigos.

¿Por qué no íbamos a poder hacerlo nosotros, cuando lo más importante era la felicidad y el bienestar del niño?

—Hola —digo en cuanto contestan al otro lado de la línea.

—Hola, preciosa. ¿Cómo está mi chiquitín? —inquiere.

—Creciendo mucho y muy deprisa.

—Me muero por verlo de nuevo.

—Lo viste ayer por videollamada.

—No es lo mismo, y sabes lo que quiero decir: por la pantalla del teléfono no me puedo comer esos mofletes a besos. —Patricia estaba loca con el niño, no había un día en el que no me llamara para preguntarme por él, daba igual si ya habíamos hablado ese día, cuando llegaba la tarde era ella quien llamaba.

—¿Cómo van las cosas por ahí?

El tiempo pasaba para todo el mundo; para algunos demasiado deprisa y para otros, todo lo contrario. Pero, al fin y al cabo, era el mismo para todos, y las personas terminaban por rendirse o dejar de insistir. Eso mismo le había ocurrido a Nick.

Era normal: no iba a pasarse la vida intentando localizarme. Stuart me había comentado en más de una ocasión que, al menos una o dos veces por semana, preguntaba por mí. Y eso, lejos de alegrarme, me llenaba de pena.

Puede que él se equivocara al marcharse para regresar con su ex, pero también había sido sincero conmigo; dio la cara, y eso decía mucho de él. Lo demás no se lo podía recriminar: en el corazón no se manda. Y si él no había logrado olvidarla… o eso pensaba al principio.

El caso era que entendía que ese hombre no iba a pasarse la vida buscando a una mujer que ni siquiera le había dado el beneficio de hablar con ella. Y, en este caso, esa mujer era yo.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho? —No, no había escuchado nada, me había vuelto a distraer con mis pensamientos.

—Lo siento, se me fue la mente —reconocí—. ¿Te importa empezar desde el principio?

—Te decía que los preparativos para la boda están listos y que la única pena que tengo es que no vas a estar presente el día más importante de mi vida.

Sí, como habéis oído, Patricia se iba a casar con Stuart. Desde que se conocieron, fueron ganándose el uno al otro hasta crear la unión que ahora tenían. Era una de las mejores cosas que había salido de aquel viaje. Digo «una de las mejores», porque para la mí la cosa más maravillosa que había salido de aquellas vacaciones era mi hijo. Por él era capaz de remover cielo y tierra y bajar hasta las profundidades del infierno.

Una madre podía hacer cualquier cosa por sus hijos y, si no podía, se las ingeniaba para encontrar la manera. Y lo mismo ocurría con un padre; el hecho de ser hombres no significaba que quisieran menos a sus hijos.

Muchas mujeres se creían por encima de ellos y pensaban que los hijos les dolían más por el simple hecho de haberlos llevado nueve meses en su vientre. Pero no era cierto: a ellos les dolía igual que a nosotras.

Sé que estaréis pensando que no tenía mucho sentido que dijera esas cosas cuando yo había sido la madre más egoísta del mundo, pero como dijo John Powell: *«El único error verdadero es aquel del que no aprendemos nada».* Y yo había aprendido del mío.

Aprendí que lo que me pasara a mí no debía tener consecuencias en mi hijo, y que mis problemas eran solamente míos. Por lo tanto, nadie tenía que sufrir las consecuencias de mis actos, y mucho menos un niño inocente, solo porque yo me había dejado llevar por el egoísmo de mis propios sentimientos y no por los de los demás.

—Voy a estar presente ese día, no os voy a dejar solos. —Ya era de que empezara a pensar en los demás, aunque me tuviera que tragar nudos como puños.

—No juegues con eso. —Me dio pena que pensara así.

—No estoy jugando. Voy a volver, y qué mejor que hacerlo el día de tu boda. —Me la podía imaginar con lágrimas en los ojos, pero esta vez de felicidad.

—Sabes que si lo haces, Nick se va a enterar de todo —suspiré, porque en el fondo ese era el motivo principal de volver; necesitaba decirle que tenía un hijo. Después ya se vería qué podía pasar.

—Soy consciente de ello.

—Últimamente, viene por casa algo menos.

—Estará más ocupado.

—Puede ser, también viaja mucho más y pasa menos tiempo en la ciudad. Stuart se niega a viajar si no es estrictamente necesario, dice que no me quiere dejar sola mucho tiempo.

—Tu chico es uno de los mejores hombres que hay en la tierra. —No se lo decía como un cumplido, es que él siempre anteponía la felicidad de Patricia por encima de todo.

—Para mí, el mejor de todos. Es lo mejor que me ha podido pasar en la vida.

—Creo que tú también eres lo mejor que le ha pasado a él.

—Alex, ¿qué piensas hacer después de la boda?

—¿Qué quieres saber exactamente?

—Quiero saber si te vas a quedar o te vas a marchar de nuevo.

—Me pienso quedar. No voy a privar a mi hijo de su padre por egoísmo; no se lo merecen ninguno de los dos.

—Me gusta que hayas entrado en razón. Sabes que no era partidaria de que se lo ocultaras. ¿Te puedo pedir un favor?

—El que quieras.

—No te presentes en la boda con el niño; digo, para que el impacto no sea tan grande y no se lie la de Dios. —Entendía que tuviera miedo de que le fastidiara el día más importante de su vida, aunque nunca fue mi intención ir a la boda con mi hijo.

—No iba a ir con el niño. Nick tiene que enterarse de que tiene un hijo, pero en tu boda no es el momento ni el lugar, así que puedes quedarte tranquila. —Noté cómo dejó escapar un suspiro.

—Gracias, sabes que Liam es muy importante para mí y que por él daría mi vida, pero tampoco quiero que haya problemas ese día.

—No tienes que justificarte; soy consciente del revuelo que se podría montar si aparezco con él en brazos.

—En cuanto se lo cuente todo a Stuart se va a poner muy feliz. —Puse los ojos en blanco, porque desde el principio quería que la pareja de mi amiga fuese quien diera la cara y se lo contara a su amigo.

Claro, al principio decía que era porque no se le podía ocultar algo tan importante, pero después de que naciera Liam, lo único que quería era pasar junto a él todo lo que pudiera, porque literalmente decía que quería a mi hijo como si fuera suyo, y no lo ponía en duda.

—Sí, sobre todo porque por fin va a estar más cerca de su niño, como él dice.

—Es que estamos todos enamorados del enano ese. —Nos reímos—. Oye, ¿se lo has dicho a alguien más? Digo, lo que vas a volver.

—No, tú has sido la primera en enterarse. Ahora llamaré a Enrique para decírselo, es al que más temo de todos. El resto sé que lo están deseando.

—Él también lo está deseando, lo que pasa es que no quiere que Nick tenga contacto con su hijo. La cosa entre tu hermano y él todavía sigue en tensión, y creo que será algo para toda la vida.

—Por mucho que quiera a mi hermano, tendrá que aceptar que yo haga lo que crea correcto. En él está si quiere permanecer junto a mí o no.

—Pues prepárate, porque se avecina una guerra —dijo con un tono un poco burlón.

—No tendría que ser así. Enrique es un mujeriego de tres pares de narices y yo no me meto en su vida; él es mucho más cabrón con las tías de lo que ha sido Nick conmigo. —Me cabreaba que mi hermano no entrara en razón.

—Ya, hija, pero ninguna de esas tías son su hermana.

—Pero sí, las hermanas de alguien.

—Tienes razón, pero eso solo lo puedes decir tú, intenta hacerlo entrar en razón sin que salten fuegos artificiales. Sé que os queréis mucho, así que no creo que le cueste entenderte si de verdad le hablas desde el corazón.

Empecé a escuchar los gorgoritos de Liam, así que me despedí de mi amiga, quedando en que por la tarde volveríamos a hablar, esta vez por videollamada para que tanto ella como Stuart pudieran ver a mi niño.

Capítulo 32



Nick

Todos, incluso Stuart, pensaban que me estaba dando por vencido en la búsqueda de Alexandra, y nada que ver. Lo que pasaba era que lo estaba haciendo de esa manera para intentar que ellos bajaran la guardia y así poder descubrir dónde estaba.

El dinero no siempre compra lo que uno desea y en mi caso era muy cierto eso, porque mira que me había gastado dinero en distintos investigadores, pues ninguno había dado con ella.

Claro que ella también tenía recursos para impedir que la encontrara y ya no digamos lo difícil que me lo estaba poniendo su familia, sobre todo el cabrón de Enrique. Ese tío me tenía tantas ganas que si no habíamos llegado a las manos era porque siempre lo había evitado, pero ya me estaba tocando las narices demasiado.

Suspiré pasándome las manos por el pelo mientras me miraba al espejo. El reflejo que me devolvía ese objeto poco tenía que ver con lo que realmente sentía por dentro.

Por fuera era el mismo, pero por dentro había cambiado, por ahora no sabía si para bien o para mal, lo único que tenía claro era que no era el mismo de siempre.

Llevaba un año y tres meses sin ver a Alexandra, no sabía nada de ella, suponía que por el tiempo que había pasado lo más seguro era que hubiera rehecho su vida. En mi caso, no se me pasaba ni por la mente.

En este tiempo sí que había tenido millones de oportunidades con otras mujeres y mujeres que valían la pena, pero ninguna de ellas era Alexandra, por lo tanto, no quería saber nada.

Me terminé de anudar la pajarita y me puse la chaqueta, más me valía que dejara de pensar en ella, por lo menos por hoy.

Iba a ser el padrino de la boda de Stuart y tanto él como Patricia se merecían que estuviera al cien por cien.

Antes de ir a buscar a la novia, quise pasar para verlo a él, quería desearle mis mejores deseos antes de que empezara toda la locura.

—Vaya, pero mira qué elegante se ha puesto para atarse la soga al cuello. —Negó con la cabeza mientras reía.

—No digas eso. Patricia es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Lo sé, es una mujer fantástica y se va a llevar a un buen hombre con unos principios y valores increíbles.

—Estoy deseando verla recorrer ese pasillo del brazo de mi hermano.

—Guau, no se vale que ahora te pongas sentimental. —Le di una palmada en la espalda.

—Es que me muero por verla vestida de blanco.

—Pues siento decirte que todavía te queda un ratito y que antes de que la veas tú, lo haré yo.

—Eres demasiado capullo para todo lo que te quiero, pero no te preocupes que el que ríe el último ríe mejor. —Sabía que eso lo dijo con segundas, pero lo dejé de pasar.

—Me vale, pero, aun así, yo voy a ver a tu chica antes que tú. —Me dirigí hacia la puerta.

—Nos vemos en altar, amigo, cuida de mi chica. —No, no me gustaba nada la sonrisa arrogante que había puesto.

Era casi toda la vida junto a él y sabía que detrás de esa sonrisa podía esconder muchas cosas. Me monté en la limusina que estaba esperándome para ir en busca de Patricia.

Entre Stuart y Patricia decidieron que fuera él el que se arreglara en mi casa y ella en la de ellos, así que iba camino a su casa para recoger a la novia y acompañarla al altar.

Como ella no tenía familia y él con la suya no tenía apenas trato, decidieron que yo iba a ser el padrino, el que llevara la novia hasta el ansiado novio y que la madre de Alexandra iba a ser la madrina.

Esa mujer, desde el momento que los conoció, los acogió como unos más de la familia y por supuesto, Carmen no se pudo sentir más alagada de que mi amigo pensara en ella para ese cometido.

—No puede haber una novia más bonita que tú —le dije nada más entrar a la casa.

—Eso lo dices ahora, pero cuando te cases ese lugar lo ocupará tu chica —me dijo con un brillo especial en la mirada.

—No creo que yo pase por el altar, todavía no ha llegado la indicada.

—Tú lo acabas de decir, todavía no ha llegado la indicada, lo que no quiere decir que tarde mucho en aparecer. El destino es muy capullo cuando se lo propone.

—No quiero llevarte la contraria el día de tu boda, pero creo que ese destino del que tú hablas no me tiene en muy buena estima.

—Quizás más de lo que piensas.

—No sé si es por los nervios de boda, pero tanto tú como el novio estáis de lo más intrigantes.

—Sí, supongo que son los nervios. ¿Ya estaba listo cuando has salido de allí?

—Listo y preparado. —Le guiñé un ojo—. Solo a la espera de que me hagan una llamada perdida y saldremos nosotros también.

—Hoy no paro de pensar en cómo me ha cambiado la vida en tan poco tiempo y todo te lo debo a ti y a Alexandra. —Al escuchar su nombre, sentí cómo mi estómago se encogió por completo.

—Estoy seguro de que hubiera disfrutado mucho estando a vuestro lado. Tal vez soy el único culpable de que ella no esté.

—Nick, no pienses así, ya bastante haces con cargar la culpa de no haberla encontrado por tus propios medios y encima sin que te podamos ayudar. Todo quedó claro en su momento, no te fustigues más por eso, lo hecho, hecho está. No hay más.

—No por asumir lo que está hecho, deja de doler pensar en lo que pudo ser y no fue por mi estupidez.

—Bueno, hoy no es día para pensar en cosas tristes, hoy toca ser feliz y vivir junto a tu mejor amigo y su futura mujer, uno de los mejores días de su vida. —Vino hacia mí para darme un beso en la mejilla.

—Si mi amigo te ve darme un beso, me vuelve a dejar de hablar. —Era obvio que estaba bromeando.

—Pues entonces no descarto que te deje de hablar más veces, porque sería muy injusto por mi parte privarte de mis besos. —Me encantaba el sentido de humor que tenía Patricia.

—Me acaban de avisar de que ya podemos salir —le dije cuando sentí la vibración del móvil en el bolsillo del pantalón y lo saqué para ver quién era.

—Estoy lista para convertirme oficialmente en tu cuñada —cogió una bocanada de aire— bien, no hagamos esperar más a mi futuro marido.

La ayudé a salir de casa cogida a mi brazo y posteriormente a subir en la limusina. Al darme la mano para entrar dentro del vehículo, me di cuenta de que le temblaban.

—Intenta calmarte y disfrutar de vuestro día, si no lo haces mañana no recordarás los detalles más importantes por culpa de los nervios.

—No lo puedo evitar, me da miedo que Stuart se lo piense mejor y decida que no merezco la pena, lo quiero tanto que ya no sabría vivir sin él. —La cogí de la mano para darle apoyo.

—No debes pensar así, Stuart te quiere con todo su corazón. Me temo que tampoco puede vivir sin ti. —Le di un apretón y me miró a la cara con una sonrisa.

—Nick, necesito que me perdones.

—¿Por qué?

—Porque por mucho que Alex sea mi amiga, tú también lo eres y por no traicionarla, lo hice contigo.

—No te tienes que disculpar, ya te lo dije en su momento. Entiendo que nunca me dijeras dónde está.

—De igual modo, me siento mal por ello. —Esta vez fue ella la que apretó mi mano.

—Patricia, deja de pensar en eso ahora. —Al final terminó por hacerme caso, era lo mejor.

Es verdad que me dolió en su momento que no me quisieran decir nada, me costó entenderlo, porque sentía que mi amigo me estaba traicionando, cuando en realidad el que traicionó fui yo. Por otro lado, con ese acto me

confirmaba que nunca podría tener un amigo más leal que él y ahora también ella.

Llegamos hasta la puerta de la iglesia, se casaban allí porque a Patricia, por lo visto desde pequeña, le hizo ilusión y Stuart no se iba a negar ni poner pegas en que ella cumpliera uno de sus sueños.

En la puerta nos estaba esperando la organizadora de la boba.

—Estás preciosa, Patricia. Todo va según lo previsto, los invitados están en sus asientos y el novio te espera junto con la madrina en el altar. En cuanto me digas que estás lista, ordeno que empiece a sonar la marcha nupcial.

—Estoy lista, es más, estoy deseando ver a Stuart.

—Pues entonces poneros en la entrada y en cuanto la música empiece a sonar podéis entrar e ir andando hacia el altar —asentí con la cabeza, le ofrecí el brazo a Patricia para que lo cogiera.

—¿Lista? —le pregunté en cuanto empezó a sonar la música.

—Totalmente. —Me guiñó el ojo—. Nick, intenta aprovechar el día todo lo que puedas.

Le iba a decir algo, pero las puertas se abrieron para que comenzáramos a caminar por ese pasillo, donde a cada lado había invitados. No había muchos, pero sí más de los que esperaba.

Patricia fijó la mirada al frente, supongo que mirando a su futuro marido; yo, por el contrario, estaba distraído mirando a Enrique que me devolvía la mirada como si quisiera matarme con ella.

—Te lo estás perdiendo —susurró tan bajo Patricia que me costó hasta entenderla—. Mira al frente, tonto.

Miré donde ella me dijo y porque siguió tirando de mí, ya que si no me hubiera quedado paralizado en medio de ese pasillo.

En el altar, al lado de Stuart, estaba la mujer que ocupaba todos mis pensamientos y si antes estaba bonita, ahora parecía una auténtica ninfa. Conecté mis ojos a los suyos, la palabra radiante no le hacía justicia para cómo se veía.

A simple vista se veía igual que la recordaba, pero había algo en las facciones de su cara, no sabría cómo explicarlo, pero se notaba más madura sin perder el brillo que siempre tuvo en sus ojos.

Era un sueño volver a verla. Ahora entendía las palabras a medio decir de mis amigos, todo cobró sentido.

Llegamos a los pies de ese altar y desde que la vi, no pude dejar de mirarla, para mí, todo el mundo dejó de tener importancia en ese momento. Casi estábamos cara a cara y fue entonces cuando ella me dirigió la sonrisa más bonita que jamás había visto.

Mi corazón latía desbocado, mi respiración iba más deprisa que de costumbre y yo lo único que quería era alargar la mano para coger la suya y no dejarla escapar nunca más de mi lado.

Tenía claro que, si ella había venido solo para la boda y después pensaba volver a desaparecer, se lo iba a poner muy difícil, tanto como si tenía que montar guardia fuera de su casa y no volver a dormir, pero Alexandra no se me volvía a escapar. No, ahora no la iba a dejar marchar.

Tenía que volver a ser mía, pero esta vez para siempre.

Capítulo 33



Alexandra

La ceremonia pasó en un visto y no visto o al menos esa fue mi sensación. Durante aquellos minutos, en ningún momento aparté la mirada de los ojos de Nick, me resultó imposible hacerlo.

Sentía que lo seguía amando, pero nada tenía comparación con lo que volví a sentir en cuanto lo vi. Era como si un hilo invisible tirara de mí para llevarme junta a él.

Era como si algo me estuviera diciendo que estar envuelta por sus brazos era el lugar al que pertenecía. Cuando llegó el instante de coger su brazo para salir de la iglesia antes que los novios, sentí como si una corriente eléctrica me recorriera desde los pies hasta la cabeza.

Mi cuerpo y mi corazón me decían que estar junto a él era lo correcto, otra cosa muy distinta sería si él lo seguiría queriendo, sobre todo cuando descubriera que le había estado ocultando que había tenido un hijo.

Había tanto de lo que quería hablar con él, que las palabras se me atascaban y no era capaz de pronunciar ninguna. Tampoco era el momento indicado, no cuando aún no habíamos salido siquiera de la iglesia.

—Tenemos que hablar. —Fue lo único que fui capaz de decir. Ni un hola, ni un cómo estás. Solo ese «tenemos que hablar».

—Sí, y mucho, pero esta vez con calma, sin miedo y con la verdad por delante. —Me quedé paralizada, ¿no podía ser posible que él supiera de nuestro hijo?

—¿De qué verdad hablas? —Quise saber.

—De la que nos debemos, o más bien de la que te debo —se me escapó un suspiro al darme cuenta de que no sabía nada.

—Ya habrá tiempo para eso. —No quería que hablásemos en ese momento, quizás más tarde, cuando todos se estuvieran divirtiendo y no estuvieran tan pendientes de nosotros.

—Sí, porque no pienso dejar que esta vez desaparezcas —me dijo mirándome serio.

—Te recuerdo que fuiste tú el que desapareció primero. —Torció los labios al darse cuenta de que tenía razón.

—Lo sé y por eso quiero explicarte las cosas, aunque no soy tonto y sé que nuestros amigos te han tenido que poner al corriente de cómo se sucedieron las cosas.

—Para qué negarlo, lo sé todo desde el principio.

—¿Y si lo sabes por qué te fuiste después de todo?

—Porque tenía que hacerlo, no podía volver a verte, pero hemos dicho que hablaríamos después.

—Tienes razón, —Se humedeció los labios y yo creí morir al ver ese gesto.

Cuando llegamos a la puerta, me separé de él todo lo que pude, porque me estaba costando horrores mantenerme en mi sitio y no lanzarme a sus labios para besarlo como quería.

Una de dos: o la atracción sexual se había intensificado entre nosotros, o era por el tiempo que llevaba sin practicar sexo; pero en ese instante lo único

que me apetecía era llevármelo lo más lejos posible de toda esa gente y perderme entre sus labios y manos.

Así que lo mejor era poner toda la distancia posible si no quería provocar un espectáculo.

Los novios fueron los siguientes en salir y, en cuanto lo hicieron, llegó la lluvia de arroz y felicitaciones. Vi a mis amigos nada más llegar, y de eso hacía apenas dos días. El reencuentro con ellos en mi casa había sido muy bonito, emotivo e ignorado, porque los dos se habían lanzado primero a por mi hijo antes que a por mí.

Mientras esperaba mi turno para felicitarlos, cogí a mi sobrina en brazos para comérmela a besos. Era simplemente una niña maravillosa, aunque ya estaba en la etapa de haber empezado a andar hacía apenas dos meses, por lo que no le gustaba demasiado permanecer en brazos de nadie.

Teniéndola entre mis brazos, pensé en mi hijo y me sentí mal; él tendría que estar allí, ya que era la primera vez desde que me fui que toda mi familia estaba al completo en el mismo lugar, y mi niño debería encontrarse allí, pasando de unos brazos a otros, llenándose de mimos.

—¿En qué piensas? —Enrique me echó el brazo por encima de los hombros.

—Hace apenas dos horas que no lo veo y ya lo echo de menos. —Apoyé mi cabeza sobre su pecho.

—Sabes que no estaba de acuerdo con que no lo trajeras.

—No quería que se fastidiara la boda y, si lo hubiera hecho, tendría que haber dado muchas explicaciones y aquí no es el lugar indicado.

—No se lo va a tomar bien.

—¿El qué? ¿Qué sea padre o que se lo ocultara?

—No seas tonta, creo que la idea de ser padre le puede gustar mucho, no le va a gustar que se lo hayas ocultado todo este tiempo.

—Lo sé, pero supongo que, si yo he comprendido por qué se marchó, él tendrá que entender por qué lo hice yo.

—¿Qué has sentido cuando lo has visto?

—Que sigo enamorada por él, que todo lo que sentía sigue latente dentro de mí. ¿No vas a perdonarle nunca que se fuese?

—Alex, entiendo que lo hiciera; lo que no puedo perdonarle es cómo te vi pasarlo mal por su culpa.

—Tienes que reconocer que vino a dar la cara.

—Sí, pero eso no quita el daño que te causó.

—Él no tiene la culpa de que me doliera tanto su partida.

—Pero sí, la culpa de ilusionarte para después dejarte aquí con las maletas listas.

—Enrique, no creo que sirva de mucho seguir dándole vueltas a lo mismo. —La niña no paraba de removerse en mis brazos para que la dejara en el suelo,

—Anda, dámela, que ya bastante tienes tú con cargar sola al niño todos los días. —La cogió.

—Oye, cada vez te sienta mejor tener a una niña entre los brazos.

—No lo discuto, pero las chicas que me sientan bien tienen edades entre los veinticinco y treinta años. —Le di un golpe en el hombro por descarado.

—¿No piensas madurar nunca?

—Que sea mujeriego no quiere decir que no sea maduro. —Me dio un toque con el dedo en la punta de la nariz—. Mejor me voy, que ahí viene otra vez; hoy no te va a dejar ni respirar.

—No seas malo, solo tiene miedo a que desaparezca de nuevo. —No le dio tiempo de marcharse con mi sobrina en brazos.

—¿Qué tal te va, Enrique? —le preguntó Nick al llegar a nuestro lado.

—No me puedo quejar, aunque me iría mejor si no estuviera viéndote la cara. —Le di un manotazo en el brazo—. ¿Qué? Es verdad.

—Enrique, ¿desde cuándo has perdido la educación? Pídele disculpas ahora mismo.

—No hace falta —dijo Nick.

—Ni muerto —contestó mi hermano—. Mejor me voy, os dejo para que podáis hablar o hacer lo que os dé la gana, total siempre lo habéis hecho.

—No le hagas mucho caso, ya has podido comprobar que es el más cabezota de todos.

—Si fuera solo cabezota. —Resopló resignado—. La organizadora me ha dicho que nosotros tenemos que ir en aquel coche. —Señaló con la cabeza.

—Pues vámonos. —Me despedí de mis padres desde lejos con un movimiento de manos.

Al llegar junto al coche, Nick me ayudó a subir, y de nuevo, al rozarlo, sentí como si un rayo me atravesara por completo. Me estremecí y se me erizaron los vellos con su contacto.

Él se dio cuenta de todo y tuvo el descaro de guiñarme un ojo mientras pasaba la punta de su lengua por sus labios.

—¿Estás intentando seducirme? —Lo siento, siempre había sido muy directa con él y no iba a cambiar ahora.

—Si funciona, la respuesta es sí. —No me quedó más remedio que reírme con su contestación—. ¿Funciona? —Quiso saber.

—No, no vas por buen camino. Creo que lo mejor es que desistas.

—Antes muerto que dejar de intentarlo —susurró en mi oído cuando se montó en el coche y se sentó junto a mí.

—No eres justo jugando así.

—Nadie dijo que lo tuviera que ser. —Me estaba comiendo con la mirada, y eso no era para nada, bueno para mí.

—Deja de mirarme así. —Apreté un muslo con el otro. Dios, que era una persona joven sin practicar sexo en más de un año, me estaba tentando demasiado.

—No te estoy mirando de ningún modo.

—Nick, creo que antes de seguir con este juego, deberíamos hablar muy seriamente. —Esta vez fui yo la que dio el primer paso de tocarlo—. Han pasado muchas cosas entre los dos y por mucho que el tiempo cure heridas, no todas sanan por igual.

—Me da miedo que hablamos de todo eso.

—¿Por qué?

—No quiero que salgas corriendo de nuevo, ahora que te he vuelto a ver, no podría soportar que te marcharas.

—Solo te lo voy a decir para que te quedes tranquilo. —Me giré un poco para estar cara a cara—. No me voy a ir. He vuelto porque quise, y lo hice para quedarme. Así que no te preocupes más y vamos a disfrutar del día. ¿Qué te parece?

Se me quedó mirando como si fuera la primera vez que me veía. Sus ojos expresaron algo parecido a la admiración y, con las miradas enganchadas, se

inclinó un poco y me besó.

Fue un beso tierno, que empezó con un pequeño roce de nuestros labios. Llevó una mano a mi nuca para acercarme más a él; a mí, en cambio, me daba miedo tocarlo, no porque creyera que me haría daño, sino por temor a lanzarme sobre él sin control.

—Por favor. —No sabía exactamente qué estaba suplicando, pero esa súplica me llegó al corazón.

—Es una locura. —Al final me rendí y empecé a corresponderle al beso—. Vamos en un coche y no hemos hablado de los temas importantes —le dije, separando un poco mis labios de los suyos.

—Ahora mismo no me importa nada, como si el mundo se termina, lo único que quiero es que no me apartes.

—Nick, tenemos que ser razonables. —Me volví a sentar bien.

—No me pidas que intente razonar cuando lo que quiero y necesito es otra cosa muy distinta.

—Creo que ninguno de los dos estamos bien de la cabeza.

—¿Por qué? ¿Por qué seguimos sintiendo esta atracción después de todo lo que ha pasado? ¿Por necesitar sentirnos en todo momento? Desde que te vi por primera vez, caí rendido a tus pies, y ahora estoy mucho peor. —Entrelazó sus dedos con los míos sobre mi regazo.

»Sé que tenemos que hablar y que tal vez no quieras estar junto a mí, pero te pido, por lo menos por hoy, que nos olvidemos de todo y volvamos a ser esos que no pensaban en nada que no fuera disfrutar el uno del otro.

—Nick… es complicado.

—Solo si lo piensas, por favor, Alexandra. No pensemos hoy, solo dejémonos llevar por lo que sentimos los dos. Porque sé que no soy el único que siente todo esto. —No, no era el único, pero alguien tenía que poner un poco de sentido común o al final todo se nos volvería a ir de las manos.

»No pienses tanto; te prometo que mañana a primera hora iré a buscarte y podremos hablar de todo lo que tengamos que hablar, pero no hoy, no después de tanto tiempo sin vernos.

—Creo que después te puedes arrepentir.

—No, nunca me arrepentiría de algo así.

—Si dejamos la charla para mañana, no significa que hoy vayamos a terminar en la cama, por muchas ganas que tengamos.

—Me parece perfecto. Tampoco quiero que pienses que solo me interesas para meterme entre tus piernas, por muy bien que suene. —Se acercó a mis labios y los atrapó entre sus dientes, tirando un poco de ellos.

—Si haces eso, me va a costar mucho mantener mis manos alejadas de ti.

—No me importa que me toques un poco más de la cuenta.

—Anda, mejor dejamos ese toqueteo por ahora.

Me daba igual si la gente pensaba que estaba loca por actuar con él como si nada hubiera pasado; me daba igual lo que pensaran de mí. Lo único que me importaba era dejarme llevar por un día y no pensar en nada que no fuera ser feliz junto a él, aunque mañana todo estallara por los aires.

Capítulo 34



Nick

Si por mí hubiera sido, en vez de estar en aquella celebración, me la habría llevado conmigo a un lugar apartado de todo el mundo, donde pudiera besarla a mi gusto sin pensar en nada ni en nadie.

Sin embargo, allí me veía, intentando actuar como si ella no me afectara lo más mínimo, mientras las puntas de los dedos me ardían por las ganas de tocarla que me recorrían el cuerpo entero.

—No te lo esperabas, ¿verdad? —Stuart se sentó a mi lado sin dejar de observar cómo su ya mujer bailaba con la que yo quería fuera la mía.

—No sé qué quieres decir.

—Ya, y yo acabo de nacer. —Se dejó caer hacia atrás y extendió las piernas cruzándolas por el tobillo.

—Eres muy hijo de puta, me lo podrías haber dicho.

—Entonces no hubiera sido una sorpresa, eso sin contar las ganas que tenía de ver la cara que has puesto. No sé a qué estás esperando para levantarte e ir hacia allí y bailar con ella.

—No quiero incomodarla.

—Tío, quién te ha visto y quién te ve —negó riendo— ¿Cuándo te ha impedido algo ir a por lo que querías? Eres el tío más concienzudo que he conocido en mi vida y mírate: estás aquí muerto de miedo porque no sabes cómo acercarte a la mujer de la que estás enamorado.

—Una cosa son los asuntos del trabajo y otra muy distinta es temer dar un mal paso y que se marche de nuevo.

—Nick, si ha vuelto es porque te ha perdonado. Ahora dime, ¿vas a dejar pasar esta oportunidad por miedo? Quien no lo intenta no tiene posibilidades de ganar.

—La música tampoco es que acompañe mucho.

—Eso es una excusa, porque la música se puede cambiar en cuando se lo diga al DJ.

—Tienes razón. —Me levanté—. Ve y pide una canción lenta, de esas que tienes que bailar pegado a tu pareja.

Para que no resultara demasiado evidente, nos levantamos hacia la barra para pedir una bebida. Stuart aprovechó ese momento para pedirle al DJ que pusiera una canción en unos diez minutos.

La que eligió la reconocí en cuanto sonaron los primeros acordes. El cabrón de mi amigo no había podido pedir una más romántica. Supongo que a él también le apetecía bailar algo así con su mujer.

Por los altavoces empezó a sonar Alejandro Fernández con su tema *Hoy tengo ganas de ti*. Me acerqué a ella justo cuando estaba a punto de dejar la pista de baile y le tomé la mano.

—¿Bailas conmigo? — le pregunté sin apartar la mirada de la suya.

—Nada me gustaría más. —Me dedicó una sonrisa espectacular.

La conduje al centro de la pista, donde nuestros amigos ya bailaban abrazados, igual que la mayoría de las parejas que participaban en la

celebración.

Tomé sus manos y las guie hasta mi cuello, invitándola a rodearme con los brazos. Yo rodeé su cintura con los míos y, en cuanto lo hice, ella dejó caer la cabeza sobre mi pecho. Nos dejamos llevar por el vaivén lento de la canción.

No hablamos en ese instante; creo que ninguno de los dos quiso romper el hechizo que se había formado. Para mí, el resto de las personas alrededor de nosotros desaparecieron: solo existía ella.

—No quiero que termine esta canción nunca —murmuró sobre mi pecho. La apreté más contra mí—. En el momento en que lo haga me soltarás, y no quiero que lo hagas.

—Si no quieres que lo haga, no lo haré, porque lo que más deseo es tenerte cerca de mí. —Le di un beso en la coronilla.

—Nick. —Levantó la cabeza para mirarme—. ¿Está mal que estemos actuando como si no hubiera pasado nada entre nosotros?

—No, solo nos estamos dejando llevar por lo que sentimos. —Miré sus labios y no puede aguantar más las ganas de besarlos.

Agaché la cabeza para buscar su boca y, justo antes de rozarla, ella se humedeció los labios con la lengua. Mis deseos se intensificaron. Deslicé las manos de su cintura hasta sus mejillas, las sujeté con suavidad y comencé a besarla con besos cortos, lentos, pero cargados de intención.

En cuanto noté que la necesidad empezaba a vencerla, dejé asomar la lengua para provocarla un poco más. Sabía que si lo hacía así sería ella quien diera el siguiente paso.

No me equivoqué. Seguía siendo el mismo volcán que había conocido en la isla: directa, apasionada, siempre yendo a por lo que quería. Y ahora quería profundizar el beso.

—Vámonos de aquí —le rogué sobre sus labios.

—Nick… —Se quedó callada unos segundos y soltó un largo suspiro, como si buscara valor—. No creo que sea lo más correcto. Puede que sí lo que más anhelamos, pero mañana tendríamos que volver a la realidad… y quizá esa realidad no te guste y te arrepientas de haber dado este paso.

—Nunca podría arrepentirme. Dijimos que hoy no íbamos a pensar, que solo nos íbamos a dejar llevar. Y sé que tú también lo deseas. ¿Qué te lo impide?

—El miedo. Miedo a que mañana no quieras saber nada de mí, miedo a enamorarme más de lo que estoy… No podría soportar otro abandono por tu parte. —Sus palabras me conmovieron y lo único que pude hacer fue estrecharla contra mí, abrazándola con todas mis fuerzas mientras me prometía que jamás volvería a dañarla de esa manera.

—En su momento te prometí que íbamos a vivir el día a día sin pensar en el futuro… pero esta noche te estoy prometiendo un futuro a tu lado.

—No puedes prometer algo así, no cuando no lo puedes garantizar.

No tuve tiempo de contestar, porque en ese momento apareció su hermano, y no traía muy buena cara.

—Alex —no tuve más remedio que soltarla—, ha llamado María muy preocupada. Liam tiene fiebre muy alta y no para de llorar.

¿Quién era ese Liam? ¿Y por qué debía importarle a ella? Lo que sí noté fue que el rostro de Alexandra cambió por completo: se puso pálida, nerviosa, y las lágrimas le asomaron en los ojos.

—Vamos, me tienes que llevar cuanto antes. —Se apresuró a irse.

—Voy con vosotros —dije sin pensar.

—No, tú te quedas aquí —me dijo de manera tajante el hermano.

—Enrique, él viene con nosotros y no es el momento ni el lugar para que la líes.

—Alex…

—No hay Alex que valga, se viene y punto. —Se giró hacia mí y extendió la mano—. Vamos.

No lo dudé y se la di.

De camino a su casa, Alexandra no dejó de llorar ni un segundo. Se lamentaba una y otra vez de haberlo dejado solo, de que, si le pasaba algo, jamás se lo perdonaría en la vida.

Y yo seguía sin entender de quién estaba hablando.

—¿Me puedes decir quién se ha puesto enfermo que es tan importante como para dejar la boda de tus mejores amigos? —pregunté, incapaz de soportar más la incertidumbre.

—Nick, por favor —me suplicó entre sollozos—, deja que antes me ocupe de él. Te prometo que después te lo explico todo. Solo puedo decirte que es la persona que más quiero en la vida y que, si le pasa algo, me muero.

Sus palabras no paraban de retumbar en mi cabeza. ¿Quién podía ser esa persona? Un hombre, seguro que no: Enrique había dicho que no paraba de llorar, y además, si hubiera estado con alguien, no habría permitido que la besara minutos antes. Entonces… ¿quién?

Tenía que ser alguien muy importante para ella. Estaba intentando recordar si en alguna conversación entre nuestros amigos habían comentado algo sobre ese tal Liam, pero no encontré nada que pudiera aclarar mis dudas.

Hasta que, de pronto, me vino a la mente una escena: Patricia y Stuart abrazados, felices, comentando que había nacido un niño y que tanto la madre como el pequeño estaban bien. Cuando pregunté de quién se trataba, noté que se miraban incómodos al darse cuenta de que yo estaba presente. Solo respondieron que era una amiga de Alexandra, que había tenido un hijo lejos, y que por eso no podían visitarla.

Una idea comenzó a tomar forma en mi cabeza. Tan descabellada que me oprimía el pecho solo de pensarlo. No podía quedarme con la duda.

—Alexandra… ¿has tenido un hijo? —le pregunté. Ella me devolvió la mirada con los ojos desorbitados. No hacía falta que respondiera: la respuesta ya estaba en su expresión—. No digas nada, ya me lo acabas de confirmar con la mirada.

»¿Dónde está el padre? —Apreté los puños con rabia—. Seguro que, cuando me fui con Grace, te acostaste con otro por despecho y ese hombre después no quiso saber nada de vosotros.

—El padre, eres tú, gilipollas —intervino Enrique desde el volante.

Me quedé congelado, incapaz de creer lo que había dicho el capullo de su hermano. No… no podía ser cierto. No podía haber sido padre y que nadie me lo hubiera contado.

—Enrique, no es buen momento para provocarme con mentiras —le dije apretando los puños.

—Mi hermano no ha dicho ninguna mentira —intervino Alexandra con la voz temblorosa—. Tú eres el padre de Liam. Tiene seis meses. Cuando me enteré de que estaba embarazada, ya estaba de tres.

Me miraba con súplica, como esperando clemencia.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Estaba intentando controlarme para no explotar—. Tenía derecho a saberlo, aunque no estuviéramos juntos.

—Perdiste ese derecho cuando te fuiste sin pensar en las consecuencias que tus actos podían haber causado.

—Escúchame bien lo que te voy a decir, porque ya se acabaron todas tus gilipolleces —solté con rabia contenida—. No te vuelvas a meter en una conversación entre tu hermana y yo. Bastante mierda le has metido en la cabeza para que haya hecho lo que ha hecho.

—¡Basta ya! ¡Basta los dos! —gritó Alexandra entre sollozos—. No es el momento para reproches, lo único que importa ahora mismo es mi hijo.

—Esto no se queda así, Alexandra. —La señalé con un dedo tembloroso de indignación—. Tienes que darme muchas explicaciones.

El mundo me temblaba bajo los pies. Tenía un hijo. Un hijo del que no sabía nada. Y todos me lo habían ocultado como si yo fuera un delincuente que no tenía derecho ni a mirar su cara.

Me habían privado de verlo nacer. Nos habían privado a los dos: a mí, de darle mi amor de padre, y a él, de recibirlo. Un hijo al que ya amaba sin conocerlo.

Era tan injusto… La rabia me recorría las venas y me costaba un mundo no escupir todo lo que pensaba sobre aquella traición.

Puede que yo hubiera cometido errores, puede que lo hiciera mal en su momento, pero lo que habían hecho conmigo… lo que habían hecho con nosotros… eso no tenía perdón.

Capítulo 35



Alexandra

En el momento en que le confirmé que el niño era suyo, me di cuenta de que algo se había roto dentro de él. Y lo que fuera que se había roto, ya no iba a poder recuperarse nunca, porque tenía razón: no se merecía no saber que había tenido un hijo. Yo no era nadie para callar algo tan importante solo pensando en mí.

Ahora entendía lo egoísta que había sido, con él y con mi propio hijo. Intenté cogerle la mano, pero me fue imposible; no me permitió que lo tocara, y lo entendía, de verdad, que lo hacía.

—Nick…

—Ahora no, Alexandra. Primero vamos a ver qué es lo que le pasa al niño —respondió tajante, sin dejarme lugar a réplica.

Llegamos a casa y me bajé del coche lo más rápido que me permitieron el vestido y los zapatos. Nick y mi hermano lo hicieron casi al mismo tiempo.

—Dame las llaves —me pidió al pasar junto a mí.

Las saqué del bolso y se las entregué sin decir nada.

Se apresuró a abrir y entrar. Yo lo seguí, adelantándolo en el pasillo porque Nick no sabía cuál era la habitación de nuestro hijo.

—¿Cuándo empezó la fiebre? —pregunté a María en cuanto llegué a su lado.

—Poco después de irte. Al principio se la estuve controlando con los medicamentos, pero ya no hay forma de bajársela. Tiene que dolerle algo mucho, porque su llanto es como si estuviera desesperado.

Nick se colocó a nuestro lado. Fijó la mirada en su hijo y unas lágrimas se deslizaron por su rostro. No sabía si eran de felicidad por conocerlo, de desesperación o de rabia hacia mí. Lo único que sí sabía era que a mí me costaba un mundo controlar las mías, al darme cuenta del error tan grande que había cometido.

—Deja que yo lo coja y ve a cambiarte de ropa —me pidió.

Aunque él fuera su padre, me costó horrores soltar a mi niño; necesitaba seguir teniéndolo contra mi pecho, como si eso bastara para calmarlo.

—Ve, cuanto más te demores, más tardaremos en llevarlo al hospital.

Se lo entregué con manos temblorosas. En cuanto Nick lo sostuvo, Liam dejó de llorar un instante y lo miró con esos ojitos llenos de lágrimas. En ese momento vi cómo se formaba el vínculo entre padre e hijo, un lazo imposible de romper.

Me fui a mi habitación. Me costó quitarme el vestido porque apenas llegaba a la cremallera, pero nada que un poco de contorsionismo no solucionara. Me puse unos vaqueros, una simple camiseta de manga corta, las zapatillas de Bimba y Lola y una chaqueta ligera. Ya estaba lista para salir lo antes posible.

—Ya estoy —dije entrando en la habitación.

—Señorita, le he preparado una bolsa con todo lo que puede necesitar el niño. Si en cualquier momento me necesita, no dude en llamarme —comentó María con calma.

—Tu hermano dijo que nos esperaba en el coche para llevarnos —me informó Nick mientras se dirigía a la puerta.

Mi niño no dejó de llorar en ningún momento y a mí la angustia me estaba matando al no saber qué le pasaba. Nick no quería soltarlo, y yo no me sentía capaz de pedirle que me lo devolviera. Ya lo había privado bastante tiempo de estar con su hijo.

—Es el bebé más bonito que he visto nunca —dijo en voz baja, más para sí mismo que para los demás.

—Es idéntico a ti. —Intenté sonreírle.

—Eso parece. —Tenía la mirada triste.

Lo siguió acunando con ternura, y con las palabras suaves que le murmuraba consiguió que al final Liam dejara de llorar un poco. Aún hacía pucheros y de vez en cuando se retorcía de dolor, pero al menos ya no era ese llanto tan desgarrador que me había helado la sangre.

—Nick —conseguí que me mirara—, siento habértelo ocultado y haber obligado a nuestros amigos a hacerlo también. Solo espero que no te enfades con ellos.

—Alexandra, ahora mismo lo único que quiero es que mi hijo se ponga bien. Cuando esto pase, entonces me pondré a analizar toda la situación.

—Estaba dolida. —Bajé la mirada hasta mis manos, que permanecían inquietas sobre mi regazo.

—Eso no te daba derecho a ocultarme que iba a tener un hijo. Y mucho menos sabiendo que te he estado buscando durante todo este tiempo. Podía haber visto nacer a mi hijo y me quitaste ese privilegio.

—No quiero que suene a reproche, pero tú tampoco te preocupaste de si podía haber consecuencias de nuestros actos.

—Puede que no, al menos no de la forma en la que a ti te hubiera gustado, pero no dejé de pensar en ti ni un solo día de los que estuvimos separados. Tal vez debería haberte llamado, lo reconozco, asumo mi culpa. Pero sigo pensando lo mismo.

—¿Qué hubieras hecho tú si la persona de la que estabas enamorado te deja con las maletas hechas y te dice que va a volver a intentarlo con su ex? —Mi voz se quebró—. Sentí que quería morir, porque yo sí que me había enamorado de ti.

»El primer mes me sumí en una gran depresión. Perdí mucho peso, no salía de casa, no dejaba que nadie viniera. Solo Patricia, y porque seguía viviendo conmigo. —Intenté limpiar las lágrimas que se me escapaban en silencio. Noté la mirada de mi hermano sobre mí a través del retrovisor del coche.

»No me di cuenta de que el periodo no me venía. Cuando noté la falta, me hice la prueba sin decir nada a nadie. Me enteré dos días antes de que Stuart te mandara aquella carpeta.

—Me lo podías haber dicho entonces.

—Sé que tienes razón. Me di cuenta de mi error después de que Liam naciera, pero entonces me invadieron los miedos.

—¿Miedo a qué? —El niño se había quedado dormido en los brazos de su padre.

—Miedo a que, cuando te enteraras, quisieras quitármelo por habértelo ocultado. —Lo miré a los ojos—. Me llevó meses asumir que daba igual las consecuencias de mis actos. Tenías todo el derecho del mundo a saber de su existencia. Yo no era nadie para privar a mi hijo de su padre, y mucho menos de privarte a ti.

—Creo que cometimos muchos errores, y todos en muy poco tiempo. ¿Habías vuelto para decírmelo?

—Sí. Por eso, en la boda, te dije que mañana teníamos que hablar. No quise llevarme al niño porque temía que todo se saliera de control, pero que

sepas que volví con la firme decisión de contártelo todo y asumir las consecuencias.

—Yo nunca te hubiera apartado del niño. No soy tan malo como piensas —dijo con pesar.

—No pienso que seas malo. Si lo pensara, te aseguro que jamás te hubieras enterado de que tienes un hijo.

Llegamos al hospital y nos bajamos rápido para que atendieran al niño. Primero nos vio un médico, que nos hizo varias preguntas, y después una enfermera lo llevó a una sala para que otro especialista lo revisara y le hiciera pruebas.

En la sala de espera, Nick se apartó, como si necesitara distancia de mí. Lo entendía, pero me dolía tenerlo tan cerca y, a la vez, tan lejos.

La pena me consumía. Entre la incertidumbre por mi hijo y la barrera invisible que había levantado Nick, me sentía atrapada en un abismo de autocompasión al que no quería caer, pero del que apenas tenía fuerzas para salir.

No podía estar sentada, ni de pie en un mismo lugar. Caminaba de un lado a otro sin descanso. Mis padres me llamaron para preguntar por el niño. Al decirles que aún no sabíamos nada, quisieron venir al hospital junto con el resto de la familia. Me negué rotundamente. No quería que se arruinara la boda de mis amigos; bastante habían pasado ellos como para estropearles el día más especial de sus vidas.

Me acerqué a un ventanal, apoyé la frente contra el cristal frío. Necesitaba despejar mi mente, una mente que no dejaba de dar vueltas a lo mismo, aunque supiera que ni repasar ni repensar cambiaría nada.

Mi hijo me necesitaba por encima de todo. Lo demás debía dejar de importarme, al menos de momento.

—Siento mucho que, por mi culpa, hayamos acabado donde estamos —dijo Nick a mi lado, apoyando el hombro contra el mismo cristal.

—Los dos cometimos errores —contesté en voz baja—. Tú los tuyos y yo los míos. Eso no nos hace peores personas, solo significa que quizá somos incompatibles, que juntos nos hacemos más mal que bien.

Noté cómo se tensaba al escucharme.

—¿Estás segura de lo que estás diciendo? Porque hasta donde yo sé, en cuanto nos vimos, los sentimientos de los dos volvieron a salir a flote.

—¿De qué nos vale querernos, si no lo hacemos bien?

—Desde que nos conocemos lo hemos hecho bien, solo hemos cometido dos errores.

—Errores que nos han mantenido más tiempo separados que juntos, eso no es ser pareja. Sé que hay atracción entre nosotros, también sentimientos, pero estoy cansada de sufrir por un amor que tal vez no merezca la pena.

—No digas eso, por favor. Sé que podemos hablar con calma y que tal vez mañana veamos las cosas muy diferentes. Vamos a hacer las cosas bien por una vez. —Se acercó, me tomó la barbilla con dos dedos para obligarme a mirarlo.

»No vamos a tomar decisiones esta noche. Vamos a sentarnos, esperar a que nos digan qué tiene nuestro hijo y, cuando todo esté en calma, nos tomaremos un día para nosotros. Necesitamos hablar con calma, una calma que ahora mismo no tenemos.

Aquí estaba. A pesar de haberle impedido conocer a su hijo antes, aquí lo tenía junto a mí, dándome apoyo y reconfortándome, aun sabiendo que por dentro se moría de pena y dolor.

Las horas pasaban. En todo ese tiempo no me soltó la mano después de decir aquellas palabras. Tenía la cabeza apoyada en su hombro y los ojos cerrados, intentando que así el tiempo pasara más deprisa, rezando para que mi bebé no tuviera nada grave.

Noté cómo se incorporaba un poco y abrí los ojos. El médico que se había llevado a Liam venía directo hacia nosotros. Nos levantamos a la vez,

deseando saber qué le había pasado al niño.

—¿Cómo está nuestro hijo? ¿Qué es lo que le pasa? —pregunté impaciente.

—No se asusten, el niño está bien. Le hemos controlado la fiebre y el dolor, que ya está remitiendo mucho. No tiene nada grave.

—Entonces, ¿qué es lo que le pasa? —preguntó Nick.

—Una infección fuerte de oídos y garganta. Le hemos puesto antibióticos intravenosos para que el efecto sea mayor. Mañana se lo podrán llevar a casa y desde allí continuar el tratamiento que les indicaré.

Cuando el médico explicó lo que le pasaba, por fin pude respirar. Dentro de todo lo malo que pudiera haber sido, eso era lo menos grave. Nos dio unas indicaciones a seguir en casa y volvió a entrar. Como Liam debía permanecer en observación, solo podía pasar uno de los dos, así que le pedí a Nick que entrara él.

Lo hizo, pero antes me dijo que yo también tenía derecho a estar con el niño, y que seguramente se sentiría más cómodo conmigo porque todavía no lo conocía. Estuvo un rato con él y después salió para que yo pudiera quedarme el resto de la noche acompañando a nuestro hijo.

Capítulo 36



Nick

Habían pasado cinco semanas desde que me enteré de que tenía un hijo. Durante ese tiempo me había separado de Liam solo lo necesario y por motivos inevitables.

Cuando salió del hospital y estuvo un poco recuperado, hablé con Alexandra. No voy a decir que en esa conversación ninguno de los dos lloró, porque estaría mintiendo. Ambos lo hicimos. No me avergüenza admitir que dejé salir todo el cúmulo de sentimientos que llevaba atorados en el pecho.

Fuimos sinceros el uno con el otro, no nos dejamos nada dentro. Aun así, quedamos en que los dos necesitábamos curar nuestras heridas, esas que nos habíamos provocado mutuamente.

Con el paso de los días, el roce de vernos, cada jornada iba generando un acercamiento inevitable. Quizá era la unión por nuestro hijo, que cada vez se hacía más fuerte. Pero yo estaba seguro de que, en realidad, lo que nos pasaba era que ambos moríamos de ganas de estar juntos de una vez por todas. Por eso aquella noche le pedí que dejara al niño con su madre y viniera a cenar conmigo.

Me costó convencerla; desde que Liam había enfermado, le resultaba muy difícil separarse de él. Pero, insistiéndole con tacto y con paciencia, accedió a tener esa cena.

—Buenas noches —dije al entrar en su casa con mis propias llaves.

Me las había dado para que pudiera ir cuando quisiera, sin necesidad de tocar el timbre.

—Salgo en un momento, tómate lo que te apetezca —respondió desde su habitación. Y a mí lo único que me apetecía era tenerla entre mis brazos.

Aquellas semanas estaban siendo una auténtica tortura. Y por lo que veía en sus ojos, para ella también. Nos teníamos las mismas ganas.

—¿Ya han venido a por el niño? —pregunté desde el salón.

—Sí, se lo ha llevado Enrique porque mi madre no podía venir. —Apareció en el pasillo mientras se colocaba unos pendientes.

Juro por Dios que, al verla, me invadieron unas tremendas ganas de quitarle la ropa.

Cuando la conocí, me pareció una mujer impresionante, pero desde que había sido madre, lo era aún más. Para cualquier otra persona podía parecer la misma, pero para mí no.

Yo había notado el cambio en ella, y no había duda de que había sido para mejor. Su cuerpo lucía ahora unas curvas sutiles que la volvían aún más deseable, y su rostro reflejaba la madurez de una mujer que había vivido y aprendido. Alexandra ya no era solo aquella muchacha atractiva que conocí; ahora era una mujer en toda regla, con una presencia que captaba miradas allá por donde pasaba.

—Vaya, estás impresionante. —La miré de arriba abajo con mucha hambre en la mirada—. Creo que esta noche me van a tener mucha envidia —dije humedeciéndome los labios.

—No te quedas atrás, más de una se lanzaría a tu cuello si las dejaras.

—No me interesa ninguna. —La única que me interesaba estaba frente a mí. Moví la cabeza para despejarme de esos pensamientos, porque si no, no

saldríamos de esta casa—. No me fío mucho de que el bebé se quede con tu hermano, no es buena influencia para un niño tan pequeño.

—Nick, no seas así con él. Sabes que cuidará del niño mucho mejor que otros. Y si no fuera mi hermano el que se quedara con Liam, no hubiéramos podido salir a cenar.

Las cosas con su hermano habían mejorado algo, pero no tanto como para considerarlo mi amigo. Aunque Alexandra negara que él le hubiera calentado la cabeza en mi contra, yo no terminaba de creérmelo.

Para nadie era un secreto que ese hombre me odiaba más que a cualquier otra persona, o por lo menos lo hacía hasta que por fin empezó a entender las cosas. De igual modo, no creo que nunca llegáramos a ser amigos íntimos; tal vez sí a tolerarnos, pero nada más.

—No me fio mucho de él.

—Si prefieres, vamos a por el niño y dejamos la cena para otro día.

—No. —Ni muerto iba a dejar de cenar esa noche con ella, porque esperaba que, al terminar dicha cena, ella fuera mi postre.

O me la comía ya, o iba a reventar de las ganas que le tenía.

—Pues entonces, ¿nos vamos? —dijo con una sonrisa de autosuficiencia.

—Eres una descarada.

—No tanto como lo era antes, pero no descarto volver a serlo esta noche. —Me guiñó el ojo con descaro. Esta noche se estaba comportando como la mujer que conocí en su día, y eso me estaba gustando demasiado.

—Me gusta. —Me adelanté para abrir la puerta.

Cuando estaba a punto de salir, la retuve por la cintura y la pegué a mi pecho.

—No olvides que yo nunca he dudado en coger lo que quiero —susurré cerca de sus labios.

No le di opción a replicar. Me incliné y la besé con toda el hambre que había estado conteniendo durante semanas. Fue un beso urgente, profundo, lleno de la promesa de que esta vez no pensaba soltarla.

—Nick, soy una persona con las hormonas revolucionadas por la falta de sexo, así que no me provoques o no salimos a cenar y te ceno a ti.

—Mmm… eso me gustaría mucho, pero por muchas ganas que nos tengamos, te prometí que íbamos a salir a cenar, y es lo que vamos a hacer.

Lo tenía claro: de esta noche no pasaba que arregláramos todo y que volviéramos a estar juntos. No había en este mundo nada que necesitara más que estar para siempre junto a ella y mi hijo.

Y esta vez sería distinto, sin mentiras, sin ocultar mis sentimientos, entregándole todo lo que ella se merecía. Atrás quedaba el dolor que nos habíamos infligido mutuamente. A partir de esa noche seríamos unos nuevos nosotros, una versión mejorada, porque ya nos tocaba ser felices. Ya me tocaba volver a tener una familia y sentirme unido a alguien más que no fuera yo mismo.

La guie hasta la calle con la mano en la parte baja de su espalda. En todo momento me permitió que la tocara; no se apartó de mí. Es más, se notaba que estaba ansiosa de que no dejara de hacerlo. Estaba claro que aquella iba a ser una cena demasiado larga para mí… pero se lo debía. No, mejor dicho, nos lo debíamos los dos.

Llegamos al restaurante en el que había reservado mesa. Era pequeño, pero con muy buena fama y una larga lista de espera para poder sentarse a disfrutar de sus platos. Por suerte, o por desgracia, en esta vida había pocas cosas que el dinero no pudiera comprar, y de eso a mí me sobraba.

—Me encanta, se ve un restaurante muy bonito y elegante —dijo, sin dejar de admirar el lugar.

—Espero que la comida esté a la altura de lo que dicen.

—Si tiene tan buena fama, seguro que está todo riquísimo.

Me encantaba verla feliz, sin preocupaciones, sin cargas sobre los hombros. Durante estas semanas, cuando hablábamos de lo que había pasado, se vino abajo en muchas ocasiones, confesándome cosas que nunca había compartido ni siquiera con su familia.

Me dijo que lloró muchas veces porque se sentía terriblemente sola, cuando lo único que quería era tenerme a su lado. Que, aunque el día en que nació el niño estuvo acompañada, esa soledad no desapareció, y que cuando todos se fueron y volvió a quedarse sola, el mundo se le derrumbó de nuevo.

Me puse en su piel. Pude imaginar lo que fue estar en un lugar que no conocía, ir a revisiones médicas sola, pasar noches enteras en vela por los llantos de nuestro hijo. Sí, si yo lo había pasado mal, ella lo había pasado mucho peor.

Ahora lo único que deseaba era dejar todo eso atrás. Quería que el dolor quedara en el olvido y que pudiéramos empezar de nuevo, pero esta vez juntos, creando la familia que siempre había anhelado.

La cena transcurrió entre provocaciones sutiles de los dos; el coqueteo y la seducción fueron los platos principales. Y a esos platos no se les podía decir que no, porque eran los mejores que podría degustar en esta vida y en todas las que vinieran.

Alexandra estaba sentada frente a mí, moviendo su pie de vez en cuando por debajo de la mesa, rozando con la punta desde mis espinillas hasta mis muslos. Mi entrepierna estaba a punto de explotar si no hacía algo rápido, pero aquel no era el lugar para darle todo lo que necesitaba darle.

—Estás jugando con fuego —la advertí en voz baja.

—¿Y crees que me quemaré antes de que termine la noche?

—Oh, ya lo creo. Es más, juraría que vas a terminar ardiendo como nunca lo has hecho.

—Eso es lo que quiero… arder entre tus brazos —susurró, mordiéndose el labio inferior de manera descarada.

—Como sigas así, no vamos a llegar a mi casa. Te juro que voy a parar el coche en cualquier sitio, te voy a quitar las bragas y voy a hacer que te montes encima de mí hasta que me sientas tan profundo que no lo vas a olvidar.

Ella se inclinó un poco hacia mí con una sonrisa provocadora.

—Se me acaba de quitar el hambre… y creo que me estoy empezando a encontrar mal.

—Sí, te noto algo acalorada —respondí, observando sus mejillas encendidas y el brillo hambriento en sus ojos.

—Te voy a decir algo para que lo tengas muy claro —tomó aire y clavó su mirada en la mía—: estoy al límite, y si no me sacas ahora mismo de aquí, voy a terminar teniendo un orgasmo en medio de toda esta gente.

Si antes ya estaba al borde, con esas palabras estuve a punto de reventar. La excitación me dominaba hasta tal punto que pensé que el que acabaría teniendo un orgasmo allí mismo iba a ser yo.

Levanté la mano y pedí la cuenta sin siquiera haber terminado de comer. El camarero se mostró preocupado, creyendo que no nos había gustado la comida. Era todo lo contrario, pero las ganas podían más que cualquier plato. Le aseguré que volveríamos en otra ocasión.

En cuanto me trajeron la cuenta, se la pagué casi sin mirar. Le tomé la mano con fuerza y salimos del restaurante, directos al coche, con la ansiedad de dos personas que solo querían arrancarse la ropa a mordiscos.

Capítulo 37



Alexandra

Tal como había dicho, detuvo el coche en el primer lugar que encontró que fuera privado, donde nadie pudiera interrumpirnos.

—Quítate las bragas, no aguanto más —dijo con un tono más grave de lo habitual.

Empecé a bajármelas sin decir nada; las ganas de sentirlo dentro de mí me dominaban. Mientras me despojaba de ellas, él desabrochaba su cinturón y luego el pantalón, sacándose el pene y acariciándolo de arriba abajo con movimientos lentos.

—Sube encima de mí, nena, no hay tiempo ni ganas para preliminares —susurró.

Levanté el vestido hasta que quedó arremolinado en mi cintura y pasé una pierna por encima de las suyas para sentarme sobre su miembro. Se notaba lo excitado que estaba; el glande le brillaba con la gota de líquido preseminal que tenía acumulada.

Me sujetó por las caderas, ayudándome a bajar sobre su longitud. Sentir su cuerpo dentro del mío de nuevo fue el placer más intenso que había experimentado en mucho tiempo. Dejé caer la cabeza hacia atrás y un grito escapó de mi garganta sin que pudiera contenerlo.

—Eso es, nena —dijo con la voz tomada por el placer—. Cuántos días y noches he soñado con esto. —Lo besé para demostrarle que yo sentía lo mismo—. No dejes de moverte.

—Nick, creo que esto va a ser demasiado corto. —Jadeé al sentir cómo se formaba esa bola de placer en lo más profundo de mis entrañas.

—Tenemos toda la noche por delante, solo déjate llevar.

Movía mis caderas sobre él cada vez con más velocidad. No quería que todo terminara tan pronto, así que cuando estaba a punto de llegar, cambiaba el ritmo o hacía círculos.

—Dios… no puedo más —suspiré casi con los ojos en blanco.

Me agarró con fuerza por las nalgas, controlando la velocidad para que no me detuviera.

—Nena, me estás matando.

—Deja la muerte para mañana; esta noche tienes que darme muchos más orgasmos. —Le mordí la mandíbula.

—Pues no creo que exista mejor muerte que esta.

—Si te mueres y me dejas a medias, te revivo para que termines lo que empezaste. —Le sonreí, y él me devolvió la sonrisa.

—No te preocupes, que todavía te quedan muchos años de placer junto a mí. —Me bajó con fuerza sobre él, haciendo que mi cuerpo estallara en mil pedazos.

—Ah… joder —fue lo único que pude decir.

Me subió y bajó unas cuantas veces más hasta que también se dejó llevar.

—Jesús, ¿cómo hemos podido estar tanto tiempo sin esto?

—Porque somos dos gilipollas. —Estallamos en risas—. Si sigues riendo así, creo que me vas a follar otra vez sin necesidad de moverme.

Era cierto: con sus risas me estaba haciendo subir y bajar sobre su miembro medio erecto, provocándome un cosquilleo demasiado placentero como para ignorarlo.

Después de una segunda vez en la misma postura, nos fuimos a mi casa, donde nada más entrar por la puerta me cogió en brazos y me llevó hasta el baño.

—Una ducha nos vendrá bien para recuperar fuerzas —le dije con un guiño.

—Nena, no necesito una ducha para eso; las fuerzas las tengo recuperadas desde que salí de tu interior —me respondió mientras empezaba a quitarme la ropa despacio.

Parecía como si estuviera venerando mi cuerpo, con cada toque, caricia y beso. Era eso lo que estaba haciendo en esos momentos, me estaba haciendo sentir amada, deseada y cuidada.

Cuando terminó de desnudarme, empezó a desabotonarse la camisa, pero no se lo permití: ese privilegio era mío. Habían pasado demasiados días y meses anhelando esto como para dejarlo escapar ahora.

—No, a ti te desnudo yo.

Me acerqué a él y, botón a botón, fui abriendo su camisa, dejando su pecho al descubierto. Si antes tenía un cuerpo marcado, ahora estaba aún más impresionante.

—Parece que has sabido aprovechar el tiempo bien.

—La frustración y la mala leche. —Se encogió de hombros—. Dedicaba mucho tiempo a hacer ejercicio, eso me ayudaba a no pensar en ti.

—Entonces, mi ausencia ha hecho que estés más impresionante. —Pasé la lengua por el centro de su pecho—. Supongo que de nada.

—Tu esencia de bruja no la has perdido en todo este tiempo.

—Cariño, eres tú el que me hace sacar mi lado malo. —Le mordí suavemente por encima del pezón.

—Nena, tu lado malo siempre lo tienes presente; solo lo sacas a relucir conmigo, y no sé si eso me gusta o me da miedo. —Ronroneó junto a mi oreja.

En cuanto estuvimos desnudos, tiré de su brazo para llevarlo a la ducha. Con el agua cayendo sobre nuestras cabezas, me arrodillé, quedando con la boca a escasos centímetros de su miembro, ya más que dispuesto a hacer que esa noche fuera inolvidable.

—No te imaginas lo que me gusta verte arrodillada ante mí. —Me cogió del pelo, haciendo una coleta improvisada con su puño.

—No te preocupes, cariño, dentro de poco te veré a ti arrodillado. —Me relamí los labios.

Fue él quien guio su pene hasta mi boca. Saqué la lengua y le di un lametazo desde la base hasta la cabeza; al llegar a la raja del glande, recogí la gota de placer que se había escapado.

Me lo introduje en la boca sin más demoras, subiendo y bajando sobre su miembro con ansias y gula; necesitaba todo de él.

—Nena, más despacio o no aguanto —me advirtió, tirando de mi pelo para que levantara la mirada.

Por supuesto, no le hice caso. Quería que se deshiciera en mi boca y en mis manos. Cuando parecía que iba a perder el control, me retiró y me hizo ponerme en pie.

Nos seguíamos devorando con la misma intensidad; todo se convirtió en lengüetazos, mordiscos y choques de dientes.

Me giró para que apoyara las manos sobre las baldosas de la ducha, me apretó fuerte una nalga y, con la otra mano, tiró de mi pelo para que lo mirara por encima del hombro.

—Mi turno —dijo antes de darme otro beso y empezar a bajar por mi espalda con un reguero de besos húmedos.

Metió las manos entre mis piernas para separarlas y, sin prisa, me recorrió con besos húmedos y suaves, haciéndome gemir de placer. Cada caricia estaba cargada de deseo, pero también de cariño, como si quisiera grabar en mí cuánto me amaba.

Me hizo llegar a otro orgasmo inesperado cuando sus dedos tocaron mi punto G, y susurró mi nombre con voz temblorosa, como si también sintiera mi entrega. Las piernas me temblaban tanto que, de no ser por su firme abrazo, habría caído de bruces al suelo.

Nos quedamos un momento así, abrazados, respirando juntos, compartiendo miradas y sonrisas entre besos. Esa misma noche, sobre la cama, me hizo el amor de verdad: no solo con su cuerpo, sino con el corazón. Cada movimiento, cada susurro, me recordaba que estábamos juntos de nuevo, que nuestro amor era tan intenso como el deseo que nos consumía.

—¿Y ahora qué? —pregunté, apoyando mi cabeza sobre su pecho.

—Ahora nos toca ser felices y vivir nuestro «para siempre».

—¿Y si nos surgen más problemas?

—Por encima de todo, te seguiré eligiendo a ti.

—Yo también te elijo por encima de todo y de todos. Menos de nuestro hijo; él siempre estará en primer lugar.

—Nena, ibas tan bien. —Me reí sobre su pecho.

—Lo sé, pero soy así. Ahora te tienes que aguantar; mis padres no aceptan cambios ni devoluciones. —Rio más fuerte, haciendo vibrar su pecho.

—Y te adoran tal y como eres. No me gustaría que nunca se apagara tu luz.

—Hubo un tiempo en que se apagó, pero ha regresado hace poco y con más fuerza que nunca.

—Así me gusta, nena. Que nunca te rompas por completo y que tampoco permitas que nadie lo haga.

—El único que me puede romper en mil pedazos eres tú, y ahora sé que no lo harás.

—Prefiero morir antes que volver a hacerte daño. Tú y Liam lo sois todo para mí. —Le di un beso donde latía su corazón.

—Y tú para nosotros, porque tu hijo ya te quiere por encima de todo, y yo te quiero mucho más. Nunca olvides que siempre serás lo primero para nosotros —le dije dejándome llevar por los sentimientos.

Porque cuando se quiere de verdad, hay que dejar salir esos sentimientos y demostrarlos a la persona amada. Los actos son importantes, tanto que para muchos pesan más que cualquier palabra, pero cuando hablas con el corazón, decir lo que sientes con palabras llenas de emoción también es fundamental.

Epílogo



Nick

Dieciocho años después…

Como Alexandra se entere de lo que su hermano está haciendo con mi hijo mayor, va a estallar la tercera guerra mundial, y no es para menos.

Mi cuñado sigue siendo el mismo mujeriego que cuando lo conocí; no ha encontrado a ninguna mujer que logre hacerlo dejar esa vida y cambiarla por una un poco más tranquila. Dice que lo necesitan tantas que no se termina de decantar por ninguna. Muchos hombres pueden decir eso porque en verdad no encuentran a nadie que los quiera de verdad, pero el capullo de él no es el caso, lo suyo es que de verdad no quiere dejar ese estilo de vida.

Disfruta yendo de unos brazos a otros y, como es un tío con mucho atractivo —porque que yo sea hombre no significa que no pueda ver la verdad—, pues eso, es guapo, listo y con dinero. A ese no lo va a atar ni Dios. Lo que sí va a conseguir es dejar de respirar cuando su hermana le ponga las manos encima.

Hoy es el cumpleaños de mi hijo mayor, cumple dieciocho años y estamos toda la familia en nuestra casa esperando a que mi hijo aparezca por la puerta junto al capullo de su tío.

—Cariño, por fin ha llegado el día en el que te voy a hacer completamente feliz —dice Alexandra apareciendo por el salón.

—¿Me vas a dar otro hijo? —le pregunto porque llevo años pidiéndole tener otro y eso que ya tenemos tres.

—Ese no es tu mayor sueño, ese es el segundo. Siempre has deseado que me cargue a mi hermano y hoy lo voy a hacer.

—Alex, no te preocupes, seguro que llegan de un momento a otro —dice mi cuñado Ignacio.

—Eso lo dices tú, porque no se ha llevado a ninguno de tus hijos a Dios sabe dónde.

—Tía, no te alteres, por mucho que le guste la fiesta no dejará que a mi primo le pase nada. —Alaia, la mayor de nuestras sobrinas y princesa de mi mujer interviene.

—Sé que es verdad, pero ya deberían estar aquí.

Con Enrique nunca se podía predecir nada: el día de mi boda se lio con dos camareras a la vez y fue pillado por su padre y por Stuart. Mi amigo intentó que nadie se enterara, pero mi suegro se las arregló para que todo saliera a la luz. Las pobres chicas pasaron tanta vergüenza que dejaron el trabajo en ese mismo instante, por lo que el hotel se quedó con cuatro manos menos. Eso sí, mi cuñado, al terminar la noche, le dio una buena propina al resto de trabajadores, diciendo que por su culpa habían hecho más trabajo del que les correspondía. Por lo menos hizo algo bien esa noche.

—Nena, estarán por algún local celebrando su mayoría de edad.

—Mi niño es muy pequeño todavía para hacer lo que hace su tío. —La pobre todavía piensa que nuestros hijos son unos bebés.

—Cuñada, deja que el niño se desmelene por primera vez.

—Martina, no calientes, que le puede dar algo —le contesta Patricia.

—Que no cunda el pánico —llega corriendo mi hijo mediano— me acaban de llamar y me dicen que ya vienen. —Se está tronchando de la risa—. Eso

sí, el tío dice que más vale que le prepares a mi hermano un café bien cargado porque al parecer no le ha sentado muy bien la copa que se ha tomado.

—Confirmado, es hombre muerto —dice yendo hacia la cocina.

—Menos mal que con mi hija no hizo lo mismo cuando cumplió la mayoría —dice mi cuñado, dándome una palmada en la espalda.

—Sabes que esos no vienen solo de tomarse una copa, ese solo es el calentamiento para ponerle a una mujer por delante, Ignacio.

—Cuñado, que tiene que dejar de ser virgen en algún momento —dice muerto de risa.

—Espero que de esto sí que no se entere tu hermana. —Niego con la cabeza, aguantándome la risa.

Os voy a explicar un poco para que no os hagáis un lío:

Me casé con Alexandra un año después de habernos reencontrado. Fue una gran boda —y cuando digo gran, fue enorme—, ya que tanto yo como mis suegros teníamos demasiados compromisos. Fruto de nuestro amor llegaron nuestros dos siguientes hijos: Alexandro y Mike, el mediano que nos había informado que ya estaban llegando, tenía quince años y medio, y el pequeño, doce.

Mis tres hombretones, no los cambiaría por nada en el mundo, aunque sí me había quedado con las ganas de tener una princesita que se pareciera a su madre. Muchas veces, cuando Alexandra se enfadaba conmigo, me lo echaba en cara, como si yo tuviera algo que ver con el físico de nuestros hijos. Cuando eso pasaba, no podía evitar reírme a carcajadas, lo que la enfadaba aún más. Nada que no arregláramos antes de que terminara la noche.

Mi cuñado Ignacio, junto con Martina, tuvieron a Alaia; después llegó su hermano Asier, que tenía diecisiete años y seguía los mismos pasos de su primo Liam y su tío. Anda que no se había escapado veces de casa de sus

padres para pegarse una buena fiesta, vamos, que los dos primos eran un dolor de cabeza constante.

Stuart y Patricia tuvieron gemelos idénticos: Alan y Niko, de diecisiete años. Estos sí habían salido responsables y buenos estudiantes. En realidad, todos nuestros hijos habían salido buenos estudiantes, con la diferencia de que algunos eran más fiesteros que otros. Pero todos y cada uno eran únicos en todos los aspectos.

Mi suegra se casó con su novio Diego; pocas parejas se llevaban tan bien como ellos. No necesitaban hablar para entenderse. Todo lo contrario que mi suegro, quien en estos años había intentado tener pareja con dos mujeres —en distintos años— sin éxito. Al final se dio por vencido y estaba felizmente soltero. Si él era feliz así, yo me alegraba.

¿Quién me iba a decir hace veinte años que mi vida iba a ser la que es ahora? Desde luego, por aquel entonces, era lo que menos me imaginaba.

No me arrepiento de nada de lo que me pasa, ni de lo malo, ni mucho menos de lo bueno.

Porque en esta vida todo sirve para aprender, y de las caídas, por desgracia, se aprende mucho más. Yo lo aprendí al pensar que nunca iba a recuperar a la mujer que hoy es mi vida entera; os aseguro que si no fuera por ella, no sería quien soy hoy.

La puerta de casa se abre con la llegada del cumpleañero, llevado casi a rastras por su tío.

—Liam, espabila de una puta vez, como tu madre te vea así me va a matar. —No se dan cuenta de que toda la familia está delante de ellos; van tan a lo suyo que no nos ven.

—Gracias, tío, ha sido el mejor regalo de cumpleaños de la historia. —No se le entiende apenas.

—Shhh… calla que te van a oír. —Más tontos y no nacen, os lo juro.

Estoy con los brazos cruzados sobre el pecho, casi como el resto de la familia, esperando que alguno se digne a levantar la cabeza para que nos vea.

—Me da igual, ¿tú crees que esa tía va a querer repetir?

—Eso depende de todo lo que le hayas hecho disfrutar.

—Pues entonces me va a llamar, porque gritaba como una loca.

—Vosotros también vais a gritar como locos de la paliza que os voy a meter —dice mi mujer, dejándolos congelados en el sitio.

—Creo que hemos hecho salir a luz a Maléfica —dice entre risas mi hijo.

—Calla, tonto, que de esta no salimos; menos mal que no tiene los rayos de Superman en los ojos, porque ahora mismo nos los lanzaría.

—Me da igual, después le digo que la quiero y me la gano de nuevo. —Más descarado no puede ser mi hijo y, lo peor de todo, tiene razón.

Con dos arrumacos vuelve a ganarse a su madre.

—Bueno, ya está bien. Alexandro, lleva a tu hermano a su baño y lo metes debajo de la ducha, pero que sea con agua bien fría; hoy sopla las velas o no las sopla nunca más. —Le fulmino con la mirada.

—Mamita, tienes que entender que tenía que celebrarlo a lo grande con mi tío.

—Liam, deja de decir mamita, que me tienes muy calentita.

—Guau, si hasta rima te sale.

Sé que no está bien por mi parte, ni por la de los demás, pero ninguno de los que estamos aquí podemos aguantar las carcajadas.

—Nena, déjalo, si no disfruta ahora, ¿cuándo lo va a hacer?

—Gracias, papito.

—Liam, mejor ve a ducharte —le digo ya serio.

Menos mal que la ducha le hace bien y cuando vuelve a bajar viene como nuevo, así que empezamos con la celebración que tenía preparada Alexandra.

—Ven, nena. —La tomo de la mano y la llevo al jardín un momento—. Sé que estás harta de escucharme decir siempre lo mismo, pero te lo quiero repetir y lo seguiré haciendo mientras siga teniendo un mínimo de aliento que me mantenga con vida. —Me mira con ese brillo en la mirada con el que lo hace siempre.

»Gracias por darme la familia que me has dado, gracias por estar junto a mí en cada paso que doy y gracias por amarme de la manera en la que lo haces.

—Cariño, no me tienes que dar las gracias, porque tú haces lo mismo conmigo; cuando te vi por primera vez me impresionaste, pero más me impresiona tu corazón cuando me dejas entrar en él. Te amo y nunca dejaré de hacerlo.

—Yo también te amo, por encima de todo.

Nos damos un beso lleno de sentimientos, los mismos que llevamos compartiendo desde hace años y los mismos que estarán hasta más allá de nuestras vidas, porque amores como los nuestros no se rompen ni después de dejar esta vida.

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: Sarah Rusell
Instagram: @sarah_rusell_autora
Página de autora: relinks.me/SarahRusell
Twitter: @ChicasTribu